HISTORIA Y LABOR

DE LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

DESDE SU FUNDACION EN EL SIGLO XVIII

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
BARCELONA
Obispo Cassador, 3
1955

GRÁFICAS MARINA, S. A. - PASEO DE CARLOS I 149 - BARCELONA

El 27 de enero de 1752 el rey don Fernando VI acogía bajo su protección y aprobaba los Estatutos de la Academia literaria existente en la capital del Principado de Cataluña que, desde aquel momento, se denominó Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Aunque ello no implica el nacimiento de la Corporación, pues existía como tal desde 1729 y continuaba la que, con el nombre de Academia Desconfiada, se constituyó en el año 1700, el Real Despacho de Fernando VI daba a aquel conjunto de estudiosos y literatos que se reunían periódicamente en un palacio de la calle de Montcada no tan sólo una oficial categoría en el complejo cultural de los extensos dominios de aquel monarca sino también un sentido de responsabilidad que les imponía una tarea seria y un quehacer colectivo. Indudablemente se debe a este carácter de Real Corporación el hecho de que la Academia barcelonesa haya podido perdurar, pese a guerras y revoluciones y momentos de acusada decadencia, y se mantenga en pie al cabo de dos siglos. La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, que a lo largo de sus dos veces secular existencia ha visto nacer y fenecer a su lado numerosas empresas de índole cultural, muchas de ellas conscientes y generosas, constituye un ejemplo de tenaz continuidad en lo intelectual y erudito y de serena y periódica vinculación entre las diversas generaciones de estudiosos y hombres de letras que han residido en Barcelona desde los albores del siglo XVIII. Retraída en su propia labor, que ha llevado y lleva a cabo en su íntimo y minoritario ambiente, hogar de convivencia y de mutuo respeto, la Real Academia se ha exteriorizado en sus sesiones y recepciones públicas, en sus diversas publicaciones impresas y solamente ha querido desbordar sus límites en aquellos momentos que lo exigían necesidades imperiosas o que la ciudad necesitaba de su autoridad y de su consejo, como ocurrió de 1835 a 1837, que suplió con la creación de cátedras

la falta de una universidad en Barcelona, o unos años después cuando afanosamente se dedicó a salvar cuanto pudo de los desastres que, también para la arqueología, suponía la política de desamortización.

La Corporación ha querido, en este fascículo de su BOLETÍN, conmemorar el segundo centenario de su denominación de Real Academia de Buenas Letras de Barcelona con una serie de trabajos, redactados por los actuales académicos en activo, dedicados a diferentes aspectos de la labor realizada por sus antecesores desde principios del XVIII. A cada académico ha sido asignado el tema que más cuadraba con su especialidad o preferencias, con libertad absoluta en cuanto a su enfoque y disposición. De ahí que, como era previsible, en varios trabajos coincidan materias y personalidades, aquéllas porque a menudo son difíciles de discriminar puntualmente, éstos porque, afortunadamente, entre nuestros antecesores abundan los académicos que han cultivado diversas actividades del saber.

Este conjunto de trabajos pone de manifiesto que desde el siglo XVIII hasta nuestros días no ha habido corriente espiritual, actitud literaria, técnica investigadora o afán erudito que no tuviera eco, por tenue que sea, en nuestra Real Corporación; y por otro lado hace ver que escasísimos son los estudiosos o cultivadores de las "buenas letras" de acusado relieve y residentes en Barcelona que no hayan pertenecido a nuestra Academia. Nos es dado el legítimo orgullo de ofrecer esta serie de trabajos sobre la labor desarrollada durante dos siglos en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona afirmando que aquí se encierra la historia de la cultura histórica y literaria de Cataluña desde principios del siglo XVIII hasta mediados del presente.

BREVE HISTORIA DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

por MARTÍN DE RIQUER

La Academia Desconfiada

La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona tiene, en la que se llamó Academia Desconfiada o «de los desconfiados», no tan sólo un precedente sino su mismo origen y razón de ser. Miembros de la Desconfiada fueron los creadores de la nueva Academia, que de aquélla heredó alguna de sus finalidades, aspectos de su ceremonial e incluso el lujoso local en que tenían lugar las reuniones. El tono, el ambiente, la actitud literaria y los nombres de varios de los componentes de la Academia Desconfiada persisten en la etapa que nuestra Corporación, sin denominación peculiar, vivió entre los años 1729 y 1751.

El 3 de junio del año 1700 en la casa de don Pablo Ignacio de Dalmases y Ros, situada en la calle de Montcada, y que hoy todavía conserva su antigua prestancia, se reunió un grupo de nobles catalanes que «resolvieron formar una Academia, empleando el tiempo en ingeniosas ocupaciones, así para excusar el ocio de introducir sus desaciertos, como por el gran bien que se saca de aquella estudiosa fatiga». Verificada la elección, fué nombrado Presidente don Juan Antonio de Boxadors, de Pinós y de Rocabertí, Conde de Çavallá; Secretario, don José Antonio de Rubí y de Boxadors, Marqués de Rubí; Fiscal, don José de Amat y de Planella, y Archivero, don Pablo Ignacio de Dalmases. La nueva sociedad celebró la primera de sus sesiones, entonces llamadas «academias», siete días después, en la que el Presidente la puso bajo la advocación de la Virgen de Montserrat. Así empezaba la vida de la Academia Desconfiada, cuya organización, título, finalidades y etiqueta se vinculaban a la de tantas otras sociedades similares que en los dos siglos anteriores habían tenido existencia más o menos floreciente en Italia y en España. Baste recordar la valenciana Academia de los Nocturnos, de finales del

siglo XVI, la florentina de La Crusca, la romana dei Lincei, aún existentes, y la de los Confiados de Pavía, cuya denominación parece haber inspirado la de la barcelonesa.

Versos sobre temas mitológicos — el rapto de Elena, la fábula de Cupido y Psique, el amor de Nino y Semíramis —, sonetos laudatorios, himnos triunfales y composiciones en prosa demostrando que *la virtud vence a la envidia*, puntualizando cuándo el afecto debe dominar a la razón o describiendo las heroicidades de Dalmau de Crexell en la batalla de las Navas de Tolosa, alternaban, en las largas y variadas sesiones de la Academia Desconfiada, con encendidos panegíricos al Rey y a la Casa de Austria y madrigalescas galanterías a las damas que, «tras cortina», escuchaban las disertaciones de los caballeros. A menudo los parlamentos se interrumpían para permitir la audición de piezas musicales acompañadas por la voz de solistas.

La Academia Desconfiada constituía, es cierto, una expansión de gente noble y culta que había hallado esta solución para llenar sus ocios y para fomentar el trato social, lo que en el fondo era un lujo que a pocos estaba permitido. Pero había algo más: en sus sesiones con frecuencia toman la palabra personas de ilustrísimos apellidos que son designadas con el nombre de *meninos*. Se trata de los hijos de las familias más nobles, que además de ser alumnos del Imperial Colegio de Cordellas, que los Padres de la Compañía tenían en la Rambla — en el edificio que hoy ocupa la Real Academia de Ciencias —, eran *escolares* de la Academia Desconfiada. A estos meninos se les permitía asistir a las sesiones e incluso se les incitaba a leer sus juveniles creaciones literarias con la finalidad de estimular en ellos el cultivo de las buenas letras y constituir, así, una clasista seleción intelectual. Aquellos jóvenes, que estaban destinados a ser embajadores de Su Majestad en las más cultas cortes europeas, virreyes en las Indias, Maestres de Campo o Príncipes de la Iglesia, debían asomarse a la vida con el imprescindible adorno de la ilustración de aquel siglo XVIII que estaba naciendo.

La cuarta sesión de la Academia Desconfiada, celebrada el 22 de julio de 1700, fué presidida por el Príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, virrey y capitán general de Cataluña. Cuatro meses después moría el rey Carlos II, lo que motivó una sesión necrológica en la que fueron leídos un gran número de trabajos que se publicaron el año siguiente con el título de *Nenias reales y lágrimas obsequiosas que a la inmortal memoria del gran Carlos Segundo, Rey de las Españas y Emperador de la América, en crédito de su más imponderable dolor y desempeño de su mayor fineza, dedica y consagra la Academia de*

los Desconfiados de Barcelona. Esta retorcida rúbrica da una pálida idea del barroquismo de las composiciones que se incluyen en este libro y del estilo normal y más frecuente en las piezas literarias leídas en la Academia Desconfiada.

Pero las *Nenias reales* revelan, también, la fidelidad de la mayoría de los Desconfiados a la Casa de Austria. La Academia celebra sesiones hasta 1703. El problema dinástico, la anormal situación de Barcelona y la franca adhesión de muchos de los académicos al Archiduque don Carlos, hicieron que, con la guerra de Sucesión, se extinguiera la Academia Desconfiada. Su breve existencia, su superficial actividad y su única publicación harían que esta corporación no fuera más que una anécdota en la historia cultural de Barcelona. Su barroco emblema, consistente en una nave que zozobra frente a una playa en la que hay varada otra embarcación, pronta a hacerse al mar, bajo el lema *Tuta quia diffidens,* simboliza la confianza de estos Desconfiados en navegar seguramente cuando amaine la tempestad.

La Academia sin nombre (1729-1751)

La guerra de Sucesión, como se ha recordado, dió fin a la *Academia Desconfiada*. Cuando renacieron la paz y la normalidad ciudadana, don Bernardo Antonio de Boxadors, Conde de Peralada, procuró reunir a varios de sus amigos, igualmente inclinados al estudio, para renovar el cultivo de las bellas letras en Barcelona ; pero habiéndose trasladado Peralada y otros a diferentes cortes europeas con misiones diplomáticas, este primer intento no llegó a concretarse en la constitución de una determinada sociedad. Ello se llevó a cabo en 1729, cuando, de nuevo Peralada en Barcelona, reunió a quince personas destacadas entre la nobleza y las artes con la finalidad de cultivar «la historia sagrada y profana, y con especialidad la de Cathaluña, pero entretexiendo los assumptos con algunos de las philosophías natural, moral y política, y otros de eloqüencia y poesía, assí para constituir más plausibles con la variedad las assambleas como para atraher a la joven nobleza con los últimos, instruirla con los segundos e irla inclinando a la sólida aplicación con los primeros» (*Memorias*, I, pág. 4). Estas palabras, que van acotadas con una cita de Cicerón, revelan el carácter primordialmente histórico que siempre ha tenido nuestra entidad, y más concretamente su decidido propósito de investigar el pasado de Cataluña ; pero también dejan entrever la necesidad que se sentía de estudios superiores para la juventud en momentos en que Barcelona se hallaba privada de Universidad.

Se iniciaron estas «assambleas» el primero de abril de 1729, en el domicilio del doctor don Segismundo Comas y Codinach, que había sido catedrático de Retórica en la extinguida universidad barcelonesa, el cual dirigió la reunión por su calidad de Co-presidente de este grupo de entusiastas que constituían una Academia que todavía no tenía nombre específico. Es evidente que intentaban seguir el ejemplo que en algunos aspectos les daba la Real Academia Española de Madrid, cuya fundación había aprobado Felipe V en 1714, pero también es digno de tener en cuenta que en este grupo de barceloneses que se reunían primordialmente para aplicarse a estudios históricos se concreta el interés que nueve años después sancionará el decreto que hará nacer, el 18 de abril de 1738, la Real Academia de la Historia. En la primera sesión el doctor Comas fijó los propósitos de la Academia e insistió en que «fuese la historia su principal empleo». En la etapa que va de 1729 a 1751, o sea durante los años en que la Academia no fué todavía fundación real y careció de nombre, se proyectaron dos tareas colectivas, que aunque jamás llegaron a aparecer, acaban de perfilar los objetivos que animaban a los primeros académicos: la redacción de un *Diccionario histórico de Cataluña* (idea surgida en la sesión de 23-VIII-29) y la confección de un *Epítome* de la *Historia de Cataluña* de Pujades, tarea cuyo plan se encomendó al P. Juan de Boxadors (sesión de 22-III-47).

Abundan en este período las comunicaciones sobre temas históricos de toda índole. Las de historia sagrada llaman la atención por su ingenuidad y por su bizantinismo, como la del dominico José Mercader sobre «si David fué justo en mandar a su criado que matase al amalesita que le avisó la muerte de Saúl y Jonatás, su hijo» (sesión de 27-VI-36) o la de fray Agustín Riera que dió razón «por qué el Angel se apareció a la jumenta y no al profeta Balaam» (sesión de 24-XII-36). Algunas dedicadas a puntos de la historia de Cataluña manifiestan curiosidad por datos concretos, como las varias consagradas a esclarecer el lugar de nacimiento de Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal (sesiones de 11 y 19-IV y 2-V-35); el interés por aspectos generales y fundamentales, como la de Juan Sagarriga, Conde de Crexell, titulada «Disertación histórica del origen del nombre de Cataluña y de cuándo comenzó a llamarse Principado» (sesión celebrada en 1730) y las varias de Pedro Serra y Postius. Ya en el primer año de vida académica se discutieron graves problemas de crítica y metodología histórica, en lo que destacan las comunicaciones de don José de Mora, Marqués de Llió, pero se advierte una clara tendencia a la casuística, como en la disertación que leyó el doctor Segismundo Comas sobre «si obró como a buen político el emperador

Carlos V al conceder la libertad a Francisco I». Los asuntos de actualidad se prestaban también a consideraciones de tipo histórico, y así vemos que Félix Amat traza una descripción geográfica de Crimea y Pequeña Tartaria, «teatro de la presente guerra entre la Emperatriz de la Rusia y el Turco» (sesión de 5-XI-36). La comunicación de Salvador Sanjuán sobre el tema de «si habiendo pedido un príncipe libre tránsito para sus tropas en el dominio de otro para llegar a otro reyno, en caso de negársele el tránsito, puede justamente declararle la guerra» (sesión de 6-XI-35), revela la preocupación por un punto candente en la Europa del XVIII, fundamental en épocas en que existían coaliciones de grandes grupos de naciones de intereses opuestos, problema que tanto preocupó a los juristas del XVI y que volvió a adquirir actualidad en las guerras europeas de nuestros tiempos.

El aspecto literario quedaba casi exclusivamente reducido a la lectura de versos compuestos por los académicos. Algunas veces estas poesías son de carácter grave o solemne, como el soneto de Pablo de Dalmases en el que se condena la acción de Lucrecia de pasarse el pecho con un puñal (sesión de 27-XII-29), la Canción real de Juan de Sagarriga, Conde de Crexell, conmemorando el primer año de la fundación de la Academia (sesión 1-V-30), las octavas de Ramón de Ponsich sobre la muerte de Epaminondas (sesión de 5-XI-36); pero abundan también las lecturas de versos jocosos, como las redondillas catalanas de José Galcerán de Pinós, Marqués de Barbará, «A l'encant d'una miñona forastera a la primera vista dels gegants» o las décimas de Juan de Fivaller tituladas «Invectiva a la Antigüedad porque dedica el gallo a Minerva» (sesión de 6-VI-35).

Con frecuencia tenían lugar debates y discusiones, previamente preparados, sobre los más diversos asuntos, y así en la sesión del cuatro de abril de 1736 se impuso a los académicos Ponsich y Fivaller un «careo de César y Pompeyo y decidir quál tuvo las cualidades más dignas de un general», debiendo Ponsich abogar por Pompeyo y Fivaller por César; en la sesión del 5 de noviembre de 1736 el Conde de Galves y el de Crexell debatieron sobre «si es fineza o locura un amor continuado, siendo mal correspondido».

Las sesiones se celebraban en castellano (acuerdo de la sesión de 18-IV-31), pero con frecuencia se leen trabajos en latín, como el epigrama al sepulcro de Carlomagno del Cardenal Juan Tomás de Boxadors (sesión de 27-XII-29) o el discurso inaugural de fray Agustín Minuart (sesión de 2-II-36), y no eran raras las lecturas de poesías en catalán, por lo general humorísticas.

La primitiva Academia se reunía en diversas casas particulares. La primera sesión se celebró en la Casa de San Severo, domicilio

de don Segismundo Comas, situada en la calle de Tallers. El 23 de agosto de 1729 se acordó reunirse en la casa de don Ramón de Dalmases, Marqués de Vilallonga, en la calle de Montcada, antigua sede de la Academia Desconfiada, donde efectivamente van firmadas muchas actas hasta la muerte de este académico. Pero aunque la documentación corporativa estaba depositada en casa Dalmases (como se indica en la sesión de 13-II-43), vemos que algunas sesiones se celebraron en la casa del Conde de Peralada (6-X-29), en la del Marqués de Llió (27-XII-29), en la de don Félix Amat (18-VII-30). Muerto el académico Dalmases, la Academia se reúne preferentemente en la casa del Conde de Peralada, situada en la plaza de Santa Ana.

Se acordó en un principio que la Academia se reuniera el día primero de todos los meses, luego se prescribió que cada martes se celebrara sesión, pero pronto esta periodicidad fué variando. En cambio, se mantuvo muy rigurosamente la costumbre de celebrar, en Semana Santa, la que denominaban «Academia de Pasión», que se dedicaba casi exclusivamente a lecturas sobre temas devotos y al recitado de poesías religiosas.

El Capitán General de Cataluña, el belga don Guillermo de Melun, Marqués de Risbourg, fué entusiasta protector de la primitiva Academia y su presidente desde 1731. Cuando la Corporación decidió crear su emblema, quiso perpetuar en él el apellido del Marqués, y así diseñó «un escudo en losange, coronado de flores, campo azul, una colmena sobre terreno florido, con el mote *Mel-undebeatur opus,* guarneciendo el escudo ramitas de tomillo y flores, y a todo el sello el mote: *Per flores et thyma summa volant*» (*Memorias,* I, pág. 6). Al enfermar el Marqués de Risbourg, y creyéndose que había sanado totalmente de su dolencia, se acordó celebrar una sesión en la cual «se compongan todos los assumptos sobre las quatro Virtudes Cardinales, con que tan grandemente se halla adornado Su Excelencia, concretados a la victoria que ha logrado de mal tan impertinente», y se encomendó al académico Sagarriga que «siendo el vino una de las causas principales de la gota, le dirija una invectiva por haber acometido a un varón tan sobrio que no bebe vino» (acuerdos de la sesión de 6-VIII-34). Pero en la próxima sesión se dispusieron rogativas por haberse agravado el estado del enfermo, y en la junta celebrada el 10 de octubre se puso de manifiesto el dolor de la Academia por el fallecimiento del Marqués.

En esta primera época los componentes de la Academia son casi exclusivamente aristócratas y eclesiásticos. Nobles titulados y cardenales, obispos, abades, canónigos y presbíteros se reúnen y departen con cortesía y cierta ingenuidad en el siglo de la ilustración y del

enciclopedismo. La presencia de tantas personalidades hacía difícil el protocolo, y así vemos que pronto se acuerda comenzar las sesiones sin realizar ceremonia alguna (sesión de 3-I-30) y que más adelante, para evitar cumplidos y etiquetas, se decidió tomar asiento *ordine turbato* (sesión de 1-III-35).

Con frecuencia se celebraban reuniones con recitados musicales. En el año 1731 se celebró una sesión que se ajustó al siguiente programa: «Primero se cantará el Canario, con tres coblas y un intermedio a todos; se seguirá la introducción; en el lugar de ésta que sabe el P. Director, podrá hacer señal con la campanilla, y se repetirá la última cobla del Canario, y después acabará la introducción. Inmediatamente se seguirán las coblas de la Pabana, y luego leerán los papeles don Ramón Dalmases, don Antonio Giblé, don Gerónimo Ribas, don Antonio Ametller. Se cantarán las coblas de la Gayta y proseguirán los asuntos don Juan Sagarriga, don José Pinós, el Marqués de Sentmenat, don Pedro Serra, don Pablo Dalmases y el P. Massanés. Se cantarán las coblas del Babao y leerán papeles otros señores, y resolución de un problema. Se cantarán las coblas de la Xacona y seguirá el vexamen de Mora, y se cantará una seguidilla, las coblas de las follías y el examen de Comas y las coblas del Villano». Como puede verse, estas reuniones en las que alternaban los parlamentos y las canciones, sesiones que denominaban «con idea y música», deberían ser muy largas. Esta «orden del día» nos permite advertir que en la primitiva Academia todavía persistían elementos de las de los siglos anteriores, como los problemas y vejámenes. Agrupación profundamente conservadora, la Academia, en sus primeros años, se halla más vinculada al pasado que pendiente de su época. Los trabajos que en ella se leían de 1729 a 1751 corresponden a una mentalidad y a unos gustos ya entonces superados, como el discurso físico-moral en el que el académico señor Giblé explicó por qué los escitas preferían la inclemente aspereza de su país a las delicias de Roma (sesión de 20-VI-36) o aquellas cuartillas del Marqués de Barbará tituladas «Prosopopeya en la que se queja la rosa blanca de no haber participado la fortuna de quedar colorada con la sangre de Adonis» (sesión 4-IV-36), que en pleno siglo de las luces, normativo y neoclásico, despide un aroma de retorcimiento barroco.

La Academia bajo la protección real

Don José de Mora, Marqués de Llió, Vicepresidente o Director de la innominada Academia barcelonesa, hallándose en Madrid en mayo de 1751 logró que Fernando VI la acogiera bajo su protección,

sancionara su denominación definitiva y aprobara sus Estatutos en real despacho firmado en el Buen Retiro el día 27 de enero de 1752. El primero de mayo siguiente, en junta reunida en su propio domicilio, el Marqués de Llió presentó a sus compañeros tan importante disposición, cuyo preámbulo es como sigue:

«El Rey. Mi Governador Capitán General del Principado de Cathaluña, Presidente de mi audiencia, que reside en la Ciudad de Barcelona, Regente y Oidores de ella y demás Jueces, Justicias, Ministros y personas a quien en qualquier manera tocare la observancia y cumplimiento de lo contenido en esta mi Cédula, sabed que por Decreto de diez de este mes, señalado de mi real mano, dirigido al mi Consejo, he tenido por bien de decir: Que siendo uno de los principales medios para fomentar el estudio y progresso de las Ciencias, que tanto deseo florezcan en mis Dominios, el establecimiento de Academias, o Juntas de Hombres Estudiosos, que con la conferencia se comuniquen sus tareas y acrisolen sus discursos y descubrimientos, y haviéndoseme expuesto que desde el año de 1729 se hallaba formada una de estas juntas o academias en essa Ciudad de Barcelona, con el objeto de componer una Historia de Cathaluña y de instruirse la juventud en la Historia Sagrada y Profana, en las Philosophías Natural, Moral y Política, y en la Rhetórica y Poesía, cuyos principios prometían el más seguro y colmado fruto; después de la especial complacencia que me ha causado la noticia de tan claras muestras de zelosa aplicación en los individuos que la componen, he condescendido con el mayor gusto a la súplica que me ha hecho el Marqués de Llió, su actual Director, tomándola baxo mi real protección y aprobando sus Estatutos, que adjuntos remito al Consejo para que, expidiéndose el Despacho correspondiente, sea atendido y tratado este Cuerpo como que logra mi patrocinio y aprobación.»

A continuación de este preámbulo, en el que se destacan las finalidades que la Academia se propuso desde su fundación en 1729 — la redacción de una *Historia de Cataluña* y la educación literaria de la juventud barcelonesa — sigue el articulado de los Estatutos, de los cuales vale la pena de recordar algunas disposiciones. En el primero de los artículos se insiste en el propósito esencial, el de «formar una Historia de Cathaluña, aclarando aquellos puntos que han querido controvertir o suponer ya el error, ya la malicia». Se dispone que los académicos numerarios sean en número de cuarenta, pero se prevé la existencia de supernumerarios y de honorarios, categoría que pronto se confundirá con la de los que hoy se denominan correspondientes. Se reglamentan las votaciones secretas para la admisión

de nuevos individuos y se dispone que si un académico deja de asistir por un año entero a las sesiones, sin causa justificada, su plaza se declare vacante y se nombre otro en su lugar. El Gobierno irá a cargo de un Presidente perpetuo, «de dentro o fuera del Cuerpo» (lo que explica las presidencias de grandes personajes, a veces no residentes en Barcelona, que no eran académicos), elegido por votación, un Vicepresidente, un Secretario, un Celador, «que tendrá el especial encargo de zelar el puntual cumplimiento de los Estatutos y estilos académicos», y cinco Revisores, «los quales baxo la misma regla se han de mudar todos los años, tres para los trabajos respectivos a la Historia de Cathaluña y dos para los demás». Se dispone que se celebre una junta cada mes, «que ha de durar dos horas», pero las reuniones se podrán hacer más frecuentes si las tareas así lo exigen. En cuanto al protocolo de las sesiones «el Presidente ocupará solo la testera de la mesa..., el Secretario el lado derecho, y el izquierdo el Revisor a quien toque, y junto a éste se prevendrá un assiento para el Académico que huviere de leer. Los assientos colaterales irán tomando los demás Académicos por su antigüedad». No obstante, «a los Cardenales, Arzobispos, Obispos, Grandes de España o Embaxadores de la Corona que concurriessen en las Juntas generales [nombre que se aplicaba a las sesiones ordinarias], se les dará assiento a los lados del Presidente».

Por lo que se refiere al sello de la Corporación se acepta el anterior, o sea la colmena, pero se mudará el mote, que ha de ser *Et Rege et Lege.*

El Real Despacho con los Estatutos fué escuchado atentamente por los componentes de la Academia de 1729; y acabada la lectura el Marqués de Llió clausuró e hizo cesar solemnemente la antigua Corporación pronunciando los siguientes versos del *Phoenix* de Claudiano:

Accipe principium rursus, corpusque coactum
desere; mutata melior procede figura.

Acto seguido dejó la silla de dirección de la Academia sin nombre y volvió a ocuparla en calidad de miembro más antiguo de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Inmediatamente se votaron los cargos directivos según los nuevos Estatutos, con los siguientes resultados: Presidente, don Bernardo Antonio de Boxadors, Conde de Peralada y Vizconde de Rocabertí; Vicepresidente y Director: don José de Mora y Catá, Marqués de Llió; Secretario: don Ramón de Ponsich y Camps; Celador: don Antonio de Armengol y Ayme-

rich, Barón de Rocafort; Revisores de la Historia de Cataluña: el doctor don José Vinyals de la Torre, abogado de la Real Audiencia, el doctor don Salvador Sanjuán, presbítero, también abogado de la Real Audiencia, y don Francisco de Prats y Matas, secretario del Rey; Revisores de otras obras: don Juan de Sagarriga y Reart, Conde de Crexell, y el doctor don José Pla, abogado de la Real Audiencia. Como Decano se nombró a don Francisco de Sentmenat y Agulló, Marqués de Sentmenat.

Verificada la elección se acordó encomendar al Marqués de Barbará que comunicara a su primo, el Conde de Peralada, ausente, que había sido designado Presidente de la Real Academia, y acto seguido el Marqués de Llió pronunció una Oración, en la que se mezclan la altisonante retórica y el enfoque práctico de las tareas de la entidad. Se encargó a don Francisco de Prats una oración gratulatoria al Rey, al Conde de Crexell otra, en verso, a la Reina, y otra finalmente, en latín, para manifestar la gratitud de la Real Academia al Ministro de Estado don José de Carbajal y Lancáster, que debía escribir don José Pla. Estas piezas literarias fueron leídas en sesiones sucesivas.

En esta primera reunión de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona se eligió académico numerario a don Francisco de Alós y Rius, Marqués de Puertonuevo, y honorarios a don Agustín de Montiano y Luyando, fundador y primer director de la Real Academia de la Historia, a don Alfonso Clemente de Aróstegui y a don Ignacio de Luzán. En las oraciones gratulatorias que estos nuevos académicos remitieron a la Real Corporación hallamos, entre las pomposas frases de rigor, algunas curiosas observaciones. Agustín de Montiano escribe: «Aun se conserva en los ingenios cathalanes la semilla de la *Gaya Ciencia,* porque no se muda la naturaleza con los años, ni el clima con el transcurso del tiempo. En los ancianos dominios adjacentes a Cathaluña se crió aquella primera Academia de que hay memoria; essa ilustre Ciudad fué su segundo assiento. La misma lengua proenzal, de que aun hoy usa V. Exc. con no grave alteración, fué también con la que Apolo habló primero para instruir a las demás naciones, después que la inundación de los bárbaros sufocó las amenidades griegas y latinas. No será pues, estraño que se renueven hoy aquellas feraces plantas que fecundaron a tantas provincias, ni que se críen para la común utilidad, para la enseñanza y para el exemplo, otro Mossén Jordi, otro Mossén Febrer, otro Ausias March y otros muchos elevados númenes que pueblen los anchurosos espacios que esterilizó la ignorancia o llenó sólo el mal gusto». El gran preceptista neoclásico Ignacio de Luzán aprovecha su respuesta a la Real Academia para hacer resaltar la superioridad de las Letras

respecto a las Ciencias y las actividades que «enseñan algunas cosas útiles para la vida» y pondera las glorias medievales de la Corona de Aragón.

LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS HASTA LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (1752-1807)

La protección de Fernando VI y la sanción de unos *Estatutos* dió a la Academia, ya Real y de Buenas Letras, un sentido de responsabilidad y un tono serio y consciente que hasta entonces no habían caracterizado sus tareas. La Corporación ha dejado de ser un grupo de amigos, aficionados a las letras, que se reunían para leerse los mutuos trabajos y que a pesar de abrigar proyectos considerables y haber contribuído en algún momento al estudio de problemas de interés, no dejaban de ofrecer un acusado matiz de diletantismo. A partir del año 1752 las actas de la Corporación revelan una nueva actitud, que no tan sólo se manifiesta en el rigor del protocolo y en las relaciones con otras Academias españolas y extranjeras, sino en la oportunidad de muchas de las comunicaciones leídas, en el afán por tareas colectivas y de colaboración, en el informe y censura de publicaciones, en la intervención en asuntos culturales de la ciudad y en la aparición de los primeros trabajos impresos. Persisten todavía, es cierto, algunos aspectos de la antigua Academia, como la piadosa costumbre de celebrar todos los años, en Semana Santa, las llamadas «Academias de Pasión» ; y si se evitan las recitaciones de composiciones burlescas o versos jocosos, que menguan considerablemente, se reserva para las llamadas «Academias de Carnestolendas», que se celebran en Carnaval, la lectura de piezas satíricas y de buen humor.

En sus primeros años de actividad, la Corporación se relaciona con las recién creadas Reales Academias de Sevilla (sesión de 14-VIII-52) e Histórico-Geográfica de Caballeros de Valladolid (sesión de 10-II-53), accede a las peticiones de Agustín de Montiano y de Ignacio de Luzán que desean utilizar el título de académicos honorarios en sus publicaciones (ibid), admite como correspondientes a una serie de historiadores y literatos, y de esta suerte logra un crédito y una consideración estables en toda España.

Entre las tareas colectivas que se impuso la Real Academia de Buenas Letras destaca la redacción de la *Historia de Cataluña,* proyecto heredado de la Academia antigua, acogido con afecto por Fernando VI y emprendido con optimismo por los académicos desde la sesión del 2 de junio de 1752, segunda de la Academia Real. Se acor-

sión del manuscrito. La Real Academia decidió procurarse una copia por medio del Conde de Aranda.

Una de las tareas que realiza la Real Academia con más asiduidad durante el siglo XVIII es la censura y aprobación de libros. Primordialmente revisa las obras de los propios académicos, y así vemos que aprueba la publicación de la *Adarga Catalana* de Francisco Xavier de Garma; pero también informa sobre obras de personas ajenas a la Corporación. En este aspecto en la sesión del 8 de octubre de 1767 se comunica que el Capitán General ha enviado a dictamen una obra inédita de Miguel Prim sobre diplomas y tratados, que pretende dedicar al Príncipe de Asturias. La Real Academia contesta que es obra sin valor y llena de disparates, pues entre otras cosas afirma que en el año 16 de nuestra era ya se había introducido el Cristianismo en Cataluña y hace mención del rey Pedro vigésimo tercio de Aragón.

La verdadera labor de la Real Academia durante el siglo XVIII hay que buscarla en los trabajos leídos en las sesiones, muchos de los cuales son de interés y se hallan de acuerdo con los progresos de las ciencias históricas de la época. No faltan las comunicaciones de tipo arqueológico, como aquella del 12 de julio de 1756 en la que el P. Luis Verde presentó «una pequeña imagen del ídolo Mercurio, primorosamente trabaxada y de materia de bronze, encontrada en la montaña de Torroella, en lugar distante una legua, llamado *Salt de l'euga*». Merece especial mención el acuerdo tomado en la sesión del 30 de junio de 1762, que es como sigue: «Considerando la Academia que muy frecuentemente en los edificios que se dirruyen y otros que se levantan, con el trabaxo de las excavaciones se encuentran lápidas, monedas y otras memorias antiguas, que infelizmente las sepultan la ignorancia o desidia de los artífices, con perjuicio del público y de la verdad histórica y especialmente del alto fin que tuvo Su Magestad en la formación y establecimiento de este Cuerpo, que tiene por principal objeto la historia de Cathaluña, y considerando que el dar alguna providencia por el Muy Ilustre Ayuntamiento por lo respectivo al caso de esta ciudad, y con todo el Principado por el Excelentísimo Señor Jefe de esta Provincia, se podría conseguir que los nuestros artífices y trabaxadores diesen cuenta de sus descubrimientos de la clase de los referidos, acuerda la Junta que por el Secretario se dispongan los memoriales y representaciones que se necesiten en nombre de la Academia para asegurar el fin de esta importancia».

En 1765 se advierte que la Real Academia ha entrado en un período de decadencia y postración. No sólo se resiente de una total

carencia de fondos económicos sino que los académicos dejan de asistir a las sesiones, las comunicaciones leídas son de un nivel muy bajo y las reuniones se espacian. En 1778 se requiere al Conde de Darnius para que asista a las juntas, pues hace ya más de un año que se le avisó que debía asistir, y de lo contrario dejará de ser convocado. En 1782 se celebran solamente dos sesiones. En las actas del año 1785 se encuentran frases alusivas al «infeliz estado de este Regio Cuerpo por la falta de concurrencia de los que lo componemos» y a la necesidad de «restablecer a este Regio Cuerpo en su antiguo esplendor y aplicación, levantándole de la decadencia en que se halla». El descenso sigue, y vemos que entre julio de 1797 y marzo de 1799 no se celebra ninguna sesión, y en los años sucesivos, hasta 1807, la decadencia corporativa es evidente.

La Real Academia de Buenas Letras celebró sus sesiones en la casa del Marqués de Llió, de la calle de Montcada. A partir de 1777, por concesión del Ayuntamiento, se celebraron «en la pieza grande de sus casas llamada la del Consejo de Ciento». Al ingresar en la Corporación, los nuevos académicos leían una «oración gratulatoria», que se reducía a expresar, más o menos retóricamente, la satisfacción del recipiendario, sus protestas de humildad y de gratitud. He aquí cómo se expresaba el Marqués de Puertonuevo al ingresar en 1752: «Sabiendo haverse servido V. Exc. incluirme en el cathálogo de los Sabios y Discretos de essa Real Academia, no puedo atribuir esta dichosa calificación sino a un visible cohecho de los individuos académicos que no juzgaron, como debían, de mis limitadas luces, bien si se dexaron llevar de los afectos, dando más esplendor a aquéllas del que en realidad demuestran por la gran multitud de sombras que las ofuscan». En 1788, al ingresar don Miguel A. Molins, vemos que la oración gratulatoria ha adquirido un nuevo aspecto, que ya será definitivo. No se trata de un mero discurso de gracias sino del desarrollo de un tema histórico, que en este caso versó sobre «que en los tiempos del mayor imperio romano y en los que llegan hasta nuestros días, pudo y puede Cathaluña servir de modelo en valor y ciencia a las naciones francesa y italiana». Al año siguiente ingresó el mercedario fray José Mudarra y disertó sobre «el origen, aumento y fuerza de la eloqüencia», texto que fué impreso y se repartió entre los académicos.

Gran solemnidad revistió la sesión celebrada el 5 de septiembre de 1759 con motivo de la muerte de Fernando VI, protector de la Real Academia. Don Francisco Xavier de Garma leyó una oración necrológica; el agustino fray Francisco Armanyá un «discurso patético» en verso heroico latino; don Francisco Sanjuán cuatro déci-

mas y un soneto en catalán sobre el «lastimoso suceso» ; fray Antonio Andreu «unas liras en idioma cathalán epilogando en ellas el común quebranto con el objeto más digno de las veneraciones y memoria de la Academia», y a continuación leyeron trabajos dedicados a la buena memoria de Fernando VI el Marqués de Sentmenat, el Marqués de Barbará, don Juan Casamayor, don José Bastero, don José Fornés, don Domingo Félix de Mora, don Mariano de Sans, don José de Portell, el Conde de Crexell, don Benito Vinyals, don Francisco de Prats, don Francisco de Novell, don Miguel de Magarola, el Conde de Darnius, el Barón de Rocafort, fray Domingo Boria, fray José Mercader, algunos de ellos en latín, y finalmente el Director Marqués de Llió pronunció un discurso y el Secretario, don Ramón de Ponsich, compuso un soneto. El mes siguiente — el 19 de octubre — estos mismos académicos, «con el cabello de ceremonia, no atado», a las once de la mañana, «en coches de dos mulas, por orden de antigüedad», se dirigían a besar las manos del nuevo monarca, Carlos III, que acababa de desembarcar en Barcelona. Llegados a Palacio subió toda la Corporación hasta alcanzar la pieza en que estaba el Rey, donde pararon y se distribuyeron en dos alas, dejando paso al Director y a los académicos más antiguos, y todos besaron las manos del Monarca, el cual les acogió «con demostraciones y expresiones de agrado, de sumo honor para la Academia». Al descender el Marqués de Llió dió dos doblones de oro a los alabarderos, «por la adehala».

La Real Academia del XVIII, cuyos componentes siguen siendo en su mayoría jerarquías eclesiásticas y nobles, mantiene su tono conservador y manifiesta, incluso por motivos insignificantes, su monarquismo. Si es sintomático el que en la sesión del 25 de mayo de 1779 don Antonio Juglá y Font diserte sobre «si el siglo presente puede llamarse con fundamento Siglo Ilustrado», no lo es menos que en la del 26 de febrero de 1794 se lea un canto elegíaco de fray Ambrosio Puig «sobre la muerte de la Reina de Francia María Antonieta de Lorena». Pero, afortunadamente, no siempre los académicos del siglo de las pelucas tenían que tratar asuntos tan graves ni tan tristes. Reconforta leer en el acta del 22 de mayo de 1754 la siguiente nota : «En atención a que se ha tenido presente que concurren los días de las Juntas particulares de la Academia de la semana que viene en los que hay corrida de toros, fiesta casi nueva en esta Provincia, y que por esto es regular que asistan a ella varios individuos de la Junta, y respecto así mismo que en el primer miércoles de junio también habrá igual fiesta, acuerda la Junta transferirlas a otros días».

Reorganización y revolución en la Real Academia (1815-1823)

En julio de 1807 se celebraron las últimas reuniones de la Real Academia de Buenas Letras al entrar ésta en los siete años de silencio e inactividad motivados por la ocupación napoleónica de Barcelona. El 28 de mayo de 1814 las fuerzas francesas evacuaron la capital, la cual paulatinamente fué recobrando su vida normal. Al año siguiente, el 13 de julio de 1815, el más antiguo académico, el canónigo don Francisco de Sans y Sala, reunió en su domicilio a aquellos de sus compañeros que todavía vivían y se hallaban en Barcelona, que en total fueron trece. Se trató de la reorganización de la Real Academia y de la provisión de un nuevo local para las reuniones, ya que el Ayuntamiento manifestó que no podía ceder la Sala del Consejo de Ciento. La Corporación aparece sumida en la mayor de las indigencias, ya que, para proveer el cargo de Vicepresidente, por falta de celudillas se votó *ad aurem* del Secretario. Se leyó una canción «A la libertad de Barcelona» escrita por el Vizconde del Puerto con el arcádico seudónimo de *Eliso Barcineo*. Era preciso cubrir las vacantes que se habían producido en los años de la guerra, y así el 10 de marzo de 1816 fueron elegidos dieciséis nuevos académicos, entre ellos el Barón de Eroles, famoso guerrillero entonces Teniente General, y el obispo de Astorga don Félix Torres Amat. Era el Presidente don Juan Antonio de Fivaller y de Bru, conde de Darnius, Marqués de Villel y Duque de Almenara Alta, que en aquellos momentos difíciles tuvo la iniciativa de organizar conferencias públicas de historia, que se pronunciaron de noviembre de 1819 a julio de 1820. Pero a pesar de todo la vida académica languidecía, principalmente por la abstención de muchos de sus componentes a asistir a las reuniones. El 24 de febrero de 1818 no se pudo celebrar junta porque sólo se presentaron cuatro académicos; y en las actas se refleja, a veces malhumoradamente, el descontento de los pocos asiduos. Cuando en enero de 1817 se amonesta a fray Francisco Vila por no haber asistido a una sesión en la que tenía que leer un trabajo, el amonestado, contrariado por la censura, se da de baja de la Corporación. En la «Academia de Pasión» del año 1818 se leyeron trabajos antiguos porque los académicos no quisieron escribir nada expresamente para aquella sesión.

La revolución liberal de 1820 tuvo en la Real Academia de Buenas Letras una repercusión decisiva. En abril de este año y en junio del siguiente ingresan nada menos que treinta nuevos académicos nume-

rarios, entre los cuales, si bien no faltan los canónigos, clérigos y frailes de distintas órdenes, se destaca un grupo de escritores, todos ellos jóvenes, de ideas liberales y en los que se advierte una actitud y un concepto de las letras que se pueden calificar de románticos. Por vez primera la Real Academia de Buenas Letras acoge en su seno a figuras de «ideas avanzadas», no tan sólo en política sino también en literatura, para asombro y estupor de los viejos académicos que habían ingresado a finales de la etapa anterior. En las sesiones de los años 1820, 1821 y 1822 toman la palabra, con ardor y violencia, una serie de muchachos como don Ramón Muns o don Ignacio Santpons, que tenían veintisiete años, don Buenaventura Carlos Aribau, que tenía veinticuatro ; don Ramón López Soler, que acababa de cumplir los veintidós, y entre los de más edad, don Próspero de Bofarull. La mayoría de estos jóvenes procedían de la «Sociedad Filosófica», academia juvenil que se había iniciado en 1815, cuando eran literalmente unos niños. En 1822 ingresaba, a los veintiún años, Wenceslao Ayguals de Izco, autor de *María, o la hija de un jornalero,* amigo y admirador de Eugenio Sue y sentimental defensor del proletariado.

Las actas transparentan una verdadera revolución en la hasta entonces tan conservadora Academia. En enero de 1817 se había rechazado la propuesta de un notario de Gerona, que quería ingresar como académico, por no ser noble. En julio de 1821 se acuerda que «dentro de la Corporación los académicos no tendrán tratamiento especial ni distinción alguna, estableciendo únicamente el tratamiento de usted para todos». En la sesión del 7 de mayo de 1821 se intentó un verdadero *trágala,* pues se propuso que «respecto de haber algunos socios, bien que muy pocos, que no asistieron a la Junta general del año anterior de 1820, en que todos los demás prestaron juramento de observar la Constitución política de la Monarquía, sin que tampoco lo hayan verificado posteriormente, se les exija este requisito y prueba de adhesión al sistema constitucional que han dado particularmente los ciudadanos en todas las corporaciones científicas de esta ciudad». Se acordó no resolver nada hasta que acabara la discusión sobre los nuevos *Estatutos,* que era uno de los mayores empeños de aquellos momentos.

A partir de abril de 1822 la Real Academia se reunía en una sala que había cedido la Diputación Provincial. Iban por buen camino las gestiones conducentes a obtener subvenciones oficiales, se advertía una franca protección por parte de las autoridades locales y parecía que pronto iban a aparecer manifestaciones impresas de la labor académica, cuando tiene lugar la reacción absolutista que interrumpe la vida corportiva.

La última sesión de este período se celebró el 13 de enero de 1823, bajo la presidencia de don Próspero de Bofarull. El 23 de septiembre de 1824 una Real Orden de Fernando VII declaraba suspendidas las actividades de la Real Academia de Buenas Letras. Otra Real Orden del 20 de septiembre de 1830 dispuso que el archivo de la Academia se depositara y conservara en el Archivo de la Corona de Aragón. Ello fué una disposición providencial, ya que el director del gran archivo era don Próspero de Bofarull, el presidente de la corporación extinta, que recogió la documentación con amor y sumo cuidado y dió cuenta de ello, cuatro años más tarde, cuando volvió a sentarse en el sillón presidencial de la Real Academia.

La Academia de la «Renaixença» (1833-1900)

El 18 de junio de 1833 el Ayuntamiento de Barcelona, recogiendo una propuesta de uno de sus miembros, don Raimundo de Vedruna, acordó invitar al Duque de Almenara Alta, presidente de la Real Academia de Bellas [*sic*] Letras, a que se sirviera *reinstalar* dicha Corporación. Obsérvese que el Ayuntamiento procede con la cautela que exigen las circunstancias. La idea ha partido de don Raimundo de Vedruna, que fué Secretario de la Academia en los años 1821 y 1822, pero la invitación no se hace al último Presidente, que fué don Próspero de Bofarull, sino a don Juan Antonio de Fivaller y de Bru, Conde de Darnius, Marqués de Villel y Duque de Almenara Alta, cuya presidencia transcurrió entre 1815 y 1821, hasta que en la vida académica se impusieron los liberales. Almenara Alta, que en 1833 tenía setenta y cinco años, en aquel momento representaba el antiguo espíritu conservador de la Academia. Respondió declinando la distinción que el Ayuntamiento le hacía, excusándose por su avanzada edad, pero inmediatamente recibió otro oficio en el que la Corporación municipal, recordándole que era Presidente de la Academia «en la época en que suspendió sus egercicios literarios», insiste en que convoque a los académicos, pues «sólo éstos son, en concepto del Ayuntamiento, los que, reunidos, podrán acordar, acerca de lo que expone V. E., aquella resolución que crean más conforme a los estatutos e interés de la Corporación». Pocos días después — el 9 de noviembre — el Duque contesta con una carta que se abre con una significativa afirmación : «La Real Academia de Buenas Letras, no sólo suspendió sus exercicios literarios en el año 1820, sino que quedó extinguida, en mi concepto». Esta frase, que está completamente de acuerdo con otras de los oficios municipales, revela que se pretende

borrar del historial académico la actuación de los jóvenes liberales que manejaron la corporación en 1821 y 1822. Almenara Alta indica que las actas y la nómina de los académicos están en poder del Secretario, que resulta ser don Raimundo de Vedruna, que lo fué precisamente en los citados años 21 y 22. El Ayuntamiento trasladó el asunto a Vedruna, que, como se ha dicho, formaba parte a la sazón del municipio barcelonés, el cual aceptó la misión y presentó el siguiente informe: «Cumpliendo lo acordado por V. E. en 12 de noviembre, he examinado los antecedentes de la Academia de Buenas Letras, cuyas Ordenanzas, con las listas de sus individuos, he conservado afortunadamente en mi poder desde el año de 1822, en que me hallaba de Secretario y se suspendieron las sesiones de la misma.» Vedruna, como vemos, no esconde la realidad, y sigue: «Entonces se arreglaron nuevos Estatutos. Algunos de ellos eran análogos a las circunstancias de aquella época, así como otros de los antiguos no son adaptables a la presente, pues limitaban a ciertas clases de personas la admisión en la Academia, cuyas puertas, según mi entender, deben estar abiertas para todos los que progresen en la erudición y puedan hacer honor a la literatura de nuestra Patria, que en otros tiempos ha producido talentos que se han dado un nuevo ser a sí mismos, elevándose sobre la esfera de su clase y haciéndose un lugar distinguido entre los más eminentes del Estado». Termina solicitando al Ayuntamiento la Sala de Ciento para las reuniones generales y públicas de la Academia y «alguna otra pieza de estas Casas Consistoriales» para las sesiones ordinarias. El 16 de diciembre el Ayuntamiento nombró una comisión para que procediera a la rápida «reinstalación» de la Academia. Tal comisión estaba hábilmente formada por cuatro académicos de diversas épocas: don Raimundo de Vedruna, procedente de la primera etapa de la Real Academia, pues había ingresado en 1803; don José Mariano de Cabanes y el Barón de Foxá, entrados durante la reorganización que siguió a la guerra de la Independencia (en 1816 y 1818 respectivamente), y don Ramón Muns, uno de los más característicos liberales que ingresaron en 1820, que además en aquel momento (1833) era secretario del Ayuntamiento de Barcelona. Es de creer que todas estas gestiones encaminadas a restaurar nuestra Corporación, en momentos difíciles políticamente y en los que los académicos se hallaban divididos en bandos irreconcialiables, se debieron al tacto y a la oportunidad de Raimundo de Vedruna y de Ramón Muns. El resultado fué halagüeño, pues el 30 de diciembre, en el Salón de Ciento, se reunió, después de nueve años de inactividad y silencio, la Real Academia de Buenas Letras, concurriendo once académicos, sin presidencia determinada ni presencia de autoridades

políticas. Vedruna informó a los asistentes de los deseos del Ayuntamiento barcelonés, y aquella misma tarde, en la sesión que celebraba la corporación municipal, comunicó que «había tenido la satisfacción, junto con su compañero don José Mariano de Cabanes, de reinstalar, a nombre y por comisión del Ayuntamiento, la Real Academia de Buenas Letras de esta ciudad, en el Salón de Ciento de las Casas Consistoriales, de cuya noticia ha quedado el Cuerpo [Municipal] sumamente complacido, por los favorables resultados que espera de la reunión de aquel instituto literario».

La primera sesión ordinaria se celebró el 13 de febrero de 1834. Ocuparon la presidencia y la secretaría don Próspero de Bofarull y don Ramón Muns. Aquel año la intranquila situación política impidió que la vida académica discurriera con normalidad, lo que no se logró hasta septiembre de 1835. La labor de don Próspero de Bofarull, como Presidente, y de don Ramón Muns, como Secretario, que con algunas intermitencias perduró hasta 1839 y 1852, dió a la Academia una época de prosperidad y de eficacia, pues ambos supieron infundir a la Corporación unas misiones concretas, la realzaron seleccionando los nuevos ingresos entre personas de auténtico prestigio y lograron que trascendiera en la vida ciudadana. Los exaltados jovencitos liberales del 1820 eran, catorce años más tarde, personas maduras, de equilibrado criterio y que se habían templado en las etapas revolucionarias y habían adquirido práctica administrativa en cargos políticos. Ahora convivían en paz con los obispos, abades, canónigos y nobles que pertenecían a la Corporación, aunque no en número tan cuantioso como antes, y no se les ocurría llamarles «ciudadanos académicos» como, con gran escándalo de las personas sensatas, habían hecho en las tirantes sesiones de los años 1821 y 1822. La Real Academia, que durante el siglo XVIII y primeros años del XIX fué, como era natural, una entidad reservada a las clases noble y eclesiástica, se convertía ahora en un pacífico hogar de convivencia donde, en el denominador común del estudio y de las letras, entraban cuantos lo merecían por su saber y departían serenamente con quienes, de puertas afuera, tal vez eran sus terribles enemigos políticos. En la agitada vida española del siglo XIX, tan agudizada en Barcelona, la Real Academia fué un oasis de paz, característica que ha mantenido, afortunadamente, hasta los días presentes.

La Academia, ya reorganizada y en plena normalidad, se impuso determinadas tareas. De la famosa *Historia de Cataluña*, ya secular proyecto, se vuelve a hablar en 1836 y en 1854, pero no se hace nada concreto. En 1862 se decide que la Academia componga una gramática y un diccionario de la lengua catalana, iniciativa de

los señores Rubió y Ors, Roca y Cornet y Manjarrés (sesión de 5-II), que luego se reduce a la confección de un tratado de ortografía catalana en cuya redacción se ocupó el señor Balari (sesiones de 29-IX-79 y 14-II-80) y que se publicó en 1879 y 1884, asunto que tendrá consecuencias en la vida académica del siglo siguiente.

El resurgimiento de la Real Academia a finales de 1833 coincidió con la realización de otro gran anhelo cultural de los barceloneses: la restauración de la Universidad. Nuestra entidad intervino en ello muy decisivamente, no tan sólo porque eran académicos la mayoría de los nuevos catedráticos de la Universidad de Barcelona sino también porque en el seno de la Real Academia se iniciaron algunas de sus primeras tareas docentes. En la sesión del 7 de octubre de 1835, en la que se hallaba presente el académico doctor don Alberto Pujol, que tenía que ser el primer rector de la nueva Universidad, se acordó que la Real Academia abriera tres cátedras, una de Historia de España, con aplicación particular a Cataluña, otra de Lengua Castellana y otra de Literatura Castellana, que fueron encomendadas respectivamente a don José Martí, a don Mariano González y a don Alberto Pujol. Cada asignatura era explicada en dos clases semanales, que se celebraban de 12 a 1. Tras una felicitación enviada a la Academia por la Reina Gobernadora, las cátedras se inauguraron el 7 de diciembre. Pronto se agregaron una cátedra de Oratoria y otra de Lengua Griega. La matrícula era gratuita, y hasta 1837 se fueron dando las clases y verificándose los exámenes con toda normalidad. Reorganizada la Universidad, la Real Academia cesó en este cometido, y en la sesión del 7 de noviembre de 1837 se leyó una comunicación de la Universidad Literaria de Barcelona manifestando «que se ha dispuesto notar en la historia de dicha entidad lo mucho que esta Academia contribuyó para su instalación». La creación y mantenimiento de estas cinco cátedras revela que la Real Academia reemprendía sus tareas con una clara conciencia de su misión y que, dentro de las exigencias de los nuevos tiempos, se mantenía fiel a aquel propósito de instruir a la juventud que le impuso Fernando VI en 1752.

La desamortización de los bienes eclesiásticos y el afán por el progreso ocasionaban la destrucción y derribo de conventos e iglesias la belleza de cuya línea medieval sentían perfectamente los académicos, principalmente aquellos que fueron jóvenes liberales, que eran los más afectos a la ideología romántica. En la sesión del 8 de noviembre de 1836 el Secretario Muns propone que, en vista de que se anuncia la demolición de los conventos barceloneses de Santa Catalina y de San Francisco, la Academia procure salvar los «sepulcros,

estatuas, inscripciones *en lemosín,* y objetos artísticos» que hay en ellos, y que se dirija a la Junta de enajenación de conventos para que antes de los derribos se efectúe una inspección por parte de la Academia. En la sesión del 6 de diciembre el académico Pi y Arimón informó de que la comisión nombrada por la Academia había recogido los objetos artísticos de Santa Catalina y de San Francisco. Al año siguiente, en enero, una comisión de la Academia visitó al Alcalde para pedirle que evitara el derribo de Santa Catalina; se logró la suspensión, pero luego el Ayuntamiento se inhibió del caso y el convento fué destruído. En la sesión del 3 de marzo de 1838 la Real Academia informó al Jefe Político de Barcelona en el sentido de que «por punto general se conserven todos los edificios, no presentándose algún interés de mucha cuantía de derribo». La Corporación también se interesó, en varias ocasiones, por la conservación de edificios de valor artístico, y así el 19 de mayo de 1855 se dirigió al Gobierno pidiendo que se procurara salvar el monasterio de San Cugat y la Casa del Arcediano, que amenazaban ruina.

Junto a esta preocupación por la salvación de la arquitectura medieval, la Real Academia va formando su museo y reúne toda suerte de lápidas, capiteles y objetos de valor arqueológico que logra localizar y obtener. Al propio tiempo se va engrosando su biblioteca, en la que en 1835 ingresa el raro incunable de la Gramática de Mates, regalado por el académico don Jaime Ripoll, y ya desde aquella fecha se sostiene y defiende que se trata del primer libro impreso en España. Al año siguiente el Ministerio de la Gobernación concede a la Academia los manuscritos hallados en los conventos «que tengan relación con la historia y antigüedades de Cataluña».

En este período las reuniones se solían empezar a las ocho y media de la noche, con excepción de las públicas, que se celebraban a las doce del mediodía. El afán por tener un local propio se manifiesta en gran número de sesiones del siglo XIX. En 1835 la Academia se reúne en «una de las salas del ex Colegio del Carmen que ocupa el Gobierno Civil», pero aspira a instalarse en alguno de los conventos vacantes y parece el más apropiado el de los Agustinos. En diciembre de 1836 la Junta de enajenación de conventos comunica que ha determinado ceder interinamente el Monasterio de San Juan a la Academia y la Sociedad Económica de Amigos del País. La posesión de dicho local dió muchos quebraderos de cabeza a la Academia, pues el Jefe Político intentó arrojarla de allí, y cuando ya se había conjurado este peligro, comenzaron las protestas de las religiosas Maltesas, que reclamaban lo que era bien suyo. En febrero de 1859 el Ministerio de Gracia y Justicia ordenó que la Academia y la Sociedad Económica

desocuparan parte del inmueble por reclamación interpuesta por las monjas. La Academia protestó y se consideró «despojada», pero no tuvo más remedio que abandonar el convento. En junio de 1860 se hicieron gestiones cerca de la junta del Ateneo Catalán para que le cediera un salón, el cual accedió gustoso. En 1868 la Academia solicita a la Diputación Provincial un local para celebrar sesiones y guardar la documentación ; y a finales de 1877, habiéndose convertido en sala de lectura la habitación que le cedía el Ateneo, la Corporación se traslada a la antigua sacristía de la Capilla de Santa Águeda, ofrecida por la Comisión de Monumentos.

Dieciocho años antes de la instauración de «Los jochs florals», la Real Academia de Buenas Letras convocó un certamen literario con dos temas : el primero había de ser una memoria sobre el Compromiso de Caspe y el segundo una poesía épica, que tuviera por lo menos seiscientos versos, relativa a la expedición de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, «quedando al gusto del autor la elección del metro y del idioma castellano o catalán en que quiera escribirlo». El día 2 de julio de 1842 se procedió, en sesión extraordinaria y pública, a la apertura de los pliegos que contenían los nombres de los autores de los trabajos que fueron juzgados los mejores. La memoria sobre el Compromiso de Caspe premiada resultó ser original de don Braulio Foz, catedrático de Zaragoza, al que se concedió el título de Académico Honorario. Al poeta premiado, que se hallaba en la sala, también se le otorgó este galardón, y además se le entregó «una flor o violeta de oro prendida de una gorra de terciopelo negro con broches y plumas a la usanza de los antiguos trovadores». El Presidente colocó la gorra con la violeta de oro un momento en la cabeza del poeta, lo que produjo gran satisfacción a todos, «y en especial al bello sexo — puntualiza el acta de la sesión — que ve coronar en un joven tan apreciable las vivas inspiraciones del saber y del genio». El poeta se llamaba Joaquín Rubió y Ors y el poema se titulaba *Roudor de Llobregat*.

Es harto conocida la decisiva importancia que tuvo la Real Academia de Buenas Letras en el movimiento literario de la Renaixença catalana. Ya vimos que, desde sus sesiones del siglo XVIII, nunca se dejó de cultivar en ella la literatura en catalán, sobre todo en verso e incluso en composiciones de carácter grave. Una antología de las poesías leídas en nuestra Corporación haría ver que, en aquellos momentos que se suelen considerar como carentes de toda manifestación literaria en catalán, la Real Academia mantiene, sin aparato ni segundas intenciones, la tradición de siglos anteriores. Aribau asiste a las sesiones trece años antes de componer su *Oda a la Pàtria*, que

se suele considerar como el punto inicial del resurgimiento literario catalán, y ya hemos visto que Joaquín Rubió y Ors, otro de los patriarcas de la Renaixença, se da a conocer como poeta catalán en un certamen organizado por la Academia mucho antes de que surgiera la idea de crear «Los jochs florals». Cuando en la sesión del 25 de octubre de 1897 catorce académicos presentan una petición solicitando permiso para que los discursos de ingreso se puedan leer en catalán, la junta de Gobierno, que entonces preside Balari, contesta que «no existiendo en los Estatutos ni en el Reglamento artículos que taxativamente prohiban el uso de la lengua catalana en los actos públicos de la Academia, se cree innecesario tomar resolución sobre aquella petición y se acuerda en definitiva que pueda usarse indistintamente una y otra lengua en los discursos y publicaciones de la Academia».

Aunque a fines del siglo XIX se advierte cierta decadencia en la vida académica, hay que conceder que en esta etapa la Corporación logró su mayor apogeo. Ya hemos visto que a partir del 1833 existe lo que podríamos llamar una conciencia académica y de misión cultural, como revelan la creación de cátedras universitarias, el desvelo por la conservación de los monumentos artísticos, los afanes por crear un museo y una biblioteca, etc. Las publicaciones se reanudan con la edición de cinco tomos de las *Memorias* (en los años 1868, 1880, 1887, 1896 y 1898), de catorce discursos de ingreso, gran número de biografías y necrologías de académicos y de actas de sesiones públicas, monografías sobre temas particulares, etc. En sesiones celebradas en 1840 ya se habla de publicar un *Boletín,* pero este proyecto no será realidad hasta principios del siglo siguiente.

Una serie de presidentes de gran categoría, como Próspero de Bofarull, Manuel Milá y Fontanals, Joaquín Rubió y Ors, Cayetano Vidal y Valenciano y José Balari y Jovany, no tan sólo dan prestigio a la Corporación, sino que la orientan y la encauzan. La Real Academia, además, extiende su radio de acción por el resto de España y por el extranjero gracias a su red de correspondientes en la que figuran personas de tanta consideración como son, entre los españoles, Leandro Fernández de Moratín, José Amador de los Ríos, Modesto de Lafuente, Rafael María Baralt, Felipe Monlau, Gaspar Núñez de Arce, José Zorrilla, Teodoro Llorente, Vicente Wenceslao Querol, Juan Eugenio Hartzenbusch, Aureliano Fernández Guerra, Marcelino Menéndez y Pelayo, Antonio Cánovas del Castillo, Francisco M.ª Tubino, Eduardo de Hinojosa, etc. Entre los extranjeros recordemos los nombres de José Tastú, Emilio Hübner, Carlos de Tourtoulon, el Príncipe Guillermo Bonaparte-Wise, el explorador Enrique

Stanley, Féderico Mistral, Paul Meyer, Teófilo de Puymaigre, Adolfo Mussafía, Juan Fastenrath, Miguel Antonio Caro, Rodolfo Beer, Otto Denk, Carlos Baudon de Mony, Ramón Monner y Sans, Leopoldo Delisle, etc. Una nota de galantería dió la Real Academia en el siglo XIX al admitir, como académicas de honor, a algunas damas cultivadoras de las letras, como fueron doña Josefa Massanés, en 1838, doña María Mendoza de Vives, en 1856, y doña Victoria Penya de Amer, en 1871, cuya presencia se halla atestiguada en varias sesiones.

La Academia en el primer tercio del siglo XX (1901-1936)

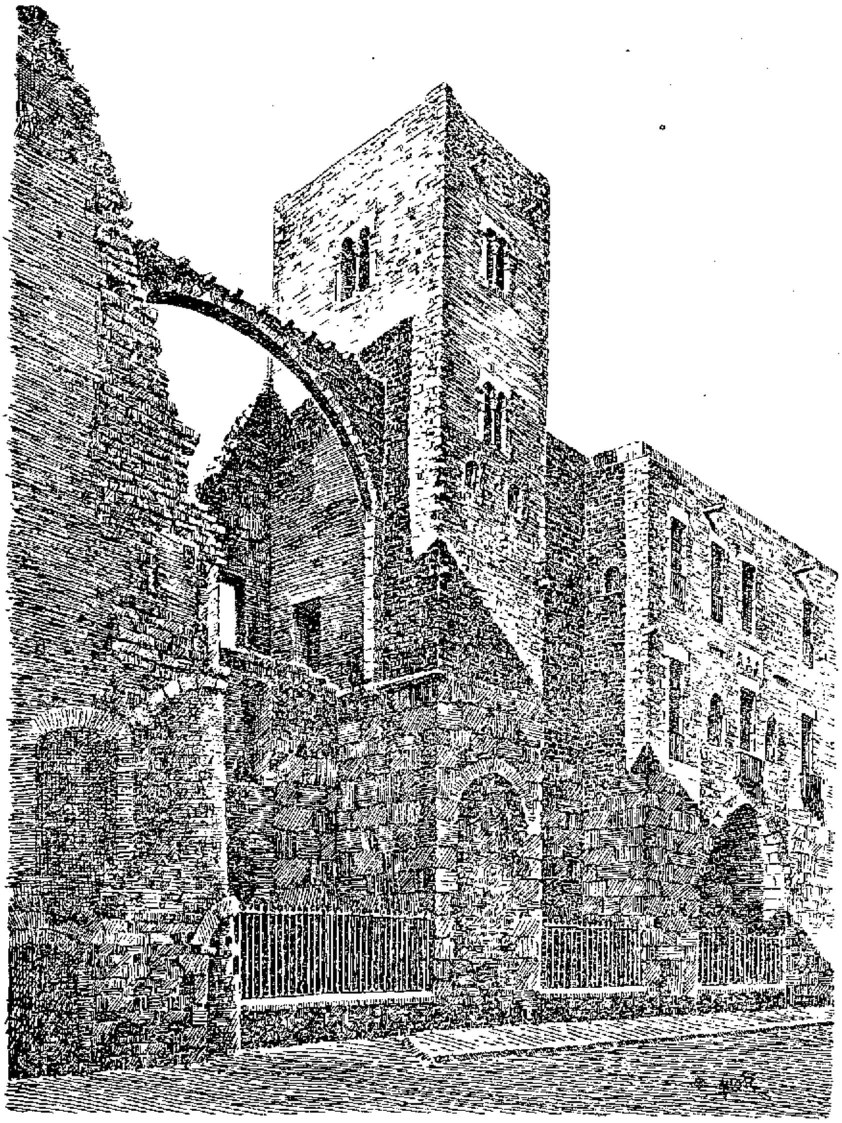
En el primer tercio del siglo XX la Real Academia de Buenas Letras es fundamentalmente una corporación científica especializada, en primer lugar, en la historia de Cataluña. No faltan en ella, claro está, quienes se dedican a los estudios filosóficos, filológicos y jurídicos ni dejan de pertenecer a la Corporación los más destacados creadores en la prosa y en el verso, pero la historia sigue siendo la ocupación más asidua de la Academia, que así se muestra fiel a las intenciones que la hicieron nacer. La labor erudita de la Academia en esta época se puede seguir paso a paso y valorar con toda precisión gracias a haber sido editada, en su mayor parte, en una importante publicación periódica que nace con el siglo. En la sesión del 7 de marzo de 1901 la Real Academia, tras varios días de discusión, aprobó un proyecto poco antes presentado por don Francisco Carreras y Candi en el que se concretaba y hacía factible una idea que la corporación ya había debatido un siglo antes. Se acordó, en definitiva, que se publicaría un *Boletín,* que aparecería en fascículos trimestrales, en el que se daría cuenta de la vida interna de la Academia y se imprimirían «trabajos de índole literaria, histórica o arqueológica, preferentemente los que se refieran a Cataluña y a los demás pueblos que constituían la antigua Corona de Aragón, escritos en cualquiera de los idiomas que en ellos se hablan. Las columnas estarán abiertas, no sólo para los académicos de número, sí que también para los correspondientes y en general para todas aquellas personas dedicadas a los estudios objeto primordial de esta corporación». Para llevar a término este proyecto se designó una comisión formada por los señores Carreras y Candi, Giménez Soler y Miret y Sans, y pocos meses después aparecía el primer fascículo del *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona,* que en esta su primera etapa cons-

tituía volúmenes bianuales y que hasta 1936 publicó dieciséis tomos.

El *Boletín* ofrece un claro reflejo de la vida y la labor académicas. En él se extractan las actas de las sesiones ordinarias, se publican los discursos presidenciales, las memorias de secretaría y las necrologías. Pero se da mucho mayor espacio a la impresión de una serie de importantes trabajos y monografías que se habían desarrollado como ponencias o comunicaciones en las juntas ordinarias. Ahí están impresos esos treinta y cinco años de tareas eruditas, índice seguro de las contribuciones científicas de la Real Academia.

En la vida ciudadana la Real Academia sigue manteniendo su alto prestigio. Constantemente asesora a las autoridades en toda suerte de problemas de índole cultural, vela por la conservación de monumentos y por la dignidad urbana de la capital, como revela la firme actitud que adoptó cuando se intentó cambiar la tradicional fisonomía de las Ramblas o trasladar el coro de la Catedral. Organiza sesiones públicas para solemnizar ciertos acontecimientos, como los centenarios de Jaime I y de Cervantes, y en 1904 celebra una importante sesión científica con motivo de la llegada de Alfonso XIII a Barcelona. Desde 1920 la Academia queda encomendada de convocar, juzgar y otorgar los premios para estudios históricos y jurídicos creados por don Rafael Patxot.

La Real Academia de Buenas Letras, que tan decisivamente había contribuído al resurgimiento literario catalán, del que fué no tan sólo uno de los eficaces generadores, sino también la única e indiscutible autoridad en el siglo XIX, mantuvo en la centuria siguiente, en un cierto aspecto, una prudente actitud tradicional y conservadora. Se trata del problema de la depuración y normalización del catalán, casi reducido concretamente a la ortografía, punto que la Real Corporación ya estudió y codificó desde 1879. En esta tarea intervinieron eficazmente filólogos de prestigio universal como fueron José Balari y Jovany y Manuel Milá y Fontanals. En las primeras décadas del siglo XX, los trabajos filológicos del grupo de escritores de «L'Avenç» y luego del «Institut d'Estudis Catalans», propusieron una distinta ortografía que muy pronto, por diversas razones, fué casi generalmente aceptada por los escritores, la prensa y los escritos privados. Aunque parte de los miembros de la Academia adoptó decididamente la nueva ortografía y en la entidad fueron ingresando personas que ya la habían aceptado, la Real Corporación mantuvo sus antiguas normas, que algunos académicos defendían heroicamente, sobre todo el gran conocedor y editor de los clásicos catalanes don Ramón Miquel y Planas y el poeta don Francisco Matheu y Fornells, quienes, en noviembre de 1923, eran comisionados por la



Fachada del local corporativo de la Real Academia de Buenas Letras.

Academia para publicar una nueva edición de su Ortografía. En esta fecha tal decisión y tal publicación constituían un detonante arcaísmo, y aún suponiendo que en este aspecto la razón científica hubiese estado de lado de nuestra Corporación, era improcedente oponerse a lo aceptado por todos y detalladamente reglamentado por el «Institut». En 1931 la Academia de Buenas Letras, que por circunstancias políticas hubo de prescindir de su secular denominación de Real, adoptaba la ortografía catalana generalmente admitida.

En la etapa que historiamos, la Real Academia solucionó de modo definitivo el problema de su local social. Durante unos cuantos años las sesiones ordinarias siguieron celebrándose en la sacristía de Santa Águeda, en la Plaza del Rey, y las solemnes y públicas en el Paranifo o en el Salón de Grados de la Universidad, o bien en el Ateneo Barcelonés. El 7 de julio de 1917 se publicó la Real Orden de Alfonso XIII al Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en la que se disponía que la Real Academia de Buenas Letras y la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Barcelona pasasen a ocupar, por cesión, el edificio número 3 de la calle de Cassador. El acto de la solemne entrega se verificó el día 11 de noviembre, siendo Presidente de la Academia don José Pella y Forgas. En seguida se iniciaron los trabajos de restauración y acomodación del inmueble, que se hallaba en mal estado, lo que agravó el terremoto del día 19 de noviembre de 1923. El local quedó en condiciones de albergar a la Academia en la primavera de 1927, y desde entonces se celebraron allí las sesiones ordinarias, si bien las solemnes y las recepciones públicas siguieron verificándose, durante un tiempo, en la Universidad. El 24 de abril de 1924 la Academia se reunió en la Casa del Arcediano, de la calle de Santa Lucía, donde acababa de ser instalado el Archivo Histórico de la Ciudad, institución que desde entonces, por haber sido creada y dirigida por el académico don Agustín Durán y Sanpere, quedó estrechamente vinculada a la vida de la Real Corporación, la cual sigue celebrando allí las sesiones ordinarias durante el invierno.

En el local de la calle de Cassador se instalaron convenientemente la Biblioteca y el Archivo corporativos, y se habilitaron las salas de las sesiones ordinarias y de actos solemnes y públicos. Difícilmente se podría hallar local más adecuado para albergar a la Real Academia. Situado en el corazón de la ciudad vieja, frente a la parroquia de los Santos Justo y Pastor, la casa de la calle de Cassador se encuentra fundamentada en la antigua muralla romana de la ciudad, de la cual mantiene un considerable paño de pared y dos torres en excelente estado de conservación. Ventanas románicas se abren al

exterior y el amplio patio está rodeado de porches de fino estilo gótico, al que pertenece la elegante galería o *loggia* del primer piso. El inmueble fué de la noble familia de los Requesens, y uno de sus propietarios, Galcerán de Requesens, fué creado Conde de Palamós, en 1484, por Fernando el Católico. De ahí que el caserón fuera denominado en adelante palacio de la Condesa de Palamós.

La última sesión de esta etapa de vida académica fué la celebrada el 5 de julio de 1936 con motivo del ingreso en la Corporación del catedrático don Joaquín Balcells Pinto. En este primer tercio del siglo XX la Real Academia de Buenas Letras acrecentó extraordinariamente sus publicaciones y mantuvo su proyección exterior gracias a los intercambios que logró con su *Boletín* de gran número de entidades científicas de todos los países, y también con la admisión de académicos correspondientes. En 1905 la Academia Sueca invitó a nuestra Corporación a hacer uso de su derecho de proponer candidatos para el Premio Nobel de Literatura.

* * *

El 16 de marzo de 1939 se reunió la Real Academia de Buenas Letras bajo la Presidencia del socio más antiguo, don Pelegrín Casades y Gramatxes. En la sesión celebrada el día 23 del mismo mes se procedió a la elección de nueva Junta de Gobierno, para la cual, por unanimidad, fueron nombrados: Presidente, don Fernando Valls y Taberner; Secretario, don Juan Givanel y Mas; Bibliotecario, don Ramón D. Perés; Tesorero, don Carlos Sanllehy y Girona, Marqués de Caldas de Montbuy, y Conservador, don Agustín Durán y Sanpere. De esta suerte la Real Corporación iniciaba una nueva etapa de su dos veces secular existencia.

LA PREHISTORIA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por LUIS PERICOT

Hace un siglo la Prehistoria no se había difundido todavía entre nosotros y durante mucho tiempo fué actividad de geólogos y paleontólogos o de simples aficionados. No es, pues, extraño que nuestra Academia no se ocupara directamente de ella hasta hace relativamente pocos años.

En realidad, entre los que fueron no cabe señalar un académico al que pueda calificarse de especialista en la ciencia prehistórica.

Sin embargo, no puede negarse que los temas arqueológicos interesaron en la Academia y sin duda una rebusca paciente a través de las publicaciones y manuscritos que se conservan de los académicos del siglo XVIII nos mostraría un número insospechado de atisbos y preocupaciones en el campo de la primitiva historia de España.

Así lo indica, por ejemplo, el manuscrito conservado en la Biblioteca Mata de Ripoll con el trabajo de José de Vega y de Sentmenat *Disertación sobre las colonias de griegos en Cataluña,* que le fué encargado por la Academia y que presentó en 13 de febrero y 29 de julio de 1780, con la censura académica de Fray Pedro Nolasco Mora. Y no son menos indicadoras las 154 piezas arqueológicas que en 1888 la Real Academia depositó en el Museo de Santa Águeda.

No son ya desdeñables las aportaciones que desde el comienzo de siglo se deben a miembros de la Real Academia que han brillado en otros aspectos de la investigación. Por lo general, su labor se ha concretado de preferencia a los temas protohistóricos en relación con las primeras colonizaciones y con la vida romana, más que a los propiamente prehistóricos.

Gran figura de la Numismática fué el gerundense don Joaquín Botet y Sisó (1848-1917), el cual prestó gran atención a temas arqueológicos y bien merece que se le recuerde por su magnífico trabajo *Noticia histórica y arqueológica de la antigua ciudad de Emporio,* premiado por la Real Academia de la Historia y editado en 1879 y

que plantea en forma magistral los problemas de la antigua colonia focea. Pero concluye que siendo ciudad arrasada, de poco fruto serían en ella unas excavaciones, erróneo criterio que muestra que todavía era desconocido el valor de las excavaciones como método arqueológico. Su erudición se pone de manifiesto también en su discurso de ingreso en la Academia el 27 de diciembre de 1908. Este discurso intenta fijar la fecha de la fundación de Ampurias a base de las cerámicas y otros datos conocidos, sobre todo, las fuentes literarias. Le contestó otro erudito, don José Pella y Forgas, y los términos de su polémica son curiosos. Mientras Botet y Sisó, con razones arqueológicas, sostiene que la fecha de fundación había de fijarse en el siglo VI, Pella y Forgas, erróneamente, la rebaja hasta el IV. En otras publicaciones se ocupó Botet de temas prehistóricos. Así, por ejemplo, en su estudio sobre la provincia de Gerona que forma parte de la *Geografía General de Cataluña,* dirigida por Carreras Candi (Barcelona, 1911).

Por su parte, Pella y Forgas (1852-1918) había entrado a fondo, a su manera, en el remoto pasado de su región, al escribir su *Historia del Ampurdán*. Numerosos capítulos iniciales de tan sugestiva obra están dedicados al Ampurdán primitivo. Allí se estudian los textos, como el de Avieno, mitos y vagas noticias como las referentes a los sardos, es decir, todo cuanto se podía decir en aquel momento sin acudir a las excavaciones a las que tampoco parecía inclinado Pella y Forgas. Si hoy su relato no tiene siempre una base científica, conserva el encanto de la historiografía romántica.

A una categoría semejante de prehistoriador *per accidens* pertenecía don Francisco Carreras Candi (1862-1937), erudito en tantos aspectos del pasado y al que se deben numerosos estudios en que se rozan temas de Prehistoria. Recordemos sus páginas dedicadas al origen de Barcelona en su magno volumen de la *Geografía General de Cataluña* dedicado a esta ciudad (Barcelona, 1910). En el «Boletín» de la Academia, II, pág. 88 y sigs., publicó un trabajo sobre los dólmenes de Piñana y Vilasar, acaso el primer trabajo de Prehistoria pura que se publicaba por la Academia. Su obra póstuma (1940): *La navegación en el río Ebro,* concede una parte importante a la época prerromana.

Podemos incluir aquí dos académicos que han cultivado la Arqueología de campo, ya que figuran entre los primeros excavadores de yacimientos protohistóricos.

Es uno de ellos el eminente sigilógrafo don Fernando de Sagarra y de Siscar, ingresado ya en 1890, quien excavó el poblado ibérico de Puig Castellar en Santa Coloma de Gramanet, donde realizó no-

tables descubrimientos durante varios años, publicando un artículo sobre dichas excavaciones en el «Boletín» de la Academia (III, páginas 88, 160, 233). En el «Boletín» publicaba entonces Juan Cabré varios artículos sobre sus excavaciones en Calaceite (IV, págs. 234 y 399).

El nombre de don Juan Rubio de la Serna (1834-1917) ha de incluirse aquí por derecho propio, pues su título para entrar en esta Academia fué el prestigio conseguido con sus estudios prehistóricos, en especial por sus afortunadas excavaciones en la necrópolis de Cabrera de Mataró. Rubio de la Serna, acaso por el ambiente de su tierra natal, Vélez Rubio (Almería), donde desde hacía unos decenios los ingenieros belgas hermanos Siret estaban realizando trabajos de excavación de gran envergadura, al trasplantarse a tierras catalanas siguió con sus aficiones iniciadas en aquellas ricas tierras del Sudeste y tuvo la suerte de dar con una estación protohistórica cuyos hallazgos causaron sensación en aquel momento.

Que Rubio de la Serna se sentía prehistoriador, nos lo demuestra su discurso de ingreso en la Academia, el 6 de marzo de 1904 y que versó sobre *Los primeros habitantes de España según la Historia y la Arqueología* y su artículo sobre la época de la Tène, publicado en el «Boletín» (VI, págs. 39 y sigs.). En el primero intenta dar nuestro académico una síntesis del poblamiento prerromano para entrar luego en la reseña de los principales hallazgos prehistóricos. Se trata de un trabajo documentado que muestra una cierta erudición, al corriente de las últimas novedades científicas, como la del reconocimiento de Altamira. Pero la confusión y pobreza de la síntesis intentada son evidentes. Estábamos en el umbral de la ciencia prehistórica española.

Por estas razones resulta decisivo y abrumador el contraste con otro discurso de ingreso pronunciado dieciocho años después, el 16 de julio de 1922, por don Pedro Bosch Gimpera. En él se plantea la reconstrucción del pasado remoto de Cataluña a base tanto de los datos arqueológicos como de los lingüísticos. Lo que en Rubio de la Serna es ciencia en embrión, de aficionado, es ya ciencia madura y profesional en el trascendental discurso de ingreso del profesor Bosch, que es el punto de partida de la escuela prehistórica barcelonesa.

Con lo dicho basta para justificar nuestro aserto de que la Prehistoria y Protohistoria hispanas han tenido en la Real Academia de Buenas Letras constantes e insignes cultivadores.

LA ARQUEOLOGÍA Y LA HISTORIA DEL ARTE EN LA REAL ACADEMIA

Por AGUSTÍN DURAN Y SANPERE

La Real Academia de Buenas Letras entendió desde sus primeros tiempos que sus actividades tanto debían comprender los trabajos literarios como los arqueológicos mientras se encaminasen al esclarecimiento de la historia de Cataluña, objetivo principal de la Entidad según su propio reglamento.

Hacia un doble camino se manifestó la actividad arqueológica de la Corporación: los trabajos literarios de investigación o erudición en que se distinguieron individualmente algunos de los Miembros y el esfuerzo colectivo de la Academia, bien para formar un Museo Arqueológico donde hallasen seguro refugio los objetos antiguos de cualquier clase y época que las reformas que iba sufriendo la ciudad ponía en riesgo de perderse.

No fué, sin embargo, la Edad Antigua límite a las investigaciones de los señores Académicos; también la historia del Arte medieval y otras manifestaciones más modernas han tenido sus adeptos y han dado motivo a importantes publicaciones.

Una primera relación de los trabajos arqueológicos realizados por los Académicos de Buenas Letras, fué ofrecido por don Joaquín Rubió y Ors en su discurso de contestación al del Rdo. P. Eduardo Llanas, en 1891. Rubió y Ors inicia su resumen con los nombres de Gaspar Sala y Jaime Caresmar, en el XVIII, por trabajos incidentales, actualmente perdidos. Siguen Finestres, por razón de su *Sylloge* de inscripciones romanas, y Ramón Lázaro de Dou, por la defensa que hizo de la obra de Finestres contra los ataques no siempre fundados del P. Flórez. A continuación entra en la exposición de las publicaciones propias de la Academia.

En 1903, Elías de Molins pronunció su Discurso de ingreso en la Academia sobre los estudios históricos y aqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII, con referencias frecuentes a trabajos académicos. Otras indicaciones de gran interés se hallan en el discurso de con-

testación de don Francisco Carreras y Candi. A pesar de tales antecedentes, vamos a intentar una nueva revisión de la eficacia arqueológica que haya podido tener la vida de la Real Academia.

Publicaciones y trabajos de Arqueología

Muchos de los trabajos presentados a la Academia con anterioridad a sus publicaciones regulares se perdieron ; algunos quedaron guardados en el Archivo y unos pocos fueron recogidos en el volumen II de las *Memorias,* publicado en 1868. Entre estos últimos figura la *Disertación* sobre la situación de los Ilercavones, del Dr. Francisco Pinós, que había sido leída en la Academia en diciembre de 1795, o sea setenta y tres años antes de su publicación. El autor analiza las referencias que de los Ilercavones dan los autores clásicos, Tolomeo, Livio, Plinio y Julio César y las interpretaciones a que las sometieron el P. Mariana, Valbuena, Juan de la Cruz o Masdeu, el P. Flórez o Pedro de Marca. Estudia luego las monedas y termina por defender la teoría de ser los Ilercavones habitantes de ambas orillas del Ebro con Tortosa como ciudad principal del territorio.

Otro trabajo inserto en el vol. II de las *Memorias* era debido a don Joaquín Alberto Moner y esperaba ser publicado desde 1806, fecha de su presentación. Se trata de una colección de diecinueve inscripciones romanas de la villa de Isona, votivas, honoríficas y sepulcrales, la mayor parte editadas por epigrafistas anteriores, pero algunas inéditas hasta entonces. Esta curiosa lista fué puesta a continuación y como apéndice comprobatorio de una Memoria presentada en 1839 por don Ramón Roig y Rey, en la que el autor se propone identificar la localidad romana de Aesona con la población de Isona en el corregimiento de Talarn, provincia de Lérida. El trabajo de don Ramón Roig era una reacción contra el parecer de don J. Miguel Cortés y López sostenido en su *Diccionario Histórico de la España antigua,* publicado poco antes, según el cual *Aesona* no era Isona, como habían supuesto Finestres, Marca y Masdeu, guiados por la analogía de ambos nombres y por el hecho de haber sido halladas en Isona la mayor parte de las inscripciones que dan el nombre de Aesona. Para Miguel Cortés, *Aesona* era Manresa, error que nuestro académico dejó rebatido en todos los campos, lingüístico, geográfico e histórico.

No fué tan afortunado don Miguel Mayora (ingresado en 1837) en sus investigaciones sobre la situación de *Cartago Vetus* y *Subur,* poblaciones que no le fué posible identificar con certeza.

En esta época (primera mitad del siglo XIX), se presenta con relieve muy destacado la figura del académico José Mariano de Cabanes por la lectura que dió en la Academia, el día 20 de febrero de 1838, de su Memoria sobre el Templo de Hércules. Empieza el autor por analizar la opinión de los escritores que con anterioridad habían tratado del monumento, desde Tomich, Pau y Carbonell en el siglo XV; Tarafa, Jorba, Viladamor y Pujades en el siglo XVI; y Feliu de la Peña, Mayans, Caylus o Bosarte y Ponz en el siglo XVIII. Sus opiniones eran tan dispares que iban desde suponer que las columnas de la calle Paradís pertenecían al sepulcro del rey Hispan o el de Hércules o Ataulfo, hasta imaginársele parte de un alcázar, jardín pensil o decoración urbana de un acueducto, pasando por la versión de ser pórtico de un templo. En 1835, José Mariano de Cabanes se presenta a la Real Junta de Comercio con una embajada atrevida, la de pedir que se realizase el plan indicado por Isidoro Bosarte en 1786 de derribar las casas que ocultaban las columnas y dejarlas a la libre contemplación pública al mismo tiempo que se estudiaban los restos conservados y se realizaba un modelo de su conjunto en mármol o alabastro.

Pero le correspondió a Cabanes la áspera labor de contradecir abiertamente a un hombre de tanto prestigio como Próspero de Bofarull. El ilustre Director del Archivo de la Corona de Aragón había publicado poco antes sus *Condes Vindicados* y en esta obra revelaba el hallazgo de cierto documento que, a su parecer, demostraba ser el rey Pedro el Ceremonioso quien hiciera construir el pórtico de las columnas, con lo cual Bofarull pretendía resolver de una vez la antigua polémica de Historiadores y Arqueólogos; Cabanes se entretiene en su Memoria, cuya lectura es recomendable desde muchos puntos de vista, en desmenuzar la opinión de Bofarull para adoptar el criterio expuesto por Antonio Celles, después de las exploraciones hechas por encargo de la Junta de Comercio y bajo el impulso de Cabanes. Celles, interpretado por Cabanes, declaraba que las columnas pertenecían al pórtico de un templo dedicado a Hércules Líbico por los cartagineses en el año 230 a. de J. C. La solución no era del todo acertada, pero lo era mucho más que la defendida por Bofarull, quien decía, con lógica antihistórica, que si en la época de Pedro el Ceremonioso se habían construído el claustro de la Catedral de Vich y los sepulcros reales de Poblet, la Catedral de Barcelona y la iglesia de Santa María del Mar, La Lonja, la Diputación y la Casa de la Ciudad de Barcelona, bien podía construirse el edificio de las elevadas columnas de la calle Paradís, tanto más, añadía con absoluta gratuidad, cuanto por ser judíos la mayor parte de los arquitectos del

siglo XIV, viajaban con facilidad y podían imitar las construcciones vistas en otras partes.

José Mariano de Cabanes y Escofet había nacido en Solsona en 1775 y murió en Barcelona, a los 66 años, el día 4 de abril de 1842.

Don Manuel Milá y Fontanals, si bien sobresalió en otras ramas de la ciencia histórica y en ella fué maestro de sus contemporáneos, también dedicó algún estudio a consideraciones arqueológicas; fué a propósito de Olérdula y con objeto de fundamentar la historia medieval de aquella antigua fortaleza cuya visión, en la proximidad de Vilafranca, pudo haberle impresionado desde su infancia. Su primera afirmación es la de ser construcción prerromana, por serlo su nombre y por deducción de la gran extensión que pudo haber tenido el territorio señalado por Olérdula, Ordal y Olorde, evidentemente de una sola familia; si los autores romanos no la citan es que debía estar destruída. Después de describir minuciosamente las murallas y sus torres, los silos, los depósitos excavados en la roca, analiza y niega la posibilidad de que Olérdula pueda ser la *Cartago Vetus* de los clásicos, como afirmaban el P. Pascual y Puig y Lucá, en contradicción con las opiniones de Antonio Agustín y Pedro Marca.

Milá dedica una nota de su trabajo a criticar muy acertadamente la reproducción de las sepulturas llamadas olerdulanas publicada por Taylor, por parecer situadas verticalmente, lo que ha conducido a muchos e inveterados errores.

La Memoria de Milá fué leída y publicada en 1856. Del mismo año tenemos el Discurso sobre el lugar del Campamento de César, en las cercanías de Lérida, de Jacinto Díaz y Sicart. La noticia que da el propio César en sus Comentarios, le sirve al autor para contradecir a quienes, como Pujades, sospecharon que el campamento estaba situado en el altozano de Gardeny; Díaz y Sicart cree, por el contrario, que ningún buen general — y esta condición hay que reconocerla en César — podía establecer su campamento acorralado entre la ciudad, el río y el campo enemigo, sin retirada posible, contra todas las leyes de la estrategia romana.

Joaquín Botet y Sisó estudió los once sarcófagos romano-cristianos existentes en Cataluña, que en 1889, fecha de su ingreso en la Academia, eran conocidos, de los cuales, seis, corresponden a la iglesia de San Félix de Gerona. Analiza los temas representados en los relieves y los interpreta a la luz de los grandes repertorios extranjeros que poco antes se habían publicado. Más tarde (1908), en su Discurso de ingreso en la Academia, dió a conocer su criterio sobre la fecha aproximada del establecimiento de los griegos en Ampurias, para lo cual pasa revista a todas las piezas de cerámica griega descu-

biertas, no sin recorrer antes las diversas estaciones prehistóricas de la vecindad. El estudio de la cerámica y el de las monedas de Ampurias permite al autor sentar la conclusión de que los griegos llegaron a su playa en la primera mitad del siglo VI a. de Jesucristo.

El P. Eduardo Llanas, de las Escuelas Pías, dedicó su Discurso de recepción, en 1891, a los problemas de ubicación de las poblaciones catalano-romanas. En él analiza el caso de poblaciones actuales cuyos nombres son perduración de los mismos que tuvieron localidades antiguas citadas por geógrafos e historiadores clásicos. Si, además de la presunción que esta coincidencia significa, ha existido, a través de la documentación medieval, una constante tradición a favor de la equivalencia, la identificación es correcta, como en el caso de *Bétulo, Dertosa, Ausa* o *Emporion.*

Declara dudosos, por falta de tales elementos, los varios intentos para ubicar las localidades de *Cisa, Subur, Telobis* y *Cartago Vetus.* Para el esclarecimiento de esos casos es preciso recurrir a la arqueología que ha resuelto los de *Iluro* y *Egara,* y especialmente a la arqueología viaria. El autor exploró personalmente grandes trechos de antiguas vías romanas en las costas de Garraf, para la identificación del antiguo *Stabulum Novum* con el moderno Calafell, a causa de las termas que descubrió en Vilarench y describe como semejantes a las Stabianas de Pompeya. En la provincia de Huesca, son también los restos de las antiguas vías los que le facilitan la situación de la antigua localidad que los textos romanos llaman *Ad Novas.*

El eminente arqueólogo don Juan Rubio de la Serna ingresó en 1904 en la Academia. Su Discurso versó sobre los primeros habitantes de España según la historia y la arqueología, y en él expone sucintamente las descripciones de los autores clásicos para compararlas con los últimos estudios realizados en el extranjero. Explora la cuestión de la supuesta y mítica Atlántida y los problemas relacionados con el pueblo ibero, que algunos suponen venido de Asia sin que la arqueología lo deje probado. Se aparta también de la teoría vasca y afirma que todos los argumentos le inducen a creer que la necrópolis descubierta por él en Cabrera de Mataró representa un caso típico de cultura ibero-celta. Concluye el señor Rubio su Discurso diciendo que una raza establecida en la Península desde muy antiguo, sometida a su propia evolución y a influencias de diversos pueblos invasores, formó el fondo humano llamado ibérico, diversificado según las comarcas habitadas y los influjos externos sufridos con desigual intensidad.

En 1906, don José Soler y Palet quiso entrar en la Academia con un discurso sobre las más remotas antigüedades de su ciudad de Ta-

rrasa, a la cual dedicó tantos desvelos hasta dejar fundado el Museo que lleva su nombre y que es hoy índice de la vida cultural de aquella ciudad. En su Discurso analiza Soler y Palet, con gran puntualidad, las opiniones de todos los autores que le precedieron en la comparación de Egara y Tarrasa, para situarse al lado de algunos y enfrente de otros, argumentando siempre la decisión que adopta; estudia luego las posibilidades de interpretación que ofrecen las inscripciones romanas halladas junto a las iglesias antiguas de Tarrasa, las monedas ibéricas que se le atribuyen, y da, por fin, un completo repertorio bibliográfico.

Guillermo M. de Brocá. Del mismo modo que Soler y Palet dedicaba su atención a Tarrasa, Brocá procuraba esclarecer los orígenes de la ciudad de Reus, a la cual Beuter, seguido por Pujades, había atribuído nacimiento medieval. En su Discurso de ingreso a la Academia, en 1914, Brocá relaciona la etimología del nombre de la ciudad — *Reddis,* en documentos del siglo XII — con la denominación de Vilar, dada a un paraje inmediato y, sobre todo, con la aparición en ese lugar de una lápida funeraria romana, y de hornos para la fabricación de cerámica corriente y fina, para deducir la existencia de una villa de explotación agrícola en época romana, la cual debió dar origen a la población de Reus.

El académico don Fernando de Sagarra, había observado en tierras de su propiedad situadas en el término de Santa Coloma de Gramanet, la existencia de muros antiguos y cerámica que recordaba la que poco antes estudiara en Cabrera de Mataró el señor Rubio de la Serna. Observó al mismo tiempo el señor Sagarra que el punto donde con mayor profusión aparecían esas antigüedades era una colina que en los documentos de los siglos XI y XII era conocida con el nombre de Puig Castellar, y que tal colina tenía una situación privilegiada como punto destacado y estratégico. Emprendió trabajos de excavación, descubriendo una serie de muros de dos metros de altura, alguno de los cuales parecía muralla para la defensa de un poblado. Los hallazgos fueron copiosos; desde cráneos humanos, que estuvieron atravesados por un largo clavo, tal vez con objeto de tenerlos patentes en la muralla del poblado, hasta molinos de mano y una pesa con inscripción incisa en caracteres ibéricos. Estudió el señor Sagarra los huesos de animales aparecidos durante la excavación a fin de precisar los alimentos y la forma de vida de los primitivos pobladores de Puig Castellar. Por fin, describió puntualmente la cerámica recogida en la cual estaban representadas todas las clases y formas características de los poblados ibéricos del siglo III antes de Jesucristo.

La empresa del señor Sagarra fué ejemplar en su tiempo, puesto que la arqueología española estaba por entonces principalmente en manos de extranjeros, y después de las espléndidas publicaciones de los hermanos Siret, representaba una gran osadía intentar otros trabajos. No obstante, así lo hicieron Rubio de la Serna, Martorell y Peña, Manuel Cazurro, Luis Mariano Vidal y pocos más.

Tienen todavía otra significación asimismo ejemplar los trabajos realizados por el señor Sagarra en Puig Castellar: la continuidad. Efectivamente, el día 18 de septiembre de 1955, se inauguró en Santa Coloma de Gramanet una exposición de los objetos nuevamente descubiertos en Puig Castellar por un grupo de entusiastas, celebrada precisamente en conmemoración del cincuentenario de la primera campaña del señor Sagarra, cuyos resultados fueron dados a conocer, en 1905, en las publicaciones de la Academia y algo más tarde en las del Institut d'Estudis Catalans.

No terminan con el señor Sagarra los trabajos arqueológicos realizados o promovidos por Miembros de la Real Academia. Brocá, según hemos visto, alternó sus estudios sobre el Derecho catalán con indicaciones prácticas para el estudio arqueológico de Reus, y don Eduardo Toda, Presidente que fué de la Academia, el restaurador del Monasterio de Poblet, viajero a través de varios continentes y publicista copioso, tuvo tiempo suficiente para impulsar las investigaciones arqueológicas de diversas cuevas de la montaña de Escornalbou.

Otros académicos, sin llegar a la práctica de excavaciones, publicaron noticias de singular interés, orientadoras de posteriores trabajos. Llobet y Vall-llosera leyó, en 1849, unas indicaciones sobre las antiguas murallas de Barcelona, según lo que pudo observar durante las obras de derribo, ilustradas con inscripciones halladas en las mismas. Torras y Torrens publicó, en 1880, una Memoria sobre la tan discutida Torre del Breny, próxima a Manresa. El monumento de Centcelles, considerado como Baptisterio y *Cellae Memoriae* de la primitiva iglesia metropolitana de Tarragona, fué el tema del Discurso de recepción del erudito arquitecto y arqueólogo don Luis Doménech y Montaner. En él denuncia muchos errores y establece la base científica para la comprensión y estudio de una obra de excepcional importancia en el arte paleocristiano. Carreras y Candi estudió unos sepulcros primitivos de Céllechs, que consideró cristianos, en cuyas cercanías se comprobó más tarde la existencia de un poblado ibérico amurallado. El mismo autor, en su *Ciutat de Barcelona* que integra la «Geografia General de Catalunya», intentó sistematizar los conocimientos que se tenían de la historia primitiva

de Barcelona, y avanzó bastante más en ese movedizo terreno de las hipótesis, opiniones contradictorias y provisionales interpretaciones.

Las publicaciones de la Academia acogieron con frecuencia estudios realizados por Académicos correspondientes. Sirvan de ejemplo los trabajos de Hernández y Sanahuja sobre las Murallas Ciclópeas de Tarragona, y los de Juan Cabré y Aguiló relativos a las excavaciones practicadas en el monte de San Antonio de Calaceite y a las representaciones de animales en objetos ibéricos de aquella procedencia.

La Real Academia y el Museo

Barcelona posee, entre otros varios y excelentes Museos, el Arqueológico y el de Arte Antiguo de Cataluña, los cuales por el interés extraordinario y la ejemplar disposición de sus colecciones, han merecido convertirse en motivo de orgullo de la ciudad. A la formación de esos Museos ha contribuído desde antiguo la Real Academia con abnegado y dilatado esfuerzo.

Una abreviada noticia de esa época heroica que dió nacimiento al primer Museo de Barcelona y permitió su espléndido desplegamiento posterior, cabe perfectamente en esta relación de la vida académica en sus actividades arqueológicas.

El esfuerzo más continuado de la Real Academia de Buenas Letras durante la segunda mitad del siglo pasado estuvo precisamente dirigido a salvar los elementos arqueológicos que el azar iba poniendo al descubierto a lo largo de derribos y urbanizaciones. Tras dilatados titubeos, pudo disponer de un depósito provisional que muy pronto — tal vez prematuramente — fué llamado Museo. Con ello parecían colmados los deseos que desde mucho tiempo antes se habían ido manifestando en lo opinión pública barcelonesa.

Existían algunos antecedentes dignos de ser aducidos. Tal, el proyecto defendido a fines del siglo XVIII por el Reverendo Mariano Oliveras, Maestrescuela de la Catedral, para formar un Museo al aire libre en el Paseo de la Esplanada, recién urbanizado entonces, con toda suerte de antigüedades romanas y de la Edad Media, situadas encima de pedestales intercalados entre los árboles del paseo y provistos de sus correspondientes indicaciones eruditas.

En 1834 aparece un nuevo proyecto: el de constituir un Museo Municipal en el que se pudiera recoger el resultado de los trabajos de exploración arqueológica realizados por la Real Junta de Comercio y, al mismo tiempo, algunas inscripciones romanas que es-

taban sin protección de nadie. El motín revolucionario de 1835 y el fatal abandono de tantos edificios religiosos, patentizó la oportunidad del proyecto con la necesaria ampliación para salvar al mismo tiempo las obras de arte medieval y renacentistas, o los despojos de ellas en muchos casos.

La ocasión, debidamente apreciada por la Real Academia, dió lugar al nombramiento de una comisión que entendía en el proyecto formada por los señores Próspero de Bofarull, Pi y Arimón y Llobet y Vall-llosera. Desde este momento es posible seguir, día por día, en las actas de la Corporación y en la prensa local, tanto la destrucción de iglesias y conventos de Barcelona como los pasos dados en firme en la salvación de restos venerables.

Los primeros conventos sacrificados fueron el de Santa Catalina y el de San Francisco, de los cuales pudieron ser retirados con mayor cuidado los Archivos y las Bibliotecas que las piedras, las tallas y las pinturas. El académico señor Muns intervino activamente en la campaña y propuso de buena fe que la Junta de Enajenación de Conventos obtuviese de los concesionarios respectivos que, antes de proceder a los derribos, sacasen con todo esmero y a sus costas los objetos cuya conservación interesara y los condujesen al depósito que se señalaría. Mientras tanto se disputaban los locales que parecían desocupados la Real Academia, la Biblioteca Pública, que se estaba organizando, y la Sociedad Económica de Amigos del País.

Después de vagar por varios objetivos, todas las miras coincidieron en el Monasterio de San Juan de Jerusalén, muy vasto y al parecer abandonado. Allí se instalaron, provisionalmente, con deslindes poco precisos, aquellas entidades, aunque sin gozar de ninguna ayuda económica que les permitiera cumplir sus respectivos cometidos. Aun así, se consigue formar un estado de opinión propicio y persuadir a muchos particulares para que cedan al futuro Museo las inscripciones romanas y demás vestigios antiguos que iban apareciendo en los derribos preparatorios de nuevas edificaciones.

Abrió este camino don Juan Massó con el donativo de algunas lápidas halladas en su casa de la calle de Baños Nuevos; siguen el Baile del Real Patrimonio, cediendo los elementos arquitectónicos y escultóricos descubiertos en el antiguo Palacio Menor, y don Mariano Vehils que hace entrega del sarcófago romano con representación del rapto de Proserpina; el Marqués de Ayerbe con dos lápidas; el Intendente Provincial con el ofrecimiento del sarcófago de la caza del león, lápidas y otros objetos arqueológicos que estaban en el patio de la Casa del Arcediano, y muchas otras participaciones. Don Juan Cortada, ante la profusión de ofertas y donativos, propone a

la Academia la formación y publicación de un catálogo, insistiendo repetidamente en la idea sin llegar a verla realizada.

Al lado de los entusiastas de la formación del Museo, existían los que daban preferencia a los trabajos de estudio de los monumentos antiguos, y aquellos que se inclinaban hacia la solución de proteger al mismo tiempo lo arqueológico, lo artístico y los recuerdos históricos de la ciudad.

En 1842, apunta la idea de la creación oficial de un Museo Provincial de Antigüedades. Primero es el Jefe Político quien consulta a la Academia sobre el proyecto al mismo tiempo que solicita la redacción del inventario de las obras recogidas hasta entonces. Del recuento salen 22 lápidas romanas y otras 24 góticas. Don Juan Cortada, fiel a su entusiasmo, reclama para la Academia la gloria de haber fundado en España el primer Museo de su clase y propone que se anuncie para breve plazo su solemne inauguración. A todo esto, se constituye en Barcelona, por virtud de la ley, la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, entre cuyas obligaciones consta la formación de un Museo. Y como se da el caso de tener la Comisión su domicilio en el mismo Convento de San Juan, donde se aloja la Academia y donde ésta tiene ya su Museo, la Comisión renuncia a la formación de uno nuevo y cede a la Academia la cantidad que para el suyo tenía destinada, al mismo tiempo que ofrece traspasarle todos cuantos objetos arqueológicos o artísticos lleguen a sus manos.

De este modo se va nutriendo el Museo de la Academia al mismo tiempo que caen los monumentos o se transforman en establecimientos penitenciarios, como los antiguos monasterios de San Pedro y de San Pablo, o en cuarteles como San Agustín o Jonqueres. En 1875, el Museo se considera común a ambas corporaciones, Academia y Comisión, y aunque las instalaciones son sumamente deficientes, permiten hacerse idea de las posibilidades que podían ofrecer a base de una protección adecuada.

Por esos mismos tiempos el Ayuntamiento piensa en la construcción de un Palacio de los Museos en el Parque de la Ciudadela, y la Universidad también parece dispuesta a dar cobijo al Museo de la Academia. Dos años después, mientras las Religiosas Sanjuanistas reclaman el antiguo convento de la Riera de San Juan, el Museo es trasladado a la Capilla de Santa Agueda, por mutuo acuerdo entre la Comisión de Monumentos y la Academia.

Así empezó el año 1877. El Museo, bajo el nombre de Museo Arqueológico Provincial, persistió en la Real Capilla hasta el año 1930 y sirvió, a falta de cosa mejor, para la formación de varias promociones de arqueólogos y de historiadores del Arte.

En realidad, el Museo de Santa Agueda fué, como eran los Museos similares en aquellos tiempos, un hacinamiento de objetos heterogéneos, donde la prehistoria alternaba con el arte barroco, los mosaicos romanos guardaban inmediata vecindad con las pinturas góticas y con las monedas de todos los tiempos.

En 1888, don Antonio Elías de Molins publicó el Catálogo de los objetos que figuraban entonces en el Museo Provincial de Antigüedades. La mayor parte y la más importante constan en el mencionado Catálogo como depositados por la Real Academia de Buenas Letras. Allí se comprueba el esfuerzo realizado por la Corporación para salvar de una pérdida segura multitud de fragmentos arquitectónicos, esculturas, relieves, inscripciones y mosaicos que han permitido al actual Museo Arqueológico magníficas reconstituciones ; puertas, ventanas y capiteles románicos y góticos, instalados ahora en el Museo de Arte de Cataluña, en el que contribuyen a la mejor ambientación de las salas de Arte Medieval ; imágenes, sarcófagos, retablos inscripciones y escudos nobiliarios y de gremios que han enriquecido el Museo de Arte y el más reciente de Historia de la Ciudad.

El mismo Catálogo es una muestra más del esfuerzo realizado por los Miembros de nuestra Academia para el estudio sistemático de la arqueología catalana. Don Antonio Elías de Molins aunque no ingresó en la Corporación hasta 1903, llevaba ya el espíritu de la misma cuando, en 1888, publicó el Catálogo de aquel Museo, en el cual reunía la primitiva idea de Juan Cortada, los trabajos inacabados de Manjarrés y los buenos propósitos de Balaguer y Merino. El Catálogo de Elías de Molins fué bien recibido por la crítica y mereció elogios calurosos del gran epigrafista Emil Hübner que sostuvo continuada correspondencia con el autor del libro para completarlo y preparar su continuación. Los errores que contiene el Catálogo son muchos y patentes, pero es forzoso considerar esta obra como una de las más eficaces para la orientación de nuestros estudiosos al finalizar el siglo pasado.

Al ser publicado el Catálogo del Museo de Santa Agueda figuraba en el mismo la colección de don Eusebio Fortuny, cedida por la Excelentísima Diputación Provincial, compuesta de objetos de todas clases y procedencias ; intercalados con tales objetos estaban los que constituían la aportación municipal y las de algunos particulares. La Asociación Artístico-Arqueológica ; la Asociación Catalana de Excursiones ; la Junta de Agricultura, Industria y Comercio ; la Junta del Puerto y la Sociedad Catalana General de Crédito habían constituído también importantes depósitos en el Museo. Pero poco hubiera representado el Museo Arqueológico Provincial de no haber contado

con la colaboración constante y principalísima de la Real Academia de Buenas Letras.

Consciente nuestra Corporación de la insuficiente eficacia del Museo mientras tuviese que permanecer en el exiguo local que le estaba destinado, y ante el programa museístico que en 1930 venían desarrollando las Corporaciones Públicas de la Ciudad, dió las máximas facilidades a la nueva organización sin recabar para sí más que el honor y la satisfacción de haber facilitado la obra de los nuevos Museos, concebidos y organizados de acuerdo con las exigencias culturales de la ciudad. Los objetos fueron distribuídos entre los nuevos Centros, según fuese su respectiva naturaleza. El único acto de reconocimiento hacia la vieja Academia y su labor precursora ha sido reservarle un lugar en la Junta de Museos.

Historia del Arte

El tercer apartado de nuestra revisión debe referirse a los Académicos que dedicaron sus estudios, o parte de ellos por lo menos, a la investigación documental sobre la historia del Arte a partir de la Edad Media, y a la crítica directa de las obras artísticas.

Podemos iniciar la serie de tratadistas de Arte con el nombre de Pablo Piferrer, el defensor más sensible, en pleno Romanticismo, de la vida de la Edad Media. Sus *Recuerdos y Bellezas* contienen, al lado de descripciones apasionadas, un estudio profundo y directo de documentos utilizados por primera vez por la crítica histórica. Su muerte prematura le impidió ver logradas las grandes esperanzas que su febril fantasía había creado.

Muy distinta aparece la personalidad de José Puiggarí, erudito archivero del Ayuntamiento de Barcelona y pintor de Historia, como gustaba anunciarse. Su obra cumbre hubiera sido la Historia de la Indumentaria Española, trabajo vastísimo presentado sin fortuna al concurso para el Premio Martorell. La preparación de esa obra, de la cual solamente el tomo primero fué publicado, le obligó a registrar archivos y a estudiar pinturas, miniaturas, relieves y esculturas de todas las épocas y a meditar pacientemente lo aprendido a fin de reducirlo a materia expositiva.

Con todo, tal vez hayan resultado de mayor provecho sus demás trabajos de investigación documental, empezando por la *Noticia de algunos artistas catalanes inéditos de la Edad Media y del Renacimiento*. Bajo la modestia de este título se esconden verdaderos descubrimientos, definitivas aclaraciones a problemas que parecían in-

solubles; muchos nombres de grandes artistas aparecen por primera vez en el mundo de la historiografía y quedan incorporados en el libro de la historia del Arte. Gracias a Puiggarí, la nebulosa historia del arte antiguo catalán, que Cean Bermúdez había empezado a disipar, quedó poblada de nombres y esclarecida con fechas ciertas. Ferrer Bassa, Lorenzo Zaragoza, Jaime Canalías, Raimundo Desfeu, Luis Borrassá, Nicolás de Maraya, Bernardo Martorell, Guillermo Talarn, Luis Dalmau, y cien más, deben al celo de José Puiggarí la iniciación de su prestigio.

José Puiggarí fué pródigo en publicaciones. Además de su conocida *Garlanda de Joyells,* que ha sido llamada Breviario de los monumentos de Barcelona, y de otras igualmente notables, está la copiosa colaboración en periódicos locales y de Madrid, muchas veces ilustrados por su mano.

Se intercala en esta labor otro erudito, don José de Manjarrés, teorizador de las Bellas Artes en la Cátedra y en las publicaciones, y alumno aprovechado de la Escuela de Lonja. *El traje bajo la consideración arqueológica,* obra publicada en 1858, le abrió la estima general, aumentada por otros tratados que la siguieron, y por sus versiones adaptadas a la juventud y publicadas por Bastinos, el editor enamorado de la pedagogía. Manjarrés, que había escrito su compendio de *Arqueología Cristiana* dedicado a los Seminarios (1867), que comentó los pulcros grabados de Reveil para el *Museo Europeo de pintura y escultura* (1860), que formó parte de «Una Sociedad de Literatos» para publicar *Las Glorias de la Pintura* (1861), dedicó también sus actividades al *Arte en el Teatro* (1875), que le valieron ser preceptor del Liceo de Barcelona. Miquel y Badía halló fácilmente materia para el elogio de Manjarrés cuando, en 1884, la Real Academia de Buenas Letras le dedicó una sesión necrológica.

El camino que había señalado Puiggarí fué después seguido por el Rdo. Mosén José Mas en varios artículos aparecidos en el Boletín de la Academia. La labor que el archivero municipal había realizado en los depósitos documentales de los antiguos Conselleres y de los Notarios, la repitió el paciente archivero catedralicio con los manuales de la Seo, para extraer de ellos extensas relaciones de artistas cuyas obras habían quedado oscurecidas por el anonimato. Así desfilan por las recopilaciones de Mn. Mas gran número de pintores, a partir, en los siglos XII y XIII, de unos enigmáticos Guillermo, Berenguer y Bernardo que nos conducen hasta un Pedro Martín de Burgos, más enigmático todavía. En cambio, a lo largo de siglos posteriores, reaparecen los artistas que ya descubriera Puiggarí y otros muchos que vienen ahora por primera vez en los documentos. Otras

listas publica todavía el Rdo. José Mas, destinadas a los escultores que trabajaron en la catedral de Barcelona y a los miniaturistas que decoraron misales y leccionarios o pintaron escudos y títulos en los cirios de las ceremonias.

Insistieron en idéntica tradición investigando en otros archivos el Rdo. Mn. José Gudiol, que superó su trabajo de erudición con una crítica segura y un conocimiento tan profundo del arte y la liturgia de la Edad Media que pudo, él solo, hacer que la historia del arte cristiano se perfeccionase en Cataluña considerablemente.

La publicación de documentos relativos a los antiguos artistas fué cundiendo, hasta lograr que nuestros pintores medievales, por ejemplo, fuesen más conocidos, a base de sus contratos de obras, compañías y vida familiar, que otros personajes más modernos.

En medio de ese ambiente de estudio directo de los documentos se perfila un historiador extraordinario: Salvador Sanpere y Miquel. Inauguró sus tareas en la Academia con una exposición de las obras del que él llamó Arte bárbaro, refiriéndose al producido en Cataluña con anterioridad al siglo XII, ya fuesen miniaturas, ya pinturas murales. Pero las obras fundamentales de Sanpere y Miquel fueron las dedicadas a los pintores trescentistas y cuatrocentistas.

La obra crítica de Sanpere y Miquel debe juzgarse en conjunto y en la multiplicidad de sus aspectos; de otro modo el juicio concreto que pudieran merecernos tales o cuales de sus publicaciones podría ser erróneo.

Sanpere y Miquel fué político activo; representó varias veces a las Corporaciones locales en Exposiciones extranjeras y fué comisionado para estudiar en Francia, Alemania y Rusia los métodos de la enseñanza artística aplicada a la industria. Practicó extensas investigaciones documentales sobre topografía histórica, que luego fueron otras alegaciones jurídicas en pleitos sonados. Fué siempre combativo, y se debe tal vez a esa disposición de su carácter el dinamismo que le acompañó en todo momento. Estudió directa y profundamente las pinturas medievales conservadas en Cataluña y copió en los archivos los documentos que les hacían referencia. Esta preparación era suficiente para la publicación de sus estudios, pero fué necesaria la aparición de un móvil que le decidiese, y este móvil fué la ocasión de combatir la opinión de otros críticos — Raimon Casellas, principalmente —, según los cuales las obras medievales, si eran buenas, debían ser adjudicadas a pintores extranjeros. Sanpere y Miquel se erigió en paladín de la idea contraria, e intentó probar sus asertos con documentos contemporáneos. Es verdad que se equivocó muchas veces y que ha sido necesario distribuir de nuevo sus atribuciones, pero

fué Sanpere y Miquel quien dió el impulso y quien defendió la existencia de una escuela catalana de pintura que llena, por lo menos, los siglos XIV y XV.

Forman capítulo aparte en la revisión de las actividades de la Real Academia relativas a la historia del Arte los trabajos sobre historia de la heráldica y sigilografía. Don Francisco Xavier de Garma, nacido en Alcántara, de Extremadura, vino a la Dirección del Archivo de la Corona de Aragón, y, mientras trabajó activamente en la ordenación de sus series documentales, preparó (hacia 1741) la publicación de un estudio sobre los sellos reales, de la cual solamente quedan los grabados que habían de servir para 18 láminas. Perdióse también su *Llave maestra de la Antigüedad*, pero tenemos en cambio *La Adarga Catalana*, publicada en 1753, tratado teórico y repertorio heráldico que aun hoy día es refugio de historiadores y eruditos.

De 1899 es la Memoria sobre *La herádica en la filigrana del papel*, de don Francisco de Bofarull y Sans, en la que, a continuación del índice de una colección de filigranas con representaciones figuradas, publica las que tienen significación heráldica. Inicia la serie, como elemento separado, la flor de lis, para seguir con los escudos, identificables muchos de ellos, sobre todo franceses (Borbón, Mazarin, Le Tellier, etc.), además de otros de provincias y localidades españolas. Este tratado era parte de una obra de mayor envergadura titulada: *El papel y sus marcas*, compuesta de un volumen de texto y otros cuatro de ilustraciones, con más de dos mil dibujos, obra que el autor dejó inédita y cuyo paradero actual no se conoce.

Don Andrés Giménez Soler publicó en 1903, en el Boletín, un artículo en el que se esmera en estudiar la forma que tuvieron las coronas de los reyes de Aragón durante los siglos XIV y XV. La base de investigación fueron los inventarios o recibos de pignoraciones que describen las coronas, o lo que pudo observar en retablos y miniaturas coetáneos; con estos apoyos describe lo que son garlandas y xapellets, cuáles son las partes llamadas casetons, murats y florons, y precisa cuáles eran las coronas que tuvieron florones en forma de cruz o de águila.

Cuando en 1918 ingresó en la Academia el Dr. D. José M.ª Roca, no escogió por tema de su Discurso ningún punto de historia de la Medicina, que era su especialidad, ni relativo a personajes de la corte aragonesa, en cuya historia trabajaba; prefirió presentar al heraldista del siglo XVII Jaime Ramón Vila, autor de un *Tractat d'Armòria* en cuatro tomos. El Dr. Roca justificó su elección por estar en posesión del manuscrito y haber podido estudiarlo con todo detenimiento, pero al mismo tiempo, porque juzgó que el Armorial de Vila,

precursor del de Tarafa, debía ser puntualmente conocido por los estudiosos.

Fué don Fernando de Sagarra quien debió representar durante muchos años en la Academia los estudios de heráldica y sigilografía. Inicióse muy joven el señor Sagarra como coleccionista de sellos documentales en placa, cera o estampados ; las obligadas clasificaciones le llevaron a estudiarlos sistemáticamente y a considerarlos como materia historiográfica. Poco después de 1890 empiezan a dar fruto los estudios del señor Sagarra con el análisis de los sellos usados en la cancillería del rey Pedro el Ceremonioso, o Jaime I, o los utilizados por San Bernat Calvó. Alternó estas publicaciones monográficas con las exposiciones teóricas sobre el valor de la sigilografía en el campo de las ciencias auxiliares de la historia, y dió, por fin, su obra monumental : *Sigillografia Catalana,* ganadora del Premio Martorell en el concurso del año. Esta obra le obligó a diversos viajes, a la exploración de archivos nacionales y extranjeros, a elaborar personalmente las improntas de escayolas que había de utilizar en la composición de las láminas y a descifrar leyendas borrosas, a interpretar señales fragmentarias y a describir y comentar los millares de ejemplares que figuran en su obra.

Otra obra igualmente monumental, merecedora también del Premio Martorell, fué el Armorial formado por don Félix Doménech y Montaner, cuyo original se conserva inédito en el Archivo Histórico de la Ciudad, aunque algunas partes se hayan podido desviar hacia publicaciones parciales sin intervención del autor. El método expositivo usado por el señor Doménech ; la perfección de los dibujos ; la preocupación de dar en cada caso una imagen fiel del original y los comentarios documentales de los principales linajes representados, permiten considerar el *Armorial* como obra básica de la heráldica catalana. Uno de los tomos está dedicado a las señales heráldicas de Carlos I el Emperador, y constituye una monografía de excepcional importancia.

No terminó con la labor de los anteriores eruditos la obra de investigación en los archivos. Soler y Palet publicó en 1916 sus notas sobre *L'art a la casa al segle XV*, en la cual entresaca de multitud de inventarios notariales las piezas que revelan el ambiente artístico existente en el domicilio de mercaderes y burgueses. En esa tarea fué maestro de todos Mn. José Gudiol, que dejó esparcidas por un sinfín de publicaciones preciosas notas en las cuales puede reflejarse la pobreza o abundancia de los objetos, su diversidad y la evolución que los tiempos les imponen. Carreras y Candi nos da también aportaciones de gran interés sobre la obra constructiva de la

Catedral de Barcelona (1901), al mismo tiempo que podía atribuir a los pintores Pablo Terrers y Francisco Vergós el retablo mayor de la capilla del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona.

Asimismo, don Ernesto Moliné y Brasés separóse alguna vez de sus temas literarios para acudir a colaborar con los historiadores del Arte. Suya es la aportación de *Alguns documents inèdits per a la història de la pintura catalana* (1913). También el señor Botet y Sisó, que ya hemos hallado en la sección arqueológica, dió a conocer algunos esclarecimientos sobre ciertos sepulcros de la familia Condal de Ampurias (1916).

En 1922, don Buenaventura Bassegoda estableció la biografía de Luis Vermell, escultor y pintor de retratos, que trabajó en diversas poblaciones catalanas durante la segunda mitad del siglo pasado.

La consulta de las publicaciones de la Real Academia permite reconocer la constante participación en la investigación del Arte, ya publicando los trabajos de sus propios miembros, ya acogiendo en sus páginas valiosas colaboraciones externas. La precisión de las fechas en que Jaime Huguet recibió el encargo y ejecutó la pintura de su bello retablo de la Epifanía para la Capilla Real de Santa Agueda quedaron establecidas gracias a la publicación de don José Pallejá en 1922, mientras don Rafael del Arco, correspondiente en Huesca, publicaba, también en el Boletín de la Academia, el fruto de sus constantes búsquedas sobre Arte aragonés.

También la línea de los teorizadores del Arte, que iniciara Manjarrés, halló continuadores en la labor de la Academia. En 1903 hallamos el Discurso de recepción de don Pelegrín Casades y Gramatxes, cuyo tema es por demás significativo: *Influencies del art oriental en los monuments romànichs de Catalunya.* El señor Casades venía del campo excursionista, que en Barcelona nunca dejó de ser al mismo tiempo inclinado a la arqueología. Tenía en su haber una gran labor de divulgación por medio de artículos y conferencias y su Discurso dió fe del esfuerzo realizado por su autor para reducir a síntesis concreta las diversas opiniones de las grandes autoridades en la materia. La influencia oriental, venía a decir, es evidente, pero no se produce por calco, sino por derivación moderada con pérdida de la aparente opulencia y exceso de ornamentación, porque el ambiente local reduce la influencia a canon apropiado.

La más importante significación del ingreso del señor Casades en la Academia estaba en su procedencia. Las asociaciones excursionistas habían sido las salvadoras de muchos tesoros arqueológicos, cuando nadie más se ocupaba de ellos. El mayor mérito local

era la restauración, hasta donde era posible, de las tres columnas que aún quedaban en pie, y quedan todavía, del Templo romano de la calle del Paradís, la más monumental de las ruinas romanas de Barcelona.

Escasas son las manifestaciones de Arte popular recogidas en la actuación académica. Pero es fuerza señalar la obra de Apeles Mestres, el poeta y escritor dramático que también fué historiador y excelente dibujante. Sus notas sobre la representación de los *Reyes Magos* a través de los tiempos y su estudio sobre las hojas llamadas *Auques de rodolins* son buenos ejemplos de temas populares estudiados por quien mejor podía hacerlo, por conocerlos como antiguo coleccionista especializado en ellos.

DOSCIENTOS AÑOS DE HISTORIA DE CATALUÑA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por RAMÓN DE ABADAL Y DE VINYALS

Cuando en 1729 se constituyó nuestra Academia con carácter anónimo, dióse le «por principal objeto la Historia Sagrada y Profana, y con especialidad la de Cathaluña; pero entretexiendo los Assuntos con algunos de las Philosophias Natural, Moral y Política, y otros de Eloqüencia y Poësia». Con ello se precisaba una tendencia histórica predominante, en oposición al carácter más exclusivamente literario que tuviera la «Academia de los Desconfiados», predecesora de la nueva que entonces se constituía.

Fué esta nueva tendencia la que informó la consagración oficial de 1752. Los Estatutos que acompañan al «Real Despacho» del rey Fernando VI la definen concretamente: «la Académia (tendrá) por fin principal de su Instituto — dicen en su artículo primero — formar la Historia de Cathaluña, aclarando aquellos puntos, que han querido contravertir, ó suponer ya el error, ya la malicia; deberá ser su primer objeto dirigir el trabajo de sus Individuos à la perfeccion de esta obra; y proponiendose igualmente, como fin secundario de su zelo, la instrucción de la Noble Juventud en la Historia Sagrada y Profana; Philosophía Natural, Moral y Política; Rhetórica y Poësia, se tendrá tambien muy presente esta importancia en la disposición de los Assumptos».

La Academia nacía, pues, como Corporación pública, bajo el signo de la historia, y determinadamente de la historia catalana. No es de extrañar este carácter si se tiene en cuenta que su animador y director era en aquellos momentos don José de Mora y Catá, Marqués de Llió.

Así se explica también que la primera obra académica fuese la titulada *Observaciones sobre los principios de la historia,* incluída en los volúmenes I y II de la *Memorias académicas,* publicados respectivamente en 1756 y 1868. Creyó la Academia que siendo «su

primer objeto la formación de una História completa de Cathaluña» era necesario previamente establecer «la práctica de un méthodo uniforme en los trabajos Académicos, de suerte que la variedad de los assumptos no alterásse la unidad de las réglas fundamentáles» y así «pidió á su Directór (el Marqués de Llió) que sobre este principio, y con las noticias de sus muchas luces, estúdio y experiencia, y con los materiales que los Indivíduos Académicos le subministrarian a tan importante fin, se sirviesse coordinar unos *Elementos históricos* que fuessen como la basa sobre que estribassen las dissertaciones de nuestros Professores».

«Esta ocupación del Director — se nos dice — empezó cuidádo, prosiguió estúdio, y acabó desvélo.» Dividía el autor su obra en tres partes que debían componer otros tantos tomos. El 1.º «incluye los Capitulos de los *Autores impresos* y de los *Manuscritos*, con las divisiones que corresponden para tratarlos methodicamente». El 2.º «comprehenderá el Tratádo o Capítulo de la *Tradicion*, y el de los *Instrumentos* con una Dissertacion Histórica de los *Séllos* que han usado nuestros Soberános desde el Rey Don Pedro Segundo de Aragón y Primero de Cathaluña hasta nuestro Augustissimo Monarcha» y debía acompañarse de diez y nueve láminas ofreciendo una «completa colección de Séllos sacados de los más respetables Archivos». El 3.º «y último Tomo tratará de las *Monedas* y *Inscripciones*». «Todo con el fin de que con estos autorizádos médios se zanjen é ilustren los cimientos del hermóso edificio de la História, que debe ser el primér blanco de la aplicación y zelo de la Académia.»

El autor atendía no sólo al fondo, sino a la forma de su obra: «El estilo — nos dice — atendida la naturaléza de la matéria árida y abstrahida, se há procurádo que fuesse medio entre el humilde y sublíme, inclinandose mas á este quando el assumpto lo permite; pero siempre cifrado en la naturalidad sin desaliño, y con algun adorno».

Como puede verse por el programa, la obra inicial académica pretendía ser un tratado completo de metodología histórica con la aportación de sus ciencias auxiliares. Desgraciadamente quedó incompleta; el Marqués de Llió moría a los pocos años de su iniciación, en 1763, dejando publicada su primera parte de metodología sobre los *Impresos* y los *Manuscritos*, con interesantes adiciones de paleografía y de lingüística, y redactado el capítulo sobre la *Tradición* histórica, de la segunda parte, que no vería la luz hasta un siglo más tarde, en 1868, en el volumen II de las *Memorias de la Academia*.

A pesar de ser fragmentaria, la obra de Llió es algo impresionante por la época de su composición. Menéndez y Pelayo, en sus

Ideas Estéticas, pudo decir de ella: «fué un magnífico tratado de crítica historial, obra de muy diverso objeto que las antiguas artes históricas de Fox Morcillo, Costa, Luis Cabrera y Fray Jerónimo de San José, puesto que éstas más bien versaban sobre la materia de la historia, al paso que el libro de la Academia Barcelonesa contiene reglas y documentos, no para escribir artísticamente la historia, sino para indagar la verdad de los hechos en su punto de valor de los testimonios. La obra del Marqués de Llió, muy superior al *Marte crítico* del P. Segura, publicado algunos años antes (1737), es uno de los más brillantes testimonios del positivo adelanto de la cultura española a mediados de la centuria pasada, adelanto que, por lo que toca y pertenece a la crítica historial, debe atribuirse, tanto o más que a los ejemplos extranjeros, a la tradición indígena, nunca interrumpida, de los Nicolás Antonio, Lucas Cortés, Mondéjar, Bergamos, Ferreros y Flores». Por su parte el P. García Villada tilda la obra del Marqués de «único tratado de metodología histórica de nuestra región, que recuerda por su tendencia el trabajo muy anterior de Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (Paris, 1666), y el de Lenglet du Fresnoy, *Méthode pour étudier l'histoire* (Paris, 1713)».

Las dos críticas llevan su parte de razón. El Marqués de Llió fué un erudito completo, amplio conocedor de toda la literatura histórica y metodológica de su tiempo. Había viajado por todas las grandes capitales europeas: París, Londres, Amsterdam, Viena, Turín, Roma. Conocía el francés, alemán, italiano, a más de ser un buen latinista. En Madrid había concurrido a las sesiones de la flamante Real Academia de la Historia y escuchado allí las sabias disertaciones del P. Flórez. En las notas a sus *Observaciones sobre los principios de la historia,* compuestas por cierto con un espíritu de modernidad que supera a menudo las ingenuidades de la época que trascienden en el texto, desfilan todos los grandes tratadistas de su tiempo y los fundamentales, aún hoy, del siglo XVII. Entre los extranjeros conoce las obras de Bodin, de Lenglet de Fresnoy, de Labbé, Papebroch, Bollando, Mabillon, Ducange, Baluze, de Marca, Montfaucon, Calmet, Tillemont, Caseneuve, los historiadores del Languedoc; Muratori, Fontanini, Poggi, los cardenales Baronio y Belarmino, Maffei; los españoles Nicolás Antonio, Mayans y Siscar, Antonio Agustín, Aguirre, Mondéjar, Morales, Pérez Bayer, Zurita, Alderete, Briz Martínez, Ferreras, Terreros, Miguel de San José, P. Feyjoo, etc., y, excuso detallar, todos los historiadores que se habían ocupado de Cataluña.

Con la temprana muerte del Marqués de Llió los ambiciosos planes de nuestra Academia se desvanecieron. Fué, por otra parte, el sino de la mayoría de las grandes empresas diplomáticas del tiempo. El gran «Cuerpo diplomático español» que proyectara la Real Academia de la Historia de Madrid bajo la dirección del P. Andrés Marcos Burriel ; la más limitada «Colección de documentos, manuscritos, inscripciones y monedas para la primitiva historia de Aragón» que Abad y Lasierra propusiera a Campomanes en 1773 ; los «Sacrae antiquitatis Cathaloniae Monumenta» que emprendieron los padres Premonstratenses de Bellpuig de les Avellanes ; el mismo Diplomatario general para la Historia de Francia que a últimos del XVIII se inició en París, no llegaron nunca a completa realización. De los grandes trabajos preparatorios a que dieron lugar han quedado no obstante los ricos materiales reunidos en las Colecciones manuscritas, respectivamente : de Burriel y de Abad y Lasierra, en la Biblioteca de la Academia de la Historia ; del P. Pasqual en la de Cataluña ; de Moreau en la Nacional de París. Canteras inapreciables hoy día que nos conservan tantos monumentos cuyos originales se perdieron luego a través de revoluciones, guerras y descuidos.

* * *

Se desvaneció, pues, el sueño algo utópico del Marqués de Llió sobre el trabajo conjunto académico de creación de una Historia de Cataluña, sueño que fracasó aún en sucesivos intentos durante el XVIII, muertos al nacer. Iba a cambiar el carácter de la docta Corporación : en lugar de ser foco de creación conjunta se convertiría en lazo de relación y contacto entre los sabios dedicados particularmente a los trabajos históricos. La historia pasaría a ser, no la obra de la Academia, sino la de los académicos.

Durante el mismo siglo XVIII tres de éstos brillan intensamente en su especialidad : el premonstratense P. Caresmar, don Antonio de Capmany y de Montpalau y el padre jesuíta Juan Francisco Masdeu.

Del padre Jaime Caresmar, nacido en Igualada en 1717 y muerto en Barcelona en 1781, se ocupa especialmente el P. Vives como cultivador que fué, preponderantemente de la Historia eclesiástica. Aquí sólo nos compete apuntar de él algunos rasgos. Sobre todo su carácter de diplomatista. Investigador y compilador incansable, trabajó en los archivos de Ager, de Gerri, de Sant Cugat, dieciséis años en el capitular de Barcelona. Hemos hablado antes adrede de las grandes empresas diplomáticas de esta segunda mitad del XVIII ; Caresmar participó intensamente en dos de ellas : con sus compañeros de Bell-

puig de les Avellanes, los padres Pasqual y Martí, en los «Monumenta Cathaloniae» ; por encargo especial del rey de Francia en el Diplomatario general de este reino: las copias de Caresmar en la Collection Moreau de París son hoy día para nosotros de un valor positivo. Cabe aquí resaltar que el volumen 28 de la *España Sagrada* se debió a su información ; en el mismo se dice a su propósito que «es hoy el depósito y rico mineral donde se halla todo cuanto hay que saber del Principado de Cataluña».

Como historiador de Cataluña nos legó sobre todo la célebre carta al Barón de la Linde sobre la *Población de Cataluña* «en la cual se prueba ser Cataluña en lo antiguo más poblada, rica y abundante que hoy». Las modernas investigaciones han venido a reforzar en gran parte, y prescindiendo de las acumulaciones de los núcleos ciudadanos, la tesis del P. Caresmar. En su tiempo la Carta tuvo gran resonancia a juzgar por los numerosos manuscritos que de ella nos quedan.

El P. Caresmar había entrado en la Academia en 1750 y había colaborado en la obra del Marqués de Llió, pero con la muerte de éste se esfumó su participación académica. Precisamente en la Academia y en la persona del P. Boria de Llinás encontró, en sus grandes conflictos hagiográficos, su mayor enemigo. Contra él pueden leerse en un manuscrito de nuestra Biblioteca estos versos:

Un blanquillo con valona
sujeto de poco seso
está deteniendo el rezo
de Eulalia, nuestra patrona.
Con motivo Barcelona
dirá de este gran jumento:
Que se vuelva a su convento,
pues que todo esto dimana
de ser él una avellana
que no tiene nada dentro.

No era esta la opinión de su gran valedor el P. Flórez, ni la del P. Traggia, que le calificó de «Mabillon catalán».

Astro menor, aunque apreciable, y con el mismo signo diplomatista, fué el académico Juan Sans de Barutell, nacido en Barcelona en 1756, gran amigo de Félix Torres Amat y marino de profesión, doctorado antes en Cervera en Derecho y Filosofía, buen latinista y conocedor de la literatura clásica. También él investigó y copió en varios archivos españoles y especialmente en el de Barcelona para colaborar en la proyectada «Colección diplomática general de España»

de la Real Academia de la Historia de Madrid, de la que también fué miembro.

En 1781 ingresaba en nuestra Academia don Antonio de Capmany y de Montpalau, nacido en Barcelona en 1742. Sus *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Madrid, 1779, escritas por encargo y sufragio de la Junta de Comercio de nuestra ciudad, son harto conocidas para que nuevamente hablemos de ellas. Rubió y Lluch hizo notar que con ellas «por vez primera, poniendo remedio al olvido injusto de las actividades humanas distintas de la política y de la guerra, las artes de la paz y del progreso se consideraron dignas de ser presentadas ante el tribunal severo de la Historia» ; con ellas, Capmany, «levantó a las de nuestra ciudad ... un soberbio monumento que todavía hoy se hace admirar, tanto por lo grandioso y acabado del intento, como por la espléndida edición en que se publicó y la inusitada subvención oficial que a su egregio autor se concediera» ; «grandioso esfuerzo (que) puede ponerse junto a las más señaladas obras de la erudición europea». Capmany nos dió también la primera y básica edición moderna del *Código de la costumbres marítimas de Barcelona, vulgarmente llamadas Libro del Consulado*, Madrid, 1791.

Si la obra de Capmany tiene aún hoy un valor actual, no puede decirse lo mismo de la *Historia crítica de España* del padre jesuita Juan Francisco Masdeu, a pesar de la enorme popularidad que alcanzó en su tiempo. El P. Masdeu había nacido ocasionalmente en Palermo en 1744, pero era de familia barcelonesa ; hizo sus estudios en el colegio de Cordelles e ingresó en la Compañía en 1759. Fué en Italia, en Ferrara, donde, emigrado a consecuencia de la expulsión de la Orden, empezó en 1781 su *Historia crítica*. De temperamento extremista y arrebatado, llevó una vida literaria intensa y tumultuosa dedicada preponderantemente a la polémica : en Italia cierto opúsculo le valió una condena de tres meses de presidio y la quema del impreso ; sólo por la intervención del embajador de España pudo liberarse de la pena personal. Fueron estas características tempestuosas las que informaron su *Historia crítica de España*, obra de intuición con rasgos luminosos evidentes, pero con lamentables caídas debidas a su posición hipercrítica. En Cataluña el docto y humilde padre Olzinelles, de Ripoll, dejó manuscrita una refutación excelente a su posición destructora sobre la falsedad en general de nuestros documentos carolingios. No fué todo revolucionario en la obra de Masdeu : entre sus innumerables trabajos dejó sin publicar, por ejemplo, una *Colección anticuaria de la España romana*, en varios volúmenes de inmenso trabajo y mucha erudición en los que

se reunieron textos e inscripciones relativos a geografía, divinidades, emperadores, funcionarios imperiales y municipales, ministros sagrados, ejército, familia, espectáculos, arquitectura y escultura, mecánica ; un repertorio impresionante por su ambición. La Academia acogió en su seno al P. Masdeu en 1795 durante una de sus temporales estancias en Barcelona ; amigo íntimo de Torres Amat, nos cuenta éste en su Diccionario numerosas anécdotas de su bullicioso temperamento.

* * *

El Dr. Riquer, en su *Breve historia* que precede este trabajo, explica las difíciles y tumultuosas condiciones en que vivió la Academia durante el primer tercio del siglo XIX. Un nombre señero descuella en este período, el de don Próspero de Bofarull que, con dos breves intervalos, presidió la Corporación desde el año 1822 hasta su muerte en 1859.

De su recia personalidad, de su inmensa labor archivística, se ocupa nuestro colega don J. Ernesto Martínez Ferrando. Aquí sólo debemos hacer hincapié a su obra histórica sobre Cataluña. *Los Condes de Barcelona vindicados,* Barcelona, 1836, le acreditan, al decir de Rubió y Lluch, como «el verdadero restaurador de los estudios históricos en el siglo XIX en Cataluña» ; «la sólida construcción benedictina de Bofarull desafía el paso de los años, y aunque en algunas de sus partes se presenten grietas y en otras se hacen hoy necesarias adiciones que la completen, todavía es guía segura y fundamental para los modernos historiadores de nuestro Principado». Estas palabras de Rubió, escritas en 1913, continúan siendo actuales aún hoy día. Los *Condes vindicados* siguen siendo libro imprescindible de consulta y referencia para todo historiador que quiera ocuparse de nuestra época condal. Es cierto que han sido superados en ciertos aspectos ; a Bofarull, investigador excelente, le faltaba una erudición histórica general, inexcusable para la comprensión de ciertos aspectos ; no obstante logró desbrozar — con la ayuda humilde, desinteresada y muy valiosa del buen P. Olzinelles de Ripoll — muchas de las tradicionales confusiones que se venían arrastrando en nuestra historia desde los días de las *Gesta comitum Barcinonensium.*

A Bofarull debemos también la reimpresión valiosa de la *Crónica de Cataluña* de Jerónimo Pujades, 1829-30, edición que popularizó esta obra donde, al lado de tanta leyenda y fantasía, tanto dato histórico se nos ofrece que de otro modo se hubiera perdido.

Entre los numerosos compañeros de don Próspero que trabajaron la historia seriamente, algo aturdidos por el fulgor dominante del

maestro, dos de ellos son aquí de citar, recibidos como fueron en el seno de la Academia en 1835: don Jaime Ripoll y Vilamajor y don Andrés Avelino Pi y Arimón.

El canónigo de Vich, Ripoll, originario de la comarca de Solsona, infatigable escrutador de los archivos capitular y episcopal ausetanos, fué el especialista de la pequeña monografía. Entre 1814 y 1843, año de su muerte (había nacido en 1775), publicó hasta 64 pequeños opúsculos que en junto sumaban más de 360 páginas. Es una colección interesantísima donde se transcriben y comentan, con sagaz crítica, lápidas, inscripciones y documentos inéditos de toda clase. Nuestro Balaguer y Merino estableció la lista de estos opúsculos, dispersos, en el volumen III de las *Memorias de la Academia,* 1880. Del canónigo Ripoll procede el monetario de la Academia y el célebre ejemplar de la Gramática de Mates.

Pi y Arimón, natural de Barcelona, nacido en 1793, de familia humilde, preparó la carrera sacerdotal en el Seminario Episcopal, pero vió interrumpidos sus estudios en 1808 a causa de la invasión francesa. Tomó parte activa en la guerra y a su regreso en Barcelona, 1814, ejerció varios cargos de Intendencia militar. Nombrado en 1835 de la Comisión encargada de recoger los libros y papeles de los suprimidos conventos, fué tal la eficacia con que cumplió su cometido que la Academia le acogió en su seno; dos años más tarde le confiaba el cargo de archivero.

Resultado de sus trabajos e investigaciones fué la publicación de varias monografías y especialmente de la tan conocida obra *Barcelona antigua y moderna,* que vió la luz en Barcelona en 1854, tres años después de su muerte.

* * *

En los últimos años de la presidencia de Próspero de Bofarull ingresaban en la Academia dos personalidades contradictorias que habían de legarnos sendas historias de Cataluña, de considerable volumen: Antonio de Bofarull y Brocá, en 1852, y Víctor Balaguer, en 1853.

Con la *Historia de Cataluña,* Barcelona, 1863, de Balaguer, entraba en nuestra historiografía la ola del romanticismo. Prescindiendo de toda idea crítica, allí se ensartan en pomposo y declamatorio estilo todas las leyendas y fantasías transmitidas por el falso Boades y por el iluso Pujades, todo el ardor patriótico de libertad y progreso que animaban al autor y a su época. Massó y Torrents pudo decir que todas las Englantinas de los Juegos Florales tenían en la

Historia de Balaguer su origen. Ello hizo su obra eminentemente popular.

Pero ello produjo también la correspondiente reacción erudita. No en vano pasó Antonio de Bofarull cuarenta años en los Archivos. Su respuesta a Balaguer, la *Historia crítica, civil y eclesiástica de Cataluña,* Barcelona, 1876-1878, en nueve volúmenes de gran formato, es obra erudita y documentada, analística, de lectura penosa e indigesta, dominada por la tendencia polémica ; pero no deja de representar un esfuerzo considerable, servido por un espíritu analítico perspicaz y sutil. Bofarull fué el traductor de nuestras grandes Crónicas y, trabajador incansable, nos dió también una voluminosa *Historia crítica de la Guerra de la Independencia,* Barcelona, 1876-1877.

No ofrecemos aquí semblanzas biográficas de ambos autores que hallarán en otros artículos su justo lugar : Balaguer como literato, Bofarull como archivero. Pero sí es conveniente señalar que con ellos se reanuda la tradición de nuestras historias generales interrumpida desde los tiempos de los *Anales de Cataluña,* de Narciso Feliu de la Peña, Barcelona, 1709 ; y con ellos se confirma la característica de convivencia dentro de la Academia al margen de opiniones y criterios personales y científicos.

* * *

Siguiendo el proceso de la representación historiográfica catalana en el seno de la Academia es interesante notar como viene seriado por etapas que representan otras tantas generaciones de estudiosos. Hemos procurado nosotros ceñirnos en nuestra exposición a esta característica real que afecta a la vez personas y corrientes de erudición.

A la generación de Próspero de Bofarull sigue la generación Balaguer-Bofarull y de Broçá ; a ésta, la generación que presidieron Milá y Fontanals y Rubió y Ors. Entre 1876 y 1879 hacen su entrada en la Academia los historiadores Andrés Balaguer y Merino, José Pella y Forgas, Antonio Aulestia y Pijoan, José Balari y Jovany, José Coroleu Inglada, a los que debe añadirse Guillermo María de Brocá, por más que ingresado unos años más tarde, en 1890.

Sin dejar de cultivar la historia general de Cataluña — y típico exponente de ello es la *Historia de Catalunya,* Barcelona, 1887-1889, que publicara don Antonio Aulestia en catalán, apreciable manual escrito con prudente crítica y escogida información —, predomina ya la especialización monográfica y muy particularmente el aspecto institucional. Por vez primera nuestros historiadores académicos se lanzan al estudio y presentación de las instituciones políticas y jurídicas catalanas medievales.

A la colaboración de los señores Coroleu y Pella se debieron dos obras iniciales: *Las Cortes catalanas*, Barcelona, 1876, y *Los Fueros de Cataluña: Descripción comentada de la Constitución histórica del Principado de Cataluña*, Barcelona, 1878, que demuestra un buen conocimiento de nuestros monumentos históricos legales, acompañado de indicaciones y comentarios estimables.

El señor Coroleu intervino además intensamente en la edición de la *Colección de las Cortes de Cataluña*, publicada por la Real Academia de la Historia. Por su parte Pella, que con su *Historia del Ampurdán*, Barcelona, 1883, había iniciado la historiografía comarcal, nos proporcionó un resumen de tipo popular de los anteriores estudios institucionales políticos en sus *Llibertats i antic govern de Catalunya*, Barcelona, 1905.

De José Balari y Jovany, básicamente filólogo, hay que hacer resaltar su importante aportación en este sector de historia de nuestras instituciones. Con sus *Orígenes históricos de Cataluña*, Barcelona, 1899, estudia los problemas referentes a la formación de los *Usatges* y a los principales elementos e influencias originarias que informaron nuestro antiguo Derecho, allegando para ello sus amplias investigaciones archivísticas, novedad que contrasta por desgracia con su olvido de la literatura técnica correspondiente.

Pero quien de todos ellos logró una mayor significación como historiador de nuestro Derecho fué Guillermo María de Brocá y de Montagut. Coronación de una serie de tupidas monografías fué su obra fundamental *Historia del Derecho de Cataluña, especialmente del civil*, Barcelona, 1918; obra inacabada, pero que en su primer y único volumen nos da el tratado más completo que sobre la historia externa del Derecho catalán existe aún hoy día. Obra de vasta erudición histórica y jurídica, hija de largas investigaciones archivísticas y bibliográficas, de meditada estructura, donde los profundos conocimientos jurídicos del autor se acompañan de la utilización más cuidada de toda la literatura extranjera y nacional concerniente a su tema.

* * *

No sabría diseñar mejor lo que representa para la Academia la generación que ingresó a principios de nuestro siglo XX, que reproduciendo unas palabras de nuestro malogrado presidente, el señor Valls y Taberner, en un discurso sobre *Els estudis històrics... a Catalunya durant el primer quart del segle XX*. «Una venerable institució literària — decía el señor Valls — de la qual havien format part tots els grans representants del moviment històrico-arqueològic

de Catalunya en la segona meitat del segle XIX, i que només per això ja ens hauria de merèixer veritable simpatia, la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona, assoleix, precisament en començar la present centúria, nous impulsos d'activitat: augmenta les seves publicacions ordinàries amb l'edició d'un Butlletí, afegeix nous volums a la sèrie de les seves Memòries i, amb la impressió dels discursos llegits en les successives recepcions acadèmiques, enriqueix la bibliografia històrica catalana. Si volguéssim personalitzar, hauríem de dir que aquesta renovada vitalitat fou deguda sobretot a la tasca entusiasta i copiosa de dos acadèmics que aleshores feia poc que havien ingressat: Joaquim Miret i Sans i Francesc Carreres i Candi. A ells es degué també la celebració a Barcelona del primer Congrés d'Història de la Corona d'Aragó, en relació molt directa amb l'Acadèmia... Mitjançant el nomenament de socis corresponents, l'Acadèmia establí relacions, més nominals i honorífiques que efectives, amb la majoria dels historiadors comarcals i locals de Catalunya».

Joaquín Miret y Sans y Francisco Carreras Candi, y a su lado Andrés Giménez Soler, Fernando de Sagarra y de Siscar, Eduardo de Hinojosa y Naveros, Antonio Elías de Molins, Salvador Sanpere y Miquel y Joaquín Botet y Sisó, forman la pléyade de historiadores que ilustran nuestra Academia en los albores del siglo. Al margen de la obra particular, personal, de cada uno de ellos, obra considerable que no vamos a detallar, pues está en la mente de todos y tiene aún un interés y utilización actualísimos, interesa señalar su especial aportación a la obra conjunta académica.

Como hace notar Valls y Taberner, es el momento en que la Academia reemprende la publicación de sus *Memorias,* da nuevo impulso a la colección de *Discursos de recepción* y, sobre todo, inicia la publicación periódica de su *Boletín*. El antiguo ideal de la obra conjunta que inspirara siglo y medio antes al Marqués de Llió, vuelve en cierto modo a renacer. Ya no será el mismo, pues no en vano pasa el tiempo; hemos llegado a la época de especialización. No cabe pensar en la elaboración completa corporativa de una Historia de Cataluña; precisa antes la tarea ingente e indefinida de preparar sus elementos: estamos de lleno en el reino de la monografía. Y es en este sentido que se enfoca el trabajo académico. El *Boletín* será durante casi un decenio, hasta la aparición de los *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans* y de la nueva modalidad histórica de los *Estudis Universitaris Catalans,* la única revista histórica que traducirá en nuestro país la nueva concepción de trabajo. Será entre nosotros como el precursor del gran florecimiento de la producción histórica que caracteriza el corriente siglo XX.

Es en las publicaciones académicas de los albores de siglo donde se encuentran, por ejemplo, los fundamentales trabajos sobre *El poder judicial en la Corona de Aragón,* de Giménez Soler ; *Importancia de la Sigilografía como ciencia auxiliar de la Historia,* de Fernando de Sagarra ; *Lo Montjuich de Barcelona,* de Carreras Candi ; *Los vescomtes de Cerdanya, Conflent y Bergadá,* de Miret y Sans ; *Origen y vicisitudes de la pagesia de remensa en Cataluña,* de Eduardo de Hinojosa ; *La població dels ducats catalans a Grecia,* de Rubió y Lluch, etc., etc. La enumeración se haría interminable y por otra parte el lector puede encontrarla inventariada en el volumen XV de nuestro *Boletín,* donde se insertan las *Taules de les Publicacions de l'Acadèmia, 1756-1930.* Barcelona, 1933. Con la generación del 1900 se produjo uno de los momentos más brillantes de la vida de nuestra Real Academia en el cultivo de la historia.

* * *

Con él hemos llegado casi al final de esta presentación. La nueva generación que ingresa en la Academia por los alrededores del 20 es contemporánea de buena parte de nosotros y fuera ocioso querer recordar aquí su obra personal que consultamos todos los días y está viviente entre nosotros. Apuntemos sólo los nombres : José María Roca (1918), Daniel Girona y Llagostera (1919), Fernando Valls y Taberner (1920), el P. Ignacio Casanovas (1921).

* * *

Sólo nos resta ya aludir a un aspecto especial histórico íntimamente ligado a la vida de nuestra Academia : la historiografía de la misma.

Iníciase desde el primer momento con el fundador Marqués de Llió en el primer volumen de las *Memorias,* que en su prólogo se ocupa del «Origen, Progressos y su primera junta general baxo la protección de Su Magestad, con los papeles que en ella se acordaron», Barcelona, 1756. Casi dos siglos más tarde Miret y Sans publicó en el volumen IX de nuestro *Boletín,* Barcelona, 1921, su artículo : *Dos siglos de vida académica.* En el mismo *Boletín,* correspondiente al año 1917, el académico don Ernesto Moliné y Brasés se había ocupado de la fugaz vida de *La Acadèmia dels Desconfiats,* precedente de la nuestra.

Estas tres publicaciones se refieren exclusivamente a la actividad académica. Pero dentro de un campo más amplio, extendido a todo el sector histórico catalán y comprensivo por tanto de la específica ac-

tividad histórica de la Academia, cabe señalar una serie de trabajos de historiografía que tienen el denominador común de haber sido todos producidos por miembros esclarecidos de la misma.

Cronológicamente, el *Diccionario de autores catalanes*, Barcelona, 1836, de Félix Torres Amat, con sus numerosos e interesantes capítulos dedicados a los historiadores académicos contemporáneos suyos, y a los que le precedieron, abre la serie.

Sigue la *Sucinta reseña de las apreciaciones de cierto crítico acerca del movimiento histórico en Cataluña*, memoria leída en la sesión de la Academia el día 12 de mayo de 1877, Barcelona, 1877.

De mucha mayor envergadura fué el Discurso de recepción de don Antonio Elías de Molins, en febrero de 1903, sobre *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII*, Barcelona, 1903. Y obra eminente, como suya, la que don Antonio Rubió y Lluch dedicó a *La escuela histórica catalana*, al contestar el Discurso de ingreso de don Cosme Parpal y Marqués en sesión de abril de 1913, Barcelona, 1913.

Finalmente, en el *Boletín* de nuestra Academia, volúmenes XIII y XIV, respectivamente de 1928 y 1930, publicó don José Rafael Carreras unos *Estudis biogràfics d'alguns benemèrits patricis qui ilustren aquesta Acadèmia*, trabajo muy meritorio que desgraciadamente quedó interrumpido.

Fuera del seno académico, pero siempre por compañeros nuestros, Valls y Taberner se ocupó, en una conferencia dada en la Biblioteca Nacional de Madrid con motivo de la Exposición del libro catalán celebrada en 1927, de *Els estudis històrics i arqueològics a Catalunya durant el primer quart del segle XX* (Valls y Taberner, Obras selectas, vol. I, Barcelona, 1952); y el P. Ignacio Casanovas de *La Cultura catalana del segle XVIII*, en un discurso leído en la segunda fiesta de la Unión interacadémica, Barcelona, 1932.

A todos estos trabajos he acudido para documentarme y completar mi información para el presente resumen; su valor actual es evidente y ellos representan, como dijimos, otro aspecto de las actividades históricas de la Academia: la historiografía.

LA HISTORIA ECLESIÁSTICA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por JOSÉ VIVES

Cuando en 1752 recibía nuestra Academia el reconocimiento real y el nombre con que aun hoy se distingue, florecía en España un muy importante renacimiento de los estudios de Historia eclesiástica que tenía por objeto principalmente el acopio y utilización de las fuentes documentales. Era la época en que Flórez preparaba su conocida *España Sagrada*. Por desgracia, después de los grandes trabajos históricos del siglo XVI con Morales, Zurita, Antonio Agustín y otros, en el siglo siguiente una pléyade de eruditos falsarios sembraron el confusionismo en este dominio de la ciencia eclesiástica y, especialmente, en el campo de la Hagiografía.

Como reacción contra ellos los eruditos del siglo XVIII, y particularmente los de su segunta mitad, se dedicaron con ardor a escudriñar archivos y bibliotecas y a inventariar sus riquezas, y a la copia de materiales antiguos ya de difícil lectura en aquel tiempo. Sin embargo, no siempre estos investigadores de la décimo-octava centuria pudieron o supieron librarse de los engaños de aquellos falsarios, y así vemos al mismo P. Flórez defender la autenticidad de inscripciones apócrifas, como la tan famosa atribuída a los tiempos de Galba, que hacía referencia a cristianos de España ya durante el reinado de Nerón [1].

Si echamos una mirada sobre las Actas antiguas de la Academia, en gran parte metódicamente compendiadas por Miret y Sans en el vol. IX del *Boletín* [2] de la institución, veremos reflejado perfectamente

1. Véase *España sagrada*, III, p. 153.

2. JOAQUÍN MIRET Y SANS, *Dos siglos de vida académica*, en «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona» 9 (1917-20) 10-32, 92-116, 168-93, 249-85 y 305-62. Hemos utilizado también las Actas originales que se custodian en la Biblioteca de la Academia, compuestas de varios legajos numerados, cada uno con varios cuadernos también numerados, con las comunicaciones o lecturas habidas a partir del año 1729. Citaremos el número del legajo y del cuaderno. Legajos aparte, ordenados por años, son los llamados *Asuntos heterogéneos*.

este renacimiento de los estudios de Historia eclesiástica en dicha época.

Son, en efecto, numerosas las comunicaciones o lecturas habidas en la Academia referentes a nuestro tema en las sesiones celebradas a lo largo del siglo XVIII, ya a partir del año 1729, cuando la Academia actuaba sin haberse aún constituído o haber sido reconocida como tal.

En cambio veremos que durante el siglo XIX se observa un eclipse casi total de los mismos estudios en las sesiones de la corporación, en consonancia con la decadencia que, a partir de las guerras napoleónicas y poco después con el abandono de los monasterios y desaparición de las facultades universitarias eclesiásticas, acusan los mismos estudios en toda España, decadencia cada vez más acentuada que no ha de remontarse hasta llegar a las primeras décadas de nuestro siglo.

Si bien la Academia puede considerarse como fiel representante de las actividades científicas de carácter histórico en Cataluña durante los dos últimos siglos, hay que tener en cuenta que había de actuar en nuestra ciudad que, desgraciadamente, durante casi toda esta época se veía privada de la Universidad literaria, abolida en el año 1717 y virtualmente trasladada poco después a Cervera, foco principal de la alta cultura catalana a partir de estos años. Así no es extraño que personaje de tan excelso valor como José Finestres no figure entre los académicos, seguramente por no haber tenido residencia en la ciudad condal.

En confirmación de lo expuesto en este preámbulo, vamos a enumerar brevísimamente los trabajos leídos en la Academia acerca nuestra materia.

En la primera época, 1729-52, son objeto de estudio y discusión con demasiada frecuencia cuestiones bizantinas en conformidad con el estilo pomposo y barroco de mal gusto que en el orden oratorio había dado ocasión al famoso *Fray Gerundio* del P. Isla. Así vemos que en una sesión de noviembre del año 1729 defiéndese por Salvador Sanjuán que «fué mayor hazaña en san Severo huir la ocasión del martirio que en santa Eulalia ofrecerse al tirano», basándose en el juego de palabras de «ocasión venida» y «ocasión buscada» [3].

Por otra parte, según hemos dicho, aun aparecen no pocas comunicaciones basadas principalmente en las ficciones históricas de los seudocríticos del siglo anterior. Así el mismo académico señor Sanjuán hace una «Sucinta relación de la vida de Aecio obispo de Barcelona» [4] que habría sido, según el sembrador de confusiones Ta-

3. *Actas, Asuntos heterogéneos*, 1730.
4. Ibidem.

mayo, el sucesor de Víctor, muerto el año 52, o también un «Breve recuerdo de la vida y memorables hechos de san Agatodoro, arzobispo de Tarragona».

Aun en el año 1757 se leía en la Academia un «Resumen histórico del nuevo descubrimiento de antiguos monumentos hechos en la real excavación de la Alcazaba de Granada» con transcripción de inscripciones allí encontradas, o mejor prefabricadas [5].

Pero hablemos ya de los trabajos de la corporación que pueden tener cierto interés histórico, agrupándolos por temas y por siglos.

Sobre nuestra hagiografía llamaba la atención de los académicos señores José de Pinós y Pinos, marqués de Barbará (1735) y Fr. Domingo Boria (1766) el insoluble problema de la vida de santa Eulalia de Barcelona y su distinción de la de Mérida, sobre cuyo problema, si son numerosos los indicios en favor de una única Eulalia, pesa mucho en contra de esta hipótesis el testimonio del himno de Quirico, ya del siglo VI, en que con tanta precisión se habla de la tumba de la mártir propia de la ciudad.

Sobre otro mártir barcelonés, el obispo Severo, trató particularmente el P. Caresmar (1765), que escribió un extenso estudio en el que se utilizan toda clase de materiales, algunos ciertamente discutibles, como la inscripción «Sancti Meterii», que dió lugar a una intervención por carta de Finestres, el canciller de la Universidad de Cervera [6].

Sobre la patria, martirio y culto de las santas Juliana y Semproniana, atribuídas a Mataró por el atrabiliario Roig y Jalpí, leyó en 1775 una disertación el canónigo Jaime Matas, que se apoyó confiado en los razonamientos del astuto capuchino blanense.

Otra sobre el no menos legendario viaje de san Ramón de Penyafort desde Mallorca a Barcelona sirviéndole la capa de bajel, trató en 1775 Ponsich y Camps en un trabajo que le había encargado la Academia.

Más útiles serán las aportaciones del canónigo José de Bastero y Vilana (1753) sobre el origen y fundamento del culto dado a Carlo Magno en la Catedral de Gerona, o la de Juan de Sagarriga, conde de Crexell, sobre la patria de san Ramón, abad de Fitero, sosteniendo la tesis de que era natural de Barcelona [7]; así como los esfuerzos del canónigo Antonio Cortés para poner en forma «la apología de la pa-

5. *Actas*, leg. 7, n. 7.
6. Cf. I. CASANOVAS, *Josep Finestres. Epistolari*, II (Barcelona, 1934), p. 320.
7. *Actas*, leg. 8, n. 2. Era una adición a la disertación que había escrito el Brig. D. Francisco Savila, también académico.

tria o lugar de nacimiento de santa Isabel de Portugal por el P. Ribera, mercedario», y su petición dirigida a Roma para que se declarara si en el proceso de canonización de la santa se hablaba de su patria. Este tema dió ocasión a que se leyeran en la Academia varios estudios particulares sobre la patria de San Ramón, abad de Fitero.

A fines de siglo (1796) el canónigo Mariano Joaquín de Huerta discurría sobre la segunda venida a España de san Paulino de Nola, apoyándola en gran acopio de notas de las mismas obras del santo, como en otras de san Agustín y san Jerónimo, compiladas por el abad Le Brun Desmanettes y aprovechando particularmente una obra de Albano Butler, traducida al español [8].

Aparte las cuestiones hagiográficas, fueron asuntos favoritos los relacionados con la historia eclesiástica de la época visigoda, o gótica como se llamaba entonces.

El canónigo Benito Vinyals de la Torre (1753) lee un estudio «del estado eclesiástico de Cataluña en tiempo de los godos» ; poco después (1755) otro canónigo, Juan de Alós y Fontaner, ofrece noticias documentales recogidas sobre el episcopologio de Barcelona en el siglo VIII ; el mismo año el abad de Breda, Antonio de Ravissa, espigolea las notas de Mabillón sobre monasterios existentes en España, siglos VII y VIII, especialmente en Cataluña. Salvador Sanjuán rebate la opinión del cardenal Baronio «en ser la monarquía gótica censual de la Sede pontificia por la enunciación de las cartas de Gregorio VII a los príncipes y reyes de España» [9] ; el después arzobispo de Tarragona, Fray Francisco Armanyá, diserta sobre la cronología de los concilios toledanos y sobre si asistió a los XII, XIII y XVI el obispo Juan (1757).

Muy curiosa la comunicación que leía en 1758 F. de Segarra: «Disertación sobre la causa porque en uno de los concilios toledanos del tiempo de Egica se decretó que los judíos no pudiesen agavillar en la primera compra las mercaderías que concurrían para el tráfico y abasto de España, sino que aquella fuese a favor de christianos» [10]. En otra de Joseph F. de Portell (1759) se trata del «Origen y sucesión que en los sacerdotes y obispos ha tenido la judicatura hasta la época de la entrada de los sarracenos», concluyendo que los obispos fueron más bien árbitros que jueces [11]. Por fin, en 1764, Pedro Mercader

8. *Actas*, leg. 7, n. 17.
9. *Actas*, leg. 7, n. 43.
10. *Actas*, leg. 7, n. 23. Sigue a la disertación una larga censura de José Vinyals.
11. *Actas*, leg. 8, n. 13.

aporta doce disertaciones sobre los herejes y supersticiones que corrían en España en los siglos VII y VIII, y otra en 1766 acerca el estado de la Iglesia de España, y especialmente de Cataluña, en el siglo VII.

Son asimismo numerosas las comunicaciones presentadas a la Academia durante el siglo XVIII referentes a monasterios y episcopologios.

Ya en 1730 el marqués de Llió, José de Mora, da un extracto de los manuscritos del monasterio de San Jerónimo de la Murtra, y Serra y Postius (1731) se interesa por los monasterios que existían en Cataluña y en qué localidades. Antonio de Armengol y de Aymerich (1731) ofrece un catálogo de los varones ilustres que florecieron en el monasterio de Poblet ; Domingo Félix de Mora (1757) diserta sobre la época de fundación del monasterio de Gerri, del que se ocupan asimismo el señor Escofet y mucho más tarde, en 1776, el P. Caresmar. Fray Benito Moxó, obispo de Charcas (1790), hace unas memorias del de San Cugat, que acompañan la oración fúnebre que hizo allí en 1789 con motivo de las exequias de los abades predecesores.

Notas sobre episcopologios nos ofrecen don Félix Amat (1730), sobre el poco conocido obispo de Avila, Galcerán Albanell, al mismo tiempo que Serra Postius ilustra la memoria de los cardenales Fray Ramón Albert y Berenguer de Anglesola. El P. Aymerich da a conocer su famoso episcopologio de la sede barcinonense, y don Salvador Puig (1781), un catálogo de los obispos de Lérida con notas críticas del canónigo Pedro Finestres.

También abundan las notas sobre concilios. Ya hemos anotado las referentes a los de la época visigoda. Del primero de los concilios españoles, el de Elvira de principios del siglo IV, trató ya en 1729 Fray Ignacio de Santa Clara, queriendo demostrar precisamente que éste fué el primer concilio español [12]. El P. Caresmar hizo en 1771 una importante disertación en latín sobre este mismo concilio. En 1730 Fray Agustín Riera trazaba un sencillo «Catálogo de los Concilios generales de la Iglesia, el tiempo y el lugar en que fueron celebrados hasta el Tridentino» [13].

Entre los otros estudios de tema variado, destaca por la amplitud de su documentación el leído por Juan Francisco de Molina (1788) «Sobre la conquista de Gerona y antigüedad de su catedral» [14]. Según él, la iglesia gerundense parece anterior al tiempo de Constantino. En un manuscrito arábigo de El Escorial se anotaba que la sede

12. *Actas*, leg. 7, n. 26.
13. *Actas*, leg. 9, n. 2.
14. *Actas*, leg. 6, n. 8.

de Gerona desde remotísimos tiempos fué agregada a la de Cartagena y después a la Tarraconense. Considera poco segura la famosa división llamada de Wamba, que Mariana tenía por una patraña. En el año 778 se hallaría en Gerona Carlomagno, que renovaría su catedral profanada por los sarracenos. Aduce, contra la opinión contraria del Marqués de Mondéjar, testimonios de varios libros de visitas pastorales, especialmente la de Arias Gallego en 1560 y del obispo Francisco de Zuazo.

Frente a esta abundancia de comunicaciones sobre temas de historia eclesiástica que aparece en las actas de la Academia del siglo XVIII, vemos la casi absoluta ausencia de las mismas en las del siglo XIX. En el amplio resumen de dichas actas de Miret y Sans sólo hemos visto como dignas de mención éstas:

En 1837 se lee una carta del P. Jaime Ripoll (ausente) dirigida al P. Pascual acerca la fundación y antigüedad del monasterio de Vallbona; en 1865 José Rodríguez defiende «La verdad histórica de la virgen mártir Eulalia barcelonesa»; en 1858 el señor Sivilla lee un trabajo sobre el primado de Tarragona, probando su derecho a la primacía; en 1862, sobre este mismo asunto, Juan Francisco Albiñana explica que «El arzobispo de Tarragona no reconoce al de Toledo por primado de España», y por fin, en 1889, el R. Buenaventura Ribas trata en su discurso de ingreso a la Academia de la vida y obra de San Ramón de Penyafort, avance de una obra que publicó más tarde sobre este tema.

Tampoco abundan ciertamente las comunicaciones sobre estos temas en las sesiones de las primeras décadas de nuestro siglo, como se podrá ver hojeando las noticias del Boletín que desde 1900 ha venido publicándose periódicamente.

En realidad, la gran mayoría de los personajes que han ido desfilando por nuestra visión panorámica no pueden tenerse por historiadores especializados en historia eclesiástica, sino que en general se trata de eruditos que, según las ideas de la época, tocaban todas las disciplinas históricas.

Dedicaremos unos breves párrafos a los más beneméritos entre ellos.

Francisco Gil de Frederich

En primer lugar vamos a dedicar un recuerdo a uno de los miembros fundadores de la Academia, quien más que un autor fué un actor de la historia de la Iglesia al coronar con el martirio, en apar-

tadas tierras, su vida de varón apostólico. El beato Gil de Frederich, ya al iniciarse en su primera etapa (1729) la vida académica de nuestra corporación, formaba parte de ella, aunque por poco tiempo, pues el año siguiente partía como misionero dominico para el lejano Oriente.

Con todo, antes de partir, en junio de 1729, leía en una de las sesiones académicas una comunicación de carácter histórico-bíblico «Sobre la vida de Jesucristo desde los doce hasta los treinta años de edad», conservada íntegra en los legajos de nuestro archivo corporativo [15].

Aunque el tema respondía a la corriente de intrascendente curiosidad entonces en boga, Gil de Frederich la desarrolló con no poca dignidad, demostrando con la exégesis de los textos escriturarios y de las obras patrísticas que Cristo no pasó estos años, como defendían algunos, en pura contemplación y meditación, sino principalmente trabajando en artes mecánicas, especialmente en carpintería.

Jaime Caresmar

Fué, sin duda, Caresmar el más distinguido cultivador de la historia eclesiástica que tuvo la Academia en el siglo XVIII.

Nacido en Igualada el 1717, después de sus estudios en el colegio de los PP. Jesuítas de Barcelona, entraba, en 1742, a los veinticinco años de edad, en el monasterio premonstratense de Bellpuig de las Avellanas, del que había de ser abad durante muchos años.

Con verdadera pasión de erudito investigador recorrió la mayor parte de los archivos y bibliotecas de Cataluña, ordenando en algunos sus fondos documentales, como en el propio de Bellpuig, en el de Ager y en el de la catedral de Barcelona, en donde trabajó algunos años, en los que pudo actuar en las tareas culturales de nuestra Academia.

Es en verdad imponente la cantidad de materiales útiles para la historia de la Iglesia que llegó a reunir y la de notas eruditas con que los enriqueció. Desgraciadamente, fué muy poco lo que llegó a publicar y no de lo mejor. Torres Amat en sus *Memorias* ha trazado una lista muy importante de la obra póstuma del sabio premonstratense, pero no completa ni mucho menos. Por suerte se conserva una descripción mucho más pormenorizada y precisa de la vasta producción literaria de Caresmar, redactada por su hermano de religión, el P. Martí. Es el «Indice de los papeles manuscritos contenidos en

15. *Actas, Asuntos heterogéneos*, 1729.

los diferentes volúmenes del difunto Dr. D. Jaime Caresmar, canónigo regular del Real Monasterio de las Avellanas», hoy manuscrito número 753 de la Biblioteca Central [16]. Se describen en él 24 gruesos tomos formados por gran cantidad de cuadernos desiguales, la mayoría escritos de mano del mismo Caresmar, según se anota explícitamente en el *Indice*.

Del examen de este precioso regesto se deduce que nuestro académico al recopilar tan ingente tesoro de documentación y notas históricas, no sólo se proponía la redacción de numerosas monografías especiales sobre los más variados temas, sino que principalmente proyectaba, y en buena parte llegó a redactar, obras de mayor envergadura. Las más salientes serían :

1.ª Una especie de *Cathalonia monastica,* en que se expondría el origen, fundación e historial de todos y cada uno de los monasterios y conventos de regulares catalanes, con los abaciologios, privilegios, posesiones, etc., de cada institución. Los volúmenes IX y X de la mencionada colección comprenden exclusivamente materiales sobre la historia de un centenar de casas religiosas del Rosellón y Cataluña. En otros varios tomos se contienen materiales parecidos, especialmente en los números XVIII y XIX.

2.ª Un complemento para autores catalanes a la obra de Antonio Agustín *Bibliotheca vetus* et *nova*.

3.ª Un «Diccionario histórico alfabético de escritores, hombres célebres, ciudades, pueblos, iglesias y dignidades». Vendría a ser una curiosa y muy útil enciclopedia histórica. El P. Martí hace notar la importancia de algunos de sus artículos, verdaderas monografías sobre las voces : *Constantinus, Dertusa, Hispania, Ilerda, Imperator, Iudicium, Meyá, Mur, Oliba,* por las que ya se puede adivinar la riqueza y variedad de sus elementos.

Caresmar, durante los años que estuvo en Barcelona ordenando el archivo catedral, de cuyos manuscritos hizo un muy útil catálogo, actuó frecuentemente en las tareas académicas. En 1754 trataba en ella de las abreviaturas que usaban los antiguos manuscritos con la competencia de paleógrafo consumado. En 1757 leía una disertación relativa a los pectorales de los abades y dignidades pontificales [17] ; en 1761, otra sobre el tiempo del martirio de San Severo. En 1766 es nombrado revisor de los trabajos de historia, lo que le da ocasión

16. Tiene 35 folios escritos ; es copia de Francisco de Sicar, de 1793, tomada de la que le prestó Fr. Manuel Blasco, que vió la copia de Martí, del *Indice*.

17. *Actas,* leg. 10, n. 2-3. Esta disertación había sido publicada sin permiso del autor ; por esto hace aquí algunas correcciones.

a no pocas intervenciones, pues es sabido que todos los trabajos presentados a la Academia por aquel tiempo debían ser examinados por uno de los revisores de oficio de la misma Academia.

Su profundo conocimiento de las ciencias eclesiásticas y principalmente en liturgia y hagiografía hizo que no pocas veces fuese requerido como juez o revisor de toda clase de escritos históricos. Así el obispo Valladares le encargaba la revisión de las nuevas lecciones que pensaba introducir en el breviario diocesano para el oficio de Santa Eulalia. Las lecciones presentadas se basaban en las actas legendarias más tardías, de ninguna autoridad histórica, pero de gusto del pueblo. Él propuso se restauraran las lecciones de los breviarios más antiguos, lo que originó serias polémicas y le valió serios disgustos por parte del vulgo incitado, lo que es más de lamentar, por otro de nuestros académicos, el dominico P. Domingo Boria, que se mostró muy poco digno del honor que le había conferido nuestra corporación al querer contarle entre sus miembros [18].

A los muchos merecimientos de nuestro biografiado como archivero, paleógrafo e historiador, hay que añadir el de haber fomentado con tanto éxito, en el monasterio del que fué abad, estos estudios históricos, formando una verdadera escuela, en la que destacan las figuras del ya citado P. Martí y del P. Jaime Pascual, este último el compilador de los once gruesos volúmenes de los *Sacrae Cathaloniae Monumenta,* que guarda la Biblioteca Central [19].

FÉLIX AMAT

Félix Amat, de quien ha hecho una cálida apología su sobrino Félix Torres Amat en sus conocidas *Memorias,* fué un eclesiástico de gran valía y enorme influencia en la vida de la Iglesia española de la segunda mitad del siglo XVIII, tanto en Barcelona al lado del obispo Climent, como en Tarragona junto al arzobispo Armañá, como por fin cerca de la Corte española desde San Ildefonso cuando ya ostentaba el título de obispo de Palmira.

El obispo Climent le había encargado la traducción de unos capítulos de las Historias de la Iglesia de Fleury y de Orsi. Después Armañá le instó a que compusiera una historia eclesiástica que le ocupó no pocos años. La escribía, según anuncia en la Introducción, «no para los sabios, sino para los fieles en general de cualquier es-

18. Cf. TORRES AMAT, *Memorias,* voz: *Caresmar.*
19. Ms. 729 que comprende 11 gruesos tomos.

tado», manifestando así sus objetivos: «Haré ver como la divina Providencia desde el principio del mundo fué con suavidad preparándole para fundar en él la Yglesia: referiré su establecimiento sobre la tierra, su extensión por el universo y su permanente sucesión hasta nuestros días».

Publicóla en doce tomos, a los que se añadió uno de índices en la segunda edición [20]. Obra bien estructurada, en que se manifiesta la vasta erudición del autor y, en general, su sereno juicio sobre los acontecimientos, pero que, como ya observa Menéndez y Pelayo, mucho debe a las obras de los autores que, según hemos dicho, había empezado a traducir de joven. Así es de creer que no comprobó directamente las numerosísimas anotaciones bibliográficas marginales con que ilustra su narración, sino que muy a menudo se limitó a tomarlas de la obra de Fleury. Es curioso observar que en los volúmenes referentes a los siglos XVII y XVIII, que no abarca la obra del autor francés, van disminuyendo hasta faltar del todo las notas marginales.

Nombrado académico en 1782, asistía asiduamente a las sesiones de la Academia durante los pocos años que aun residió en Barcelona. En una de ellas leyó una disertación sobre el título de la Cruz.

JUAN FRANCISCO MASDEU

Este jesuíta, revolucionario en cuestiones históricas, aunque nacido en Palermo (a. 1744), se llamaba siempre con razón y con orgullo barcelonés, por ser hijo de padres barceloneses, que accidentalmente se hallaban en aquella ciudad siciliana al nacer su hijo, y también por haber profesado en la casa de la Compañía de Jesús de Barcelona.

Ingenio despierto y cultivado con la más amplia erudición, representa en los trabajos históricos la fase del criticismo riguroso a veces exagerado. Si sus antecesores en la Academia tuvieron ya conciencia de las mistificaciones de los falsarios del siglo XVII, Masdeu dió un paso más y se afanó en deshacer toda clase de narraciones más o menos legendarias de todas las épocas y especialmente de la alta Edad media, a las que ciertamente concedieron no pocas veces demasiado valor los eruditos del siglo XVIII. Su producción literaria es muy copiosa y variada, pero su obra maestra, en la que se halla una gran dosis de historia eclesiástica, es su conocida *Historia crítica de España y de la cultura española,* en 20 tomos, que quedó incompleta, alcanzando sólo desde la época prerromana hasta el siglo XIII. Aun-

20. *Tratado de la Iglesia de Jesucristo,* Madrid, Imprenta Benito Cano, 1793-1807.

que se presenta como una síntesis global de toda la historia de este tiempo, en realidad se compone más bien de una serie de monografías muy extensas sobre cuestiones que él creía de capital importancia. Así, ateniéndonos particularmente a las más en conexión con la historia eclesiástica, podríamos señalar la del voto de Santiago con el famoso tributo de las cien doncellas, cuestión a la que dedica 173 páginas del vol. XVI o al estudio de la famosa *Historia compostelana* con la glorificación del obispo Gelmírez, que ocupa otro medio tomo (t. XX, pp. 1-146).

Para rebatir y pulverizar todos los argumentos de la fantástica leyenda de las cien doncellas, se vale Masdeu no sólo del examen de toda la historiografía española que durante dos siglos desconoce en absoluto tal imaginario acontecimiento, sino que también con mucho brío utiliza los argumentos de razón. Sería una monstruosidad, viene a decir, atribuir a piadosos monarcas españoles la inaudita infamia y cobardía de entregar para conservar una paz efímera un centenar de doncellas inocentes cada año a los secuaces de Mahoma.

Con no menos ardor y ciertamente con apasionamiento peligroso, combate la veracidad de la Historia compostelana fundándose, aparte de los razonamientos históricos, en la parcialidad con que sus autores hablan desfavorablemente de las cosas de España y exaltan la influencia francesa. Sus diatribas contra al arzobispo Gelmírez sobrepasan la medida de lo justo. En esto, como en casi todo, llevó la crítica a límites desorbitados, malogrando con sus exageraciones los grandes méritos de su método que inició en España la crítica histórica en sentido moderno. Por esto ha dicho de él Menéndez y Pelayo: «Masdeu es, en historia, la falsa, altanera y superficial crítica del siglo XVIII encarnada». Un juicio bastante más favorable y ponderado ha encontrado recientemente en la obra historiográfica de Sánchez Alonso.

Los tomos de la grande colección de Masdeu, a medida que iban apareciendo, provocaban apasionadas controversias, dada la novedad de sus afirmaciones y razonamientos. Con espíritu abierto de polemista que no teme al adversario, recibía él en los tomos siguientes, transcribiéndolos, los alegatos íntegros de sus contradictores, rebatiéndolos punto por punto.

Jaime Ripoll

El canónigo vicense Jaime Ripoll y Vilamajor, nombrado académico en 1835, fué otro de los eruditos al estilo de los PP. Caresmar y Pascual que recogió gran cantidad de documentos históricos, pero

que en contraposición a ellos, que viajaron por toda Cataluña en busca de materiales, se limitó a escudriñar en los archivos de Vich, reuniendo gran cantidad de documentos curiosos que le ofrecieron materia para una larga serie de cortos folletos, simples notas históricas para ilustrar puntos muy concretos de ciencia eclesiástica. En el *Manual del Librero,* de Palau, se citan más de sesenta de estos cortos estudios, que tratan especialmente de temas litúrgicos y hagiográficos. No proyectó ni intentó jamás obras de mayor envergadura como lo hiciera Caresmar. Prestó, con todo, inapreciables servicios a los investigadores de su tiempo al facilitarles generosamente noticias inéditas recogidas en sus búsquedas archivísticas.

Buenaventura Ribas y Quintana

Entre los pocos académicos del siglo XIX que se ocuparon de historia eclesiástica, además del canónigo Ripoll, hay que destacar la figura del Rdo. Dr. D. Buenaventura Ribas y Quintana, arcediano de la catedral de Barcelona, ingresado en la Academia en 1889.

En realidad, sus actividades científicas predilectas fueron las de Derecho canónico, ya que era profesor de esta disciplina en el Seminario conciliar de nuestra ciudad. Por esto su obra principal, que aquí interesa, estuvo dedicada a enaltecer la figura del gran canonista San Ramón de Penyafort. En el discurso de recepción en la Academia trató con notable erudición de la patria o lugar de nacimiento de dicho santo. Era un capítulo de su obra publicada el año siguiente *Estudios históricos y bibliográficos sobre San Ramón de Penyafort,* que le editó la misma Academia.

También merecen ser citadas su oración fúnebre del obispo Urquinaona y una monografía sobre el obispo cuatrocentista Sapera.

Faustino Gazulla

De los académicos ya fallecidos, ingresados en nuestra corporación después del 1900, será oportuno recordar a este distinguido mercedario (1919-1938).

El P. Faustino Gazulla polarizó todos sus numerosos estudios en torno a la historia de la orden mercedaria a que pertenecía y al culto y devoción a su excelsa patrona, la Virgen de la Merced. Ya antes de ser admitido en la corporación, la Academia le publicó en su Boletín (1905) un trabajo sobre los *Reyes de Aragón y la Puríssima.* El tema mercedario le llevó al estudio de las relaciones entre estos

reyes y los estados musulmanes. Éstos y otros varios habían de preparar su obra capital *Historia crítica de la Orden de la Merced,* bien documentada y estructurada, aunque se resiente a veces de su exagerado espíritu polémico, motivado por el apasionamiento con que se han tratado por otros autores los tan discutidos orígenes de la ínclita Orden.

SEBASTIÁN PUIG Y PUIG

Dada la manifiesta decadencia de los estudios históricos eclesiásticos, particularmente entre el clero secular, de la pasada centuria y de las primeras décadas del corriente, representa una aportación notable la labor del canónigo Dr. Sebastián Puig y Puig, archivero diocesano, que dedicado durante muchos años al estudio del episcopologio barcinonense, compuso dos voluminosas obras : *Pedro de Luna, último papa de Aviñón* y *Episcopologio de la Sede barcinonense,* en las que aprovechó con discreción gran cantidad de documentos de los archivos eclesiásticos de la ciudad y del de la Corona de Aragón.

Le valieron ellas merecidamente el llamamiento a miembro de nuestra corporación, que se le hizo en 1930, poco después de publicada la última.

* * *

Aunque con mejor derecho otros compañeros han dedicado en el presente volumen las oportunas notas biográficas a los académicos R. P. Ignacio Casanovas y Fernando Valls y Taberner, no puedo terminar esta breve reseña sin conmemorar los valiosos estudios hagiográficos de estos dos compañeros y amigos míos.

El P. Casanovas, ilustre pensador y el mejor biógrafo de Balmes, escribió también una de las mejores biografías de San Ignacio, el fundador de la Compañía de Jesús, que tantas ha tenido, y otra no menos preciada sobre el santo hermano lego Alonso Rodríguez. Asimismo ha merecido grandes encomios su piadoso esbozo psicológico *L'ànima de Santa Teresina,* que es un penetrante comentario a los *Novissima verba* de la santita de Lisieux.

De Valls y Taberner pláceme recordar su *San Ramón de Penyafort,* que, aunque publicado en la colección popular «Pro Ecclesia et Patria» y destinado al gran público, supo darle el autor una dignidad y estructuración que no desdice de las obras científicas.

LOS ACADÉMICOS ARCHIVEROS

Por J.-E. MARTÍNEZ FERRANDO

Puede decirse que ya desde los primeros años en que comenzó a actuar la Real Academia de Buenas Letras figuraron en ella las más destacadas personalidades que ha producido Cataluña en la disciplina archivística. El propio Marqués de Llió, obedeciendo al espíritu clarividente que caracterizó el siglo XVIII, se manifestaría como un experto conocedor de los archivos españoles y extranjeros en el magnífico estudio que constituye el primer volumen de las *Memorias* de la entidad. Dentro de esta misma centuria brillarían cuatro insignes figuras que honran como archiveros la tierra catalana; me refiero a fray Manuel Mariano Ribera, Francisco Xavier Garma y Durán, el monje de Montserrat dom Benito Ribas y el canónigo de Vich Jaime Ripoll. Los cuatro dejaron tras de sí una estela de prestigiosa actuación que influiría en la tradición historiográfica del país, atrayendo a los cultivadores de esta ciencia hacia los archivos y despertando en ellos la conciencia de valorización de los documentos como base fundamental de sus estudios. En el siglo siguiente un insigne archivero, don Próspero de Bofarull y Mascaró, ocuparía dos veces la presidencia de la corporación y su ponderada labor al frente de ésta adquiriría una honda significación rectora y señera. Todavía en el transcurso de este siglo fueron acogidos en el seno de la Academia otros excelentes archiveros, entre ellos el hijo y el nieto del citado don Próspero, que fueron dignos representantes de su profesión en la misma. No hay que decir que la labor de la mayor parte de estos académicos-archiveros se basó principalmente sobre nuestro primer depósito documental de la Edad Media, sobre el Archivo de la Corona de Aragón, y que su celo y constancia contribuyó en gran manera a difundir y dar a conocer la importancia que el mencionado archivo ofrece para el conocimiento de la historia de todos aquellos países europeos que tuvieron contacto con la Corona de Aragón durante su largo período de hegemonía en el Mediterráneo. Exponemos a continuación un conjunto de biografías breves de los archiveros que han

figurado como miembros de esta Academia con el fin de que puedan servir de orientación en lo venidero para el conocimiento de sus diversas personalidades.

FRAY MANUEL MARIANO RIBERA

Nació en Cardona, en 20 de noviembre de 1652; murió en Barcelona el 21 de noviembre de 1736. Ingresó en la Orden mercedaria en 10 de agosto de 1695. Fué nombrado cronista general de su Orden en Zaragoza en el año 1718. Consta que fué elegido miembro de la Real Academia de Buenas Letras en 1729. El padre Ribera dedicó toda su vida al estudio, ocupándose preferentemente de temas diversos concernientes a la historia de la Orden mercedaria y de la Corona de Aragón. Redactó sus trabajos sobre una base directa documental, pero luchó vanamente para lograr un claro estilo expositivo, defecto que hizo envejecer prematuramente aquéllos, a pesar de la riqueza de datos nuevos que contienen.

La nota más significativa de su vida fué la de su actuación como *especulador* (compilador de espéculos, diplomatarios) en el Archivo real de Barcelona, que a la sazón todavía no se denominaba Archivo de la Corona de Aragón, título que le diera más tarde don Francisco Xavier de Garma y Durán. El cargo de *especulador* fué creado en las cortes celebradas en Barcelona por el pretendiente don Carlos de Austria en 1705. Ribera fué nombrado para tal cargo por la delegación de los diputados de la Generalidad; ya entonces había cobrado fama de erudito con la publicación de su obra *Real Capilla,* en la cual defendió los derechos de la Corona.

Tenía la obligación Ribera de trabajar en el Archivo dos horas por la mañana y dos por la tarde. Le estaba prohibido usar luz artificial y encender fuego. El cargo de especulador estaba retribuído con 500 libras anuales, pero había de tener a sus órdenes un amanuense pagado de dicho salario. Colaboró con Ribera otro activo archivero, Francisco de Magarola.

La labor archivística del sabio mercedario fué continuada y fructífera a partir de su nombramiento. A él se deben inventarios e índices que todavía se conservan en el Archivo. Sus trabajos más importantes de ordenación de fondos documentales fueron los que llevó a cabo con los registros de la antigua cancillería aragonesa y con los pergaminos de la misma. Redactó de los primeros un inventario general cronológico, haciendo constar las signaturas de los volúmenes. En cuanto a los pergaminos, se limitó a rectificar la disposición en que se halla-

ban anteriormente, les puso también signaturas que respondiesen a los inventarios antiguos y los arrolló uno por uno, formando fajos rotulados acerca del contenido. Asimismo, se realizaron en tiempo del P. Ribera, a indicación suya, las copias de los pergaminos condales desde Vifredo a Ramón Berenguer I, trabajo muy útil pues nos da noticias en él de piezas que ya se habían extraviado en tiempo de Próspero de Bofarull. Se debe igualmente al activo mercedario la ordenación cronológica de la colección de bulas y la alfabetización de los índices de José Llaris en 21 tomos que durante largo tiempo han servido como guía de los investigadores, a pesar de ser muy incompletos.

En plena reorganización del Archivo por el P. Ribera, Felipe V puso sitio a Barcelona y nuestro mercedario tuvo que huir de la ciudad, refugiándose en Vich. Vencido don Carlos, éste se llevó a Viena la documentación más significada del período de su gobierno; fueron inútiles los ruegos de los diputados de la Generalidad al conde de Staremberg para que se desistiera de tal medida. Parte de dicha documentación que se halla en los Archivos Nacionales de la capital de Austria, ha sido recuperada y se halla en el Archivo Histórico Nacional.

De nuevo en Barcelona, el padre Ribera no volvió a ser repuesto como *especulador* del Archivo, cargo que había ejercido durante siete años. El resto de su vida lo dedicó a sus trabajos personales de investigación.

En la colección de mss. del Archivo de la Corona de Aragón figuran los volúmenes titulados *Notularum, Varia* y *Apellidos,* que son conjuntos de notas tomadas de la documentación por el P. Ribera, en los que puede decirse que se halla condensada toda su labor de investigación histórica, tanto sobre la Corona de Aragón como sobre su propia Orden mercedaria. También se encuentran en la mencionada colección los mss. de algunas de sus obras, por ejemplo: *San Ramón de Peñafort y San Pedro Nolasco; Corporal descensión de María Santísima en su aparición para la fundación de la Real Redentora Mercedaria Religión; Santa María del Socós; San Felipe Neri; Apología de la verdadera patria de Santa Isabel, reina de Portugal* (a la que se considera nacida en Barcelona); *Barras de Catalunya; Milicia Mercedaria; Redención de cautivos,* y otras muchas. Los títulos no coinciden con las publicaciones definitivas, pero son fáciles de identificar.

FRANCISCO XAVIER DE GARMA Y DURÁN

Se ignora la fecha de su nacimiento, pero se sabe que éste tuvo efecto en Cataluña; por ello Torres Amat lo incluye en su *Diccionario crítico de los escritores catalanes*. Falleció probablemente en Barcelona, en 1783, ejerciendo el cargo de director del Archivo de la Corona de Aragón. Fué hijo de don Francisco Xavier de Garma y Salcedo, oriundo de Vizcaya, caballero de la Orden de Alcántara, comendador de Ocaña en la de Santiago, autor de una obra titulada *Theatro universal de España* y dedicada a Felipe V en la que describe eruditamente los antiguos reinos de la península. Por lo tanto, nuestro archivero heredó de su padre su afición al estudio; así lo hace constar el padre Mariano Alberich, S. J., rector del Colegio de Belén, de Barcelona, en la aprobación que precede al tan difundido y todavía hoy consultado libro que publicó Garma con el título de *Adarga catalana*. Además de su especialización en heráldica, fué Garma un excelente latinista y un buen conocedor de los archivos españoles; asimismo se halló muy versado en historia de Cataluña, orientándose hacia el conocimiento de su sigilografía; su *Tratado de los sellos* quedó en vías de publicación, habiéndonos dejado las planchas de cobre para sus láminas, que se conservan en el Archivo de la Corona de Aragón. Por sus muchos merecimientos ingresó Garma en la Real Academia de Buenas Letras en 1747.

La personalidad de Garma se caracteriza principalmente como director del Archivo real de Barcelona, al que dió el título de Archivo General de la Corona de Aragón en 26 de noviembre de 1782, fecha de la Real Orden que dispuso la fijación de los sellos para autorizar las certificaciones a expedir en el mencionado depósito documental y en el de Simancas.

La labor de Garma al frente del Archivo de la Corona de Aragón fué muy densa y acertada, pudiéndose decir de ella que sirvió de orientación a la que algún tiempo más tarde desarrollaría en el mismo Centro con no menos eficacia don Próspero de Bofarull. El pensamiento de Garma sobre reorganización del gran archivo barcelonés había sido de singular envergadura y lo vemos formulado en el *Memorial* que redactó y presentó al monarca, pero que no logró ver aprobado. Proponía en él la fusión de los archivos de Zaragoza (destruídos durante los Sitios), Palma, Valencia y Barcelona en esta última ciudad; la recogida de toda la documentación dispersa que correspondía al de la Corona de Aragón, existente en otros Centros, entre ellos Simancas, y lograr por medio de una real orden dictada al efecto que los municipios, entidades diversas, familias, etc., presentaran en

aquel archivo todos los documentos emanados de la autoridad real que tuviesen en su poder con el fin de comprobar su autenticidad, oportunidad que se aprovecharía para copiarlos, formando con ellos cuatro volúmenes correspondientes a los cuatro territorios de la antigua Corona de Aragón, en los que figurarían por orden cronológico, acompañados de índices alfabéticos. Los gastos de publicación irían a cargo de las 35 ciudades de dicha antigua Corona. Asimismo, proponía Garma la formación de un bulario en el que además de figurar las bulas y breves del archivo barcelonés, se incluirían las copias de los que presentasen a comprobación las catedrales, colegiatas y monasterios pertenecientes también a la antigua Corona de Aragón. Otra iniciativa expuesta en el mencionado *Memorial* fué la de reunir por series alianzas internacionales, tratados de paz, treguas, concordias, etcétera, tal como por este siglo hicieron Tomás Rymer en Inglaterra y Berzosa en España, si bien este último en forma bastante incompleta. Como decimos, este proyecto tan característico del espíritu erudito que informó el siglo XVIII, y que hubiera colocado a España al mismo nivel de lo hecho en otros países de Europa, no obtuvo el debido apoyo.

En tiempo de Garma se rigió el Archivo de la Corona de Aragón por el reglamento promulgado por Real Cédula en 1754 y que continuó en vigor hasta la creación del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios ; cumpliendo lo que se disponía en dicho reglamento, fué colocado el Archivo bajo la autoridad de un Juez Conservador, que se elegía entre los oidores de la Real Audiencia ; dicho Juez, al finalizar cada año, daba cuenta al monarca de los trabajos realizados durante el mismo. Garma contó simpre con personas cultas y comprensivas en los sucesivos Jueces Conservadores ; uno de ellos, don Baltasar de Aperregui, apoyado por el Marqués de la Mina, vino a recoger su aspiración de trasladar el Archivo desde los obscuros y húmedos locales del vetusto palacio real, donde la documentación experimentaba grave deterioro, al palacio de la actual Diputación, en otro tiempo de la Generalidad, y que a la sazón, suprimida ésta por Felipe V, se hacía servir como Real Audiencia. Dicho traslado tuvo efecto en los años 1770 y 1771. Quedó Carlos II tan satisfecho del mismo que dispondría, como deferencia al archivero Garma y a sus colaboradores, que se copiasen todas las diligencias y despachos del traslado sobre fina vitela, formando un precioso volumen que fué encuadernado en terciopelo encarnado, bordado en oro, plata y seda de diversos colores con el escudo de España en el centro y los de los diversos reinos de la antigua Corona de Aragón en los extremos.

Bajo la dirección de Garma, que se prolongó por espacio de cuarenta y tres años, se redactaron importantes catálogos de registros de la Cancillería real aragonesa y de otras series ; el propio Garma dejó innumerables fichas escritas de su puño y letra, que más tarde fueron reproducidas algunas de ellas en volúmenes. Fué tal la fama que adquirió en esta época el Archivo de la Corona de Aragón como depósito documental bien organizado, que a menudo se recibían en él cartas de procedencia diversa solicitando informes sobre métodos de ordenación.

Como única publicación se debe a Garma su ya citada obra *Adarga catalana,* muy apreciada por los heraldistas y que ha merecido una nueva impresión en estos últimos tiempos. Cabe advertir aquí la equivocación en que incurre Torres Amat en su *Diccionario* al atribuir a Garma el *Theatro Universal de España,* que, como ya hemos dicho, corresponde a su padre.

Dom Benito Ribas

Nació en Barcelona en 1735. Ingresó en la Comunidad de Montserrat en septiembre de 1763, cuando contaba veintiocho años. Su vida transcurrió entre este monasterio y el de San Benito de Bages. La inteligencia y el amor al estudio que demostró le serían reconocidos con la designación reiterada para ocupar señalados cargos : fué Secretario de cámara de tres abades, Secretario de Visita, Notario de la curia eclesiástica de Montserrat ; ya muy temprano le fué confiado el archivo de este cenobio, cuyos fondos documentales ordenó tan a conciencia y estudió con tanto afán que no tardaría en lograr con sus muchos conocimientos la amistad de destacadas personas eruditas de su tiempo, como lo fueron Jaime Pascual, Caresmar, Villanueva, Méndez, Flórez y otros. A todas ellos suministró datos abundantes lo mismo del archivo montserratino como de otros catalanes que visitó guiado de su afán de investigador. Se conservan algunas cartas de la correspondencia que sostuvo con el padre Pascual ; cabe señalar como bien interesante una de dichas cartas, datada en Montserrat en 22 de octubre de 1771, en la que trata de su visita a los archivos de San Pedro de Roda, Vilabertrán, Catedral de Barcelona y al Archivo Real de esta ciudad, del que dice expresivamente : «me pasmé de ver tanta multitud de documentos antiguos» ; en el de la catedral describe su encuentro con Caresmar, quien se hallaba a la sazón coordinando los fondos documentales y recogiendo datos para la *España Sagrada.*

También ordenó dom Ribas, por su parte, el archivo de Ripoll : se le debe un catálogo de los famosos códices del mismo que se con-

serva manuscrito en la Real Academia de la Historia. Entre sus actividades eruditas más destacadas figura el magnífico acopio de datos que obtuvo del archivo montserratino para la historia de la tipografía en dicho cenobio durante los siglos XV y XVI, los cuales cedió al padre Méndez para su obra *Tipografía Española*. Sin embargo, la colaboración más notable del padre Ribas fué la que proporcionó al padre Pascual : el volumen III de la *Sacra Cathalonie antiquitatis monumenta,* obra de este infatigable erudito que todavía permanece inédita, se debe en gran parte al archivero montserratino. En dicho volumen figuran extractados los 253 documentos más notables que se guardaban en el archivo del célebre monasterio y a cuya serie el padre Pascual puso el título de *Indice de las escrituras y documentos más antiguos y preciosos que se conservan en el Archivo del Monasterio de Montserrat, dispuêsto por fray Benito Ribas, monje archivero de dicho Monasterio.* También en el citado volumen figura como trabajo del padre Ribas un Catálogo de los priores y abades de Montserrat desde 976 a 1493.

Por sus muchos méritos ingresó nuestro archivero en la Real Academia de Buenas Letras en el año 1786 ; su discurso de recepción lleva el título *De los frutos y efectos de la Historia* ; el texto se conserva manuscrito en Montserrat.

Los últimos años del padre Ribas fueron muy amargos como consecuencia de la invasión napoleónica. La primera visita de las tropas francesas a Montserrat fué pacífica e incluso nuestro estudioso erudito logró captarse la simpatía del comandante. En cambio, la segunda fué bien aciaga y dramática, pues el monasterio, convertido en plaza de armas, fué asaltado e incendiado. El padre Ribas intentó huir con varios compañeros de la comunidad ; la fatiga, sin embargo, les obligó a detenerse en una masía no muy lejana del cenobio, en la que fueron sorprendidos por los franceses. Se les infligió tan duro trato que dos de los monjes fallecieron, y el anciano padre Ribas fué trasladado a Igualada. Desde esta ciudad pudo dirigirse, algún tiempo después, ya en libertad, a San Benito de Bages, donde se apagaría su vida al cabo de un año, el día 12 de octubre de 1812, cuando contaba 77 años, llevándose de este mundo, en sus ojos fatigados por el estudio constante, una visión de dolorosa tragedia, la de su querido monasterio de Monserrat, reducido a escombros.

Jaime Ripoll y Vilamajor

Nació en Preixana, partido judicial de Cervera, diócesis de Solsona, en 1775 ; murió en Vich, en 1843. Realizó sus primeros

estudios en las Escuelas Pías de Solsona. Cursó Filosofía y Derecho civil y canónico en la Universidad de Cervera. Una vez terminados sus estudios se ordenó de sacerdote en 1801. Algún tiempo después la Península era invadida por los ejércitos de Napoleón y el joven sacerdote se vió obligado a dejar los hábitos circunstancialmente y alistarse en una de las compañías leridanas para hacer frente al invasor ; llegó a ser comandante de las fuerzas que defendían el corregimiento de Vich.

Su amor al estudio y su laboriosidad en los archivos, principalmente en los de la ciudad de Vich, fueron reconocidos con el nombramiento de Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1817) y, asimismo, de individuo de número de la Real Academia de Buenas Letras (1835). «Un carácter cándido, dulce y altamente pacífico — dice, de Ripoll, Torres Amat — hacía resaltar su bella moral entre el precioso baño de modestia cristiana, fundada en el humilde concepto y desconfianza que tenía de sí mismo.» En el tomo VI, p. LXXXIX de las «Memorias de la Real Academia de la Historia» se formula un expresivo elogio de Ripoll por su constante envío de interesantes piezas documentales, señalándole como modelo de archivero catedralicio, cuyo ejemplo debiera imitarse. Fué excelente amigo de Próspero de Bofarull y con él mantuvo asidua correspondencia ; junto con Roca Olzinellas le ayudó eficazmente en la organización del Archivo de la Corona de Aragón, siendo ya canónigo de Vich. Ocurrido su fallecimiento, don Próspero de Bofarull y don Joaquín Roca y Cornet ensalzaron su vida de prolongado estudio en la sesión literaria celebrada en 26 de junio de 1844. En la Academia de la Historia se conserva la mayor parte de sus manuscritos ; la de Buenas Letras adquirió de sus herederos un selecto monetario que iniciaría el que conserva la Corporación, nutrido posteriormente por Salat. Sus mss. de la Real Academia de la Historia comprenden dos tomos en folio, otros dos en 4.° y varios legajos ; a los dos tomos primeros los denominó *Misceláneas*.

Dichas misceláneas y, en general, la documentación que dió a conocer Ripoll, en su mayor parte perteneciente a los archivos eclesiásticos de Vich, constituyen una labor selectísima. Las hojas y cuadernos sueltos que se han publicado forman un volumen en 4.°, y al cual alude Torres Amat, vienen a ser un magnífico diplomatario vicense, en el que se ofrecen interesantes datos sobre el pasado de la diócesis, que corresponde detallar al tratar la figura de nuestro archivero como historiador de la Iglesia; digamos solamente que las noticias que aportó Ripoll acerca de las relaciones de la diócesis vicense con la casa condal de Barcelona fueron muy selectas, como también las que

dió a conocer sobre costumbres, sequías, temblores de tierra y otras muchas curiosidades concernientes a la historia de la comarca. Entre los estudios que mayor prestigio le aportaron figura el titulado: *Barcelona es la primera ciudad de España donde se introdujo la imprenta* (Vich, 1833), en el cual vino a plantear por primera vez el caso de la famosa *Gramática* de Mates, incunable de su propiedad que conserva la Real Academia de Buenas Letras, y que ha motivado frecuentes polémicas posteriores.

El Dr. Jaime Ripoll es considerado como uno de los más preclaros archiveros que ha producido Cataluña.

Próspero de Bofarull y Mascaró

Nació en Reus el 31 de agosto de 1777 ; murió en Barcelona el 29 de diciembre de 1859. Perteneció a una familia de noble abolengo de su ciudad natal, hoy ya en decadencia, de la cual todavía subsiste un característico palacio dieciochesco que lleva su apellido. Cursó don Próspero la carrera de leyes en las universidades de Cervera y Huesca ; se doctoró en 1798. Habiéndose trasladado a Madrid para obtener el título de abogado, le sorprendió la invasión francesa y tuvo que huir hacia el sur de la Península, estableciéndose en Cádiz. En esta población ejerció su profesión y trabó amistad con el erudito Antonio de Capmany que influiría en su formación archivística futura. Restablecida la normalidad y ya gobernando Fernando VII, este monarca le nombró jefe del Archivo de la Corona de Aragón en 22 de abril de 1814, cargo que él mismo le había solicitado.

La personalidad de don Próspero es igualmente insigne como historiador y como archivero ; en el primer aspecto caracteriza un momento bien definido de la historiografía catalana con su notable y difundida obra *Los Condes de Barcelona vindicados* ; en el segundo, que es el que nos corresponde comentar aquí, es considerado como una de las más señaladas figuras que Cataluña ha dado a la archivística.

Bofarull encontró el precioso archivo real barcelonés en lamentable estado de abandono tras la retirada de las fuerzas de Napoleón. Las autoridades francesas habían colocado en él como jefe a cierto Luis Freixa, pero nada se sabe del paso de este funcionario que bien poco debió preocuparse del gran depósito documental que se le había confiado. La tarea reorganizadora de Bofarull fué abrumadora, y merece mucho mayor encomio si tenemos en cuenta que la desarrolló a través de un período de agitación política, en el que fué víctima de persecu-

ciones (incluso se le separó por breve tiempo del archivo), de rebeliones de sus propios subordinados, falta de personal y de recursos económicos. No obstante, contó también con excelentes colaboradores para restablecer las dislocadas series documentales; por ejemplo, su hermano Juan Calixto, y los eruditos La Canal, Jaime Ripoll, Olzinellas y otros excelentes y abnegados amigos. Trabajó Bofarull infatigablemente al frente del archivo durante treinta y cinco años. En su brillante labor archivística cabe distinguir cuatro principales aspectos: 1.º, limpieza de la documentación y reconstitución de las series, más el posterior traslado del archivo al bello palacio de los Virreyes de Cataluña que hoy ocupa y que se llevó a cabo hallándose ya jubilado; 2.º, redacción de índices, catálagos y memorias; 3.º, salvación de documentación y de códices tras la quema de conventos en 1835, más el aumento del caudal documental del archivo con importantísimos fondos nuevos; 4.º, publicaciones.

Por lo que se refiere al primero de dichos apartados, puramente de carácter material, reconstituyó el archivo, como hemos dicho, haciéndolo resurgir del montón de suciedad y gusanos en que lo halló convertido, no disponiendo de orientación y experiencia alguna, tan necesarias en tan áridos trabajos, y contando sólo con su tenacidad, estudio e intuición. Dados los nuevos ingresos de fondos documentales (los cuales determinaremos más adelante), los locales que el archivo ocupaba en el palacio de la Diputación, vecinos al conocido patio de los Naranjos, se hicieron insuficientes. Don Próspero eligió para nueva sede el palacio virreinal, y la reina gobernadora María Cristina de Borbón dió su asentimiento por R. O. de 5 de junio de 1838. Sin embargo, el palacio le fué disputado todavía por el estamento militar, por el ministerio de Hacienda, por las vecinas religiosas clarisas... Tantos fueron los entorpecimientos, que don Próspero temió que se cerraran sus ojos sin haber logrado su noble aspiración. Por fin el traslado del archivo tuvo efecto en 1853, al cabo de quince años, cuando ya nuestro archivero había dejado de prestar servicio activo. De todos modos, aquella retrasada victoria vino a ser como el mejor reconocimiento y el mejor premio que se podía conceder a su ejemplar vida de trabajo.

Se deben a Bofarull una serie de catálogos, índices y repertorios redactados bajo su dirección que siguen todavía en la actualidad conservando su utilidad e interés para la consulta de los fondos del Archivo de la Corona de Aragón. Citamos los más destacados: *Indice de las personas que asistieron a las antiguas Cortes* (1815); *Arbol genealógico de la Casa real* (1816 a 1820), litografiado por Montfort en 1833; *Catálogo de los archiveros que han regido el Real y General*

Archivo de la Corona de Aragón (1820) ; *Nuevo repertorio e inventario de los registros de la Cancillería Real,* dos vols. (1824). Este repertorio continúa siendo hoy en día la clave principal para identificar los registros cancillerescos ; va precedido de una informativa introducción de indudable interés. Igualmente sigue prestando gran utilidad el *Inventario de pergaminos,* en cuatro volúmenes, cuya minuciosa redacción ocupó a Bofarull desde 1819 a 1832. Tanto este inventario como el anterior *Repertorio de registros* se halla redactado por riguroso orden cronológico ; *Catálogo de los códices de Ripoll* (1823), en el cual figuran bastantes códices que se perdieron posteriormente. También realizó don Próspero como trabajo personal cuadros cronológicos de los soberanos de Cataluña-Aragón, de los reyes de Francia y de los papas. Formó una *Colección Curiosa* y otra de *Códigos* (hoy en día dispersa) ; fundó la Biblioteca auxiliar, que con el tiempo sería reorganizada y muy mejorada por Valls y Taberner ; e inició la Colección sigilográfica.

Trabajaron a las órdenes de don Próspero los oficiales Luis Vilar, J. M. de Alcántara y Bori, J. Alejandro Ferrer, José M.ª Mayolas y el excelente calígrafo Juan Joaquín Granados Renau. A ellos se debe la redacción de un *Catálogo cronológico de pergaminos* (años 844-1017) ; un *Indice de documentos de Felipe II,* otro de Felipe V y Luis I, del Archiduque don Carlos de Austria y de Luis XIV de Francia como gobernante de Cataluña. Durante treinta y cuatro años se procedió en el archivo a dar cumplimiento a la Real Cédula de 1754 que disponía la transcripción metódica de los pergaminos del mismo, paciente labor que bajo la revisión y enseñanza de don Próspero vino «a transformar en buenos archiveros a aquellos simples amanuenses y aficionados que por influencia política tan sólo venían a prestarle ayuda» (González Hurtebise, *Guía,* separata, p. 54). Dicha labor quedó interrumpida en 1839 en que una falaz maniobra política dejó cesante por algún tiempo a don Próspero ; constituye un conjunto de 28 volúmenes de copias que se inician en Vifredo I y llegan hasta el año 1307 del reinado de Jaime II.

Otras muchas actividades desarrolló el insigne archivero que desistimos de mencionar por no ser excesivamente prolijos.

Don Próspero de Bofarull, en su afán de enriquecer el Archivo de la Corona de Aragón, logró aumentar notablemente sus fondos documentales en torno al antiguo de la Cancillería real, que constituye el núcleo más preciado del mismo. Gracias a sus gestiones ingresaron en el archivo las preciadas series de la «Generalidad de Cataluña», suprimida por Felipe V ; los papeles de la «Junta Suprema del Principado», que tan bravamente hizo frente a la invasión napoleónica ; los

de la «Casa de la Moneda de Barcelona», también del período de dominación francesa; las valiosas colecciones de «códices de Ripoll y de San Cugat», compuestas de 230 volúmenes la primera y 87 la segunda (salvadas ambas sagazmente debido al gran tesón y celo de nuestro archivero); alguna documentación de la «Real Audiencia», que posteriormente tuvo que ser devuelta y que hoy en día se ha recuperado en parte, más los interesantes legajos de la «Legación de España en Turín» concernientes al siglo XVIII y comienzos del XIX. Finalmente llegaron al archivo los legajos y volúmenes del «Consejo Supremo de Aragón», organismo que a partir de la Unidad Nacional entendía sobre los asuntos relativos a los territorios de la antigua Corona de Aragón. Toda esta avalancha de nueva documentación hizo insuficientes los locales que el archivo ocupaba en el palacio de la Diputación y obligaron a buscarle una nueva sede en el de los virreyes de Cataluña, sobre lo cual ya hemos tratado anteriormente.

Otra magnífica y significativa manifestación de don Próspero como director del Archivo de la Corona de Aragón fué la publicación de la «Colección de documentos inéditos» que le fué autorizada durante el gobierno de Isabel II por R. O. de 28 de marzo de 1846. Imprimió don Próspero los primeros diecisiete volúmenes, siendo continuada por su hijo Manuel hasta el n.º 40 y por su nieto Francisco hasta el 41. Dicha colección quedó extinguida en 1910.

Fué jubilado el insigne archivero en 26 de noviembre de 1849; no obstante, en atención a sus muchos méritos todavía se le respetó el título de Cronista de Aragón y, asimismo, la dirección de la «Colección de documentos inéditos».

Hallándose al frente del Archivo de la Corona de Aragón don Próspero visitaron el Centro Fernando VII en 15 de diciembre de 1827 e Isabel y su esposo Francisco de Asís en 8 de octubre de 1847.

En la biografía que escribió de don Próspero don Manuel Milá y Fontanals (Barcelona, 1860) se enumeran detalladamente las múltiples distinciones de que fué objeto durante su vida, así como las entidades eruditas de España y del extranjero que le reconocieron como Correspondiente. En 25 de abril de 1847, el rey Luis Felipe de Francia nombró a don Próspero Caballero de la Legión de Honor, seguramente por intercesión de Próspero Mérimée (aunque él delicadamente lo niegue), el cual vino a estudiar en el Archivo de la Corona de Aragón para redactar su Historia de Pedro I de Castilla. Mérimée recibió asiduas enseñanzas de paleografía tanto de don Próspero como de su hijo don Manuel; sobre ambos formuló un encendido elogio en el prólogo de su mencionada obra. Nuestro gran archivero ocupó dos veces la presidencia de la Real Academia de Buenas Letras y como tal

desarrolló una eficaz labor literaria y científica. Un homenaje a su memoria fué celebrado por dicha entidad en la Universidad de Barcelona el 30 de diciembre de 1860 ; en este acto leyó Milá y Fontanals la aludida biografía de don Próspero. También escribió un bosquejo biográfico de éste, el escritor reusense Francisco Gras y Elías en su libro *Hijos ilustres de Reus* (Barcelona, 1899). Cabe citar además cuatro artículos sobre Bofarull y su obra publicados por J. Narciso Roca y Farreras en los números 14 de julio y 6, 9 y 23 de agosto de 1881 en el periódico barcelonés *La Publicidad.*

Entre los escritos de carácter archivístico de don Próspero, figuran : *Reflexiones sobre los perjuicios que ocasionaría a algunas provincias de España y en particular a la de Cataluña la traslación de sus archivos á Madrid, que propone la Comisión de Cortes en su dictamen y minuta de decreto, presentado a las mismas en 19 de marzo de 1814. Publicadas... por D. Félix Fluralbo* (pseudónimo). *Barcelona,* 1821, siete pp. ; *Colección de cartas y papeles que don Próspero de Bofarull ha remitido para ilustrar la opinión de que la antigua Cartago vetus española estuvo situada donde existió después la ciudad de Olérdula...* (Ms. en la Real Academia de la Historia. Madrid) ; *Noticia acerca del antiquísimo Archivo general de la Corona de Aragón existente en la ciudad de Barcelona.* (En la Real Academia de la Historia. Madrid.)

Manuel de Bofarull y de Sartorio

Nació en Barcelona en 1816 ; falleció en la misma ciudad en 1898. Fué hijo del prestigioso archivero don Próspero de Bofarull. Estudió la carrera de leyes en la universidad de Cervera ; el grado de licenciado lo obtuvo en los Estudios generales de Barcelona. Toda su vida de labor erudita se desarrolló en el Archivo de la Corona de Aragón, bajo la dirección e influencia de su padre : en el año 1830 se le nombró oficial cuarto supernumerario de dicho archivo ; el 1833 vino a serlo en efectivo ; en 1847 (25 de abril), tomándose en consideración los eficaces servicios que había prestado en el mencionado Centro, sobre todo en el dramático otoño de 1843 en que la ciudad fué cruelmente bombardeada por el general Espartero, fué nombrado por R. O. Coadjutor de la dirección del archivo, cargo que desempeñó sin retribución alguna hasta que le fué concedida la propia dirección al ser jubilado su padre don Próspero en 26 de noviembre de 1849.

A partir de esta fecha dedicó don Manuel todos sus esfuerzos a lograr la posesión y habilitación como archivo del artiguo palacio de

los virreyes de Cataluña que la reina gobernadora María Cristina, por R. O. de 5 de junio de 1838, tras muy tenaces gestiones de don Próspero, había cedido para instalar en él el precioso tesoro documental de la antigua Corona de Aragón. Muchas fueron las dificultades que todavía tuvo que vencer el nuevo director para conseguir sus deseos; en 1850 la Dirección General de Instrucción Pública dispuso que para subvenir a los gastos de las obras de previo acondicionamiento del citado palacio se destinase una parte de los fondos que en las cuatro provincias catalanas se recaudaban por la subrogación de quintas; así se obtuvieron 50.000 pesetas, con cuya cantidad se realizaron las obras que todavía obligaron a una espera de tres años más. Por fin, en 18 de diciembre de 1853 tuvo efecto la inauguración oficial de la nueva sede del Archivo de la Corona de Aragón, con asistencia de autoridades, corporaciones y personalidades significadas de la intelectualidad barcelonesa. En tan solemne acto don Manuel pronunció un discurso en el que manifestó su agradecimiento al apoyo que había encontrado en la reina Isabel y puso de relieve las ventajas que ofrecía el nuevo edificio, tanto por su belleza arquitectónica como por su histórica significación. Un interesante comentario a este acto fué publicado días después en el «Diario de Barcelona» por su director, don Juan Mañé y Flaquer.

En 1857 el señor Bofarull fué honrado con el nombramiento de miembro de la Junta constituída por el Ministerio de Fomento para la reorganización de los archivos y bibliotecas de España. Esta distinción le fué acordada por sus muchos merecimientos. Ya en tiempo anterior, en 1844, había actuado acertadamente como vocal de la Comisión de Monumentos históricos y artísticos; gracias a su celo se salvó gran cantidad de libros (unos 6.506, concreta Elías de Molins) procedentes de los conventos asaltados y destruídos en los pasados movimientos revolucionarios; ello valió a don Manuel la vicepresidencia de la Comisión. Asimismo, en 1848, como vocal de la Junta de organización de archivos dependientes del Ministerio de Gracia y Justicia del distrito de Barcelona, había actuado con eficacia, representando en aquélla al Obispo de la diócesis. Otro excelente servicio del señor Bofarull era el haberse encargado de la restauración del bello claustro del monasterio de San Cugat, salvándolo de su lamentable estado de ruina; dicha labor le fué encomendada por recomendación de la Comisión Central de Monumentos históricos y artísticos cuando en 26 de diciembre de 1850 libró al Gobernador civil de la provincia las cantidades reunidas para proceder a dicha restauración; la misma Comisión elevó a la superioridad una comunicación en 13 de

octubre de 1851 manifestando que don Manuel había actuado «con celo, inteligencia, desprendimiento y economía».

Al fallecer en 1859 don Próspero, se encargó su hijo Manuel de continuar la publicación de la «Colección de documentos inéditos del A. C. A.». Bajo su gestión vieron la luz veintitrés volúmenes más de la misma, conteniendo materias bien seleccionadas: los tomos que faltaba publicar del «Levantamiento y Guerra de Cataluña en tiempo de Juan II», los «Opúsculos inéditos de Pedro Miguel Carbonell», los procesos contra Jaime III de Mallorca, Bernardo de Cabrera, Jaime de Urgel y nobles de la Unión aragonesa, Guerras entre Aragón, Castilla y Navarra, rentas de la antigua Corona de Aragón, más un primer volumen de Gremios y Cofradías.

Fué elegido don Manuel miembro de la Real Academia de Buenas Letras en 1844. En 4 de junio de 1845 leyó en ella una «Memoria descriptiva de las magníficas fiestas que se hicieron en Barcelona por la primera entrada, que se verificó en el día 15 de febrero de 1559, de su vigésimo octavo conde don Carlos, emperador de Alemania y rey de España, primero de su nombre». Se publicó en la revista «La Discusión», que dirigía Pablo Piferrer; más tarde, en el tomo II, p. 250, de las *Memorias* de dicha Academia. También en esta entidad leyó, en 10 de diciembre de 1847 un estudio sobre la vida y obras de Pedro Miguel Carbonell.

Entre los trabajos publicados por don Manuel de Bofarull figuran su «Memoria» leída en la solemne inaugración del Archivo de la Corona de Aragón ya aludida; «Documentos inéditos relatitivos a la historia del virreinato de San Francisco de Borja en Cataluña» (Bol. R. Acad. de la Hist., X, 246); «El registro del merino de Zaragoza, el caballero don Gil Tarín, 1291-1312» (Zaragoza, Hosp. prov.); en la *Ilustración Venatoria*, revista especializada sobre caza y pesca que aparecía en Madrid, colaboró entre 1880 y 1885, publicando unos 300 documentos sobre cetrería y caza; dió a conocer el curioso ms. de Fray Miguel Longares, titulado: «Les funeraries dels reis d'Aragó» (Barcelona, 1886). Dejó inéditas una monografía sobre la villa de Montblanch, otra sobre mosén Borra, una historia del Archivo de la Corona de Aragón, más un estudio acerca de los judíos en los territorios de dicha Corona.

Recibió don Manuel numerosas distinciones. Fué Correspondiente de la Real Academia de la Historia, de la Arqueológica Tarraconense, de la Sociedad de Amigos del País de Sevilla, de la Sociedad de Artes y Ciencias de Carcasona, Sociedad Siciliana de Historia Patria, Instituto Arqueológico de Roma, Academia Arqueológica de Bélgica, Caballero de la Orden de Carlos III (1849), Medalla de oro al mérito

en Ciencias y Artes (remitida por el rey de Prusia en 1856), Comendador de la Orden de la Corona de Italia, etc.

MARIANO FLOTATS Y COMABELLA

Se tiene noticia de que nació en Cervera (Lérida), pero se ignora la fecha. Falleció en 24 de agosto de 1869. Estudió la carrera de leyes e ingresó en el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios con alguna anterioridad a Antonio de Bofarull. Lo mismo que éste, prestó servicio en el Archivo de la Corona de Aragón, donde ayudó eficazmente a la publicación de la «Colección de documentos inéditos» del citado Centro, iniciada por don Próspero de Bofarull. Dirigió «El Telégrafo», en el cual publicó copiosos artículos sobre Arte, historia y literatura. En 1848 vió la luz su traducción al castellano de la Crónica de Jaime I, acompañada de un prólogo y notas al pie de página ; en este trabajo con Flotats colaboró Antonio de Bofarull, pero a juzgar por el estilo del prólogo y de la traducción, ésta debió ser realizada en su mayor parte por Flotats. Posteriormente Antonio de Bofarull continuó la traducción castellana y publicación de las crónicas de Pedro el Ceremonioso y de Muntaner.

En el año 1852 Mariano Flotats ingresó en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

JOSÉ PUIGGARÍ

Nació en Barcelona en 1821 ; murió en la misma ciudad en 13 de marzo 1903. Cursó la carrera de Leyes y con el tiempo vino a ser fiscal de la Real Audiencia de Barcelona, de cuyo archivo estuvo encargado durante algunos años. En 1867 pasó a prestar servicio en el Archivo Municipal, donde llegó a ejercer el cargo de subdirector. Como dice su biógrafo Buenaventura Bassegoda, la figura de José Puiggarí llena treinta años de vida artística y erudita barcelonesa. Manejó el lápiz, el pincel y la pluma con gran perfección, sigue diciendo Bassegoda, y si con los primeros reproducía fielmente antiguos documentos gráficos, con sus escritos nos dió a conocer selectos diplomas olvidados en los archivos.

La personalidad de Puiggarí adquirió brillantez principalmente en el sector de la Arqueología, siendo muy notables sus «Estudios sobre indumentaria española concreta y comparada» ; no corresponde aquí, por tanto, comentarla con detalle en este aspecto. Colaboró en *El Museo Universal* (Madrid, 1857-1868), en *La Ilustración española*

y americana, en *La Revista de Gerona*, y con mayor asiduidad en la primitiva *Renaixensa*, que fué su revista preferida.

En las publicaciones de Puiggarí surge a menudo la nota documental obtenida por investigación directa. Buen conocedor del archivo municipal, proporcionó abundantes noticias inéditas sobre artistas catalanes de la Edad Media y del Renacimiento que ofreció en los volúmenes II y III de las «Memorias de la Real Academia de Buenas Letras». Se debe también a Puiggarí la publicación del *Llibre de coses assenyalades*, las cuales recogió fraudulentamente Pere Joan Comes en el archivo de la ciudad, lo que le valió ser procesado por los concelleres, pero también el que su nombre pasara a la posteridad.

Puiggarí permaneció en el Archivo Municipal hasta su muerte. Ocupó numerosos cargos. Fué presidente de la Asociación Artística Arqueológica de Barcelona y Mantenedor de los Juegos Florales en 1870. Más noticias sobre la vida de este ejemplar barcelonés nos las ofrece B. Bassegoda en su discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras, en la que vino a ocupar el sillón dejado vacante por Puiggorí.

Antonio de Bofarull y Brocá

Nació en Reus, 4 de noviembre de 1821 ; murió en Barcelona, 12 de febrero 1892. Estudió latín y retórica en su ciudad natal y cursó la carrera de derecho en la universidad de Barcelona. Fué su personalidad muy compleja, pues se manifestó a lo largo de su vida como historiador, literato, dramaturgo, gramático, folklorista y archivero; es considerado como una destacada y característica figura del romanticismo barcelonés. Por nuestra parte, nos limitamos a comentar aquí sus actividades como archivero, si bien fueron éstas las menos brillantes con que se manifestó su temperamento emprendedor y polemista. Desde 1846 — según Elías de Molins — prestó servicio como oficial del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios en el Archivo de la Corona de Aragón, siendo un inteligente colaborador de su tío don Próspero de Bofarull y más tarde de su primo don Manuel. Intervino, junto con este último y con Mariano Flotats, en la transcripción de documentos para la «Colección» que inició don Próspero en 1847, o sea un año después de su llegada al Archivo ; por lo tanto, debió ser muy oportuno su concurso para esta gran labor, considerando sus buenos conocimientos como latinista. Entre sus publicaciones de carácter archivístico cabe citar : «Cuestión de Archivos, o sea polémica sobre la mayor o menor propiedad del título que respectivamente llevan los dos generales e históricos

de Barcelona y Valencia, suscitada entre los señores don Antonio de Bofarull y don Miguel Velasco» (Valencia. Imp. «La Opinión», 1864); «Memoria histórico-descriptiva sobre el Archivo de la catedral de Barcelona». Este trabajo lo redactó siendo oficial segundo del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios y por encargo del gobierno de la nación; consérvase el ms. de 17 hojas en folio en el archivo del antiguo Ministerio de Fomento; lleva la fecha de 6 de mayo de 1869. Podemos también citar como actividad en cierto modo inmediata al archivero, sus traducciones de las crónicas de Jaime I (en colaboración con Mariano Flotats, 1848), de Pedro el Ceremonioso (1850), y de Ramón Muntaner (1860); a esta última acompaña el texto catalán.

Ingresado en la Real Academia de Buenas Letras en 1852, prestó excelentes servicios a la corporación como secretario, y sobre todo como archivero-bibliotecario, pues a él se debe el primer inventario de sus papeles y libros, entre éstos incunables y códices, algunos muy valiosos.

No podemos dejar de recordar como detalle final de su laboriosa vida erudita y literaria el hecho de que falleció en el sillón de su propio despacho del Archivo de la Corona de Aragón, según se hace constar en la *Guía* de dicho Centro redactada por González Hurtebise (Separata, p. 72).

Andrés Giménez Soler

Nació en Zaragoza en 10 de noviembre de 1869. Cursó sus estudios en la universidad de esta población y en el año 1893 ingresó en el Cuerpo de Archivos, siendo destinado al de la Corona de Aragón. Permaneció en este Centro hasta 1905, en que ganó la cátedra de Historia de España (antigua y media) de la Universidad de Sevilla; más tarde pasó a explicar igual disciplina en la de Zaragoza. Desempeñó diversos cargos; entre ellos el de Rector de la Universidad de esta última población y el de Gobernador Civil de Gerona.

La labor de Giménez Soler como archivero se limitó a las actividades que se vió obligado a desempeñar como funcionario del Archivo de la Corona de Aragón. Sin embargo, su permanencia en este Centro influiría esencialmente en la formación de su personalidad de historiador sobre la base de una sólida investigación documental. Las obras más destacadas de la copiosa producción científica de Giménez Soler han sido redactadas aprovechando la riqueza de materiales que le ofrecía el mencionado archivo.

Falleció al finalizar la guerra civil española, dícese que apenado por la muerte de su hijo en el frente de batalla.

FRANCISCO DE BOFARULL Y SANS

Nació en Barcelona en 2 de septiembre de 1844; murió en la misma ciudad en 6 de febrero de 1938. Cursó la carrera de Derecho y los estudios de diplomática; estos últimos le llevaron a ingresar en el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, con destino al Archivo de la Corona de Aragón (1864), en el que sería un digno sucesor, como director del mismo, de su padre don Manuel y de su abuelo don Próspero, constituyendo una dinastía familiar que rigió el gran depósito documental barcelonés por espacio, puede decirse, de todo el siglo XIX.

En el Archivo de la Corona de Aragón continuó don Francisco introduciendo nuevas reformas de adaptación en el palacio de los virreyes de Cataluña, donde se había instalado aquél durante la dirección de su padre. En tal sentido logró importante ayuda económica gracias a la amistad que le unió con el insigne historiador don Eduardo de Hinojosa, ocupando éste la Dirección General de Instrucción Pública, dentro del Ministerio de Fomento, en 1899; se restauró en este período la escalera noble del edificio, el artesonado y lucerna que la cubre, dando a aquélla gran belleza arquitectónica; se consolidaron los muros que encuadran dicha escalera y, asimismo, la entonces ruinosa galería que se abre sobre el piso central en el patio.

Guiado por la gran experiencia de sus ilustres antecesores en el cargo, don Francisco de Bofarull supo orientarse sin dificultades en el copioso arsenal de documentación histórica que le fué confiado a su custodia. Bajo su dirección se efectuaron en éste importantes trabajos de instalación, ordenación y catalogación de fondos diversos, principalmente en la magnífica serie de documentos sueltos en papel, denominada impropiamente de cartas reales, y en los de la antigua Generalidad, de la que se ordenaron unas 1.450 cartas, redactándose de ellas un índice alfabético. También se atendió por este tiempo a la confección de índices alfabéticos de todas las concesiones nobiliarias de los reinados de Felipe IV y Felipe V y breve gobierno del Archiduque de Austria, desafortunado rival de este último.

Debido al celo del señor Bofarull se obtuvo del Marqués de Barbará y de la Manresana el importante donativo de la serie titulada *Gobernación de Cataluña* (siglos XIV a XVI); asimismo, se obtuvo en depósito el archivo del Marqués de Vallgornera, que todavía continúa en la actualidad.

Con motivo del Congreso de Archiveros en Bruselas, confeccionó don Francisco en 1910 un cuadro de clasificación de las secciones que constituyen el Archivo de la Corona de Aragón, cuadro que comparado con el anterior realizado en 1881, suponía un gran avance en la estructuración de este gran acervo documental de la Edad Media; hoy en día dicha clasificación subsiste en buena parte.

Se debe al señor Bofarull una extensa bibliografía, principalmente de carácter histórico, alguna de ella continuación de trabajos iniciados por su padre. Haremos mención aquí exclusivamente de sus publicaciones más relacionadas con la archivística. Todavía fué posible a don Francisco añadir un último volumen a la gran «Colección de documentos inéditos», iniciada por su abuelo don Próspero, y continuada por su padre don Manuel, logrando así unir su nombre a esta magnífica colección diplomática que tanto ha venido a ennoblecer el apellido Bofarull. Se debe a don Francisco el tomo 41 relativo a «Gremios y Cofradías», tema sobre el cual ya el padre había publicado el primer volumen. En colaboración con don Vicente Sinisterra y don José Ortega redactó unos *Apuntes paleográficos para uso de los alumnos de la carrera del Notariado de Barcelona,* ilustrados con 12 fotolitografías (1880). Su breve estudio titulado: *El Palacio antiguo y Cuarto nuevo del Lugarteniente,* proporciona un interesante conjunto de datos y noticias sobre el edificio en que se halla instalado en la actualidad el Archivo de la Corona de Aragón, obtenidos en parte por investigación documental directa y, en parte, de la curiosa obra de Domingo Aguirre, conde de Massot, sobre el Palacio real de Barcelona. No logró don Francisco, y ello le produjo gran contrariedad, ver publicada su historia del citado archivo; bastantes datos de la misma fueron aprovechados por González Hurtebise en su *Guía* de este Centro, según manifiesta a menudo en su texto.

El señor Bofarull realizó minuciosos estudios acerca del papel y sus filigranas, aprovechando el copioso y excelente material que le proporcionaba el Archivo de la Corona de Aragón. Elias de Molins, en su conocido «Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX», hace constar, al tratar de don Francisco, que dejó manuscrita una extensa obra *El papel y sus marcas,* dividida en cinco tomos, uno de texto en el que expone la historia del papel desde sus orígenes y cuatro de láminas, con más de 2.000 dibujos referentes a las filigranas de los siglos XIII, XIV y XV. Tal vez extracto de este denso estudio que desconocemos, fueron sus publicaciones *Los animales en las marcas del papel,* obra pulcramente impresa por Oliva de Vilanova en 1910; y *La Heráldica en las filigranas del papel* (1901). También se debe a Bofarull un *Indice alfa-*

bético de fabricantes de papel en Cataluña, desde 1700 a 1830. Digamos todavía que don Francisco estudió a Juan I de Aragón y a Juan de Francia, duque de Berry, como bibliófilos, y sobre ambos dió a la imprenta sendas monografías. En la «Revista de Ciencias históricas» (enero, 1887) publicó una colección de cartas inéditas del reinado de Juan I, existentes en el Archivo de la Corona de Aragón.

Prescindimos de copiar aquí la copiosa bibliografía del señor Bofarull en el campo de la Historia, puesto que nos hemos limitado a carecterizar su figura como archivero. Su gran laboriosidad científica le valió el ingreso en la Real Academia de Buenas Letras en 1883 y más tarde el nombramiento de Correspondiente de la Real Academia de la Historia. Asimismo, en 4 de julio de 1899 el emperador Francisco José le concedió la gran cruz de la Orden que lleva su nombre; el gobierno francés le condecoró en 1902 con las palmas académicas; en este mismo año el rey Víctor Manuel le nombró Comendador «dell Ordine della Corona d'Italia».

No obstante, a pesar de tantos honores, a pesar de la significación de su ilustre apellido, don Francsico de Bofarull falleció obscuramente en 6 de febrero de 1938, debido a las circunstancias dramáticas por que atravesaba Barcelona a la sazón, envuelta en plena guerra civil española.

Fernando Valls y Taberner

Nació en Barcelona en 31 de marzo 1888; murió en la misma ciudad en 1 de octubre 1942. Realizó sus estudios primeros y medios en el Colegio de Padres Jesuítas de la calle de Caspe. Cursó las carreras de Derecho y Filosofía y Letras, sección de Historia, en la universidad de la ciudad condal. Simultáneamente ampliaba sus conocimientos en los *Estudis Universaris Catalans,* en los que tuvo por profesores a Antonio Rubió y Lluch, Jaime Massó y Torrents, y Francisco Carreras Candi; sería principalmente el primero el que influiría en su formación intelectual, la cual se inició no sólo con las enseñanzas que recibiría del mismo en estos años sino también con la colaboración que le prestó por entonces, junto con otros compañeros de estudio, en la busca de materiales en el Archivo de la Corona de Aragón, para la formación del magnífico diplomatario, que tan hondo surco dejaría tras de sí, titulado «Documents per la història de la cultura catalana mig-eval». Con tan sugestivo tema establecería Valls y Taberner sus primeros contactos con el gran depósito documental barcelonés, del que algún día llegaría a ser director. Que estas primeras actividades archivísticas dirigidas por Rubió y Lluch influyeron grandemente en

su ánimo, bien lo manifiesta el hecho de que a los pocos años de finalizar su carrera universitaria publicara como reflejo de ellas su breve conjunto *Documents de cultura del regnat de Jaume I,* a base de materiales que pudo hallar en los fondos del monasterio de Poblet, existentes en el Archivo Histórico Nacional, durante una estancia en Madrid.

La personalidad de Valls y Taberner se manifestó con muy diversas facetas ; principalmente como historiador, archivero, catedrático, jurisconsulto y político. Su vida fué un constante mariposeo, digámoslo así, entre estas diversas actividades, llevando siempre en el fondo de su inquieto temperamento un noble afán de apostolado cultural. Solamente nos ocuparemos aquí de Valls y Taberner como archivero, si bien el intento no es fácil ya que en todas sus indicadas manifestaciones existió la base de un auténtico hombre de archivo en el más elevado matiz intelectual de esta cualidad. En consecuencia, nuestro breve esbozo biográfico tendrá mucho de externo en el aspecto archivístico de la vida de Valls y Taberner.

A poco de licenciarse en Derecho e Historia efectuó un viaje a Madrid, donde concurrió a las tertulias de Menéndez y Pelayo. Fué esto por el otoño de 1910. Todavía a fines de dicho año se trasladaría a París para seguir un curso y ampliar sus conocimientos sobre diplomática y archivística en general en *l'École des Chartes;* no por ello descuidó sus actividades en Barcelona pues al mismo tiempo intervino de manera eficacísima en la revista de los *Estudis Universitaris Catalans,* en la que publicó buena parte de sus trabajos eruditos iniciales.

En agosto de 1913 Valls y Taberner ganó las oposiciones de ingreso al Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos ; fué destinado al Archivo de Hacienda de Tarragona. Naturalmente, permaneció escaso tiempo ; en el mes de octubre del mismo año solicitaba la excedencia para desempeñar en Barclona una cátedra de Historia de Cataluña en los *Estudis Universitaris Catalans.* En este mismo año de 1913 fué nombrado Juez de apelaciones del principado de Andorra.

Nuevamente ingresó en el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, en 1914, pues se le ofreció ocasión esta vez de ocupar una vacante en el Archivo de la Corona de Aragón, que era el fin que se había propuesto al entrar en el citado Cuerpo del Estado. Permanecería en el Archivo hasta el año 1922. Ya en este primer período de su actuación en el mismo se notaría su influencia. Aprovechando la circunstancia de figurar Francisco Cambó en el gobierno de la nación, y de acuerdo con Eduardo González Hurtebise, director

a la sazón del gran depósito documental barcelonés, Valls y Taberner logró un decreto ministerial disponiendo que la documentación monástica que había quedado rezagada en Cataluña desde tiempos de la exclaustración impuesta por Mendizábal y que injustamente se ordenó llevarla toda a Madrid, pasara al Archivo de la Corona de Aragón; gracias a ello se enriqueció éste con copiosos fondos que permanecían olvidados en las Delegaciones de Hacienda de Gerona y Tarragona.

En estos ocho años en que Valls y Taberner actuó ininterrumpidamente en el Archivo, su vida de estudio fué creciendo con un mayor ritmo de afanes. Ostentaba ya entonces el cargo de secretario-redactor del *Institut d'Estudis Catalans* (1912). Se doctoró ahora en Historia, y entre otros trabajos publicó dos muy significados en su producción total: la monografía *Els orígens dels comtats de Pallars i Ribagorça,* acompañada de nutrido diplomatario inédito, y en colaboración con su amigo Ramón de Abadal y de Vinyals, *Textes de Dret Català,* colección de textos conteniendo los *Usatges* de Barcelona y los privilegios y ordinaciones de los valles pirenaicos de Arán, Aneu, Vallferrera, Querol y Andorra. Esta notable serie fué apareciendo en los años 1913, 1915, 1917 y 1920, y valdría a Valls y Taberner su ingreso en la Real Academia de Buenas Letras (1920). Pero muchos más eran sus merecimientos, además de los citados: había colaborado en la «Revista Jurídica de Cataluña», en «La Revista», en «Moyen Age» (París) y, en forma muy intensiva, sobre todo en el año 1920, en el «Anuari» del *Institut d'Estudis Catalans,* en que redactó copiosas recensiones y necrologías acerca de obras y personalidades destacadas en la erudición.

En 1922 dejó de nuevo el Archivo de la Corona de Aragón para ocupar la cátedra de Historia de España en la universidad de Murcia, la cual desempeñó hasta el 21 de septiembre de 1923, y le permitió consultar los archivos de dicha ciudad. Reingresó en el Cuerpo de Archiveros en 1925, siendo destinado a la biblioteca provincial de Tarragona, pero como no era este su lugar, volvería a solicitar la excedencia, hasta que en 1929 logró ser agregado sin sueldo al Archivo de la Corona de Aragón; poco tiempo después, en 25 de noviembre del mismo año, obtuvo el nombramiento de director. Era éste, al fin, el cargo que correspondía a su formación erudita, a su íntimo sentir de hombre de estudio, y al frente del mismo se encontraba capacitado para proseguir la labor de ilustres antecesores, un Francisco Xavier de Garma, un Próspero de Bofarull. Con razón dice Jorge Rubió refiriéndose al primer período en que Valls y Taberner fué adscrito al citado Centro, que «su nombramiento daba la im-

presión de haber colocado las cosas en su lugar. Entraba en aquella casa un hombre preparado, con experiencia de lo que eran los archivos en el mundo, porque había visitado bastantes y con los ojos siempre bien abiertos y con notables condiciones de tacto y de carácter para reorganizar el archivo y convertido en un buen instrumento de trabajo científico» (*Valls-Taberner visto por un compañero de estudios*, «Obras selectas» de Valls-Taberner, I, primera parte).

En efecto, en su actuación de director del Archivo de la Corona de Aragón, Valls y Taberner comenzó a realizar excelentes reformas en el mismo con vistas a dignificar sus dependencias y su instalación en general. El momento era muy oportuno, pues Barcelona inauguraba en aquel año su Exposición Internacional y fué cosa fácil obtener consignaciones para reformar techumbres ruinosas, habilitar nuevas cámaras para la documentación y reformar totalmente la sala de investigadores, la cual fué decorada por el artista Santiago Marco, dotándola de calefacción e instalando en ella una selecta biblioteca auxiliar al alcance de los estudiosos. Fué inaugurada solemnemente con una exposición de preciosos códices. La restauración de techumbres aportó el descubrimiento del bello artesonado de fines del siglo XVI que hoy ostenta el vestíbulo. Vino a ser, asimismo, una feliz circunstancia que el Gobierno de la República determinase el traslado del Archivo del Real Patrimonio al de la Corona de Aragón, donde algún tiempo más tarde quedaría instalado en el primer piso, constituyendo el complemento del antiguo archivo real. Otra labor importante que llevó a cabo Valls y Taberner en el Archivo de la Corona de Aragón fué la de establecer el planchado de las copiosas y valiosas series de pergaminos que hasta entonces habían permanecido arrollados, con gran incomodidad para los investigadores y deterioro de las escrituras.

Fué ésta la época más brillante de los investigadores alemanes que se han interesado por los estudios de historia de la Corona de Aragón, principalmente H. Finke, profesor de la universidad de Friburgo de Brisgovia, y P. Kehr, director de los archivos de Prusia; el primero fomentó tales estudios con sus *Spanische Forschungen*, en la que se manifestaron excelentes discípulos, como C. Willemsen, M. Seidlmayer, J. Vincke y otros; el segundo recogió selectos materiales para sus *Papsturkunden in Spanien.* También trabajaron en este período en el Archivo de la Corona de Aragón Fritz Baer, Helena Wieruszowski, Luis de Ulloa, defensor de la catalanidad de Colón; el infatigable Joseph Calmette, las archiveras francesas J. Vieilliard y Gabrielle Vilar, la historiadora Mercedes Gaibrois, su esposo Anto-

nio Ballesteros, Antonio de la Torre, Padre Gazulla, Giménez Soler, Daniel Girona, José Roca, Carreras Candi y tantos otros nombres ilustres que dieron esplendor a los estudios de la Corona de Aragón, y cuya lista se nos haría excesivamente larga.

Valls y Taberner representó al Archivo de la Corona de Aragón en el «Institut International de Cooperation Intellectuelle» y colaboró respecto a España en su *Guide des Archives d'Europe*, editada en París-Roma. Asimismo, siendo director del Archivo de la Corona de Aragón publicó el *Catálogo de los códices de Ripoll, Necesidad de un taller de restauración de documentos y encuadernación en los grandes archivos* (Madrid, 1933), y *Estudi sobre els documents del comte Guifre I de Barcelona* (Homenatge a Rubió i Lluch, 1936).

La guerra civil española interrumpió la gestión de Valls y Taberner al frente del Archivo de la Corona de Aragón. Una vez terminada fué repuesto en el cargo, pero aquellos afanes de apostolado cultural de que ya hablamos y que tanto bullían en su ánimo le llevaron a abandonarlo por la cátedra de Historia Universal en la universidad de Barcelona. Desde este momento puede decirse que se malogró el gran espíritu de archivero que vibraba en él, no sólo por razón de la cátedra, sino también por sus múltiples actividades periodísticas de carácter político. Fué al poco tiempo de ganada dicha cátedra cuando vino a apagarse inesperadamente su vida, minada por una enfermedad que los médicos no supieron diagnosticar a tiempo.

Como ya dijimos, en toda la copiosa producción de carácter histórico y jurídico de Valls y Taberner se manifiesta un experto archivero; figuran en ella selectos apéndices documentales sobre los más variados temas, notables diplomatarios, como, por ejemplo, el de San Ramón de Penyafort; sutiles análisis de textos antiguos, como el de los «Usatges» y «Consulado de Mar». Su pluma ha redactado comentarios sobre los más insignes archiveros de su tiempo y sobre las obras que nos dejaron. Para el conocimiento de su obra, remitimos al *Curriculum vitae* que figura en el primer tomo de sus *Obras selectas* (Madrid-Barcelona, 1952), al que acompaña una detallada bibliografía.

LOS ESTUDIOS ORIENTALES EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por JOSÉ M.ª MILLÁS VALLICROSA

Entre los pocos académicos de la Real Academia de Buenas Letras que se distinguieron por cierta predilección para los estudios de lenguas semíticas, más hebreo y arameo que árabe, hemos de destacar a don Francisco Barjau y Pons, Catedrático que fué de Lengua Hebrea en la Universidad de Barcelona; al Rdo. don Juan Codina y Formosa, Profesor en el Seminario Conciliar de Barcelona, y al Rdo. don Gumersindo Alabart y Sans, también Profesor en el mismo Seminario.

Sólo con emotiva veneración puedo hablar del que fué mi maestro de Lengua Hebrea en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad y al cual he tenido la honra de suceder en tal cátedra. Entonces la Facultad de Filosofía y Letras, en su vida tan burocratizada, pasaba días de verdadera languidez; diríase que el Estado, del cual dependía absolutamente y de los menores detalles, la tenía minimizada y la sostenía como en apariencia, para disimular su casi total inhibición. Había pocas cátedras, en un solo plan de estudios, y era tan pobre el ámbito vital de la Facultad, que los contados alumnos que la cursaban solían hacerlo conjuntamente con la Facultad de Derecho, como complemento o adorno de la misma.

En aquel ambiente algo decaído destacóse ante mi ilusión de estudio la personalidad del Dr. Barjau por la seriedad, continuidad y solvencia de sus clases; durante la hora de clase no se perdía ni un minuto, y, paso a paso, se iban venciendo las dificultades del exótico idioma oriental que nos proponíamos estudiar. Como quiera que el profesor Barjau estaba encargado también de la cátedra de Lengua árabe, a modo de acumulada, creyó conveniente redactar una pequeña Gramática de Lengua árabe, en edición anastáctica; era una Gramática concebida al estilo de la de don Francisco Codera, que con una gran parquedad de reglas permitía al alumno tener una idea adecuada de la morfología de la lengua y poder encontrar la raíz en el diccionario.

En rigor, el Prof. Barjau tenía más vocación de gramático, de filólogo, que de historiador; él amaba la lengua por la lengua y no sentía la comezón de aplicarla como instrumento de la investigación histórica. Tanto es así, que llegó a acariciar la idea de escribir un Diccionario hebreo-catalán, del cual ya redactó una buena parte, pero que luego circunstancias imprevistas le disuadieron de llevarlo a cabo. Las relaciones del hebreo y del arameo también acuciaban la ilusión de estudio y de magisterio del profesor Barjau, de modo que cuando se encontraba con un curso de alumnos aplicados, su generosidad de maestro se derramaba explicándoles, además del hebreo, lo principal del arameo bíblico, y se hacían prácticas de traducción de los pasajes correspondientes de la Biblia.

El día 17 de diciembre del año 1916 el profesor Barjau leía su Discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras y en él presentaba la personalidad literaria del polígrafo judío Yeaya Ha-Penini ben Abraham Bedersí, natural, al parecer, de Beziers, pero que como la generalidad de judíos de Languedoc y Provenza, mantuvo estrechas relaciones con Cataluña, y, además, está fuera de duda que vivió en Barcelona a fines del siglo XIII, y en nuestra ciudad escribió la mayor parte de sus obras. Entre ellas, el profesor Barjau se fija especialmente en la célebre obra *Behinat ha-Olam*, «Examen del mundo», obra filosófica de carácter moral sobre las vanidades del mundo y la alteza de la verdadera sabiduría. Obra muy leída en el mundo hebraico, es notable también por la galanura de su estilo, y de ella nos vierte varios pasajes el profesor Barjau en su aludido *Discurso*.

En cuanto a los otros dos académicos, Rdo. Codina y Rdo. G. Alabart, ellos nos dan un ejemplo de como en la tradición de nuestro Seminario Conciliar se mantenía el cultivo de la Lengua Santa. El Rdo. Codina tuvo fama de ser un gran gustador de las bellezas del hebreo, como lo demuestra en su manual de *Gramática Hebrea*, muy pedagógico y encuadrado en la doctrina filológica tradicional entonces en España; en su Discurso de ingreso en esta Academia (29 enero de 1899) glosaba y comentaba estilísticamente la Profecía de Jeremías, mientras que el Rdo. G. Alabart se fijaba en su Discurso (29 diciembre 1918) en ciertas particularidades del misticismo teológico que se dió en España, alimentado, claro está, en primer lugar, por la solera bíblica. En el año 1930 publicaba, en colaboración con el Rdo. Dr. Carlos Cardó y el P. Antonio M.ª de Barcelona, O. M. C., la traducción de Proverbios y Eclesiastés, formando el vol. VI de la *Fundació Bíblica Catalana*.

FILÓSOFOS ACADÉMICOS DE LA REAL DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Por PEDRO FONT PUIG

No existiendo en Barcelona una Real Academia en la cual, por su denominación o por finalidad propia señalada en sus estatutos, fuesen incorporados los cultivadores de la Filosofía considerados con merecimientos para ello, la Real Academia de Buenas Letras los ha ido llamando a su seno con continuidad.

Así la Historia, predominantemente cultivada en nuestra Corporación, se ha enriquecido y completado con la Historia de la Filosofía, tan reveladora de la peculiar modalidad de nuestro pensar; recibiendo además los historiadores las luces que proceden de la Metodología y de la Criteriología y de las concepciones filosóficas; y los cultivadores de la Filosofía a su vez el ejemplo adoctrinador del modo histórico de pensar y la inestimable ventaja de la relación asidua con la investigación de la evolución de la vida humana, especialmente de la colectiva de España y singularmente de la de Cataluña.

Por otra parte, Académicos historiadores y de actividad literaria tuvieron también un aspecto de cultivadores de la Filosofía, especialmente de la Estética, e inexcusable sería su olvido.

Vamos a incluir, pues, en la relación que sigue, no sólo los que merecen el nombre de filósofos, cultivasen o no otras ciencias de las relacionadas con nuestra Corporación, sino también a quienes, aunque poco formados en Filosofía, cultivaron de algún modo una ciencia que es parcela de la Filosofía.

Joaquín Llaró y Vidal (1796-1824).—Abandonó el comercio por el sacerdocio: profesor de Filosofía en Cervera y de Sagrada Escritura en Barcelona; alma de la Sociedad Filosófica, la cual dió comienzo a sus tareas en 1815, y cuya actividad no se limitó a la ciencia que la denomina, sino también a la Física y a las Bellas Letras; mas Filosofía y Física no se yuxtaponían, sino que por obra principalmente de Llaró la Filosofía buscaba en la Física la fuente de su nueva es-

tructuración: profesor de Filosofía, no se inscribió en la sección de Metafísica sino en la de Física; luchó con bravura contra el aristotelismo y escolasticismo, y convenció a selecto sector de sus colegas de que en los progresos de la ciencia física cultivada en Francia, Inglaterra e Italia se había de buscar la luz para la concepción filosófica del Universo [1].

Son obras suyas interesantes, expresión de su dirección físico-filosófica y hermenéutica: *Disertación sobre los colores de los cuerpos* (1816), y *Memoria sobre la conformidad del sistema copérnico con las Sagradas Escrituras.*

RAMÓN MARTÍ DE EIXALÁ (1808-1857). — Magistral iniciador de la influencia de la escuela escocesa (Thomas Reid) en el pensamiento filosófico de Cataluña, la escuela que por su atención metódica a los datos de la conciencia y a los juicios vitalmente espontáneos de la mente tanto concuerda con la tradición filosófica de nuestro pueblo. Su *Análisis de la educación moral del hombre* [2] es todavía obra de gran utilidad para los investigadores y los estudiosos de la Psicología del sentimiento.

JAVIER LLORENS Y BARBA (1820-1872). — Fué exclusivamente maestro de Filosofía, pero lo fué cabal por la excelsitud de su magisterio y de su vida fundidos en uno en ejemplaridad luminosa.

Dentro de la escuela escocesa tuvo a Hamilton por orientador principal de su pensamiento.

Mostró teórica y prácticamente los veneros de luz que se contienen en la introspección psicológica; pensó y enseñó a pensar con amplitud y discreción; receloso del vértigo de las elevadas abstracciones, trató de mostrar que en lo que trasciende de lo empírico, puede adelantarse, mejor que volando por la Ontología, profundizando en el estudio analítico del propio espíritu.

Fué un convencido de la existencia de una modalidad especial de la Filosofía en España; y, dentro de la modalidad española, de una peculiar modalidad catalana.

Mantuvo relación intelectual constante con sus compañeros de la Universidad de Madrid Julián Sanz del Río y Francisco Giner de

---

1. COSME PARPAL Y MARQUÉS, *Antecedentes de la Escuela Filosófica catalana del siglo XIX*, Barcelona, 1914; páginas 41 a 63 en ellas se encontrará copiosa indicación de autorizadas fuentes.

2. RAMÓN MARTÍ DE EIXALÁ, *Análisis de la Educación moral del hombre*, publicado por vez primera por Cosme Parpal y Marqués en la revista «La Academia Calasancia»; Barcelona, 1920.

los Ríos, varones unidos en noble amistad con Llorens por estas cualidades comunes: austeridad de la vida, consagración total al magisterio filosófico y acendrado espiritualismo; guardando las diferencias de doctrina y de método, de análisis meticuloso en Llorens y de audacia metafísica en aquellos dos ilustres krausistas.

Milá y Fontanals lo tuvo por maestro, y Torras y Bages lo llama «nostre mestre, mentor y *quasi-parens* en l'ordre intelectual» [3]; los Profesores de nuestra Facultad de Filosofía Jaime Serra Hunter y Francisco Mirabent mantuvieron la tradición de su doctrina y de su método; y de modo especial en lo relativo a la atención que el filósofo, según Llorens, debe prestar a las expresiones del sentir popular, el Profesor Tomás Carreras Artau. Pero todos ellos combinaron en mayor o menor armonía la doctrina del maestro con otras doctrinas clásicas o con la suya original: el discípulo más adicto de por vida a la doctrina de Llorens fué Marcelino Menéndez y Pelayo, según declaración propia [4]; sin que contra tal aserto constituya objeción alguna el vivismo de Menéndez y Pelayo, ya que Luis Vives y Llorens y Barba coinciden en los puntos capitales de doctrina y de método.

JAIME BALMES Y URPIÁ (1810-1842). — El filósofo español del siglo XIX, cuya personalidad ha adquirido merecidamente renombre universal.

Su *Filosofía fundamental* merecerá siempre el estudio de los cultivadores de la Filosofía (en algunos puntos debe completarse con su obra posterior *Filosofía elemental*).

Por no haberla estudiado suficientemente muchos que de él hablan, especialmente los neoescolásticos de Lovaina, lo acusan de insuficiencia y aun de carencia de doctrina crítica o de teoría del conocimiento. Pero el «instinto» intelectual es para Balmes factor explicativo del fenómeno del hecho psíquico, de la certeza; pero no fundamento de su legitimidad. Cuando estudia no las fuentes de la certeza sino los fundamentos de su legitimidad, Balmes no acude ni al instinto intelectual ni al sentido común. Mucho más profundamente crítico que la escuela escocesa y que Llorens, sigue a Descartes, el gran iniciador de la Filosofía crítica moderna, no apoyándose sino en la

3. JOSEP TORRAS I BAGES, *La Tradició catalana;* libro II, dis. preliminar, páginas 184 en la edición 2.ª, 1905.

4. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, *El Dr. D. Manuel Milá y Fontanals. Semblanza literaria;* conferencia leída per Menéndez Pelayo en el Ateneo y en la Universidad de Barcelona en la Conmemoración del cincuantenario de la restauración de los Juegos Florales; primeras páginas; reeditada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en «Obras Completas de Menéndez Pelayo», vol. X, 1942.

intuición intelectual y en el valor indudable del puro razonamiento, y supera a Descartes demostrando la existencia de un mundo exterior sin previa demostración de la existencia de Dios; y no tomando como punto firme el «cogito, ergo sum», sino la simple conciencia de pensar, sin distinción de sujeto y acto.

Elevadísima su doctrina sobre que la uniformidad de la razón humana en lo universal y necesario sólo tiene explicación posible en que las relaciones de necesidad inmediata están representadas en el Ser infinito y simplicísimo, en la Verdad por esencia.

Pero donde Balmes es verdaderamente genial, es en Cosmología. Balmes se anticipó a la Matemática y a la Física de nuestro tiempo: para prueba basta citar su doctrina de que la continuidad que atribuímos a la extensión, es efecto de la percepción sensitiva, y que la extensión en sí se reduce a pluralidad y relación constante; la imposibilidad de que un cuerpo único fuese una figura con ángulos entrantes; lo ilusorio de puntos fijos en el espacio; el tiempo no como medida del movimiento, sino como medida de relación de movimientos; la penetrabilidad y actividad de la materia [5].

Su fundamentación de la obligatoriedad de la ley moral, su doctrina social presidida por la Ética y henchida de amor al pueblo todo, su adoctrinamiento político, fundado en elevados principios, encauzado por la prudencia y por el amor a la paz y respetuoso de la honorabilidad y de la sensibilidad del adversario, no pueden ni deben ser olvidados

En *El Criterio* es el gran maestro, castizamente catalán, de la Humanidad, asequible a los indoctos y admirado por los doctos.

PEDRO CODINA Y VILÁ (Académico desde 1852). — Sustituyó a Llorens en la cátedra de Filosofía en el Instituto, al pasar Llorens a la Universidad. Psicologista a la escocesa y experimentalista.

SALVADOR MESTRES. — En 1858 pasó a desempeñar la cátedra vacante por muerte de Pedro Codina y Vilá. Antes había sido profesor de Filosofía en Rímini y en Bolonia. Sus obras de texto muestran su saber y sus dotes didácticas. Convencido del valor y alcance de la introspección, y, aparte de su oposición a Kant y al krausismo, profesa, dentro del espiritualismo, un eclecticismo que se extiende al escolasticismo, a Bacon, Descartes, Malebranche, Gallufi y Rosmini.

5. PEDRO FONT PUIG, *Las doctrinas cosmológicas de Balmes y las teorías físicas contemporáneas*, en el número extraordinario de la revista «Pensamiento» con motivo del centenario de la muerte de Balmes, vol. 3, 1947, páginas 241 y siguientes.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS (1818-1884). — Su personalidad presenta aspectos que no caen dentro de este capítulo. Aquí lo hemos de considerar como maestro de Estética, rama que, según Milá, recibe de la Filosofía su savia, pero puede ser presentada aparte. La escuela escocesa, Kant, Hegel, Cousin y la doctrina estética del tomismo fueron los afluentes de su obra, precisa, concisa y de síntesis magistral. A la influencia de Kant debe que no cayera en el error de considerar el estado estético de conciencia como meramente sentimental; da al juicio estético el puesto debido. Reconociendo que la regularidad, el orden y la armonía son, por sí solos, valores estéticos, afirma que la desplegadura de la belleza requiere vida.

Sus conceptos de las cualidades estéticas secundarias, lo cómico, lo bonito, lo lindo, lo agraciado, lo grandioso, lo majestuoso, lo solemne, lo magnífico, lo noble y lo patético, se concretan en definiciones exactas y primorosas que han merecido pasar a todos los buenos tratados.

PABLO MILÁ Y FONTANALS (1810-1883).—Apóstol de la educación estética de los niños y del pueblo; sus aforismos versificados son de sólida y sana doctrina y gran justeza [6].

JOSÉ LEOPOLDO FEU (1836-1912). — Estudió las notas características de la escuela filosófica catalana, que a su juicio son: la sujeción a la creencia, el sentido común como base, y la observación y la inducción como métodos; señaló la conexión de esas características filosóficas con la tradición literaria y social de Cataluña; y presentó esta orientación catalana como la fuerza que había de salvar a España, varia dentro de su unidad, de los peligros de la filosofía alemana que iba penetrando en otras regiones [7].

JOSÉ DE LETAMENDI (1828-1897). — El aspecto filosófico de esta exuberante personalidad está enlazado principalmente con la doctrina escocesa profesada por Llorens y Barba, de una parte enriquecida con sus aportaciones biológicas, de otra impurificada, por la falta de formación metódica y sistemática de Letamendi en Filosofía, con confusiones con la doctrina criteriológica de Lamennais, y con otras confusiones, imprecisiones y contradicciones en Psicología y en el

6. MIGUEL QUEROL GAVALDÁ, *La Escuela estética catalana contemporánea*, prólogo del Dr. José Camón Aznar, Instituto Diego Velázquez, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1953.

7. JOSÉ LEOPOLDO FEU, *Datos y apuntes para la Historia de la moderna literatura catalana*, 1863, «Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona», tomo II, 1868, páginas 457 a 504.

pórtico de la Teodicea. Mas fueron muchos los aciertos de su clarividencia; sobre todos, su insistencia en la necesidad de estudiar y tratar al hombre como a unidad, la necesidad consiguiente que de la Psicología tiene el médico, ciencia que no se puede reducir a la Fisiología, en la prueba del cual aserto desarrolla argumentos valederos contra el conductismo actual. En el campo puramente empírico de la Psicología, son muy estimables sus observaciones sobre las relaciones interpsíquicas por el olor exhalado, su reducción a leyes del tránsito de un pensamiento a otro, de una mala disposición para el trabajo a una buena, su estudio del juego.

Fué enérgico y agudo impugnador del materialismo, del positivismo y del evolucionismo.

Comprendió mejor que nadie, a juicio del mismo Wagner, la estética del drama lírico de éste [8].

José Torras y Bages (1846-1916). — Alumno de Llorens, pero formado sólidamente en filosofía tomista; su estudio sobre los grandes pensadores de estirpe catalana, objeto del segundo libro de *La Tradició catalana,* no podrá nunca ser olvidado por quienes deseen conocerlos, no aislados, sino en continuidad.

Su doctrina estética está dentro de la línea neoplatonismo - San Agustín - Santo Tomás, acentuando la formación de la inteligencia en el estado de conciencia estético y considerando que la sinceridad, la simplicidad y el equilibrio son los requisitos capitales del Arte; éste es autónomo, pero dentro de la dependencia del magisterio de la Naturaleza y del criterio moral y también de la Revelación en temas relacionados con ella. La belleza natural y artística es un alimento necesario para todos los hombres [9].

Ignacio Casanovas (1872-1936). — Henchido de la mente y de todo el espíritu de Balmes, sus conferencias apologéticas demostrativas de los preámbulos de la Fe [10] son especialmente adaptadas al estado intelectual de la época, doctamente presentado, y enriquecidas con normas para que los católicos con su estimación no sólo del orden sobrenatural sino también del natural y con la perfección en su ciencia, arte u oficio hagan una «apologética viva».

8. Tomás Carreras y Artau, *Estudios sobre Médicos-Filósofos Españoles del siglo XIX,* Consejo Superior de Investigaciones, Instituto «Luis Vives» de Filosofía, Delegación de Barcelona, 1952; están dedicadas a Letamendi casi dos terceras partes de esta obra.

9. Miguel Querol Gavaldá, íd.

10. Ignasi Casanovas, *La Religió Natural,* Conferències apologètiques, Gustavo Gili, Barcelona, 1907.

Estudió con escrupulosidad y cariño la personalidad y la vida de Balmes; y publicó la magnífica edición crítica de sus Obras completas. Autor también de hagiografías y estudios estéticos.

Fué creador y alma del «Foment de Pietat Catalana» con su Biblioteca Balmes, centro de formación magistral, de coordinación de investigaciones y fecundo en doctísimas publicaciones.

JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA (1868-1932). — Sus *Apuntes de Teoría de la Literatura y de las Artes* [11], asignatura que profesó en nuestra Universidad durante muchos años, son buscados y consultados todavía con gran provecho. No simultaneó su ejemplar actividad de profesor con otra que con la afine de estudio de la Estética. No había autor alemán de Estética que él no conociese y no diese a conocer en España. Fué el primer español que tomó parte activa en los Congresos Internacionales de Estética, y colaboró en la «Zeitschrift für Ästhetik und allgemeine Kunstwissenschaft». Catedrático de Estética en la Universidad de Madrid, publicó obras sobre Teoría de las Artes, Teoría general del Arte y Contemplación del Arte y Evolución artística [12]. Su formación en Psicología y en Filosofía distaba de ser igual a su formación en Teoría del Arte; pero era la suficiente para, acompañada de su sincera humildad, reconocerla, gracias a lo cual evitaba entrar en temas para los que no tuviese sobrada preparación.

COSME PARPAL Y MARQUÉS (1878-1922). — Su cultura fué extensísima: Letras clásicas, Literatura española, Filosofía y Derecho (aparte de historiador de Menorca). En sus oposiciones a la cátedra de Psicología Superior de la Universidad de Barcelona presentó un documentado estudio sobre los *Antecedentes de la Escuela Filosófica Catalana del siglo XIX* y un programa dechado de sistema; y mostró sus condiciones didácticas de claridad, precisión y método. Son dignos de estudio sus trabajos psicológicos sobre Santa Teresa de Jesús y sobre la pereza en los niños. Como psicólogo perteneció a la escuela de Mercier, cultivando además la tradición psicológica española y en especial la catalana.

JAIME SERRA HUNTER (1878-1944). — En su cátedra de Historia de la Filosofía y también en la enseñanza de la Metafísica formó dis-

11. JOSÉ JORDÁN DE URRÍES Y AZARA, *Apuntes de Teoría de la Literatura y de las Artes*, 2 volúmenes, Barcelona, 1912.

12. Id., *Resumen de Teoría general del Arte*, 1.ª parte «El Arte», Victoriano Suárez, Madrid, 1930; 2.ª parte «La creación artística y la obra de Arte», id., 1933; *Estudios sobre Teoría de las Artes*, Bosch, Barcelona, 1933; *La contemplación del Arte y la evolución artística*, Bosch, Barcelona, 1943.

cípulos que año tras año, aun Graduados y Profesores Auxiliares, concurrían asiduamente a sus clases. Su formación básica fué la Escolástica; a ésta se superpusieron luego la influencia francesa (Rabier y Maine de Biran), la de Llorens, la de Balmes y por fin la de todos los grandes clásicos de la Filosofía y la de los filósofos contemporáneos, estudiados en sus obras originales y valorados con sentido histórico y condicionado. La Psicología es, según él, la ciencia en que se apoya la Ontología. Su doctrina fué siempre espiritualista; no de un espiritualismo vago, sino el espiritualismo que sostiene la substancialidad, la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, la existencia de Dios Personal y el valor absoluto de la ley moral que en Dios tiene su fundamento.

TOMÁS CARRERAS ARTAU (1879-1954). — Iniciador en la Facultad de Filosofía y Letras, en torno de su cátedra de Ética, de la labor de seminario con alumnos, ex-alumnos y Profesores, aun de otras Facultades, fundó el Seminario de Psicología y de Ética Hispanas y el Archivo de Etnografía y Folklore de Cataluña.

Formó en Ética y en Sociología, a base de lectura, comentario y diálogo sobre los clásicos, a muchísimas promociones escolares, siempre dentro del espiritualismo.

Cincuenta y siete años de autor fecundo en temas doctrinales de Ética y Sociología, en estudios histórico-filosóficos sobre Lull, Sibiuda, la escuela franciscana, etc., sobresaliendo la gran «Historia de la Filosofía española cristiana de los siglos XIII al XV», escrita en colaboración con su doctísimo hermano don Joaquín.

LA HISTORIA LITERARIA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por LUIS FARAUDO DE SAINT-GERMAIN

Si nuestra Academia había sido en sus comienzos, según exacta definición del P. Ignacio Casanovas, un pueril laboratorio de versos conceptuosos a estilo del siglo XVII, hubo, andando los años, de convertirse en la que fué siempre la más auténtica Academia de Cataluña, dedicada por igual al cultivo de su lengua y de su historia, siguiendo las normas del humanismo clásico implantadas en la naciente Universidad de Cervera, en plena prosperidad fructificante luego, no bien pasada media centuria dieciochesca a contar de la fecha de su fundación.

Dentro de un ambiente relativo suavizador de los ánimos alterados, después de los tempestuosos tiempos anteriores, pudo ser creada la sólida y fecunda cultura setecentista que emerge con la Universidad en el año 1717 y se afirma en los sucesivos por la labor complementaria, cuando no por las originales iniciativas de la Academia, muchos de cuyos miembros numerarios o correspondientes habían formado o madurado sus talentos ejercitados en el mismo espíritu de las sabias doctrinas profesadas en las aulas cerverinas. De esta suerte, hermanados los elementos universitarios con los académicos en la diversidad multiforme de sus asiduos trabajos llevados de consuno a provechoso término en aquel siglo que, sin solución de continuidad en su carrera progresiva constituye la prehistoria del siguiente, nos conducirán en derechura a los luminosos días de éste, cuando a la voz inspirada de Aribau se engendra el renacimiento de la literatura catalana, la feliz Renaixença venida, salvando una cortadura silenciosa de siglos, a unir las riquezas de sus nuevos cantos al copioso caudal de tradición literaria acumulado por las ancestrales generaciones medievales de escritores patrios.

El estudio aleccionador de este bello pasado de nuestras letras, parece haber sido siempre objeto especial de las actividades justificativas del título de la Academia barcelonesa que, tanto como a la prác-

tica de los preceptos de la elocución y de los distintos géneros de composiciones poéticas u oratorias, ha venido prestando su atención a los recuerdos de sus antiguos miembros que aplicaron su diligencia investigadora a la crítica y a la especulación de los anales de la historia literaria.

Tal materia fué, en efecto, tema favorito del trabajo de varios de nuestros antiguos colegas de épocas pertenecientes a tres siglos, dentro de los cuales discurrieron sus respectivas vidas académicas merecedoras de honorífica rememoración digna de sus altos méritos; mas, por no permitirlo la extensión asignada al presente artículo, debemos limitarnos a dar unas brevísimas notas bio-bibliográficas de aquellos inolvidables varones aquí nombrados según el orden de antigüedad de las fechas de sus comprobados ingresos en nuestra más de bicentenaria corporación literaria.

* * *

ANTONIO DE BASTERO Y LLEDÓ, noble barcelonés, canónigo de la catedral de Gerona, entre los Arcades de Roma *Iperive Bacchico,* ingresó el 1729. Es el autor de *La Crusca Provenzale,* impresa en Roma el año 1724, famoso tratado de las voces, frases y modismos que la lengua toscana ha tomado de la provenzal, seguido de noticias históricas sobre los antiguos poetas provenzales, padres de la poesía vulgar y particularmente «circa alcuni di qualli, tra gli altri molti, che furono di Nazione Catalana».

La circunstancia de permanecer inéditos los preciosos materiales de estudio reunidos por Bastero nos impide dar cuenta de ellos que, de haber sido publicados, hubiesen producido una verdadera revolución, al decir de Guillermo Schlegel, que cita a nuestro insigne provenzalista como el más entendido filólogo que hubo hasta entonces. Rubió y Ors, en un magnífico estudio crítico-bibliográfico: *Bastero provenzalista catalán,* leído en sesión pública de la Academia el 25 de febrero de 1894, conmemorando el quincuagésimo aniversario de la presentación del sabio regresado a su patria el 24 del mismo mes de 1814, resumió elocuentemente los méritos de su vida y de su obra.

AGUSTÍN DE MONTIANO Y LUYANDO, Consejero de Estado, Académico correspondiente de Madrid en 1752, fundador que había sido en 1738 de la Real Academia de la Historia y miembro de la Española. Seguidor de Luzán, escribió dos discursos sobre las tragedias españolas, impreso y reimpreso el primero en Madrid, año de 1750, citando las que pudo descubrir y examinar cada una de por sí, tocando con este motivo las reglas de aquellas composiciones dramáticas, añadiendo

una suya titulada *Virginia,* escrita con todo el rigor del arte y comentada después mediante un análisis en que va aplicando los preceptos a los lances de ella. El otro discurso, impreso en 1753 también en Madrid, es corroborativo del texto y doctrina del primero, con la cita de otras muchas tragedias descubiertas con posterioridad y con la adición de otra suya, el *Ataulfo,* a los mismos analíticos fines de la *Virginia.*

Éstas y otras disertaciones histórico-críticas sobre el origen y progreso de la tragedia castellana, merecieron del P. Isla un juicio por demás halagüeño, diciendo de su autor «que en este siglo hemos logrado un Sophocles español, que puede competir con el griego».

IGNACIO DE LUZÁN CLARAMUNT DE SUELVES Y GURREA, de noble familia aragonesa, fué educado en Italia. Correspondiente de nuestra Academia en Madrid desde el año 1752, es considerado como el genuino fundador de la escuela francesa en la literatura castellana. Académico de la Real Española y de la Historia, fué un erudito muy versado en las letras clásicas, especialmente en la poética y la retórica aristotélicas y en el arte oratoria ciceroniana, siendo a su vez autor de elegantes versos castellanos. Su orgullo nacional no le impidió hacerse con unos muy extensos conocimientos de literatura francesa, comparándola sin prevención con la de su país, la cual hallaba falta en absoluto de sana crítica en sus teorías literarias rutinariamente enseñadas entonces bajo reglas provenientes de la exclusiva escuela de Góngora que pecaban de erróneo sentido del arte y de mal gusto. A tal propósito escribió Luzán su célebre obra doctrinal que, inspirada en Boileau y en los preceptistas italianos, iba a dar una forma enteramente nueva a la literatura de su país, y así, bajo el título: *La Poética, o Reglas de la Poesía en general y en sus principales especies,* fué editada en Zaragoza el año 1737 en un in-folio de 503 páginas.

La influencia preceptiva de la *Poética* redujo al silencio los míseros rimadores aferrados todavía a las extravagancias del culteranismo, al mismo tiempo que sobresalían los nombres de quienes como Montiano, Cadalso y Moratín escribían conforme a las normas de Luzán.

Forner en las *Exequias de la Lengua Castellana,* coloca entre los concurrentes a la pompa del entierro, cerrando el gremio de los didácticos, a Luzán como uno de los escritores del arte «todos ellos mejores en sus poéticas que en sus poemas».

LUIS JOSÉ VELÁZQUEZ DE VELASCO, marqués de Valdeflores, caballero de Santiago, correspondiente en Madrid, año de 1752. Pertenecía también a la Real Academia de la Historia y a la *Académie des inscriptions et belles-lettres* de París. Es otro de los seguidores

de Luzán en la empresa galicista que dividió a los escritores de España en los dos sempiternos bandos antagonistas del siglo XVIII de afrancesados y casticistas dentro de una sociedad de petimetres y de abates.

Escribió y dió a la estampa en Málaga, por los años 1753-54, su docta obra *Orígenes de la poesía castellana*. El elogio que de ella hizo Montiano y Luyando, cuando de orden del Consejo Supremo se la sometió a su censura, señala entre otros muchos «el seguro mérito que logra en haber abierto la senda a los que quisieren ilustrar esta parte de la historia literaria poco conocida, o enteramente abandonada hasta aquí». Además de otras obras de historia y numismática, publicó el muy importante *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas medallas y monumentos de España*.

FRANCISCO PÉREZ BAYER. En el año de 1754 hizo su entrada en nuestra Academia este «sabio valenciano, cuyo mérito siempre aparecerá mayor que toda alabanza y cuya memoria no teme la sucesión de los siglos», dice Justo Pastor Fuster en su *Biblioteca Valenciana*, y añade que no siéndole dado el ser su émulo, ni aun su imitador, se lisonjea de ser panegirista de un hombre a quien estaba reservado «llevar a todos los países cultos el nombre de Valencia en el siglo diez y ocho».

Pero de toda la abundantísima producción literaria que en el bosquejo de la opulenta librería de Pérez Bayer por él donada a la Universidad valentina, expone el entusiasta valencianista Fuster en el *Elogio histórico y bibliográfico* del que fué nuestro insigne colega, ningún título es para la historia literaria más merecedor de interés que el anotado con el n.º 15, referente a la *Bibliotheca Vetus* en su fastuosa reimpresión de Madrid por la Viuda y herederos de Ibarra en 1788. En dicho año falleció precisamente Carlos III, el ilustrado monarca que había nombrado a Pérez Bayer preceptor de los infantes y bibliotecario mayor de Palacio, desde cuyo elevado puesto se propuso aprovechar el privilegio concedido a la Real Biblioteca y realizar el proyecto de su antecesor en el cargo, don Juan de Santander, para reimprimir la magna obra de Nicolás Antonio, al preclaro nombre del cual tuvo así la honorable ocasión de unir el suyo nuestro erudito antiguo colega como prologuista y continuador hasta la fecha de la nueva edición de la clásica compilación bio-bibliográfica del ilustre canónigo hispalense.

Insistiendo Fuster en los ditirámbicos encomios de su paisano, llega a decir, tocante a la publicación de la *Bibliotheca Vetus*, «que la

exornó en la parte más abstrusa de nuestra literatura, esclareciendo muchos puntos arduos, esparció en ella una luz inextinguible».

José de Vega y de Sentmenat, nacido en Cervera de noble linaje, ingresa el año 1772, a los veinte de edad, y mantiene todo el resto de su vida, en correspondencia epistolar o en trato personal, relación amistosa con los literatos de su tiempo, tanto de Cataluña como de fuera, sin excepción de los países extranjeros. Sus cartas dirigidas al ilustrísimo Félix Amat, arzobispo de Palmira, junto con las que escribió a los sabios Caresmar y Finestres, a Dou y a Gallissá, a Dorca, Arévalo, Gustá, etc., forman una rica colección de escritos eruditos.

Es autor o traductor de varios libritos y opúsculos, impresos unos e inéditos otros, firmados todos por seudónimos diversos. Ante sus colegas en las reglamentarias sesiones corporativas, leyó numerosas comunicaciones de tema arqueológico que constan en las correspondientes actas y se conservan los originales de algunas en el archivo académico.

A especial requerimiento de la Corporación llevó a cabo un importante trabajo, cual fué su *Narración histórica de los más famosos poetas provenzales,* el primero escrito sobre tal materia en España, anticipándose en más de medio siglo al de Milá, de Vignau y de Balaguer. Se conserva la *Narración* de Vega en nuestro Archivo (legajo 4, n.° 41).

Antonio de Capmany y de Montpalau, noble patricio, fecundo polígrafo, secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, que ingresó en la nuestra en 1781. Además de tu *Teatro histórico-crítico de la elocuencia castellana,* copiosa — bien que juzgada incompleta por Alcalá Galiano y por Milá — colección y comentario de fragmentos escogidos de las obras de los escritores españoles, cuya biografía acompaña, que florecieron en el transcurso de cuatro siglos, desde el XIII hasta el fin del XVII, esto es, los comprensivos de tres edades del romance castellano por orden de reinados.

Otra pieza de la varia y rica bibliografía de Capmany igualmente importante por sus numerosas referencias histórico-literarias entremezcladas con las preceptivas, es la ejemplar *Filosofía de la eloqüencia* que alcanzó repetidas ediciones después de la primera de Madrid por Sancha, año de 1776.

Un aspecto pero distinto dentro de la vasta producción literaria de nuestro polígrafo se ofrece en dos magistrales obras suyas. Una de ellas la constituyen las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona,* en cuatro voluminosos tomos en 4.° de bellísima tipografía de Sancha (Madrid, 1783) adorna-

da con primorosas viñetas dibujadas por Camarón, Montaña y Paret, grabadas por Molas y Ametller, alarde de suntuosidad editorial digna de la magnificencia erudita del texto, enriquecido de una soberbia colección diplomática documentando la historia naval y mercantil, no sólo de Barcelona, sino de toda Europa, durante los cinco postreros siglos medievales, tema hasta entonces inédito, por el cual nos presenta Capmany «la vida entera de un pueblo ; el desarrollo de su riqueza y su cultura, de su industria y su comercio ; el espíritu que le alienta y vigoriza y le hace laborioso y emprendedor», de la misma manera que en los viejos pergaminos por él transcritos y publicados reconocemos en su impresionante conjunto y en mil detalles circunstanciales «la fisonomía de la ciudad en la edad media que se propone reanimar, devolviéndole la vida, los talleres y las fábricas, las flotas y las negociaciones que realzaron su nombre y su fortuna».

La otra de aquellas dos obras, aparecida en 1791, impresa y decorada por los propios tipógrafos y artistas más arriba nombrados, es el *Código de las costumbres marítimas de Barcelona,* o sea el texto original del *Libre de Consolat de mar,* presentado y acompañado de correcta traducción castellana y de comentario con importante aparato de glosarios y de sabias notas y oportunas correcciones, todo ello seguido de un segundo tomo de apéndices y curiosos documentos.

Es de encarecer aquí la poderosa influencia despertadora del entonces decaído espíritu de Cataluña que ejercieron ambas obras evocadoras de los grandes recuerdos de la época de triunfos y de prosperidades marineras y comerciales bajo la égida del Consulado del mar en la Edad Media. La estimulante acción optimista de las *Memorias* se sumó a la que representaba la fuerza renovadora del progreso cultural traído por las enseñanzas universitarias de Cervera en aquellos días finales de siglo, precursores de los del siguiente, testigos del renacimiento literario que tendrá en la *Oda* de Aribau su primigenia y vibrante manifestación al cumplirse en 1833 el primer tercio de la centuria décimonona. A la llamada del amoroso acento de la lengua rediviva respondían a los tres años justos los ecos de la publicación simultánea de dos nuevos libros corroboradores eficaces de la acción desveladora de los de Capmany, cuales fueron un diccionario de los escritores catalanes y una vindicación histórica de los condes soberanos de Barcelona, inestimables trabajos fruto de las activas vigilias de dos miembros de nuestra Academia de quienes vamos a ocuparnos en seguida.

CIRO VALLS Y GELI, ingresado en 1793. Era doctor en Sagrada Teología, beneficiado de la Catedral de Gerona y catedrático en pro-

piedad de Letras humanas en aquel Seminario Tridentino. Fué después canónigo de la Seo de Urgel.

En la sesión celebrada en nuestra Academia el 22 de julio de 1817, leyó «una parte del prólogo o discurso preliminar a la obra colectiva de poesías catalanas que quiere dar a luz la Real Academia», dice Elias de Molins. Esta circunstancia ignorada de cuantos han tratado del renacimiento de la literatura catalana, tiene singular interés por indicar que nuestra Corporación deseó algún día publicar un trabajo de aquella índole, que por lo demás no consta en parte alguna haya sido intentado nunca.

Se debe al canónigo Valls y Geli la edición de su *Método práctico y fácil para promover el estudio de latinidad y bellas letras,* en tres tomos impresos en Barcelona por Suriá y Burgada en 1790.

En nuestro archivo corporativo se guardan de aquel escritor otras tres obras manuscritas.

ALBERTO PUJOL Y GURENA, O. S. A., nacido en Barcelona el año 1783, había ingresado en el de 1816 con la promoción de los nuevos electos, en número de veinte, al normalizarse aquel año la vida académica después del fin de la dominación napoleónica y consiguiente retorno del exiliado Fernando VII. Durante la guerra de la Independencia le fueron confiados al P. Pujol importantes comisiones, y, llegado el trienio constitucional, siendo prior del convento de agustinos de Barcelona, solicitó y obtuvo la secularización. Nombrado catedrático interino de instituciones canónicas en la Universidad barcelonesa, permaneció en este cometido hasta el final del trienio, encargándose posteriormente de la cátedra de oratoria forense hasta que, llevado a cabo en 1837 el traslado de la Universidad de Cervera a Barcelona, continuó en la misma profesando varias asignaturas.

Había ofrecido en 1835 abrir unas cátedras de lengua, de literatura y de historia bajo los auspicios de nuestra Academia, en las cuales quedaron a su cargo las enseñanzas de literatura, así como las de lengua española al de don Mariano González, y las de historia al de don José Martí, todas las cuales cesaron en el más arriba referido año 1837 de apertura de la Universidad restaurada. Dejó publicados los discursos que, con motivo de la solemne instalación de aquellas cátedras, fueron leídos en junta general el 7 de diciembre del año anterior por Pujol, precedidos de una alocución del gobernador civil don José Melchor Prat, que a la sazón era también presidente de nuestra Academia, cuyo secretario Ramón Muns certifica que en aquel acto el socio don Alberto Pujol, profesor de las clases de oratoria y literatura española

leyó el antedicho discurso y que, el día siguiente, se acordó su impresión, la cual se hizo por la casa de los Herederos de Roca, año 1836.

FÉLIX TORRES AMAT, académico ingresado como el precedente en la hornada del año 1816. Consagrado obispo de Astorga en el de 1834, publica en Barcelona, dos años después, al cumplir los sesenta y cuatro de su edad, su Diccionario biográfico crítico de escritores catalanes, obra clásica hoy, que con la colaboración de su hermano Ignacio, deán de la catedral de Gerona, ingresado a su vez en 1803, había comenzado a redactar el año 1815. En una memoria por él leída en esta Academia, da cuenta de las dificultades que se hubieron de vencer para dar cima a tan justamente celebrada obra que, con excesiva modestia, llamó «Memorias para la historia literaria de Cataluña» al dedicarla su ilustrísimo autor a la Real Academia de la Historia de Madrid a 18 de marzo de 1835, en agradecimiento del constante aliento que de dicha Corporación — a la que pertenecía como miembro correspondiente — había recibido para animarle en la prosecución de su trabajo.

Este constituye la primera y muy valiosa colección de noticias bio-bibliográficas de autores literarios catalanes en número de más de dos mil, carentes, pero, de juicio crítico de sus escritos al cual hubo de renunciar, según explica nuestro prelado, ante la imposibilidad de leerlos todos, cual le ocurrió a Nicolás Antonio que advirtió ser tal imposibilidad inevitable a un particular en el empeño de leer para su censura todas las producciones de los escritores cuando son éstos en número muy grande y de tan diferentes materias.

Las *Memorias para ayudar a formar un diccionario crítico de los escritores catalanes y dar alguna idea de la antigua y moderna literatura de Cataluña* que tan prolijamente tituladas vieron la luz, fueron en su tiempo, según hemos anticipado en la nota dedicada a Capmany, una estimulante revelación probatoria del elevado espíritu racial de los hijos del Principado que contribuyó a devolverles la perdida fe en ellos mismos y en los prestigios de su propia historia que les serán igualmente revelados en la coetánea obra de Bofarull, vindicadora de sus condes soberanos que veremos en la subsiguiente nota.

PRÓSPERO DE BOFARULL Y MASCARÓ ingresó en nuestra Academia el año 1820 en que tuvieron entrada diez miembros electos, primera de las tres hornadas del trienio constitucional, seguida de otra compuesta de veinte en 1821 y de una tercera de dieciséis en 1822, con lo cual, recibidos en conjunto cuarenta y seis nuevos miembros en

solos tres años, resultó renovada de raíz la Corporación, puesta en enero de 1823 bajo la presidencia de Bofarull al sobrevenir la reacción absolutista. Fué nuestro académico uno de los más calificados leaders del movimiento de revalorización espiritual de Cataluña, principalmente por efecto de su obra capital — repetidamente aludida en nuestras notas anteriores — publicada en el mismo año de 1836 en que lo eran en feliz coincidencia las *Memorias* de Torres Amat. Su título largamente explicativo del contenido del texto es bien conocido del mundo sabio: *Los condes de Barcelona vindicados y genealogía de los reyes de España considerados como soberanos independientes de su Marca.*

Lleva al frente del primero de sus dos tomos un inverosímil retrato representando a Wifredo el Velloso, dibujado por Planella y finamente grabado en acero por Amills, que supera en ridiculez a cuantas figuraciones anacrónicas de efigies de reyes y grandes personajes históricos se exhiben en salones palacianos y galerías de pintura. Lástima grande que tan grotesca imagen, copiada de uno de los cuadros conservados en el palacio de la antigua Generalidad, venga hace más de cien años afeando la edición de elegante tipografía de la obra básica del estudio de la historia catalana. En las pruebas y numerosos documentos de autenticidad irrefragable de sus *Condes de Barcelona vindicados,* se equipara Bofarull a los historiadores más veraces de su época y de las ulteriores en que actuaron con éxito por idénticos méritos cuatro generaciones de sus descendientes y sucesores en la dirección del Archivo General de la Corona de Aragón y en la continuidad editorial de la *Colección de documentos inéditos* del mismo, de carácter ya histórico, ya literario, que inició nuestro ejemplarísimo historiador y maestro de archiveros, entusiasta y tenaz forjador del renacimiento catalán.

BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU, desde 1820 participó en las tareas académicas, como numerario y como correspondiente en Madrid, donde escribió y dedicó, el 6 de enero de 1833, día onomástico de su amigo y patrón don Gaspar de Remisa, su famosa poesía encabezada con el título *La Pàtria-Trobes*, publicada aquel mismo año en las páginas de «El Vapor» de Barcelona, cambiando aquel título por el de *Oda a la Pàtria*. Esta composición, exaltada y sentimental manifestación de la catalanidad de Aribau, le adjudica con justicia la consideración histórica de iniciador inmediato del renacimiento literario de su país. Había sido también en 1823 decidido adalid del movimiento romántico y uno de los fundadores de la revista «El Europeo», colaborando a la vez en otras revistas románticas en las cuales publicaba

la mayor parte de sus artículos, reunidos después en un volumen titulado *Ensayos literarios*.

Más importante en el vasto campo de la historia literaria, es su actuación como fundador juntamente con el editor, catalán también, Manuel Ribadeneyra, de la justamente afamada «Biblioteca de Autores Españoles», en cuyos cuatro primeros tomos figuran estudios críticos prologales elegantísimos según los califica Menéndez y Pelayo en su *Semblanza literaria de Milá y Fontanals*.

Había proyectado asimismo Aribau incluir en aquella «Biblioteca» a los autores clásicos catalanes.

José Salat, doctor a los veintidós años en humanidades, filosofía y leyes por la Universidad de Cervera, ingresa con la hornada de académicos electos en 1822 y fallece pocos años después. Distinguido numísmata, había publicado en el de 1818 su erudito y utilísimo *Tratado de las monedas labradas en el principado de Cataluña con instrumentos justificativos*, pero nos interesa recordarle como autor del *Catálogo de las obras que se han escrito en lengua catalana desde el reinado de D. Jayme el Conquistador, arreglado por el Dr. D. Josef Salat, Abogado*.

Fué este curioso opúsculo impreso en veintiséis páginas de letra menuda y avaramente ceñida, añadidas como texto aparte a continuación de las doscientas setenta y cuatro de la edición del año 1827 de la *Gramática y apologia de la llengua cathalana* de Pau Ballot, cual si hubiese querido su editor, Joan Francisco Piferrer, dar una mayor importancia y significación a aquel libro que encierra la primera codificación, jamás hecha, de la lengua catalana y atraer, según observa con razón Tubino, la atención de los estudiosos sobre la bibliografía y la literatura catalanas, objetivo este último al cual, y muy señaladamente en la parte final de su libro, apuntaba en realidad el pensamiento de Ballot. Su nombre, pues, y su obra aparecen allí asociados al de Salat y a su paciente y documentada serie de notas bibliográficas de escritores catalanes, valencianos y mallorquines, ordenadas por siglos, del XII al XVII (con exclusión absoluta del XVIII), trabajo precursor en cierto modo del que publicará Torres Amat nueve años más tarde en mayor escala y disponiendo de medios más poderosos y seguros que los del modesto y loable ensayo de Salat.

Juan Cortada y Sala, nacido en Barcelona en 1806, cursó leyes en las universidades de Cervera y Zaragoza e ingresó en nuestra Academia llegado el año 1835. Catedrático después de segunda enseñanza, fué director del Instituto de su ciudad natal desde 1848 hasta

su muerte acaecida en 1868. Es autor de numerosos e importantes trabajos de literatura e historia que figuran en el *Suplemento a las Memorias* de Juan Corminas, detallados por el orden cronológico de su publicación, siendo de especial mención un breve *Compendio de retórica.* Bajo los seudónimos de *Aben-Abulema* en el «Diario de Barcelona» y de *Benjamín* en «El Telégrafo», publicó centenares de artículos satíricos, de crítica y de costumbres que no desdicen, al parecer de sus contemporáneos, de los de Larra y de Lafuente.

Además de tan varia y numerosa producción literaria en castellano, Cortada, impresionado a la aparición de la *Oda* de Aribau y quejoso del completo abandono en que se hallaba el cultivo de la literatura en su lengua materna, hacía imprimir en 1834 una versión catalana en octavas reales, como el original, de *La Fuggitiva,* novela compuesta en dialecto milanés por Tomás Grossi y publicada el año 1822 en la capital de la Lombardía, a cuyo dialecto se asemejan algo, especialmente en la prosodia, algunos de los catalanes. Esta semejanza indujo a Cortada a traducir la conmovedora tragedia, argumento de *La noya fugitiva,* que tal es el título de su versión o adaptación, la cual gozó de una gran difusión dentro del ambiente romántico de entonces y tuvo una multitud de lectores y sobre todo de lectoras que vertieron lágrimas en abundancia ante la relación de los crueles infortunios de la desventurada fugitiva. El texto íntegro de la novela traducida fué incluído por Antonio de Bofarull en su antología poética *Los Trobadors nous* (Barcelona, 1858).

Cortada, que había reimpreso algunos de sus artículos de «El Telégrafo» reunidos en un tomo con título de *Cataluña y los catalanes* (San Gervasio, 1860), había contribuído siempre a la expansión de los ideales del renacimiento literario y su nombre figura entre los adjuntos de los Jocs Florals instaurados el año 1859.

JOAQUÍN M.ª BOVER DE ROSSELLÓ, distinguido polígrafo balear, fué elegido académico correspondiente en Palma de Mallorca el 7 de febrero de 1838. Perteneció a la Real Academia de la Historia y fué encargado por la misma de la inspección de las antigüedades de la isla. Era miembro, además, de numerosas corporaciones literarias nacionales y extranjeras.

Publicó, estimulado por el éxito de las *Memorias* de Torres Amat, una voluminosa y bien dotada de exacta documentación bibliográfica, que luce en sus más de quinientas páginas, *Memoria biográfica de los mallorquines que se han distinguido en la antigua y moderna literatura,* impresa en 1842 en Palma y reimpresa en aquella ciudad el año 1868 en un volumen de dos tomos de mayor formato y com-

puesto de más de mil setecientas páginas. Esta edición aparecida con el nuevo título de *Biblioteca de escritores baleares* por haberle sido adicionadas numerosas biografías de los naturales de todo el archipiélago, fué dedicada al marqués de Pidal quince días antes de la muerte del autor, ocurrida el primer día de abril de 1865.

JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS, académico honorario en 1842, sabio catedrático universitario más adelante, su grandiosa obra de genial poeta señala la verdadera fase de expansión y arraigo de la renaciente literatura catalana que, a partir del destello aislado de Aribau, se convierte, bajo la poderosa atracción del esclarecido estro del *Gaiter del Llobregat*— el simbólico seudónimo de Rubió — en un programa integral de reconstrucción literaria que agrupará a una selecta legión de inspirados seguidores y asegurará la continuidad del movimiento progresivo de emancipación espiritual e idiomática que, en sucesivas etapas, ha de crear un luminoso ambiente favorable al advenimiento de altos ingenios como será el de Verdaguer.

Apóstol reivindicador de los tradicionales e imprescriptibles derechos de la lengua vernacular a ser elevada a la excelsa categoría de instrumento único de expresión del pensamiento artístico y literario de Cataluña, fué Rubió y Ors el genuino implantador de la fiesta de los Jocs Florals y convenció a Milá, que se había mostrado escéptico respecto al éxito de ellos, a aceptar la presidencia de su consistorio al ser felizmente inaugurados en Barcelona el primer domingo de mayo de 1859.

Fué además nuestro poeta y patriarca, por general consenso, de las Letras catalanas, veraz y elocuente historiador de las mismas en su *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas,* publicada en el tomo III de las *Memorias* de nuestra Academia.

PABLO PIFERRER Y FÁBREGAS, barcelonés, Académico numerario en el año 1844, cuatro antes de su fallecimiento no bien cumplidos los treinta el día 26 de julio de 1848. Poeta romántico y profesor de retórica en su ciudad natal, dejó una obra antológica, *Prosistas españoles,* declarada de texto por Real Orden de 14 de septiembre siguiente.

Había dado prueba de la precocidad de su claro talento artístico cuando ya en 1837, a los diecinueve años, colaboraba en la parte de folletín de «El Vapor» y se dedicaba después a la crítica musical, cobrando su mayor nombradía en los estudios históricos de la arqueología y de bellas artes que dieron su exquisito fruto dos años más tarde al comenzar, por indicación de Milá, a quien había sido ofrecida,

la dirección de la espléndida publicación de los *Recuerdos y bellezas de España*, ilustrada con bellas láminas dibujadas y litografiadas por Parcerisa, de la cual quedaron terminados el primer tomo referente a Cataluña, otro a Mallorca y ocho entregas del segundo de Cataluña, truncado por la muerte de nuestro malogrado escritor, y continuado y acabado por Pi y Margall. Dirigida después la obra por José M.ª Quadrado, correspondiente que fué más tarde (1852) de nuestra Academia en Mallorca, produjo otros varios magníficos tomos relativos a diversas regiones españolas, formando una colección artística y literaria, honor de las artes gráficas catalanas de la época.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS, el supremo jerarca literario de Cataluña, ingresó el año 1845 cuando cumplía los veintisiete de su vida modélica de trabajo y de virtudes. Era ya en aquellos días de lozana juventud el varón sedentario de reposado espíritu crítico, investigador científico, figura capital de la renaixença reforzada y complementada por la del dinámico y enérgico emprendedor que fué Rubió y Ors, fieles amigos, nacidos ambos en 1818, colegas de estudiantes en Cervera y de profesores universitarios, cuando en 1847, con admiración del tribunal de oposiciones, ganaban juntos en Madrid, Milá la cátedra de literatura general y española y Rubió la de Valladolid, que profesó durante más de dos lustros para, en 1858, volver a Barcelona a ocupar la de historia universal e instaurar al año siguiente los Jocs Florals.

La densa obra de Milá, siempre joven en muchos aspectos, justifica los nombres de Mentor intelectual de Cataluña y de Maestro de las Letras hispánicas que le han sido adjudicados por cuantos tuvieron la fortuna de beneficiarse directamente de sus enseñanzas orales, cual sus egregios discípulos Menéndez y Pelayo y Rubió y Lluch entre otros muchos; pero quedará perennemente para las generaciones venideras el goce del rico caudal de su bibliografía de altos estudios de crítica literaria, de memorias y monografías, de opúsculos didácticos, prólogos, discursos, etc., catalogada en copioso inventario por el mismo Menéndez y Pelayo y ordenada cronológicamente por J. Roig. Este valioso tesoro librario va presidido por títulos de perpetua vigencia en el mundo del saber y de la erudición: *Romancerillo catalán, De la poesía heroico-popular castellana, Ressenya històrica y crítica dels antichs poetes catalans, De los trobadores en España, Principios de Estética, Poetes lyriques catalans*, etc., que juntamente con sus gentiles composiciones poéticas de tema histórico, han instruído y deleitado a generaciones enteras de atentos lectores de nuestro gran Maestro.

ANTONIO DE BOFARULL Y BROCÁ, bachiller en Derecho civil y oficial del Archivo General de la Corona de Aragón, ingresado en 1852. Se distinguió desde la juventud por sus polifacéticas tareas histórico-literarias de género novelístico y teatral — poema *Borrell II*, novela *La orfaneta de Monargues*, drama *Lo darrer català* — cuyo catálogo se halla en el artículo correspondiente del *Suplemento a las Memorias* por Juan Corminas (1849).

Su mayor obra, fruto definitivo y resumen de sus continuados y profundos estudios históricos sobre el pasado de Cataluña, apareció en 1876 en su *Historia crítica civil y eclesiástica de Cataluña*, mas había anteriormente publicado su importante antología de poetas catalanes, sus colegas contemporáneos, *Los Trobadors nous*, editada por Manero el año 1858 en un tomo en 12.° de 510 páginas. El volumen comprende treinta y cuatro nombres y cuatro anónimos escogidos entre la multitud de los que escribían en catalán. La colección está distribuida en varias secciones, según los principales temas de la musa catalana.

Se debe también a Bofarull la publicación en 1850 del texto original de la *Crónica* de Pedro el Ceremonioso, acompañada a doble columna por su versión castellana y precedida de una extensa introducción histórico-filológica. Vertió, asimismo, al castellano, con la colaboración de Mariano Flotats, su colega académico ingresado el propio año de 1852, la crónica o *Libre dels feyts* de Jaime el Conquistador, habiendo en todo momento, con su vasta producción literaria, contribuído, como ninguno de los patriotas sus contemporáneos, a la exaltación de los valores raciales del Principado.

Finalmente dió a luz (Barcelona, 1864), reunidos en un volumen, los *Estudios, sistema gramatical y crestomatía de la lengua catalana*, seguidos de *La lengua catalana considerada históricamente*, memoria o discurso leído en la sesión pública inaugural del curso de nuestra Academia el día 8 de noviembre de 1857, cuya primera edición, agotada de largo tiempo, era muy solicitada por numerosas corporaciones literarias nacionales y extranjeras.

JUAN CORMINAS, natural de Manlleu, fué presbítero y canónigo de Burgos, donde era colega nuestro correspondiente desde el 1852. Anteriormente había sido catedrático de retórica en el Colegio y Real Estudio de Tarragona, del cual era antiguo alumno, así como después estudiante de la Universidad de Cervera. Torres Amat, en sus *Memorias* parafrasea los elogios que mereció Corminas de sus maestros y superiores de Tarragona como «ejemplo de virtud y de amor a la sabiduría que la fama celebrará algún día».

Fallecido aquel sabio prelado en los días finales de 1847, emprendió Corminas por su cuenta la redacción del *Suplemento* al *Diccionario crítico,* proyecto hacía años acariciado por Torres Amat y que no pudo éste, impedido por el quebranto de sus fuerzas, llevarlo a cabo tal como tuvo ocasión el canónigo de Burgos de hacerlo, imprimiéndolo allí el año 1849 e incluyendo en sus páginas varios nombres de escritores omitidos en las de aquel *Diccionario,* añadiendo además los de aquellos cuyas obras habían aparecido durante los doce años transcurridos entre una y otra de ambas compilaciones bio-bibliográficas de autores catalanes.

No hay que mentar el respeto y afectuosa diligencia con que se entregó a su labor complementaria aquel a quien «la afición al país» — según dice en su prólogo — había en vida de Torres Amat «aunque en parte muy insignificante» — añade con notoria modestia — impulsado a contribuir a la colaboración al *Diccionario.* Así fué, en consecuencia, preferente designio suyo el dedicar a la obra y a la biografía de su ilustre predecesor el artículo de mayor extensión y detalle sobre cuantos integran el *Suplemento.*

MAGÍN PERS Y RAMONA, ingresado el año 1852. Nacido en Vilanova y Geltrú en el de 1803, fué muy joven a la isla de Cuba a trabajar en el arte de sastrería. Laborioso autodidacto a la manera de Franklin, se dió a la lectura de toda clase de libros útiles con tal ahinco que adquirió extensos y sólidos conocimientos filosóficos y literarios. Asegurada en breve tiempo su fortuna y regresado a su tierra, se dedicó a escribir imitando a Larra, de quien era admirador sincero, y publicando bajo el seudónimo de *Nuevo Fígaro,* influído por el espíritu y el estilo de aquel gran satírico, una *Colección de artículos selectos y delicados para abrir los ojos al que los tenga cerrados* (Barcelona, 1838)

Con mejor acierto escribió su *Emancipación poética* (1845) y editó una copiosa antología de poetas castellanos, precedida de un tratado de versificación con preceptos similares de los del *Sistema musical* de Sinibaldo de Mas, a la vez que colaboraba con el frenólogo Mariano Cubí en el *Manual práctico del magnetismo animal,* traducción de Teste, y, por cuenta propia, escribía y daba a la estampa en 1849 el *Manual de frenología al alcance de todos,* extracto de los tres tomos de que consta la «Revista frenológica» adornada con retratos que se publicaba bajo su dirección.

Había dos años antes publicado también una *Gramàtica catalana castellana ab exemples de bons autors,* la primera impresa desde la del doctor Ballot, trabajo interesante, a base del hablar corriente de Barcelona que usa la forma *es* del pronombre *se,* anticipándose a las

actuales normas del Institut d'Estudis Catalans. En 1850, continuando en su labor filológica catalana, publicó en cien páginas un *Bosquejo histórico de la lengua y literatura catalana desde su origen hasta nuestros días*, trabajo ampliado siete años después con un tomo de casi el triple número de páginas bajo el mismo título, obra de positivo mérito y utilidad para el tiempo en que fué compuesta.

José Luis Pons y Gallarza, ingresado en el año 1852. Había nacido en San Andrés de Palomar el 24 de agosto de 1823 y estudiado filosofía y jurisprudencia en la Universidad de Barcelona. Nombrado por oposición catedrático de Retórica y Poética, ejerció antes, siendo aún estudiante, la enseñanza de historia y geografía que después desempeñó como catedrático en propiedad del Instituto de Palma de Mallorca, donde residió el resto de su vida.

Leyó en nuestra Academia una memoria de examen crítico de las poesías de Tomás Aguiló. Su obra capital de historiador de la literatura es la que en 1857 se imprimió por Gorchs en Barcelona *Introducción al estudio de los autores clásicos latinos y castellanos*, docto y extenso tratado manual destinado a los alumnos de dicha asignatura en los institutos de segunda enseñanza, en las advertencias preliminares del cual manifiesta que «para no caer en la aridez de un mero índice, antes de la enumeración de los autores y sus obras por orden de géneros, haremos en la primera parte una rápida reseña histórica de ambas literaturas, en donde aparezca cada escritor en el lugar que le corresponde y quede señalado el carácter dominante en cada uno de sus diversos períodos». Este bello manual resulta también útil por demás a toda persona dedicada a estudios literarios y de cultura general.

Al inaugurarse en 1859 los Jocs Florals, fué nombrado Pons y Gallarza mantenedor, y obtuvo en los de 1867 dos accésits por las composiciones tituladas respectivamente *Les dues corones* y *L'olivera mallorquina*. Poeta de formación greco-latina peninsular, adopta la tradición horaciana que muestran sus versos de mesurada expresión cismo de equilibrada sentimentalidad en sus composiciones de am- sencilla y precisa de *La llar* y *La muntanya catalana* y el romanti- biente insular, tales como *Els tarongers de Sòller*, alumbradas de claridad mediterránea característica de la musa balear, le sitúa dentro de la brillante pléyade de los poetas y prosistas mallorquines.

Mariano Aguiló y Fuster. En 1852 efectuó su entrada como miembro numerario de nuestra Academia este patricio mallorquín, el Mesías de la literatura popular de la isla dorada, según su primo

Tomás, el distinguido poeta romántico fundador con Quadrado y con Montis de la revista «La Palma», precursora, desde 1840, del resurgimiento literario de Mallorca.

Fué Mariano Aguiló una de las grandes figuras del movimiento similar de Cataluña adonde vino joven a estudiar Derecho en Barcelona y a conseguir, además de la licenciatura en aquella Facultad, el título de Mestre en Gai Saber en los Jocs Florals, de los que fué Mantenedor y presidente. Poeta egregio de aguda sensibilidad, tres títulos caracterizan y engloban su gentil producción lírica: *Focs follets, Llibre de l'amor* y *Llibre de la mort.*

Revalorizador de la lengua popular en uso dentro de la literatura antigua y moderna, dejó al morir, el año 1897, una rica colección de materiales lexicográficos paciente y sabiamente reunidos durante su larga y provechosa carrera de bibliotecario universitario en Valencia y en Barcelona, con los cuales, revisados posteriormente y ordenados por Pompeu Fabra y por nuestro actual colega Manuel de Montoliu, se ha formado el *Diccionari Aguiló,* que, entre los años 1914 y 1934, se vino publicando dentro de la «Biblioteca filològica» del Institut d'Estudis Catalans.

Historiador de la literatura, es de considerar su grande obra desarrollada en dos series. La primera, de magistrales transcripciones de textos medievales catalanes estampados en primorosa tipografía gótica de bibliófilo, es la constituída por el *Libre de l'orde de Cavayleria* de Ramón Llull (1879), por la versión de Bernat Metge de la *Història de Valter e Griselda* del Petrarca (1883), y por el *Paris e Viana,* presentado en 1904 por Angel Aguiló, que, fiel continuador y sucesor bibliotecario de su padre en la Universitaria de Barcelona, había publicado también en junio de 1900, reunidas en un soberbio volumen igualmente en tipos góticos, las cuarenta y nueve *cobles* sueltas del *Cançoner de les obretes en nostra lengua materna més divulgades durant los segles XIV, XV e XVI,* que desde 1873 se habían venido publicando sucesivamente.

Con el mismo celo filial completó Angel Aguiló la segunda serie histórica de literatura, dotando de eruditos prólogos a varios de los doce preciosos tomos comprensivos de siete obras de la magna «Biblioteca catalana» encabezada por el *Fèlix de les meravelles del món* de Llull, prefaciado por Geroni Rosselló y comenzadas a estampar en 1873 por Josep Gelabert de Palma de Mallorca, a la vez que Celestino Verdaguer de Barcelona lo hacía del *Gènesi de Scriptura,* prologado por Miquel Victorià Amer.

Obra póstuma, de mayor importancia, si cabe, entre todas las publicadas del maestro Aguiló, es su *Catálogo de Obras de Lengua*

Catalana impresas desde 1474 hasta 1860, aparecido en Madrid, en 1927, premiado por la Biblioteca Nacional e impreso a expensas del Estado. Es este *Catálogo* el primer intento, y el único realizado hasta hoy, de publicación de bibliografía tipográfica general del dominio lingüístico catalán, al cual se asemeja el llevado a cabo, limitado, pero, al país valenciano, por José Ribelles Comín en su *Bibliografía de la Lengua Valenciana,* premiada en el concurso del año 1905 por la Biblioteca Nacional y estampada a expensas del Estado en 1920 en Madrid por la imprenta de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos».

Ambas publicaciones constituyen actualmente, a pesar de su inevitable insuficiencia — que por su parte lamentaban Aguiló y su hijo —, un inapreciable y eficacísimo instrumento de trabajo y consulta para los estudios de historia de la literatura.

VÍCTOR BALAGUER Y CIRERA, ingresado el año 1853, fué en Barcelona, donde había nacido en el de 1824, y en Cataluña entera durante la segunda mitad del siglo pasado, uno de los hombres — en compañía de Soler *(Pitarra)* y de Anselmo Claver — que gozaron de la mayor popularidad.

Poeta y dramaturgo, apasionado mantenedor de los Jocs Florals desde su instauración en 1859, su producción lírica ultra romántica, su léxico ampuloso y exaltado a la manera de Zorrilla, que fué su modelo, se editó completa con la traducción en prosa castellana a la vista, en dos tomos de quinientas páginas, bajo el título *Lo Trovador de Montserrat,* su seudónimo, impresos el año 1858 en La Bisbal, con dedicatoria a Frederic Mistral firmada a 22 de octubre del año anterior en Aviñón donde se había refugiado como emigrado revolucionario.

Allí concibió Balaguer, sugestionado por los tradicionales recuerdos de aquel país, la idea de escribir la historia de los trovadores y de su literatura, y, para reunir elementos de estudio, trabajó en la biblioteca y el archivo de la antigua sede de los papas, hallando importantes datos y noticias, al igual que en los propios establecimientos similares de Tolosa, Narbona, Arles, Carcasona, Béziers, Montpeller, etc., que visitó como había visitado antes en París la biblioteca del Arsenal.

Regresado de Francia cuando el triunfo de la Revolución de septiembre de 1868, abandona aquella labor que reemprende bastante tiempo más tarde, publicándola en seis volúmenes en Madrid, año de 1878, bajo el título de *Los Trovadores,* y reimprimiéndola allí en el de 1882, en cuatro volúmenes precedidos de sendos dictámenes emitidos sobre esta obra por las Reales Academias Española y de la

Historia, con prólogo y un estudio del autor. Éste lo fué muy probablemente también de *Los trovadors moderns,* antología de los poetas renacentistas catalanes anteriores a los Jocs Florals, la cual, publicada en 1859, año inaugural de aquéllos, había sido en el anterior precedida por la de Antonio de Bofarull que hemos visto titulada *Los trovadors nous.* Salvador Manero, editor de ambas, advierte que el título de *Trovadors moderns* le ha parecido más propio que el de *Trovadors nous* adoptado por Bofarull y que «en los *Trovadors moderns* no hi pren part baix ningun concepte lo referit senyor», añadiendo que hace esta declaración «perquè cada hu ocupe lo puesto a què se haja fet acreedor». El tono desapacible de semejante advertencia, seguramente de la mano de Balaguer, será una prueba más de la vieja rivalidad desamigada y puntillosa existente entre el cronista de Barcelona y el archivero de la Corona de Aragón, historiadores en competencia, ambos de Cataluña, en sus respectivas considerables publicaciones compuestas de varios voluminosos tomos. Es obra, la de Bofarull, editada por Aleu de 1876 a 1878, más científica y de mayor crédito que la de Balaguer, escrita al irreflexivo dictado de su entusiasta amor patrio y de la misma ardiente imaginación de bardo medieval que inspiró todas sus tareas literarias.

La primera edición se publicó en 1860 por el antedicho Manero de Barcelona con el título *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón,* en cinco volúmenes en 4.° bellamente ilustrados por Puiggarí. La segunda edición, estampada en Madrid, en 1885, en la imprenta y fundición de Manuel Tello, consta de once tomos en 4.°, siendo el tomo I el IX de la colección de «Obras de Víctor Balaguer».

José Coll y Vehí, nacido el año 1823 en Torrent (Gerona), ingresó el de 1861 en nuestra Academia. Nombrado catedrático por oposición de Retórica y Poética del Instituto de San Isidro de Madrid, era trasladado a petición propia a desempeñar la misma asignatura al de Barcelona después de obtener en 1861 el grado de doctor en Filosofía, sección de Literatura. Al recibir la investidura doctoral ante el Claustro de la Universidad Central, leyó su discurso *La sátira provenzal,* que se imprimió aquel mismo año por Rivadeneyra de Madrid y que coronó su ya asentada fama de investigador de alto juicio histórico y crítico de exquisito buen gusto.

Como preceptista de literatura, le debemos especial gratitud cuantos cursamos aquella su asignatura estudiada en el texto de su *Compendio de Retórica y Poética o nociones de literatura* de perpetua utilidad para estudiantes tanto como para estudiosos de toda edad.

Además de las obras didácticas para uso de sus alumnos, escribió

Coll y Vehí los *Diálogos literarios* publicados en 1860 en Barcelona, formando un tomo en 8.º de quinientas páginas, que, agotado en poco tiempo, se reimprimió, con un prólogo laudatorio de Menéndez y Pelayo, según cuya autorizada opinión fué nuestro catedrático «uno de los literatos más de veras que la España de estos últimos tiempos ha producido», añadiendo a dicho elogio: «Procedía Coll y Vehí de esa escuela sabia y modesta que con justo título llamamos escuela catalana; era discípulo de Piferrer y de Milá y Fontanals, y a la poderosa intuición artística del primero y al paciente análisis, precisión y severidad científica del segundo se reconoció siempre deudor y agradecido...»

«Los *Diálogos literarios,* yo os fío — dijo el doctor don Clemente Cortejón en su discurso de recepción en esta Casa — sin que me llaméis profeta jactancioso, se leerán con cariño mientras quede un devoto que rinda culto a la lengua que con tanta solicitud cultivó mi insigne predecesor.»

José Leopoldo Feu, ingresó el año 1862, habiendo nacido el de 1836 en Barcelona donde cursó la carrera de Derecho, que terminó en 1855. Durante seis años, entre 1863 y 1869, escribió en el «Diario de Barcelona», en cuyas páginas publicó una serie de catorce artículos con el título de *Galería de escritores catalanes.*

Analiza en dichos escritos la personalidad literaria, filosófica y social de otros tantos autores de la que puede sin ambages llamarse escuela catalana. Sus características, basadas en las tradiciones filosóficas, literarias y artísticas de Cataluña, van expuestas en sintético conjunto en la memoria que leyó ante nuestra Corporación y que tituló *Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana.* Fué por Ramírez y Compañía impresa en 1865 e incluída en el tomo II, páginas 457-504 de *Memorias* de la Academia publicado en 1868.

Campean en aquella disertación los nombres prestigiosos de los maestros del pensamiento de nuestra escuela, desde los redactores de «El Europeo» y de «El Vapor», los Aribau y los López Soler, pasando por Jaime Balmes, el filósofo doctrinador del siglo, y el alto espíritu centelleante de Piferrer, enamorado de la estética y el arte, el polígrafo eclesiástico Félix de Amat, de carácter independiente, impugnador de Volney a la vez que de ciertas pretendencias ultramontanas; los filósofos Martí d'Eixalá, maestro de la especulación a favor del método iductivo experimental peculiar de la escuela escocesa, y Santpons jurisconsulto, investigador inclinado a las enseñanzas de aquella escuela y tratadista historiador del Derecho. En todo el decurso

del siglo XIX van unidos a las manifestaciones reflejas del espíritu tradicional y constante de la escuela catalana, en la literatura, el arte y la ciencia, otros muchos nombres ilustres, tales como los de Capmany y de Dou, de los Bofarull y de Cabanyes, de Patxot y de Pi y Margall, de Tió, de Carbó, de Yáñez, de Sol y Padrís, de Rey, de Semis, etc.

Todos ellos contribuyeron a caracterizar la escuela catalana y demostraron su capacidad de influir poderosamente en la orientación y en la marcha progresiva de las ideas, especialmente de las profesadas por sus pensadores de todo linaje, tenazmente contrarios a las tendencias centralizadoras y uniformistas, enervadoras fatales del espíritu tradicional autóctono. Demostración palmaria de ello fué la unánime manifestación de entusiasmo con que fué recibida la instauración de los Jocs Florals, culminación del renacimiento espiritual y literario de Cataluña, motivo de alborozado júbilo coincidente con el eco de los aplausos calurosos de los críticos de Francia, saludando la resurrección literaria en sus tierras meridionales por medio del genio de Jasmin y de Mistral.

CAYETANO VIDAL Y VALENCIANO. En 1870 ingresó este excelente escritor, uno de los de mayor relieve de la renaixença catalana. Nacido en 1834 en Vilafranca del Panadés, cursó Filosofía y Derecho en la universidad barcelonesa, de la que fué catedrático en la primera de ambas Facultades hasta su fallecimiento, acaecido en su villa natal en 1893, año que señaló también el cuarto de su acertada presidencia de la Academia para la que había sido elegido en 1889, habiendo antes, durante el cuatrienio 1878-1882, desempeñado su secretaría.

Patrocinada por nuestra Corporación, salió a luz en 1878 su celebrada edición, acompañada de ilustración crítico-literaria, de la *Comedia de Dant Allighieri*, versión en rima catalana del siglo XV por Andreu Febrer. Al año siguiente publicaba las *Consideracions sobre la poesía popular catalana*, que había leído previamente ante sus colegas académicos en diciembre del anterior. Con anterioridad también, habían aparecido sus dos bien documentados trabajos de carácter histórico-literario: *Cortada, su vida y sus obras*, discurso de recepción académica (1872), y *Capmany: Apuntes crítico-bibliográficos* (1873) y muy posteriormente (1887) *El Excmo. Señor Don Manuel Milá y Fontanals, reseña biográfica*, seguida un año después por la sexta edición de su libro *Elocuencia y poesía castellana*.

Se distinguió extraordinariamente también Vidal y Valenciano como novelista de costumbres rurales catalanas en dos de sus obras capitales: *La vida en lo camp* (1867) y *Rosada d'estiu* (1886), mere-

cedora esta última de una entusiasta felicitación de José M.ª de Pereda, corroborada por la cordial enhorabuena recibida de Menéndez y Pelayo.

JOSÉ BALARI Y JOVANY, barcelonés nacido el año 1844 e ingresado en el de 1879 en la Academia, de la que fué vicesecretario durante los de 1882 a 1885 y presidente de 1893 a 1901. Era licenciado en Derecho y doctor en Filosofía y Letras y había sido, cuando estudiante jurídico, profesor privado de lengua griega, de cuya asignatura consiguió la cátedra por oposición en la Universidad barcelonesa, cubriendo en febrero de 1881 la vacante del sabio lingüista Bergnes de las Casas, fallecido en noviembre de 1879.

Balari, eminente filólogo etimologista, publicó en 1899 su obra cimera *Orígenes Históricos de Cataluña*, que había con justicia obtenido el codiciado premio Martorell (20.000 pesetas) del concurso de 1897. En dicha obra, así como en su *Oración inaugural del año académico 1881 a 1882 leída en la Universidad de Barcelona*, donde disertó tocando el tema: *Algunas consideraciones sobre la formación del romance castellano, precedidas de un sucinto estudio bibliográfico de los trabajos que versan sobre el mismo asunto*, son numerosas las citas y referencias histórico-literarias. Es interesante también bajo este aspecto, su *Poesía fósil* (Barcelona, 1890), ingenioso trabajo de erudición etimológica cuyo lema podría ser la especie de definición de esta ciencia dada por el sabio filólogo inglés Benjamín W. Dwigth: *Etymology is fossil poetry, philosophy and history combined*, pues no hay, a su juicio, estudio más embelesador *(fascinating)* que el de la etimología.

Publicó parcialmente Balari en 1889 dos textos clásicos medievales, formando parte de los coleccionados en la «Biblioteca de la Revista Catalana»: las *Sentencies morals per Jafuda, juheu de Barcelona (segle XIII)*, con un glosario, y las *Regles de bona criança en menjar, beure y servir a taula, tretes de* LO TERÇ DEL CRESTIÀ *del P. M. Fr. Francesch Eximenis (segle XIV)*.

CLEMENTE CORTEJÓN LUCAS, sabio sacerdote nacido en Meco (Madrid) en 1842 e ingresado en 1899. Había cursado los estudios de sacra teología en el seminario de El Escorial, beneficiario de una de las sesenta y seis becas creadas por Felipe II, y más adelante los de la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central. Ganó por oposición en 1877 la cátedra de Retórica y Poética del Instituto de Segunda Enseñanza de Barcelona, que ejerció durante más de treinta años, siendo director de dicho establecimiento desde el de 1895 hasta su

jubilación. Fué nombrado canónigo de nuestra Catedral basílica en 1910, y había anteriormente sido elegido académico correspondiente de la Real Española.

Eminente cervantista, reunió una rica biblioteca de ediciones del *Don Quijote*, resultado feliz de la inteligente e infatigable búsqueda practicada toda su vida por las librerías de lance en cuantas poblaciones tuvo ocasión de visitar. Hemos de observar respecto a su labor escrita sobre temas cervánticos y conviniendo con nuestro recordado colega Givanel, docto especialista en la materia, discípulo y amigo, como tuve yo mismo la suerte de serlo, del inolvidable catedrático, que son contados los trabajos cervantinos de éste, cual si hubiese querido reservar sus privilegiadas fuerzas mentales para aplicarlas con exclusividad a la magna obra por él emprendida de la edición del *Don Quijote* con extenso comentario y notas filológicas e históricas referentes al texto, materiales utilizables algún día para una verdadera edición crítica que, a juicio de Givanel, está todavía por hacer. La muerte sorprendió a Cortejón, anciano y achacoso, al comenzar el volumen sexto y último de su obra que ha quedado falta así mismo del tan repetidamente anunciado *Diccionario del Quijote* que debía rematarla.

Dejó para la bibliografía de historia literaria el *Compendio de Poética* (1881) dedicado a Menéndez y Pelayo, de quien fué discípulo; *Retórica y Poética* (1890); el *Discurso* de su recepción académica, precioso trabajo bio-bibliográfico sobre los catalanes que han escrito en lengua castellana; y finalmente unos *Elementos de Historia General de la Literatura* (1902).

Antonio Rubió y Lluch ingresó el año 1888. Había nacido en el de 1856 en Valladolid, donde era a la sazón su padre, el egregio renacentista Rubió y Ors, catedrático de aquella Universidad, de la cual, trasladado a la de Barcelona, fué su hijo un tiempo después discípulo en la misma de Milá a la vez que lo eran también Menéndez y Pelayo, Franquesa y Gomis, Bertrán y Bros y más adelante los mallorquines Costa y Llobera, Alcover y Estelrich, contrayendo con todos ellos estrecha amistad nunca desmentida, en especial manera con el primero, a quien, unido en fraterno lazo el resto de su vida, le dedicó al extinguirse aquélla un emocionado discurso de recuerdos que se publicó en 1912.

El año 1885 fué nombrado por concurso catedrático de literatura general de la Universidad de Oviedo y trasladado el mismo año y en la misma asignatura a Barcelona, vacante por fallecimiento de su venerado maestro Milá, a quien sucedió dignamente para bien

de las Letras hispánicas durante cuarenta y un años hasta su jubilación, dejando asentados los firmes cimientos de la historia de la literatura catalana y preparado un selecto grupo de discípulos continuadores de su alta misión docente extendida, a partir de 1904, al desempeño de la cátedra de literatura de los «Estudis Universitaris Catalans».

Su noble vida estuvo por entero dedicada, prescindiendo de tareas literarias más atrayentes, a serias y afortunadas investigaciones en nuestro Real Archivo, además de las de no menos productivos resultados en otros archivos y bibliotecas de Italia, de Francia y de España, y más aún de la misma Grecia, nación de la cual fué en Barcelona honorable Cónsul, por él visitada en busca de documentos para el conocimiento histórico del estado catalán nacido en el solar de la Hélade clásica, como victorioso final de la eficaz expedición de nuestros almogávares a Oriente. Más de medio centenar de libros y monografías de básica importancia, culminado por las espléndidas ediciones de la *Història de la Grècia Catalana* y del *Diplomatari de l'Orient català (1301-1409)*, pueden parangonarse con los grandes trabajos históricos sobre la Edad Media del imperio latino y del principado franco de la Morea y colocan el nombre de Rubió y Lluch en lugar ostensible al lado de los de Villehardouin y de los anónimos tratadistas griegos de antaño, a la vez que de los Hopf, los Gregorovius, los Miller, los Hertzberg de hoy.

Relativos a la historia de nuestras cultura y literatura, escribió la copiosa y variadísima jamás escogida colección de *Documents per la història de la cultura catalana mig-eval*, en dos bellos volúmenes editados por el Institut d'Estudis Catalans (1908) ; *La escuela poética catalana en la época romántica* (1912) y *La escuela histórica catalana*, trabajo de extraordinaria erudición unido a su discurso académico de contestación al del recipiendario doctor Parpal y Marqués el día 13 de abril de 1913.

ANTONIO ELÍAS DE MOLINS ingresó en 1903, después de haber sido largo tiempo académico electo. Erudito bibliófilo y experto arqueólogo, había terminado en 1872 sus estudios en la Escuela Superior Diplomática y pasado el año siguiente al Archivo General de la Corona de Aragón y al de Palma de Mallorca en el 1875, en cuyo año, siendo muy joven aún, le nombró la Real Academia de la Historia su socio correspondiente. Fué director del Museo de Antigüedades de Barcelona cuando fué creado de R. O. en 1879, habiendo mostrado sus distinguidas cualidades de entendido artista y su saber de historia y de arqueología en los trabajos de organización y arre-

glo de las distintas colecciones, entre ellas la perteneciente a nuestra Academia, que componían el naciente y ya rico Museo del cual, tras siete años de labor, publicó en el de 1888 su modélico *Catálogo del Museo Provincial de Antigüedades de Barcelona.*

La interesantísima *Numismática Catalana,* galardonada con el accésit del premio Martorell de 1897, acredita a Elías de Molins de sobresaliente técnico numísmata, pero la obra que vino a darle el justo renombre de bibliógrafo historiador de las modernas Letras en Cataluña, de que goza hoy, es el *Diccionario biográfico y bibliográfico de escritores y artistas catalanes del siglo XIX* en dos voluminosos tomos (1892-1895). En diciembre del segundo de ambos años aparecía el primer fascículo de su *Revista Crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispano-americanas* y se asociaba para su dirección, si bien de manera puramente nominal, a don Rafael Altamira. La vida de esta publicación se comparte en dos épocas: la primera desde la arriba indicada fecha hasta el mismo mes del año 1892, llevando Altamira el peso de la dirección y Elías el de la confección inmediata; la segunda época se cuenta de enero de 1899 a diciembre de 1902, en que la publicación fué en todo obra exclusiva y personal de nuestro antiguo colega. En ella figura y se tiró aparte su Ensayo de una *Bibliografía Literaria de España y América. — Noticias de obras y estudios relacionados con la poesía, teatro, historia, novela, crítica literaria,* etc.

De lo que tenía escrito sobre *Literaturas regionales. — Literatura catalana. — Trovadores Catalanes-Lemosines. — Literaturas Mallorquina y Valenciana,* sólo se publicaron seis páginas en la *Revista Crítica,* número de septiembre-octubre de 1902.

Ernesto Moliné y Brasés, a su ingreso en 1913 era doctor en Derecho, escritor y crítico literario. Autor en su primera juventud de composiciones en verso, publicó parte de ellas en un tomo en 8.º con el título *Llibret de poesies íntimes* (Barcelona, 1906). Colaboró muchos años con reconocida maestría en revistas y periódicos, especialmente en el diario «La Renaixença», del cual fué asiduo redactor de la sección de revista literaria de Cataluña, a cuyo cometido aplicó su erudición y vasta cultura en jurisprudencia, historia y letras antiguas y modernas.

La arqueología literaria de la lengua catalana le atraía con apasionamiento compartido por el que fué prócer bibliófilo Ignacio de Janer y por el que esto escribe en los días ya lejanos en que, cambiando impresiones, solíamos pasar largas horas de grata conversación y estudio reunidos los tres en las salas de la espléndida biblio-

teca de preciosos libros propiedad de Moliné. En aquel amigable ambiente de bibliofilia nació la idea, inmediatamente realizada, de publicación del «Recull de Textos Catalans antics», del cual elaboramos en común durante dos años (1906-7) los prólogos de los ocho primeros volúmenes. Deshecha nuestra compañía por divergencias de criterio entre Janer y Moliné, invariable pero su recíproca buena amistad, hubo el tercer compañero de proseguir por cuenta propia aquella empresa hasta completar el número de dieciocho volúmenes reunidos en tres tomos de extrema rareza hoy en el mercado de la librería anticuaria.

. Moliné, a su vez, siguiendo su meritísima inclinación a los estudios históricos sobre vetusta literatura catalana, publicaba, entre otras obras, su *Resum sintètich de la història del catalanisme* (1907); *La llengua catalana. — Estudi històrich; La descripció de Catalunya del P. Diago; Les cent millors poesies de la llengua catalana* (1911); *Llegendes rimades de la Bíblia de Sevilla; Notes per la biografia d'En Bruniquer* (1912), y en el mismo año *Textos catalans-provençals dels segles XIII y XIV*.

Publicó finalmente Moliné en 1904 *Les Costumes marítimes de Barcelona universalment conegudes per* LLIBRE DEL CONSOLAT DE MAR en un volumen in-folio de cerca de quinientas páginas de fastuosa impresión digna de la importancia histórica, filológica y legal de aquella obra, presentada por primera vez en nueva forma, con el debido aparato de comentario crítico y bibliográfico, de glosarios y notas, acompañado de pulcra ilustración gráfica de facsímiles de antiguas ediciones del texto original, integrando en total un suntuoso conjunto tipográfico, parejo en magnificencia del que ofrece la edición de Sancha (Madrid, 1783) de las famosas *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* de Capmany. La Diputación Provincial y el Ayuntamiento de nuestra ciudad honraron conjuntamente la memoria de ambos historiadores en el acto solemne, celebrado el 14 de junio de 1947, de descubrimiento del monumental busto en mármol de Capmany, erigido en los jardines del Museo Marítimo de las Reales Atarazanas y del retrato al óleo de Moliné, expuesto en una de las salas del mismo edificio.

RAMÓN MIQUEL Y PLANAS. En 1914 ingresó este ilustre barcelonés que había nacido en 1874 y desplegado más tarde, en sus años de juventud y madurez e incluso de aventajada vejez, una increíble y nunca interrumpida actividad intelectual de sapientísimo hombre de letras y bibliófilo de excepcional maestría y buen gusto. Fué

miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia y director del Centro de Cultura Valenciana, académico numerario, además, de la Real Catalana de Bellas Artes de San Jorge, y condecorado también con la Medalla del Trabajo a que se hizo acreedor por sus constantes desvelos en pro de las cuestiones sociales, a las que colaboró eficazmente desde los diferentes organismos gremiales en los cuales, como mediador pacifista, actuaba con riesgo de su vida, en los malaventurados días de enconada lucha de rivalidad entre los dos sindicatos obreros que se acometían ferozmente entonces por medio de coacciones, revueltas y atentados pistoleros, tanto de obreros como de patronos.

Continuador Miquel de la obra de Aguiló, a quien vino a reemplazar en su sitial de nuestra Academia, imitó, y con lucido éxito, a su maestro en la difícil tarea de exhumador de los bellos viejos manuscritos literarios para su publicación fielmente textual, con la exactitud diplomática exigida hoy por las reglas rigurosas de la moderna hermenéutica paleográfica. Así se inauguraba en 1910 la «Nova Biblioteca Catalana», feliz prolongación de la de Aguiló, en número de diecisiete volúmenes conteniendo textos clásicos, en su mayoría inéditos, especialmente los de nuestro tesoro novelístico que abarca desde el siglo XIV al XVIII, cuyo conjunto, en ordenada síntesis, representará siempre más el hito perpetuador de la obra de nuestro añorado colega como concienzudo historiador literario.

Su otra producción, ingente en grado extraordinario al mismo tiempo que variada y docta que en todos los géneros se compuso ya de artículos de prensa diaria y de revistas, ya de libros y de fascículos, y se halla puntualmente inscrita, en cifra no menor de ciento cincuenta títulos, en la lista publicada por su gran amigo José Rodergas en la *Semblança bibliogràfica* impresa, a manera de homenaje póstumo, al fin del segundo de los dos tomos del *Spill* de Jacme Roig, último aparecido de la sobredicha «Nova Biblioteca». Dentro de la totalidad de aquel extenso catálogo, hay que señalar, como de importancia bajo el punto de vista de la historia literaria, la bellísima revista «Bibliofilia» (1911-1920) en sus dos volúmenes de enciclopédica materia literaria y artístico-tipográfica.

P. IGNACIO CASANOVAS, S. I., ingresado en 1921, el primero de su Orden que ha tomado asiento en esta Academia, según declaración previa de su bello discurso de ingreso, el día 22 de mayo, que tuvo lugar su solemne recepción. Titula dicho escrito *Actualitat de Balmes* y expone en el mismo una extensa sucesión de nombres de autores y de sus respectivas obras y hechos de índole cultural.

Forma un compendioso conjunto de estudio de la época del polígrafo de Vich, imprescindible para conocer la vida de la joven generación de teólogos y juristas, de filósofos e historiadores, de oradores y poetas, de filólogos y gramáticos, creadores de la escuela catalana del saber y de la cultura, que tuvo sus representantes en la historia los Bofarull, en la arqueología Piferrer y Quadrado, en la crítica Milá, en la poesía Cabanyes, en la renacida literatura catalana Aribau, Rubió y Ors y Aguiló, en la filosofía Martí d'Eixalá, en el derecho Permanyer, en el periodismo Roca y Cornet, y, por encima de todos, el propio Balmes, que significó el más profundo y vasto sentido de integral reconstrucción religiosa y científica, social y política de Cataluña. Pero si tiene interés el estudio de la época balmesiana de las letras y de la cultura científico-moral de nuestra *Renaixença,* lo tiene también el de su prehistoria, que se halla en la cultura del precedente siglo XVIII, en el cual se encierran las causas más próximas y eficaces de aquel regenerador movimiento intelectual. Así pudo el P. Casanovas afirmar ser el hecho de la cultura catalana setecentista digno del conocimiento y estima de todo catalán consciente. A tal propósito escribió su grande y documentado estudio *La cultura catalana del segle XVIII,* que en la segunda fiesta de unión interacadémica, el 20 de diciembre de 1932, leyó representando a nuestra Corporación en la Universidad de Barcelona, donde analiza la labor de la Universidad de Cervera, creada en 1717, y de la que Balmes fué su último representante.

RDO. JAIME BARRERA ESCUDERO, PBRO. Nacido en Barcelona el año 1872, ingresó en la Real Academia en 1922. Estudió en el Seminario Conciliar de Barcelona, del que un día había de ser profesor, y en el cual, pasando por todos los grados del sacerdocio, fué ordenado presbítero y en el que alcanzó brillantemente el grado de doctor en teología, habiendo seguido también un curso de ampliación de estudios como becario en el gran seminario de San Sulpicio de París. Era proverbial su competencia en las sacras y profanas letras, su profundo conocimiento de las lenguas clásicas y de las literaturas antiguas y modernas, a la vez que su apasionada bibliofilia, la cual le abrió el camino que le condujo a la dirección de la biblioteca Episcopal barcelonesa. Sobre *Els Torres Amat y la Biblioteca Episcopal del Seminari de Barcelona* versó el discurso de recepción del doctor Barrera, donde quedan patentizados sus sentimientos de simpatía y respeto hacia la ilustre familia de sabios bibliólogos que ilustraron con sus nombres, durante el siglo XVIII y principios del XIX, la lista de los miembros numerarios de nuestra Academia.

La tarea de esclarecido publicista ocupó gran parte de las horas de la laboriosa vida de nuestro colega que, siendo joven, dirigía una revista literaria semanal, la *Biblioteca Clàssica Catalana,* hacía aparecer numerosos trabajos de literatura y notables estudios de crítica de escritores antiguos. Prologó ediciones de libros importantes, tales las *Obres catalanes d'En Milà y Fontanals* (1908), el *Ausias March* publicado el año siguiente bajo su exclusiva dirección, con glosario y extensas notas bibliográficas, la ordenación en 1911 de un voluminoso tomo de *Historia de la literatura catalana antiga,* conteniendo el trabajo histórico de F.-R. Camboliu, análisis y fragmentos de la *Comedia de la gloria d'Amor* de fra Rocabertí, los *Poetas catalanes del siglo XIV* y la *Ressenya històrica y crítica dels antichs poetes catalans* de Milá y Fontanals. La labor magistral de orientación literaria fué amplia y generosamente ejercida por el doctor Barrera cuando en agosto de 1912 se le confió en *El Correo Catalán* la dirección de una «Página literaria» que apareció regularmente hasta el día de su fallecimiento.

RAMÓN DE ALÓS-MONER Y DE DOU. El primero de junio de 1924 tuvo lugar el ingreso de este distinguido escritor, nacido en Barcelona el año 1885, en cuya Universidad se licenció en la Facultad de Filosofía y Letras, para obtener en Madrid el grado de doctor leyendo su tesis *Los catálagos Lulianos,* publicada en 1918. Regentó con lucimiento, como profesor suplente, las cátedras de Literatura Catalana y de Historia de Cataluña creadas en los «Estudis Universitaris Catalans», y desde 1917 la Bibliografía y Paleografía en la Escuela Superior de Bibliotecarias. Desde la fundación, en 1907, del Institut d'Estudis Catalans colaboró en sus tareas, primero como redactor secretario de la Sección Histórico-Arqueológica, después como miembro y además como secretario general de la Corporación y primer adjunto de la Biblioteca de Cataluña, especialmente encargado de la sección del Archivo Histórico. Sus conocimientos y actividades de investigación en estas materias fueron extraordinarios y se hicieron patentes en el viaje que, en los años 1915-1916, en compañía de Jorge Rubió, nuestro colega electo, hizo para estudiar y dar comienzo a la ordenación del Archivo Capitular de la Seo de Tortosa. Años atrás, en 1911 a 1913, cuando la fundación de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, fué llevado allí con otros alumnos fundadores, entre ellos José Pijoan y Martorell, y dedicó diligentes estudios al Archivo y Biblioteca del Vaticano. Resultados de sus investigaciones son, entre otras muchas publicaciones, *El Cardenal de Aragón Fray Nicolás Rossell* y *El manuscrito Otto-*

boniano, contribución a la bibliografía luliana. Merecen citarse, por su importancia, *Les profecies de Turmeda* (París, 1911), *Dell'antica versione catalana del Decamerone* (Roma, 1915), *Sis documents per a la història de les doctrines lullianes* (Barcelona, 1919), *Fra Joan Pasqual, comentarista del Dant* (Barcelona, 1922), la útil crestomatía titulada *Autors catalans antics: historiografia* (Editorial Barcino, 1932) y *Els bestiaris a Catalunya,* que constituye su discurso de ingreso en nuestra Academia.

BREVE RESEÑA DE LOS PRINCIPALES ACADÉMICOS DE LA REAL DE BUENAS LETRAS QUE ESCRIBIERON OBRAS LITERARIAS EN LENGUA CASTELLANA

Por PABLO CAVESTANY

RAMÓN LÓPEZ SOLER. Cuando el romanticismo, cabalgando a lomos del género narrativo, irrumpió en España, fué López Soler el cultivador inicial de la novela histórica en nuestra patria. La primera obra de este género que publicó y que llevó por título *Los Bandos de Castilla o El Caballero del Cisne*, está escrita en prosa sencilla y transparente. Su acción se supone acaecida en tiempos de don Juan II.

Forzoso es reconocer que este libro, aparecido en 1830, es casi adaptación del *Ivanhoe* de Walter Scott, pero si le falta el mérito de la originalidad, no es pequeño el de la prolija investigación de los hechos que hizo su autor para escribirlo. Mucho menos se documentaron, cuatro años después, sus seguidores Espronceda, en *Sancho Saldaña o El castellano de Cuéllar,* y Larra en *El doncel de Don Enrique el Doliente.*

López Soler, que tan decididamente adscribió su auténtica vocación al romanticismo, apenas esta escuela se aposentó entre las letras españolas, fué a los diecisiete años uno de los principales redactores del periódico *El Europeo* que en 1823 empezó a publicarse en Barcelona para la exposición y defensa de las doctrinas románticas.

No es extraño que este sentimental adolescente que tan profundamente se sumió en estas doctrinas, se dejase arrastrar también por el genio avasallador de Víctor Hugo y que se acogiese con exceso a *Notre Dame de Paris* para escribir su novela *La Catedral de Sevilla.*

En el prólogo de *Los Bandos de Castilla,* genuino manifiesto romántico, se patentiza quizá mejor que en ninguno de sus escritos la inteligencia de este autor más sutil que la de muchos de sus coetáneos del oficio.

Razonable parece admitir que si López Soler, con su amor al estudio y su ardiente vocación literaria, no hubiese muerto (1836) en plena juventud, hubiera enriquecido las letras patrias con aportaciones muy valiosas e interesantes.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO. Este autor escribió, según unos, varias novelas, y, según otros, varios novelones. Son cosas bastante dispares para el gusto de nuestros días. Quizá nos pongamos en un justo término diciendo que cultivó la novela por entregas a imitación de los franceses de su tiempo.

En lo que todos están de acuerdo es en que elige la temática social y política preconizando la defensa del proletariado. No sólo le interesa mucho más el tema que los valores estéticos de la literatura, sino que estos últimos los desdeña bastante.

A Ayguals de Izco, que nació en 1801, le hizo famoso su obra *María o la hija de un jornalero,* que fué traducida al francés, al italiano y al portugués. En España, donde a mediados del siglo pasado se leía todavía menos que ahora, esta obra debió leerse mucho.

En ella trata su autor de describir las costumbres de todas las clases del pueblo y se propone, según le dice a Eugenio Sué, a quien dedica el libro, «abogar, cual vos, por las clases menesterosas, realzar sus virtudes, presentar al vicio en toda su deformdiad, ora se oculte haraposo en hediondas cavernas, ora ostente bordados y condecoraciones, ora vista sacrílegamente la modesta túnica del Salvador».

Aunque Ayguals de Izco, progresista, liberal y patriota era buen creyente, a los frailes los miraba casi con tanta saña como a los «moderados», y a éstos con muy poca menos que a Narváez, a quien tenía por un déspota cruel. A estos datos biográficos podemos añadir los que nos proporciona Eugenio Sué, sin duda agradecido a quien le dedicaba tan famoso libro: «Es un notable erudito historiador, un sabio anticuario, un gran crítico de pintura y escultura. Tiene un profundo sentimiento del derecho, de la justicia y del deber y un gran amor a la humanidad».

Nos complace mucho la opinión que al célebre autor de *Los misterios de París* le merece nuestro compatriota y no tenemos nada que oponer a ese juicio; siempre y cuando, naturalmente, se excluya de la Humanidad a los moderados, a los frailes y a Narváez.

Ayguals de Izco escribió también, entre otras, las novelas *La marquesa de Bellaflor* y *Pobres y ricos o La Bruja de Madrid* que, a pesar de sus sabrosos títulos, no alcanzaron la misma notoriedad que *La hija de un jornalero.*

Ingresó en nuestra Academia en 1822, cuando tenía veintiún años. Murió en 1873.

JUAN CORTADA Y SALA. Sorprende leer la bibliografía de este fecundo polígrafo y comprobar su extraordinaria actividad. Novelista, historiador, crítico, moralista, arqueólogo, jurisconsulto, periodista, catedrático, coleccionista de antigüedades, numismático, geógrafo... Tradujo las historias de Inglaterra, Alemania, Países Bajos, Grecia, América y, aunque parezca mentira, otras muchas, si hemos de creer a sus biógrafos.

Se destacó como periodista ameno que publicó durante treinta años centenares de artículos en el *Diario de Barcelona* y en *El Telégrafo*. Son obras suyas, entre otras, *El rapto de doña Almodis*, *Las revueltas de Cataluña*, *El bastardo de Entenza*, *El templario y la villana*, *Cataluña y los Catalanes* y diez tomos de *Novelas Morales*.

Otra de sus obras es un tratado de *Urbanidad*, del que hemos visto le 63.ª edición. Se dicen en este libro cosas que hoy nos parecen pintorescas y que, sin duda, hace un siglo no lo eran. Impresiona la radical mudanza de los tiempos. Se dice, por ejemplo, en ese manual que la sopa no debe tomarse más que con cuchara. Este consejo a la infanca nos parece hoy interesante, no tanto porque nos haga suponer que algunos de los niños de hace un siglo tomaban la sopa con tenedor o quizá con cuchillo, sino porque aporta un dato de cierto interés a la historia de la gastronomía española ; nos demuestra, en efecto, de modo fehaciente, que hace un siglo no se conocía entre nosotros como primer plato en las minutas de las comidas más urbanas y distinguidas el «Consomé en taza».

PABLO PIFERRER. El poeta, tan galano, Pablo Piferrer — suene la gaita, ruede la danza —, es ante todo el autor de *Canción de la primavera*. Esta deliciosa poesía, con su contextura tan deliciosamente romántica, pudiera, sin embargo, haber sido escrita por el más moderno poeta de hoy, suponiendo que los poetas de hoy — suene la gaita, ruede la danza — sean tan poetas como lo fué Pablo Piferrer.

Pero, además, Piferrer fué un excelente prosista. Catalán muy amante de su tierra, no escribió más que en lengua castellana. Amó también a España. En prosa escribió una antología de *Clásicos castellanos* con crítica de los autores ; unos *Estudios de crítica* y *Recuerdos y bellezas de España*, en cuya obra brilla su erudición arqueológica y su sensibilidad artística. Son notables también sus poesías *El ermitaño de Montserrat* y la leyenda *Alina y el Genio*. La

obra poética de Piferrer, como la de otros de sus contemporáneos, muestra la especial preferencia que por la poesía clasicista y legendaria sentía Cataluña, donde el atento estudio de los clásicos había hecho feliz consorcio con el romanticismo.

Pablo Piferrer, una de las más cultas y eruditas figuras catalanas del siglo pasado, fué un formidable crítico musical, cuyos artículos eran recibidos con unánime aplauso. No menores fueron sus conocimientos en arqueología y arquitectura; y comentando su labor literaria dice de él Menéndez y Pelayo que «fué un maestro del lenguaje y de la crítica». En las magistrales páginas de su edición de *Clásicos españoles* campean un criterio y una intuición estética tan clarividentes y profundos, que sólo las mejores del propio Menéndez y Pelayo pueden igualarlas. El espiritualismo cristiano de Piferrer abarcó en un abrazo todas las bellas artes. ¡Cuántas cosas se aprestaban a germinar en la tierra pródiga de aquella inteligencia luminosa, en los surcos profundos de aquel corazón generoso! Pero...

Nacido en 1818, Pablo Piferrer murió treinta años después. Quizá de hambre y sed de belleza ideal; quizá en un colapso de romanticismo; en plena juventud; cuando,

Sonido, aroma y color
— suene la gaita, ruede la danza —
únense en himnos de amor
que engendra el himno de la esperanza.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS. Una semblanza que daría una idea bastante clara de la enorme personalidad literaria de Milá y Fontanals en las menos palabras posibles, sería ésta: Fué el maestro de Menéndez y Pelayo.

Otra semblanza más amplia nos la hace su egregio discípulo en estos términos: «La gloria de Milá y Fontanals es sólida, indestructible. Hay un departamento de la historia literaria en que reina sin competidor; y quien considera el rico tesoro de sus obras que están literalmente cuajadas de ideas y de matices intelectuales, no podrá menos de reconocer que él introdujo en España estudios enteramente nuevos de literatura comparada; que fué el primero en someter a regla y método la vasta y flotante materia de la poesía popular y que como expositor de las leyes de lo Bello, como filólogo, como crítico y hasta como poeta fué uno de los hombres más beneméritos de la centuria pasada».

Milá y Fontanals fué el primer cultivador en España de la novísima ciencia de las tradiciones populares. Fué, en su tiempo, el único romanista español que estableció contacto con los estudios de

su especialidad en toda Europa. Colaboró con asiduidad en *Revue des langues romanes* y en *Romania,* aportando a estas publicaciones valiosos trabajos donde se manifestaba su vasta erudición.

Milá y Fontanals, ilustre catedrático de la Universidad de Barcelona, puede considerarse hoy como el Menéndez Pidal del siglo XIX. Es Milá el sabio maestro que al rigor de las investigaciones añade una sensibilidad refinada abierta a todos los ámbitos de la cultura. Para ello necesitaba sentir la belleza como la sintió y tener efectivamente el alma de poeta que advirtió en él su gran discípulo.

El insigne romanista estudió por primera vez en su *Romancerillo catalán* las relaciones entre poesía popular catalana y la épica de Castilla. El tratado *De la poesía heroico-popular castellana* inicia la tendencia que ampliará y perfeccionará más tarde Menéndez Pidal. Los romances, dice no son anteriores a los cantares de gesta, como se venía creyendo; por el contrario, son trozos desprendidos de ellos, restos, ruinas. En su libro *De los trovadores de España* recogió ampliamente sus estudios e investigaciones sobre la influencia de la lírica provenzal en Cataluña, Castilla y Portugal.

Milá y Fontanals se interesó vivamente en el renacimiento literario catalán y fué uno de los escritores que contribuyó a la restauración de los Juegos Florales de Barcelona. Entre los numerosos trabajos que publicó sobre literatura catalana merecen destacarse los dedicados a los poetas de los siglos XIV y XV.

Al morir, dejó la herencia de sus papeles al discípulo predilecto, Menéndez y Pelayo. Éste dirigió la edición de las *Obras completas* de su maestro que se publicaron en Barcelona poco tiempo después.

Milá y Fontanals nació en Villafranca del Panadés en 1818 y entregó su alma a Dios en la misma población en 1884. Abierto hace pocos años su sepulcro, el cuerpo de tan insigne catalán, hombre bueno, ciudadano ejemplar y creyente fervoroso, fué hallado totalmente incorrupto.

ANTONIO DE BOFARULL Y BROCÁ. Este conspicuo caballero y benemérito patricio, de frente lisa y desembarazada como la de Cervantes, escribió cuarenta libros. No los hemos leído todos. El título de uno de esos libros consta de 49 palabras. Casi todos ellos son libros de historia. Escribió, además, incontables artículos y estudios históricos y de crítica teatral. Don Antonio de Bofarull nació en Reus en 1821.

Don Antonio Bofarull fundó y dirigió un periódico satírico que tituló *El hongo.* Pero lo que le hizo más famoso fué el haber sido uno

de los restauradores de la fiesta de los Juegos Florales, de la que fué en 1859 el primer mantenedor. Más tarde, en otros Juegos Florales, pasó de mantenedor a poeta premiado. Tampoco conocemos estas poesías de don Antonio que, según alguno de sus historiadores, están tan llenas de prosismos y de desaliño como las de su enemigo Víctor Balaguer. Don Antonio de Bofarull y Brocá falleció en Barcelona el 12 de febrero de 1892.

FRANCISCO CAMPRODÓN. Es curioso el hecho que, respecto a ciertos autores y sus obras, se observa entre las gentes que ocupan los estratos inferiores de la cultura. Serán, por ejemplo, muy pocos los españoles, aun entre los más rurales e indoctos, a quienes no *les suene* el nombre de Benavente como el de un señor que escribió «funciones» para el teatro; en cambio son numerosos los incapaces, aun en estadios algo más cultos, de decirle a usted ni dos títulos de obras benaventianas. Pero ocurre el caso contrario, el de gentes que conocen o conocieron varios títulos de obras de un autor y aun se deleitaron con ellas e ignoran el nombre de quien las escribió. Incluso con nuestro libro inmortal (y se han hecho sobre el caso numerosas chanzas) ocurre algo parecido: quizá no hay español que no haya oído hablar de Don Quijote de la Mancha, y son muchos los que ignoran quién fué Miguel de Cervantes.

Medio siglo después de haber sido escritas, eran todavía incontables los espectadores que iban a ver representar *Marina, El dominó azul, Flor de un día* y *Los diamantes de la corona,* pero ya casi nadie sabía quién fué Francisco Camprodón.

Se ha dicho que a veces la obra es superior a su autor. Esto explicaría, tal vez, el segundo de los casos expuestos; pero acontece que, a nuestro juicio, Camprodón es muy superior a esas obras suyas. Corre por alguna de ellas, a los pies de una estatua de Palas, un vientecillo sudeste que hace crecer la hierba y del que vale más no acordarse. Camprodón dijo cosas de mucha más enjundia que la de considerar dichosos los ojos que vuelven a ver «la playa de Lloret».

Este escritor de viva imaginación, de exquisita delicadeza de sentimientos, desdeñó el estilo. La sintaxis no le importaba un bledo; docena más o docena menos de ripios le tenía sin cuidado. Pero con la fuerza que sabía dar a sus personajes y con el dramatismo que sabía infundir en las situaciones, conmovía a los públicos. Probablemente, a cualquiera de nosotros también nos conmueve más el romanticismo que la sintaxis.

Camprodón escribió en castellano y en catalán, pero era mejor

poeta en catalán. Balmes, de quien era condiscípulo, le daba a corregir sus composiciones poéticas.

Intervino en la política; fué diputado varias veces, afiliado a los partidos liberales. Le desterraron a Cádiz. Con motivo de la guerra de Africa le escribió a don Juan Prim una carta en quintillas que se hizo famosa y popularísima por su vibrante nervio patriótico.

Por si no le bastara con ser poeta, autor dramático y diputado, Camprodón fué además un notable flautista, un excelente cocinero y un bienquisto administrador de Hacienda en Cuba, donde a los cincuenta y cuatro años le sorprendió la muerte (1870).

Nos parece injusto que el nombre de este preclaro español romántico que tanto supo conmover a tantos miles y miles de españoles románticos también, sea completamente desconocido para la inmensa mayoría de españoles de hoy, incluso aquellos que a diario se lanzan a beber, a beber y apurar las copas de licor.

VÍCTOR BALAGUER. En el pintoresco siglo XIX ocurrían cosas buenas y malas, como en todos los siglos, pero siempre más pintorescas que las de este nuestro, ávido, nuclear, atorbellinado, prosaico. Para demostrarlo, volvamos un momento al benemérito patricio don Antonio de Bofarull. Este eximio patricio, en su *Historia crítica de Cataluña,* empleó diez tomos en folio para deshacer toda la labor poético-histórica de Víctor Balaguer. ¿Se concibe en nuestros días un señor tan sobrado de tiempo como para dedicarse a tan inútil tarea demoledora? Pues bien: pocos años después, siendo Balaguer ministro de Fomento, le presentaron a la firma una combinación de personal, por la cual el sañudo don Antonio era enviado — léase ostracismo — al Archivo de Simancas. El ministro cogió la pluma y borró de la propuesta el nombre de su enemigo. Cuando éste lo supo se conmovió hasta prorrumpir en llanto.

Fué Víctor Balaguer una de las figuras más brillantes del siglo XIX. Poeta, historiador, político, autor dramático y uno de los más destacados valores de la renaixença catalana, puso su obra literaria al servicio de su ideología política, rindiendo culto a Cataluña. En *Lo llibre del amor* es un lírico con matices petrarquistas. Y líricas son también sus *Tragedias* escritas en catalán. Sus poesías en esta lengua comprenden dos tomos de sus obras completas. Fué *Mestre en Gay Saber* y popularizó las tradiciones catalanas y provenzales en toda España y en parte de América con poéticas leyendas que, como casi todo el resto de su obra, escribió en castellano.

De ideas políticas bastante avanzadas, su gestión administrativa

fué siempre intachable. Ocupó altos cargos: presidente de la Diputación provincial de Madrid, ministro varias veces, Presidente del Tribunal de Cuentas y del Consejo de Estado. Fué un gran patriota.

Como historiador, publicó, entre otros volúmenes, *Los frailes y sus conventos*, *Historia de Cataluña*, *Historia de los trovadores* y *El Monasterio de Piedra*. No se cuidó del aseo y pulcritud del estilo ni tampoco mucho de la verdad histórica, pero infundió a sus textos un entusiasmo y una emoción poética que para sí hubiera querido el documentado y estudioso don Antonio de Bofarull que tanto estudió los modos de zaherir a su rival. Publicó además Balaguer gran cantidad de monografías históricas en las que, como en toda su copiosísima obra literaria, buscaba ante todo la amenidad y el interés. En general, todos los escritores de la pasada centuria se preocuparon mucho menos de la belleza de la forma literaria que de la elección de los temas. Para el romanticismo, el estilo solía ser una minucia.

Víctor Balaguer, que alcanzó todas las cimas de la notoriedad, fué también Académico de la Lengua y de la Historia. Nacido en Barcelona en diciembre de 1824, murió en Madrid en 1901.

MANUEL ANGELÓN. Este dramaturgo y novelista, que vió la luz en Lérida en 1851, figura entre los fundadores del moderno teatro catalán. Sin embargo, alguna de sus obras teatrales, como *El ángel de la paz* y *¡Pobre Madre!*, las escribió en castellano.

Todas las obras de este autor, tanto dramas como novelas, tienen un fondo ejemplar y moralizador y por su interés, colorido y amenidad merecieron ampliamente el favor del público.

De sus novelas castizamente románticas, escritas casi todas en castellano, la que más fama alcanzó fué *Treinta años o la vida de un jugador*, publicada en 1862. No sería aventurado afirmar que todavía hoy se lee y que en su tiempo se leyó tanto como la de Ayguals de Izco *María o la hija de un jornalero*.

Manuel Angelón falleció en Barcelona en mayo de 1889.

CELESTINO BARALLAT. Estudioso erudito y culto periodista que trató con acierto temas de sociología, economía y derecho político, su mayor mérito literario fué, sin duda, el de la pulcritud y esmero con que tradujo al castellano las obras de Horacio. Puede decirse sin exageración que fué uno de los mejores traductores que tuvo en España el gran clásico latino. Y, entusiasta asimismo del excelso Mistral, tradujo también limpiamente al castellano las tiernas y deliciosas páginas de *Mireya*.

Fué Secretario de nuestra Corporación en la que ingresó en 1877. Murió el 2 de noviembre de 1905.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH. De los escritores ingresados en nuestra Corporación en la pasada centuria, Rubió y Lluch fué el único al que quien esto escribe no sólo conoció, sino trató íntimamente. Puede, por tanto, atestiguar cuánto fué el atractivo intelectual de este hombre cuyo ingenio, erudición y bondad eran placer para sus oyentes. Muerto a los 81 años, cuando en los últimos de su vida tenía el cuerpo caduco y los ojos casi ciegos, su espíritu, su conversación y su rostro, riente siempre, conservaban el vigor, la lucidez y la jovialidad de los cuarenta años.

Si nos pareció que encomiábamos dignamente a Milá y Fontanals diciendo que fué el Maestro de Menéndez y Pelayo, creemos poder definir con un solo trazo, justo también, la personalidad de Rubió y Lluch diciendo que fué uno de los discípulos más predilectos y aventajados de Milá y Fontanals, a quien sucedió en su cátedra de la Universidad de Barcelona. A su vez Rubió y Lluch fué maestro de muchos escritores y catedráticos que brillaron o brillan hoy en las Letras españolas.

La historia y la literatura de Cataluña le deben investigaciones de gran valor, como la edición de *Curial e Güelfa,* los libros sobre la *Crónica de Pedro el Ceremonioso* y muchos otros.

Rubió y Lluch, que ingresó en nuestra Academia en 1889 y en la Real Española en 1927, tiene una obra literaria en castellano muy copiosa debida principalmente a su intensa colaboración en revistas de Centro-América. Esta colaboración, que duró diez años, está representada en unos 200 artículos sobre temas varios: cuestiones didácticas, política religiosa, literatura, estudios críticos sobre autores españoles e hispanoamericanos, etc. Una selección de estos artículos y de otros posteriores se publicó en 1923 bajo el título de *Estudios Hispano-Americanos, 1889-1922.* Esta producción periodística, poco conocida en España, y en la que formuló inteligentes juicios que muestran las líneas esenciales de su pensamiento a las que permaneció siempre fiel, ofrece un aspecto muy interesante de su culta labor literaria. Procuró siempre con un entusiasmo de apóstol la difusión de la fraternidad hispano-americana.

Rubió y Lluch dedicó varios estudios a la expedición catalana a Oriente, entre los que destaca *La expedición y dominación de los catalanes en Oriente juzgadas por los griegos.* Muy digno de mención es también su estudio sobre *El sentimiento del honor en el Teatro de Calderón* (1882). El estilo de Rubió, que era elocuente, fogoso y de amplios períodos en los discursos académicos de sus primeros tiempos, se hizo luego más sereno y conciso; siempre correcto y bello.

Un aspecto olvidado de la producción en castellano de este ilustre académico es su labor de traductor literario. A este renglón pertenecen las colecciones de *Narraciones populares catalanas de Sebastián Farnés* y de *Novelas griegas* (Bikelas, Drosipnis, Eftaliotis, Palamas y Vizyenos) que vieron la luz en 1893.

En sus últimos años volvió a cultivar el castellano en artículos sobre escritores americanos, sobre Menéndez y Pelayo y sobre la condesa de Doña Marina. Su último escrito en la lengua de Castilla fué su discurso de ingreso en la Real Academia Española (1930).

Rubió y Lluch, que fué también un poeta de depurado corte clásico, colaboró en todas las publicaciones de carácter literario y artístico de Barcelona. Querido por todos, dedicó infatigable su vida larga, fértil y generosa al estudio, la investigación y la enseñanza.

Murió en Barcelona en 1937.

ELS POETES CATALANS EN LA REIAL ACADÈMIA DE BONES LLETRES

Per JOSEP M.ª LÓPEZ-PICÓ

La recepció pública de l'Acadèmic numerari sota-signant es celebrà el 30 de maig de l'any 1948. Em fou conferida la vacant del poeta Francesc Matheu i Fornells en la meva significació, com la d'ell, de poeta en llengua catalana.

El senyor Matheu ostentava la medalla número 7 que havien ostentat Francesc Ubach i Vinyeta i Adolf Blanch i invocava el mestratge d'altres poetes Acadèmics, fidel a la continuïtat vinculada orgànicament als Jocs Florals dels quals fou co-restaurador entusiasta.

Fou també generós animador de la *Il·lustració Catalana* i de la seva Editorial, closa amb els Quaderns de *Lectura Popular*.

Antoni de Bofarull publicà, amb el títol *Los trobadors nous*, un recull de poesies catalanes escollides d'autors contemporanis. El col·lector encapçala, en publicar-la, la seva obra amb aquesta Dedicatòria: «Al temps passat... una llàgrima; al present... un sospir; a l'esdevenidor... una ullada».

Figuren en la tria composicions de tots els senyors Acadèmics enaltidors de la poesia catalana i ajudaran a recollir objectivament l'historial dels seus mereixements les referències que constitueixen el fitxer de dades necessàries per al desenrotllament del present treball.

Cal fer constar, però, que l'Acadèmia no havia deixat mai de banda el català, ni en aquells moments que acostumava a donar-se-li lloc únicament en festes o reunions de caràcter humorístic.

El Secretari senyor Martí de Riquer, en el resum de tota la història de l'Acadèmia, ja subratlla aquest fet que avui constitueix un dels aspectes més interessants integradors de l'atenció que li ha merescut sempre la nostra llengua.

VÍCTOR BALAGUER

Nat a Barcelona l'11 de desembre de l'any 1824. Acadèmic l'any 1853. Fou Cronista de la ciutat de Barcelona. Signava amb el pseudònim *Lo trobador de Montserrat*. Cooperà al restabliment dels Jocs Florals l'any 1859. L'any 1861 fou proclamat Mestre en Gai Saber. Fundà a Vilanova i Geltrú el Museu-Biblioteca Balaguer. Cal assenyalar entre les seves múltiples publicacions catalanes *Tragèdies* i *Noves tragèdies*. Morí a Madrid el 14 de juny de l'any 1901. L'objecció principal que pot fer-se a Víctor Balaguer és la de la seva prolixitat, que no arriba a fer-nos oblidar l'infantilisme que massa sovint hi manifesta. A propòsit, recordem l'anècdota referent a Paul Maurice que cita Azorín en el seu opuscle jovenívol «Charivari». Paul Maurice, amb el títol «Les quatre âges» i el subtítol : «Poème épique en deux verses», ho resumeix així :

L'home respire, aspire
soupire, puis expire.

MIQUEL ANTON MARTÍ

Figura en la tria *Los trobadors nous*. Nomenat Acadèmic l'any 1844. Morí el 17 de desembre de l'any 1864.

MANUEL MILÀ I FONTANALS

Nat el 4 de maig de l'any 1818. El 1847 fou nomenat catedràtic de Literatura general i espanyola de la nostra Universitat. Havia ingressat a la Reial Acadèmia de Bones Lletres l'any 1845. En fou President disset anys consecutius i més tard President Honorari. Fou també President dels Jocs Florals l'any de la seva restauració (1859) i l'any 1883, vint-i-cinquè aniversari de la celebració de la Festa. Tingué per deixeble el senyor Marcelino Menéndez y Pelayo. Demés de les seves poesies, cal subratllar entre els seus múltiples estudis, la *Història dels trovadors provençals, El Romancerillo* i *La poesía heroico-popular castellana*. Morí l'any 1884.

JOSEP LLUIS PONS I GALLARZA

Nat a Sant Andreu de Palomar el 24 d'agost de l'any 1823. Fou Catedràtic de Retòrica a la nostra Universitat i demanà que se'l destinés a Mallorca, on exercí el magisteri a la Càtedra d'Història i Geografia. Ingressà a la nostra Acadèmia l'any 1852 i meresqué d'ella honorífics esments per les seves comunicacions poètiques com

La llegenda del Castell de Moncada i el poema en lloança de Joan Fivaller. Fou proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1867 i presidí els Jocs Florals de Barcelona els anys 1870 i 1878. Morí el 24 d'agost de 1894.

Tomàs Aguiló

Nat a Palma el 30 de maig de 1812. Incorporà la intellectualitat mallorquina al renaixement català. Fou elegit acadèmic honorari l'any 1842. Morí a Palma l'any 1882.

Josep Sol i Padrís

Nat a Barcelona el 3 de juny de l'any 1816. Figura entre els poetes de *Trobadors nous*. Ingressà a l'Acadèmia l'any 1852. Morí a Sans el 2 de juliol de 1885.

Francesc Camprodon

Nat a Vich el 4 de març de l'any 1816. Es autor de diverses poesies catalanes i d'obres de teatre català en vers ; una de les més assenyalades, *La Teta gallinaire*. Ingressat a l'Acadèmia l'any 1852 ;

Adolf Blanch

Nat l'11 de gener de l'any 1832. Fou Secretari de la Universitat i de la Reial Acadèmia de Bones Lletres, en la qual ingressà l'any 1861. Proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1868, presidí els Jocs Florals del 1869. Morí el 7 de febrer de l'any 1887.

Miquel Victorià Amer

Nat a Palma l'any 1837. Fou co-restaurador dels Jocs Florals l'any 1859 i un dels primers set Mantenidors. L'any 1908 en fou nomenat President honorari. Figura entre els poetes de *Trobadors nous* i traduí al català poetes estrangers del seu temps. Ingressà a l'Acadèmia l'any 1861. Morí l'1 de febrer de 1912.

Lluís G. de Pons i de Fuster

Fill de Manresa. Seleccionat per a figurar entre *Trobadors nous*. Elegit Acadèmic l'any 1861.

MARIAN AGUILÓ

Nasqué a Palma el 16 de maig de l'any 1825. Fou un gran apòstol del Renaixement Català a Mallorca. Fundà els Jocs Florals de València. Publicà una *Bibliografia Catalana* premiada per la Biblioteca Nacional i ordenà un Diccionari publicat per l'Institut d'Estudis Catalans. Proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1866, presidí els Jocs Florals els anys 1867 i 1888. Publicà la Biblioteca Catalana, en la qual destaquen: *Fets del Rei En Jaume, Tirant lo Blanc, Llibre de Consolació* i *Fèlix de les Meravelles.* Ingressat Acadèmic l'any 1852. Morí el 6 de juny de 1897.

TERENCI THOS I CODINA

Nat a Mataró l'1 de setembre de l'any 1845. Fou Catedràtic d'Economia Política i Legislació Industrial de l'Escola d'Enginyers de Barcelona. Acadèmic l'any 1863. Mestre en Gai Saber l'any 1887. En prosa publicà una col·lecció de rondalles populars amb el títol *Llibre de la Infantesa,* l'any 1866. Morí a Mataró el 27 d'abril de l'any 1903.

DAMAS CALVET

Nat a Figueres l'11 de desembre de l'any 1836. En un viatge a França fou nomenat Felibre l'any 1861. Ingressà a l'Acadèmia el 27 d'abril de l'any 1872. Proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1878. La nostra Acadèmia premià l'any 1850 l'esbós del seu poema : *Mallorca Cristiana.* Morí el 2 de novembre de l'any 1891.

LLUIS CUTCHET

Nasqué a la Cerdanya el mes de setembre de 1815. Figura en el recull *Trobadors nous.* Presidí els Jocs Florals l'any 1876. Més conegut com a historiador que com a poeta. Ingressat a l'Acadèmia l'any 1873. Morí el 27 de febrer de 1892.

F. DE P. MASPONS I LABRÓS

Nat a Granollers el 23 d'abril de l'any 1840. Ultra diversos càrrecs i honors en la seva professió jurídica, fou Mantenidor dels Jocs Florals de Barcelona els anys 1867-68 i 86 i President l'any 1897. Fou elegit Acadèmic l'any 1875. Col·laborà en tots els periòdics del seu temps i publicà des de 1871, amb el títol *Rondallaire,* diverses sèries de contes populars catalans i, amb el títol *Semprevives,* l'any 1885,

un aplec de traduccions selectes i de fantasies originals. Morí l'1 de setembre de 1901.

PERE NANOT RENART

Seguí la tradició literària de la branca materna de l'Acadèmic de Bones Lletres Renart-Arús, distingit per comèdies de costums. Ell cultivà el català amb poesies i estudis. Fou Mantenidor dels Jocs Florals l'any 1874 i elegit Acadèmic l'any 1877. Morí l'any 1886.

JOAQUIM RIERA I BERTRAN

Nat a Girona el 24 de gener de l'any 1848. Fou redactor de *La Renaixença* des de la fundació. Mestre en Gai Saber l'any 1890, i President dels Jocs Florals l'any 1904. Ingressà a l'Acadèmia l'any 1879.

JOSEP PELLA I FORGAS

Autor de diversos estudis monogràfics i treballs de Miscel·lània en català. Mantenidor dels Jocs Florals, President de l'Ateneu Barcelonès, de la Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País i de la Reial Acadèmia de Bones Lletres, en la qual ingressà el 30 de març de l'any 1878 i que presidí del 1911 al 1918. Morí l'11 d'octubre de l'esmentat any 1918.

JACINT VERDAGUER

Nat el 17 d'abril de l'any 1845. Obtingué als Jocs Florals de Barcelona el premi de la Diputació al poema *L'Atlàntida*, l'any 1877; l'any 1880 fou proclamat Mestre en Gai Saber; l'any 1880 i el 1881, designat President dels Jocs Florals. Fou el gran desamortitzador de totes les possibilitats del nostre llenguatge, així com Guimerà incorporà al català les essencialitats passionals i Maragall el sentit mític de la naturalesa i les abstraccions de l'esperit. Tots els seus llibres tenen importància. Esmentem com les més senyeres fites del seu genial desenvolupament: *Canigó, Oda a Barcelona, Idil·lis i Cants Místics* i *Flors del Calvari*, en els moments dolorosos de les seves darreries. Ingressà a l'Acadèmia l'any 1880. Morí el 10 de juny de l'any 1902.

FRANCESC UBACH I VINYETA

Nat el 5 de novembre de l'any 1843. Fundà la Societat literària *Jove Catalunya*. Fou proclamat Mestre en Gai Saber el 3 de maig

de 1874. Mantenidor dels Jocs Florals els anys 1878 i 1908. El 1905 els havia presidit. El seu recull de poesies líriques *Celístia,* fou la primera publicació de la seva copiosa producció. Cal assenyalar principalment el *Romancer Català, històric, tradicional i de costums.* Ingressà a l'Acadèmia l'any 1888. Morí l'any 1913.

Il·lm. Doctor Josep Torras i Bages

Nat a Vilafranca del Penedès el 12 de setembre de l'any 1846. Fou designat Bisbe de Vic l'any 1899 i consagrat a Montserrat el 8 d'octubre. Gran Mestre d'Estètica, autor de *La Tradició Catalana* i de senyeres Pastorals. Presidí els Jocs Florals l'any 1899 i nomenat Acadèmic de Belles Arts l'any 1896, i de Bones Lletres l'any 1898. L'estudi d'Ausiàs March, fa indispensable el seu nom en aquesta enumeració. El 27 de juny de l'any 1899 retornà a l'Acadèmia la Medalla n.º 33 que ostentava.

Frederic Rahola

Nat a Cadaqués el 18 de juliol de l'any 1858. Residí llargues temporades a Anglaterra, França i Itàlia. Li fou encomanada, entre altres, una missió comercial oficial a l'Argentina. Fundà la Casa d'Amèrica i presidí la Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País els anys 1914 i 1915. Ultra els reculls de poesia en llengua castellana, publicà l'aplec català *Oasis.* Obtingué als Jocs Florals de Barcelona l'Englantina d'or per la poesia *La tramuntana,* l'any 1897; i fou Mantenidor a les Festes dels anys 1903 i 1911. Ingressà a l'Acadèmia el 24 de juny de l'any 1902. Morí el mes de novembre de l'any 1919.

Teodor Baró

Nat a Figueres l'any 1842. Col·laborà al *Diario de Barcelona* i el dirigí algus anys. Fou autor de diverses obres de teatre català, entre els autors de la primera època. Poesies: *Poema del cor.* Membre del Jurat dels Jocs Florals l'any 1896. Ingressà a l'Acadèmia l'any 1902. Morí el 22 de setembre del 1916.

Ernest Moliné i Brasés

Nat el 28 d'agost de l'any 1868. Crític literari de *La Renaixença.* Dirigí l'edició crítica del *Llibre del Consulat de Mar* i el recull de *Les Cent millors poesies de la llengua catalana.* Ingressà a l'Acadèmia el

4 de maig de l'any 1913. El seu discurs d'entrada fou «La primera vint-i-cinquena dels Jocs Florals». Morí el 12 de febrer del 1940.

JOSEP PIN I SOLER

Polígraf, novellista (*La família dels Garrigues, Jaume* i *Niobe*) i traductor (*Utopia*, de Tomàs Morus, i *Elogi de la follia*, d'Erasme). L'any 1904 publicà *Sonets d'uns i d'altres*, amb un substanciós pròleg en el qual reprodueix sonets cabdals de Petrarca, Dant, Shakespeare, Lope de Vega, Góngora, Camoens, Baudelaire, Heredia, etcètera. Obres de teatre: *La tia Tecleta* i *Sogra i Nora*. Ingressat a l'Acadèmia el 15 de febrer de l'any 1914. Morí el 31 de gener del 1927.

RAMON MIQUEL I PLANAS

Nat a Barcelona l'any 1874. Formà part de la redacció de *Joventut*. Realitzà una gran tasca de divulgació: Traduccions catalanes de Longus i d'Apulei; textos clàssics catalans: Històries d'altres temps. Continuà la Biblioteca Catalana de l'Aguiló i la Folklòrica de Bertran i Bros. Dirigí i fou redactor únic de la revista *Bibliofilia*. Publicà en edició de bibliòfil un llibre de Poesies catalanes. Fou secretari de l'Ateneu. Ingressà a l'Acadèmia el 19 de juliol de l'any 1914. Morí l'any 1950.

APEL·LES MESTRES

Ingressà a l'Acadèmia el dia 21 d'abril de l'any 1918. Demés d'obres en prosa (*La peresa, La Casa vella, Records i fantasies*) i d'obres de Teatre, algunes de les quals, representades al Principal de Barcelona 150 vegades com *Nit de Reis* i, a tot Catalunya, centenars de vegades com *La sirena*, publicà diversos volums de poesia lírica, *Idillis, Balades, Abril...* i poemes: *Margaridó, Liliana, Poemes de mar*. Obtingué als Jocs Florals de Barcelona els tres premis ordinaris i d'altres extraordinaris. Fou proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1908. Morí el 18 de juliol de 1936.

BONAVENTURA BASSEGODA AMIGÓ

Nat el 16 de maig de l'any 1862. Escriví novelletes i obres de teatre en vers. Exercí la crítica d'art a *Diario de Barcelona* i *La Vanguardia*. Fou Mantenidor dels Jocs Florals els anys 1889 i 1890 i obtingué molts premis en Certàmens literaris de tot Catalunya.

Fou elegit Acadèmic el 12 de febrer de l'any 1922. Morí l'any 1940.

LLUÍS VIA PAGÈS

Nat el dia 1 de novembre de l'any 1870. Fou un dels fundadors de la revista *Joventut*, prologador de l'obra poètica de Guimerà, presentador de Víctor Català, Mantenidor dels Jocs Florals i traductor de poetes italians. Escriví quadrets en prosa a *La Renaixença*. Ingressà a l'Acadèmia el 9 de desembre de 1923. Morí l'any 1940.

ARTUR MASRIERA I COLOMER

Nat a Barcelona el 16 de juliol de l'any 1860. Col·laborà als periòdics *Lo Gay Saber*, *La Renaixença* i *La Illustració Catalana*. Fou proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1905 i el segon aplec de les seves *Poesies* fou prologat per Mossèn Cinto. Ingressà a l'Acadèmia el 8 de juny de l'any 1924. Dirigí l'Enciclopèdia Espasa i exercí la crítica literària a *Diario de Barcelona*. Traduí diverses obres mestres de la literatura universal. Morí el 25 de setembre de l'any 1929.

* * *

Són indispensables a l'objectivitat de la precedent enumeració, els recordatoris dels acadèmics senyors Eduard Llanas, 1891-1901; Lluís Segalà, 1916-1938; Lluís Viada i Lluch, 1921-1938; reverend P. Ignasi Casanovas, 1921-1936; Alfons Par i Tusquets, 1924-1936, i Joan Perpiñà i Pujol, 1930-1942; propulsors, traductors i comentadors del català i al català en relació amb la poesia.

Quant a la referència al meu antecessor Francesc Matheu, cal afegir a les indicacions que encapçalen aquesta relació que nasqué el 16 d'octubre de l'any 1851. Fou proclamat Mestre en Gai Saber l'any 1897. Presidí els Jocs Florals l'any 1902. Havia ingressat a la Reial Acadèmia de Bones Lletres el 28 de maig de l'any 1922 i morí el 10 de desembre del 1938.

El mateix senyor Matheu, en el seu discurs d'ingrés precisa, en vers i amb afinada justesa, la significació de la Trinitat del Mestratge rector de la unitat de designis de la Renaixença Catalana: Milà i Fontanals, llum; Balaguer, flama; Aguiló, foc; dins una tradició beneïda per Torras i Bages, com el patrimoni irrenunciable de l'expressió de la qual fou (advertia Menéndez y Pelayo) orfe, dins els límits de la «Escuela Catalana», el poeta Manuel de Cabanyes.

No pot fer-se a la nostra Reial Acadèmia el retret d'estèril que Gracián (també Azorín ho recorda en un dels seus primers escrits

de jovenesa) : *No todo lo que se prosigue se adelanta,* i sí li correspon la distinció d'haver practicat el que Corneille afirma en el vers : *Qui peut tout ce qu'il veut, veut plus que ce qu'il doit.*

L'Acadèmia equilibra l'eficàcia de la convivença dels doctes i dels homes de lletres, singularment dels poetes, de guisa que no li escaigui el plany de Chateaubriand quan alludia al mal que fan els escolars amb birret de doctor. Si els poetes participen de la vida de tots, no desmereixen entre els professionals de l'estudi i es poden permetre, com el Joan Conill de La Fontaine, d'anar-se'n a festejar a l'ombra de la farigola i la rosada.

Això ha estat i aquesta és la continuïtat d'una acció : concretesa i miracle, voluntat d'escola i fidelitat de llar. L'instint de la llengua s'enlaira a la capacitat abstracta de l'expressió, i com el rei de França encoratjava el poeta Joaquim du Bellay a la defensa i illustració de la llengua francesa, l'Acadèmia, sortosament batejada de *Bones Lletres,* estimula el deler de saber per tal que el seny maduri les inquietuds de l'experiència i tots plegats, en honesta companyia, servim la Bellesa, entre la Veritat i la Poesia.

LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS Y EL ROMANTICISMO

Por MANUEL DE MONTOLIU

RAMÓN MUNS Y SERIÑÁ (nace en Barcelona en 1793; † 1856)

Es muy probable que a la influencia más o menos directa del Romanticismo fuese debida la fundación en Barcelona de la «Sociedad Filosófica», formada de jóvenes literatos, escritores y artistas, porque de ella salió el que Milá ha calificado de padre de la escuela catalana, Buenaventura Carlos Aribau, quien tanto había de contribuir al triunfo del Romanticismo catalán con su célebre Oda. De la «Sociedad Filosófica» formaron parte Aribau, Muns y Seriñá, Santpons, Martí, Cortada, López Soler, etc. Pero en este hecho y en otros contemporáneos de él encontramos el sentimiento consciente y reflexivo de una nueva escuela literaria. Y es cierto que antes de la revista *El Europeo,* fundada por Aribau en 1824, no encontramos ni en Cataluña ni en el resto de España una exposición sistemática de los principios y doctrinas del Romanticismo. Menéndez y Pelayo por su parte escribe: «Los primeros atisbos de lo que después se llamó romanticismo se encuentran en *El Europeo,* aquella revista que en 1824 publicaban... Aribau y López Soler».

Aunque la aparición del *Europeo* señala el primer triunfo del Romanticismo en España, hemos de guardarnos de creer que el Romanticismo saliese fácilmente victorioso en Cataluña y, en general, en toda España. Fué una victoria relativamente lenta y por etapas la que obtuvo la nueva doctrina sobre el clasicismo tradicional en los cenáculos intelectuales. Los testimonios de ese tránsito gradual de una a otra de esas dos escuelas son numerosos. Muns y Seriñá, por ejemplo, traduce Chateaubriand y al mismo tiempo escribe versos de carácter clásico. Altés y Gurena, si bien escribe la comedia *Los Caballeros de la Banda,* imitación del teatro de Lope y de Moreto, no abandona los cánones del teatro clásico en sus tragedias *Mudarra* y *González Bustos de Lara.* Roca y Cornet, que ya desde 1829 se dió

a conocer como poeta y crítico en el *Diario de Barcelona,* traduce a Lamartine y llena de elogios a Walter Scott, pero en sus versos se inspira en Horacio y Moratín. Ribot y Fontseré, que había de ser el caudillo de la falange ultrarromántica, escribe *Los descendientes de Laomedonte,* obra que, según él mismo confiesa, está «inspirada en los estériles conocimientos que le había sugerido el escolasticismo de sus preceptores». Finalmente, en plena expansión del Romanticismo, vemos surgir la figura de Manuel de Cabanyes, que intenta salvarse de la inundación romántica refugiándose en Horacio y en el neoclasicismo italiano.

Durante el tercer y cuarto decenios del siglo pasado, el romanticismo catalán tiene como su máximo ídolo a Walter Scott. La tarea de sus traductores adquirió proporciones considerables. Pero esta tarea no se detiene en las obras del célebre novelista escocés. Los impresores Oliva de Barcelona y Cabrerizo de Valencia publican traducidas al castellano algunas obras importantes del Romanticismo escéptico y sentimental. Corren traducciones del *Werther* y de algunas obras de Byron y Chateaubriand, y Muns y Seriñá publica una traducción del *René.*

Muns, además, figura como uno de los primeros cultivadores de la poesía catalana. En 1841 leyó en nuestra Academia un poemita humorístico escrito en catalán, y en 1845 escribió la traducción catalana de buen número de Himnos litúrgicos.

Francisco Altés y Casals

Francisco Altés y Casals, conocido en el mundo de las letras con el nombre de Gurena y con el seudónimo de Selta Runega (murió en Marsella en 1838), fué uno de los escritores a los que la reacción triunfante en 1824 obligó a emigrar a Francia. Fué hombre de ideas progresistas, constitucionalista convencido. Merece atención como poeta dramático, porque algunas obras en verso, que escribió para el teatro, de asunto histórico y legendario, señalan la entrada del romanticismo en España en fecha anterior a la de *Don Alvaro* del duque de Rivas, y por la coincidencia del espíritu que anima a su dramática con las tendencias arqueológicas y medievales que caracterizan a la escuela de los románticos catalanes. De sus cuatro dramas *Los caballeros de la Banda, Edipo en Tebas, Mudarra* y *Gonzalo Bustos de Lara,* el que obtuvo más éxito y popularidad fué el último, el cual, imparcialmente juzgado, es una de las mejores y más sólidas producciones del teatro romántico español de principios

del siglo XIX. Esta obra, a pesar de sus muchas influencias clásicas, entra de lleno en la tendencia histórica del drama romántico.

Altés, aunque escribe la comedia *Los caballeros de la Banda*, imitación de Lope de Vega y Moreto, no abandona los cánones del teatro clásico en sus tragedias *Mudarra* y *Gonzalo Bustos de Lara*.

Ramón López Soler

Ramón López Soler fué compañero de B. Carlos Aribau en la publicación y redacción de la revista *El Europeo*, que apareció el primero de octubre de 1823 en Barcelona. *El Europeo* fué, sin duda, la primera manifestación consciente y organizada del Romanticismo en España.

López Soler nació en Barcelona. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Cervera. Fué uno de los socios de la Sociedad Filosófica de Barcelona en la cual leyó diversos trabajos literarios. Colaboró en el periódico *El Constitucional*. Perseguido por el gobierno reaccionario, salió de Barcelona y se trasladó a Valencia, donde siguió consagrado a la literatura. En 1832 se trasladó a Madrid y al año siguiente volvió a Barcelona, donde se encargó de la dirección del periódico *El Vapor*, continuación de *El Europeo*. En 1835 se trasladó a Francia, volviendo a Barcelona en diciembre del mismo año. El año siguiente, 1836, se estableció otra vez en Madrid y murió en esta ciudad el 21 de agosto de 1836. López Soler escribió gran número de artículos, novelas y poesías; se distinguió como traductor de novelas extranjeras y fué autor de algunas imitaciones de las obras de Walter Scott.

El más decidido y activo compañero de Aribau y el más asiduo redactor de *El Europeo*, fué López Soler, el cual trabajó infatigablemente para propagar las doctrinas de la revolución romántica en España. De temple intelectual inferior al de Aribau, poseía, en cambio, todas las dotes de propagandista: facilidad de redacción, imaginación fogosa, actividad incansable, comprensión rápida, entusiasmo y agresividad en la polémica. Milá y Fontanals decía de él que poseía el lenguaje propio de la narración romántica, que era un distinguido versificador y le consideraba como el predecesor de Piferrer. López Soler fué principalmente un admirador incondicional de Walter Scott, y su contribución más brillante a la campaña de *El Europeo* fueron precisamente sus, más que estudios críticos, panegíricos de la obra del gran novelista escocés. Tan absorbente fué su admiración y devoción al ídolo de los románticos catalanes, que su producción original no es más que una imitación fiel de las obras del gran no-

velista. La más leída de sus novelas históricas, *Los bandos de Castilla* o *El caballero del Cisne*, publicada en Valencia en 1830, viene a ser una amalgama de *Ivanhoe* y de *Wawerley* de Walter Scott.

La campaña pro Walter Scott de López Soler tuvo gran aceptación. Roca y Cornet, en el *Diario de Barcelona*, se constituyó en entusiasta auxiliar de los redactores de *El Europeo* y publicó en sus páginas artículos encomiásticos de las más famosas obras del célebre novelista. La corriente de imitación scottiana inundó el campo de las letras catalanas. Juan Cortada escribió novelas románticas cortadas en el mismo patrón de las de Scott, como *Tancredo en el Asia* (1833), *La heredera de Sangumí* (1835), y otras. Antonio Bergnes de las Casas fundó en 1833 una editorial que se dedicó principalmente a la traducción de las obras de Walter Scott. Por los mismos años el impresor Oliva inaugura su «Biblioteca Selecta» de novelas en la que figuran también traducciones e imitaciones del autor de *Wawerley*.

La atenuación de la política persecutoria del régimen absolutista, iniciada por la subida al poder del «despotismo ilustrado», produjo efectos inmediatos en la vida intelectual de Cataluña. López Soler vuelve a Barcelona dispuesto a reanudar su incansable actividad de propangandista del Romanticismo, y lo encontramos en 1833 fundando un nuevo periódico, literario, mercantil, que es bautizado con el nombre simbólico *El Vapor*. Para López Soler no han pasado los años. Su nuevo periódico vibra con los mismos ideales que habían formado el alma del malogrado *El Europeo*. El cenáculo romántico vuelve a reunirse en Barcelona y encuentra en el hogar del nuevo periódico la llama del mismo ideal que había iluminado diez años atrás las inteligencias de los iniciados. Pero estos diez años de éxito y de silencio no habían pasado en vano. El grupo literario anterior, el de 1823, el de *El Europeo*, no estaba aún bien imbuído del sentido histórico, nacional, esencial del Romanticismo. Aquellos idealistas buscaban el fundamento de sus doctrinas y teorías más en la ética y la filosofía que en la historia y la literatura. Pero en la generación de 1833, las ideas motrices que se agitan en el fondo del Romanticismo catalán iban a rasgar por primera vez sus envolturas y después de sembradas en terreno fértil, empiezan lentamente a echar raíces preparando los futuros brotes.

IGNACIO SANTPONS Y BARBA

Ignacio Santpons y Barba nació en Barcelona en 1795 y murió en la misma ciudad en 1846. Fué una de las personalidades más distin-

guidas de la intelectualidad catalana de aquella época. Gozó de una sólida reputación como jurisconsulto. Las notas de carácter filosófico e histórico con que ilustró el código de las *Siete Partidas* le valieron una bien merecida fama. Miembro de la «Sociedad Filosófica», colaborador de las revistas catalanas que por España propagaron el Romanticismo, se ha de reconocer como personalidad de grandes iniciativas en la tarea de difusión cultural a la que se consagró el grupo de redactores de *El Europeo*, porque en 1821, esto es, dos años antes de la publicación de este célebre periódico, Santpons emprendió la publicación del *Periódico Universal de Ciencias, Literatura y Artes*, que estaba inspirado en ideales muy semejantes a los de *El Europeo.* La publicación no tuvo éxito por falta de ambiente y cesó después de una corta vida de cinco meses. Tomó parte activa en la empresa editorial de traducciones de obras maestras del Romanticismo y contribuyó al renacimiento de los estudios sobre la antigua historia de Cataluña con una notable Memoria, que leyó en la Real Academia de Buenas Letras, sobre las antiguas Cortes catalanas.

JUAN CORTADA

Juan Cortada y Sala nació en Barcelona el 21 de marzo de 1805. Siguió la carrera de abogado en las Universidades de Alcalá de Henares, Cervera y Barcelona. Fué profesor de la Catédra de Historia y Geografía y Director del Instituto de segunda Enseñanza de Barcelona. Como redactor y colaborador del *Diario de Barcelona* publicó muchos y notables artículos sobre costumbres, política y cuestiones literarias, que firmaba con el seudónimo Aben-Abulema. Escribió una *Historia de España* que fué muy celebrada y popular en su tiempo. En otra obra, titulada *Cataluña y los catalanes,* vindicó para nuestra región importantes inventos y progresos en artes y ciencias que pasaban como salidos de otros países. Como poeta y novelista escribió *Tancredo en el Asia* (1833), novela histórica ; la traducción catalana de la novela italiana en verso y en dialecto milanés, de Grossi, *La fuggitiva,* con el título *La noya fugitiva* (1833) ; *Los herederos de Sangumí* (1835), romance histórico ; *Lorenzo,* novela histórica ; otras novelas de costumbres y otras obras de menor importancia. Murió en San Gervasio el 9 de julio de 1868.

Juan Cortada fué uno de los amigos de Buenaventura Carlos Aribau y fué socio fundador de la Sociedad Filosófica, fundada y dirigida por este último escritor. Fué uno de los admiradores más entusiastas de Walter Scott y en sus novelas *Tancredo en el Asia* y

La heredera de Sangumí acusan en él una gran influencia de las obras del gran novelista escocés.

Juan Cortada fué uno de los miembros de la Sociedad de Escritores que publicó un *Diccionario quintilingüe* (castellano, catalán, latín, francés, italiano), empresa en la que también colaboraron Miguel Antonio Martí y Ramón Bordas. Juan Cortada fué un escritor típico de la escuela catalana que hizo uso preferente de la lengua castellana en los primeros tiempos del renacimiento literario catalán. Cuéntase de él que para adquirir facilidad en el uso literario de la lengua castellana se aprendió de memoria todo el *Don Quijote*. Sin embargo, puede afirmarse que él no fué ajeno a la propaganda del grupo más consecuente de los que defendían el uso literario del catalán con exclusión del castellano. Abona esta afirmación una anécdota. Como preparación de la fundación de los Juegos Florales, Juan Cortada y sus incondicionales organizaron por vía de ensayo, en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, un certamen literario de poesía catalana, el cual se celebró en 1842. Obtuvo el premio Rubió y Ors, el cual fué solemnemente coronado en el acto con el birrete de seda de trovador decorado con la simbólica englantina de plata. Piferrer, que se había mantenido alejado de esta iniciativa, calificó la fiesta con el título burlesco de «Certamen programático-cortádico-académico», por la parte que había tenido en su organización Juan Cortada.

La orientación de Cortada hacia el movimiento renacentista, iniciada en su participación en el acto literario que acabamos de mencionar, acabó de cristalizar en su colaboración franca y abierta en la primera fiesta de los Juegos Florales, acabados de fundar, la cual se celebró con gran pompa en 1859 en Barcelona. Juan Cortada participó en la fiesta como miembro del primer Consistorio, presidido por Manuel Milá y Fontanals e integrado por Antonio de Bofarull, secretario; Víctor Balaguer, Joaquín Rubió y Ors, Juan Cortada, Miguel Victoriano Amer y José Luis Pons y Gallarza.

Joaquín Roca y Cornet

Joaquín Roca y Cornet nació en Barcelona en 6 de febrero de 1801. Fué bibliotecario en la Biblioteca Provincial y Universitaria de Barcelona. Consagró su actividad principalmente al periodismo. A los quince años de edad publicó su primer trabajo en el *Diario de Barcelona*. En 1831 recibió del propietario de este *Diario* el nombramiento de redactor único. En sus páginas publicó innumerables artículos sobre moral, filosofía, historia y crítica literaria. Fué uno

de los pocos escritores que llamaron la atención sobre el mérito de la poesía de Manuel de Cabanyes. En 1840 fundó una revista con el título *La Religión*, de la que fué único redactor y director. En 1841, juntamente con Balmes y Ferrer y Subirana, fundó la revista quincenal, religiosa, política y literaria *La Civilización*. Está publicación se interrumpió en 1843 a la muerte de Ferrer y Subirana por haberse separado de ella Balmes para publicar él solo *La Sociedad*. Entonces Roca y Cornet volvió a publicar *La Religión*, que sólo consiguió vivir dos meses. Roca y Cornet, como crítico literario se distinguió por la ponderación de sus juicios en los artículos del *Diario de Barcelona*, y en el *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, obra que mereció fervientes elogios de Balmes y José María Quadrado. Roca y Cornet murió en Barcelona el 11 de enero de 1873.

El Romanticismo no triunfó fácilmente en Cataluña y en general en toda España. El cambio de orientación fué efecto más bien de un tránsito gradual del clasicismo tradicional al romanticismo moderado, cristiano, medieval y tradicionalista, a la cabeza del cual se colocó el sólido magisterio de Milá y Fontanals. Puede afirmarse que el definitivo triunfo del Romanticismo en Cataluña se debió a la publicación del artículo «Clásicos y románticos» que Milá y Fontanals publicó en *El Vapor* en agosto de 1836. Este artículo es una profesión de fe romántica que acabó de arrastrar a los vacilantes al campo de las ideas y teorías triunfantes en los países del Occidente. No habían faltado antes de aquella fecha escritores que pusieron su esfuerzo en busca de una fórmula de conciliación entre el ideal antiguo y el moderno. Uno de ellos fué Roca y Cornet, el cual publicó con esta finalidad una serie de artículos en el *Diario de Barcelona* con el título «Clásicos y románticos». Pero el mismo Roca y Cornet acabó por constituirse, en el *Diario*, en un entusiasta auxiliar de los redactores de *El Europeo* y publicó varios estudios encomiásticos de las más famosas obras de Walter Scott. El atrevimiento de Rubió y Ors al publicar sus poesías catalanas en su libro *Gayter del Llobregat*, encontró escasos estímulos en la crítica literaria de aquel período. Entre los contados juicios favorables que mereció su obra es digno de ser mencionado el de Roca y Cornet en la revista *La Religión*. Rubió y Ors, en su biografía de Milá y también en la de Roca y Cornet evoca las horas inolvidables que en el Café de las Delicias, en los claustros de la Universidad, en los cuarteles y cuerpos de guardia habían pasado juntos los compañeros de causa romántica, entretenidos en comentarios y discusiones sobre las novedades literarias del día.

ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS

Antonio Bergnes de las Casas nació en Barcelona el 20 de abril de 1800. Estudió humanidades, y se dedicó a las lenguas francesa, inglesa y alemana, las cuales llegó a dominar, hasta el punto de ganarse la vida como profesor de idiomas. Estudió también el griego antiguo y moderno, y publicó en 1833 una gramática griega. Bergnes fundó más adelante un establecimiento tipográfico, y para conseguir una instalación moderna y buscar novedades literarias hizo algunos viajes al extranjero, en particular a Alemania. Como editor se dedicó principalmente a las traducciones de las obras de Walter Scott. Él y otros editores inundaron de traducciones y revistas el mercado literario de España. Entre los escritores preferidos se cuentan, además de Walter Scott, Fenimore Cooper, George Sand, Chateaubriand y Manzoni. También publicó el *Museo de las familias,* revista en que salieron traducidos muchos artículos de la *Revista Británica,* y la revista llamada *El Guardia Nacional.*

Mención aparte, por su importancia, merece la notable revista *La Abeja,* de la cual fué director Bergnes, y redactores Miguel Guitart y Bosch, doctor en Medicina; Antonio Sánchez Comendador, catedrático en Mineralogía y Zoología en la Universidad de Barcelona; Antonio Rave, catedrático de Física, y Juan Font y Guitart. *La Abeja* salió durante cinco años, de 1862 a 1866 y llevaba el subtítulo de «Revista científica y literaria ilustrada, principalmente extractada de los buenos escritores alemanes». *La Abeja* fué sin duda el esfuerzo más serio que se hizo en España para dar a conocer las fuentes auténticas del Romanticismo y representa el coronamiento de todo el ciclo de la ideología romántica que había inaugurado el despertar intelectual de Cataluña, precursor y concomitante de su renacimiento literario. Su contenido, en efecto, es una verdadera selección, en lo que a la literatura respecta, de la producción del romanticismo alemán. Entre los nombres de los grandes escritores alemanes, encontramos en las páginas de *La Abeja* los de Herder, Klopstock, Novalis, J. P. Richter, Schleiermacher, Humboldt y otros ilustres románticos.

La actividad editorial de Bergnes, inspirada en un idealismo poco común y el amor más desinteresado al estudio, produjo más beneficios espirituales al público que materiales al propio editor, el cual salió arruinado de su empresa. Pese a todos los obstáculos, Bergnes prosiguió su tarea de traductor y editó obras y revistas de carácter enciclopédico. Establecidos en Barcelona los Estudios Generales, Bergnes fué nombrado catedrático de lengua griega. Berg-

nes murió en Barcelona en noviembre de 1879. En la revista *El Mundo ilustrado,* Antonio Rave publicó una biografía de Antonio Bergnes de las Casas.

PABLO PIFERRER

Pablo Piferrer nació en Barcelona el 11 de diciembre de 1818. Hijo de menestrales y falto de recursos, hubo de ganarse el sustento con el trabajo intelectual y sólo merced a esfuerzos heroicos pudo realizar su ideal de consagrarse al trabajo intelectual al que le llamaba su vocación. Estudió las carreras de Derecho y Filosofía y Letras y obtuvo una colocación en la Biblioteca Provincial y el cargo de profesor auxiliar en la Universidad. Colaboró en el *Diario de Barcelona* y en diversas revistas, como *El Vapor* y *El Guardia Nacional, La Corona* y *La Discusión,* esta última fundada por él mismo. La intensidad del trabajo intelectual al que Piferrer se consagró con verdadera fiebre consumió rápidamente las débiles fuerzas de su organismo, minado por la tuberculosis. Después de una vida tan fecunda, cuando su talento había empezado ya a revelarse en una serie de obras anunciadoras de una próxima producción genial y definitiva, la tisis le arrebató la vida, cuando acababa de cumplir los treinta años. Murió en Barcelona el 25 de febrero de 1848.

La complejidad de su genial talento fué la nota dominante en Pablo Piferrer. Poeta, historiador, arqueólogo, crítico literario y musical, pensador, todo esto fué Piferrer dentro de la más rigurosa unidad de personalidad y temperamento. «Nadie antes que él, escribió Milá y Fontanals, se había propuesto reunir en un conjunto armónico los trabajos del arqueólogo y del analista, del poeta y del descriptor.» Pero antes de esta diversidad de vocaciones Piferrer fué ante todo y sobre todo, un nobilísimo artista. Sus biógrafos nos cuentan que la confesión más frecuente que salía de sus labios en medio de las amarguras de su dura lucha con la vida era ésta: «Sólo tengo fe en el arte.»

Piferrer fué poeta en toda su obra. Dejó escritas un corto número de poesías castellanas que caen de lleno dentro de la escuela romántica. Su poesía es de tipo esencialmente germánico. Él y Carbó fueron los introductores de la Balada, que es la flor del romanticismo germánico. Otra cualidad tenía Piferrer como poeta: la de revestir su fantasía de una fuerte armadura de pensamiento. Cuando leemos, por ejemplo, la composición *La cascada y la campana,* un nombre asoma a nuestros labios: Schiller. El arqueologismo fué quizá el único sedimento que dejó el movimiento romántico en la

primera etapa de su influencia en Cataluña y Piferrer no fué uno de los devotos menos fervorosos de este peculiar aspecto del Romanticismo. Éste depositó también en él su substrato de pensamiento filosófico y a su influencia despertó en él una llama de reflexión, de entera religiosidad y de ponderación, virtudes básicas del alma catalana.

A Piferrer le corresponde la gloria de haber sido el primer descubridor no ya de la poesía popular antigua de Cataluña, sino, lo que es aún más meritorio, de la belleza de esta poesía arcaica. Con ello nos dió la prueba de la autenticidad y ortodoxia de su romanticismo, pues fué este movimiento literario el que impuso en Alemania y en Inglaterra la devoción y el culto de esta arcaica poesía popular conservada milagrosamente y transmitida de generación en generación por las poblaciones rurales más apartadas de las ciudades. Se sabe que Piferrer fué un incansable coleccionista de poesías y canciones populares catalanas y que pensó en publicarlas. Pero Milá, con la edición de su *Romancerillo* y aun otros coleccionistas catalanes se le adelantaron en esta publicación. Esta afición, exótica en su tiempo, fué de una trascendencia incalculable, pues contribuyó al resurgimiento de la poesía culta de Cataluña.

A Milá y Fontanals hemos de asignar el mérito de haber descubierto en Piferrer una vocación indiscutible de historiador. Fué Milá quien hizo la recomendación de Piferrer al dibujante Parcerisa, que buscaba un colaborador literario para ilustrar con un texto sus dibujos destinados al libro titulado *Recuerdos y bellezas de España*. Piferrer sólo tuvo tiempo para escribir dos tomos y medio de la obra : el de Mallorca, con la colaboración de José M.ª Quadrado, y el primer tomo de los dos correspondientes a Cataluña. Fué Pi y Margall el que, a la muerte de Piferrer, escribió el segundo. Como escribió el crítico Sardá, «los dos tomos y medio de los *Recuerdos* son la obra maestra del romanticismo catalán» y una de las pocas que han sobrevivido a las vicisitudes y cambios del gusto y de las corrientes. El libro de Piferrer tenía inicialmente una finalidad descriptiva. Para él los monumentos de Cataluña, principalmente los medievales, eran el libro viviente de su historia. Esos monumentos habían encontrado en Piferrer su intérprete inspirado que tuvo la misión de describir sus bellezas y recitar su historia. Piferrer tuvo el mérito de evitar en su glosa a los antiguos monumentos de su patria la fría curiosidad del arqueólogo y solamente permitió que en su libro campeasen la llama viva del artista y la visión evocadora del historiador. Obra como ésta de los *Recuerdos* no tiene precedentes en la historia literaria. Es toda de una pieza,

original creación de su genio, en la que él volcó toda la rica complejidad de su espíritu hecho de arte y reflexión, de poesía y sapiencia, de lirismo y de un extraordinario poder de evocación de las edades pretéritas.

Otro notable talento de Piferrer fué el musical. Sintió en su corta vida una ardiente pasión por la música y colaboró en el *Diario de Barcelona* durante un largo período como crítico musical. Es una gloria de Piferrer como crítico musical el haber combatido el falso gusto italiano que dominaba en el público de su tiempo y el haber interpretado el vacuo sentimentalismo de ópera como síntoma de la decadencia del arte. Y aún más glorioso es para él el haber presentido la revolución musical realizada por los grandes compositores alemanes de aquel período.

Como crítico literario dejó Piferrer su huella en los artículos y estudios sobre literatura antigua y moderna. Es digno de mención su artículo-programa publicado en *La Discusión,* revista mensual que él fundó en 1847. Y no hay que olvidar el prólogo que escribió al frente de su antología de *Clásicos españoles.*

En Piferrer se realiza una perfecta fusión del pensador, del poeta, del crítico y del historiador y reproduce en Cataluña la época de aquellos altos espíritus del humanismo romántico alemán que se llamaron Schlegel, Novalis y Herder.

Piferrer es una figura excelsa de restaurador. Todo su pensamiento, toda su obra están concentrados en esta palabra : restauración ; restauración de la personalidad de los pueblos, restauración del individuo, de la personalidad humana hollada por la pasión desatada de la masa anónima, vil instrumento de una demagogia sin freno ni conciencia. Piferrer tuvo plena conciencia de la necesidad que tenía el pueblo catalán y el español en general de restaurar su personalidad histórica. Piferrer hizo del Romanticismo la clave del porvenir de Cataluña, pues el Romanticismo era la fuerza intelectual, moral y social que podía abrir las puertas del ideal restaurador.

Según hacen constar sus contemporáneos, Piferrer fué decidido adversario del cultivo literario de la lengua catalana, que él consideraba poco apta para tratar asuntos elevados. Piferrer presenció con una sonrisa escéptica el primer Certamen de poesía catalana celebrado por la Academia de Buenas Letras de Barcelona en 1842. Piferrer calificó a la fiesta con el título burlesco de Certamen programático-cortádico-académico, por la parte que en él tuvo el escritor Juan Cortada.

Piferrer, junto con Milá, fué uno de los pocos escogidos que

bebió el Romanticismo en sus auténticas fuentes germánicas. Y no hay que olvidar que fué la sagaz mirada de Milá la que descubrió en todo su excelso mérito la personalidad de Piferrer.

MIGUEL ANTONIO MARTÍ Y CORTADA

No hemos podido averiguar la fecha del nacimiento de este escritor, que murió en 1845. Fué uno de los fundadores de la Sociedad Filosófica de Barcelona. En 1845 leyó su traducción catalana de la *Jerusalén conquistada,* de Torcuato Tasso, que ha quedado inédita. También tradujo al catalán la obra de Casti *Gli animali parlanti,* que tampoco ha sido publicada. Fué uno de los autores del *Diccionari quintilingüe.* Hombre modesto y enemigo de toda exhibición, su influencia en el movimiento renacentista de la lengua y literatura catalanas fué, sin duda, inferior a lo que se habría podido esperar de su cultura y de sus dotes intelectuales. En 1839 Miguel Antonio Martí publicó en el *Diario de Barcelona* una poesía catalana bajo el título *La nina del Port* y un volumen de poesías catalanas titulado *Llàgrimes de la viudesa,* de asunto íntimo.

JUAN ILLAS Y VIDAL

Nació en Barcelona en 1819 y murió en 1870. Fué uno de los redactores de *El Vapor* y uno de los más íntimos amigos de Piferrer. Éste elogió en el *Diario de Barcelona* algunas de las producciones dramáticas de Illas, entre otras, la titulada *Un bara,* de carácter histórico y escrita según el gusto romántico, a la sazón imperante. Illas y Vidal fué uno de los pocos que publicaron un juicio crítico sobre *Lo Gayter del Llobregat.* Lo hizo en el *Diario de Barcelona.*

JOSÉ LLAUSÁS Y MATA

Nació en Barcelona en 1817. Empezó la carrera de Medicina, que dejó por la de Derecho. Se consagró con preferencia al estudio de las lenguas y literaturas románicas y obtuvo por oposición la cátedra de lengua francesa del Instituto de Segunda Enseñanza de la misma ciudad, del cual fué después Director. Poseía a la perfección el francés y el italiano y dejó algunas traducciones definitivas de poesías italianas y alemanas. Mencionaremos la balada de Goethe *El Rey de Thule* y el *Cinque Maggio* de Manzoni. Fué un crítico literario de juicio robusto y ponderado y de una rica cultura. Murió en 1885. Llausás compartió plenamente con Piferrer la ferviente

devoción a la Alemania romántica y humanista y nos habla de la benéfica influencia del cambio espiritualista y cristiano que en literatura, en música, en las artes de imaginación todas anunció a principios de siglo la casta Alemania a las naciones sus hermanas. Llausás dedicó a la personalidad de Piferrer una bella y sentida semblanza moral en un artículo publicado en *El Fomento* en 25 de mayo de 1846 sobre el libro de aquel escritor *Clásicos españoles.*

Mariano Aguiló y Fuster

Decididamente hemos de colocar a Mariano Aguiló en el grupo de poetas románticos de su tiempo. Nació en Palma de Mallorca en 1825. Joven todavía, se trasladó a Barcelona recomendado a Rubió y Ors. Estudió la carrera de Derecho en la misma ciudad, donde trabó una fuerte amistad con Piferrer. Entró como auxiliar en la Biblioteca de San Juan de Barcelona, de la cual acabó por ser el bibliotecario. Hizo viajes a Madrid y El Escorial, y en sus bibliotecas tomó nota de todos los libros catalanes antiguos. Al mismo tiempo se dedicó con gran ahinco al excursionismo y empezó sus interminables excursiones a través de Cataluña. En 1858 fué nombrado bibliotecario primero en Valencia, donde contrajo gran amistad con Teodoro Llorente, que se convirtió gracias a esta amistad en un apóstol del renacimiento de la lengua valenciana. Entre sus obras y empresas editoriales, son dignas de mención las siguientes: *Cançons cavalleresques de Catalunya, Diccionari de la lengua catalana,* que el autor llamaba «Inventario de la lengua», que fué publicado en ocho tomos por el Instituto de Estudios Catalanes, Bibliografía catalana, «Biblioteca catalana», de la cual salieron ocho tomos, *Cançoneret de les obres més divulgades en nostra llengua,* edición del *Llibre de Cavayleria* de Ramón Llull, *Historia de Valter e de la pacient Griselda,* dos Discursos de los Juegos Florales, y los siguientes libros de poesías: *Fochs follets* y *Llibre de la mort,* en el cual es notable la colección de *Aniversaris* escritos a la memoria de su difunta esposa.

Mariano Aguiló ha de ser calificado de poeta romántico, a pesar de la declaración que encontramos en una de sus poesías:

Tinc indòmit l'ideal:
ni som clàssic ni romàntic;
cant en llengua maternal,
desitjós que sia el càntic
vertader i natural.

Toda su obra poética emana un categórico tono romántico, a veces de sabor medieval, y es también de origen romántico su ansia de restauración aplicada a la lengua catalana. Finalmente, no puede darse nada más intrínsecamente romántico que el hecho de cantar en verso su ideal de contribuir con su propia obra a la dignificación de la decaída lengua de su pueblo.

LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS Y LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

Por MARIANO BASSOLS DE CLIMENT

Las tendencias humanísticas de la Academia de Buenas Letras se reflejan ya en sus mismos inicios por la frecuencia con que era usada la lengua latina en las comunicaciones presentadas por sus miembros y por los temas de índole clásica que en ella se trataban y debatían. En la *Breve historia de la Real Academia,* de Martín de Riquer, aparecen ya recogidos estos escarceos humanísticos. No insistiremos, por tanto, sobre ellos, limitándose este estudio a las aportaciones de interés realmente científico o literario en el campo de la filología clásica. Dentro de estos límites debemos distinguir entre los académicos especialistas en filología clásica y los que con igual amor, pero en forma menos constante y sostenida, han cultivado también las letras clásicas. El número de estos últimos es, desde luego, mucho mayor, lo cual tiene fácil explicación, pues la especialización en el campo de la filología es relativamente reciente. En la imposibilidad de estudiar la obra de todos los académicos que han probado fortuna en el campo de las letras clásicas citaremos algunas figuras representativas de esta tendencia.

En primer lugar destaca el académico don Ramón de Siscar y de Montolíu (1830-1889), entroncado con una de las familias más distinguidas de nuestra región y que a su noble abolengo unía una singular erudición y una fina sensibilidad poética como evidencia su traducción en verso suelto castellano de las *Geórgicas,* de Virgilio. Dió cima a esta traducción en 1871 pero sólo diez años más tarde se decidió a publicarla. La empresa era ardua, pues en este poema se combinan una alta inspiración poética junto a un tecnicismo preciso y escueto. Era necesario, por tanto, poseer, a la par que una rica vena poética, conocimientos muy precisos sobre la vida del campo y sus labores. Felizmente este prócer catalán se hallaba en excelentes condiciones por su situación social para salir airoso de la empresa y así su traducción es una de las más fieles y concienzudas que poseemos. El propio don Marcelino Menéndez y Pelayo dice

de ella que es muy elegante y sobre todo — mérito grande en aquella época — muy ajustada al original. El éxito que alcanzó con sus *Geórgicas* le alentó y animó a traducir a Horacio; sin embargo, no procedió en forma sistemática, limitándose sólo a traducir determinadas Odas del gran lírico latino, pudiendo leerse algunas de estas traducciones en «La Illustració Catalana». Otras han quedado inéditas.

Pons y Gallarza (1823-1894) fué también un distinguido humanista, catedrático de retórica y poeta conspicuo de la escuela mallorquina. Su formación clásica se refleja en su obra poética fuertemente influída por los grandes maestros de la literatura latina, especialmente Horacio, Virgilio e incluso Juvenal. Contribuyó también a la difusión de la cultura clásica con la publicación, determinada por exigencias docentes, de una *Introducción al estudio de los autores clásicos latinos y castellanos*. Ofrece en dicha obra una clara y sucinta visión de la literatura latina con una breve referencia de la griega.

Don Antonio Rubió y Lluch (1856-1937), figura señera de nuestras letras, ocupa también un lugar preferente entre los académicos humanistas. Aunque su vasta actividad intelectual se orientó sustancialmente hacia otros campos, no obstante, es necesario recordar que su tesis doctoral versó sobre un tema específicamente clásico, como claramente refleja su título: *Estudio crítico-bibliográfico sobre Anacreonte* (Barcelona, 1879). En la primera parte estudia la vida y obra del gran lírico; en la segunda, desde luego la más enjundiosa y personal, trata de la influencia de Anacreonte en las letras españolas. Probablemente no fué ajeno a la elección de este tema el gran polígrafo español y condiscípulo admirado de nuestro académico, don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien va dedicada la tesis, haciéndose en ella constar que a sus discretos y sabios consejos debe su afición a la literatura clásica. Al año siguiente de la publicación de su tesis el doctor Rubió terminó una traducción al catalán de Anacreonte con un prólogo, una oda dedicada al vate griego y abundantes notas. Esta obra, excepto algunas odas publicadas en «La Renaixença», ha permanecido inédita. También en esta misma época y en la misma revista (Época II, Año 2, 1 marzo 1879) publicó una traducción al catalán de dos odas de Safo que fueron más tarde recogidas en la «Biblioteca de autores griegos y latinos» que dirigía don Luis Segalá. El conocimiento que tenía el doctor Rubió del griego clásico le llevó al estudio del griego moderno, a través del cual se orientó hacia lo que con el tiempo había de constituir una de sus más afortunadas investigaciones. Nos referimos, naturalmente, al estudio de la influencia de los catalanes en Oriente.

El académico don Cosme Parpal (1878-1923) aparece estrechamente relacionado con el doctor Rubió, a quien auxiliaba en el ejercicio de sus funciones docentes. Como el maestro, tenía el señor Parpal un gran amor por los clásicos latinos. Ello le llevó a colaborar con el doctor Segalá en la dirección de la «Biblioteca de autores griegos y latinos» e incluso a tomar a su cargo la compilación de algunos de los cuadernos de dicha colección que comprendían el texto original con la versión literal y diferentes traducciones en las lenguas ibéricas. El doctor Parpal compiló los *Épodos,* de Horacio.

En Arturo Masriera y Colomer (1860-1929) vuelven a aparecer las características peculiares de muchos de los académicos humanistas que hemos citado en este trabajo. Como ellos, Masriera se nos presenta como poeta — proclamado maestro del Gay Saber en 1905 — y como catedrático. Esta feliz combinación de inspiración poética y erudición le permite acometer con éxito la arriesgada empresa de traducir a uno de los poetas griegos de más alta inspiración y de mayores audacias en el manejo del idioma. A Masriera, en efecto, debemos unas excelentes versiones en verso catalán del *Prometeo encadenado* y *los Persas,* de Esquilo, y de *Las Siracusanas,* de Teócrito. Además de estas traducciones publicó también Masriera numerosas monografías sobre la cultura clásica. Recordemos, entre otras, sus *Helenismos de concepto en la epopeya virgiliana* (1900), su estudio sobre *El Arte poética de Aristóteles* (1901). Pronunció además muchas conferencias destinadas a difundir la cultura clásica. Así, en el Ateneo Barcelonés disertó en 1898 sobre los orígenes del teatro griego, en la Academia de Bellas Artes (1906) sobre la influencia de las obras maestras de la literatura clásica en la escultura, y en Lérida (1903) sobre los Pisístradas y rapsodas homéricos.

Aunque hemos limitado este estudio a los académicos cuyos trabajos versaron sobre la antigua cultura clásica, no obstante no podemos pasar por alto la figura de Pin y Soler (1842-1927) y a su «Biblioteca de Humanistas» destinada a enriquecer la lengua y cultura catalanas con las obras maestras de la literatura universal. Acompaña a las traducciones un documentado prólogo así como comentarios enjundiosos y atinados que demuestran bien a las claras la vasta erudición y extrema competencia del director de dicha Biblioteca. Recordemos entre sus volúmenes, por la estrecha conexión que tiene su autor con el mundo clásico, la traducción de *L'Elogi de la Follia,* de Erasmo de Rotterdam.

* * *

Expuesta muy someramente la actividad de los académicos no especialistas en el sentido estricto de la palabra, vamos a referirnos

ahora a los que consagraron toda o la mayor parte de su vida a la filología clásica, formaron escuela y sentaron las premisas del actual desenvolvimiento y recuperación clasicista.

Dentro del campo helenista destacan los nombres de Bergnes de las Casas, Balari y Segalá. Estos tres académicos forman como una dinastía: Bergnes de las Casas fué el creador de la Escuela, Balari y Segalá después, sus continuadores tanto en la Universidad como en nuestra Academia.

Bergnes de las Casas (1800-1879) inició su actividad docente como catedrático sustituto o interino de griego en los Estudios Generales de Barcelona y en el año 1847 obtuvo en propiedad esta misma cátedra en nuestra Universidad. Las exigencias del magisterio le obligaron a pensar en la ineludible necesidad de dotar a sus alumnos de un manual adecuado para el estudio del griego. En el año 1833, cuando todavía era sólo profesor sustituto, publicó su *Nueva gramática griega*, impresa por el propio autor. Esta gramática depende principalmente de Burnouf y Matthiae. Científicamente, este manual deja mucho que desear pues todavía no aprovecha la corriente renovadora que trajo consigo la lingüística comparada; así, interpreta los cambios fonéticos como mutaciones de las letras y atribuye a la eufonía la aparición de determinados cambios. Muéstrase también el autor vacilante entre la pronunciación erasmiana y reuchliniana. Sin embargo, a pesar de sus fallos, señala esta obra un importante avance y establece un contacto directo con la ciencia europea. En el 1847, o sea en el mismo año que tomó posesión de su cátedra, publicó otra gramática griega que no es, como el propio autor advierte, una reimpresión de la anterior, sino una obra enteramente nueva. En efecto, orientándose hacia nuevas fuentes, sigue en ésta fielmente al gran helenista Buttman excepto en lo que atañe a la pronunciación; en este punto discrepa desgraciadamente de su mentor y se declara absolutamente partidario de la pronunciación reuchliniana. En 1858 publicó una *Nueva Gramática griega* que no mejora en nada a la anterior. Completaban las gramáticas de Bergnes una selección de trozos escogidos tomados de Jacobs y un diccionario bastante extenso, pues comprendía unas 6.000 voces con lo cual remediaba en parte la falta de un buen diccionario griego-español.

Además de las ya citadas gramáticas y respondiendo a los mismos afanes pedagógicos, publicó dos crestomatías, la primera en 1847 y la segunda en 1861; ambas estaban inspiradas en Jacobs. En la última de estas crestomatías anteponía a los fragmentos de Heródoto unas notas gramaticales tomadas de Classen. Al final de la

misma, y a modo de apéndice, aparecían ordenadas alfabéticamente varias noticias sobre la antigüedad clásica.

Mucho contribuyeron estos libros al mejor conocimiento y estudio del griego, pero, más que sus libros, fueron sus clases, el amor y entusiasmo con que enseñaba el griego, lo que permitió a Bergnes de las Casas crear una escuela de helenistas. Todos cuantos asistían a sus clases, según testimonio directo de uno de sus alumnos, se sentían ganados por la dulzura que en los labios del maestro adquiría el griego. «Conocía — atestigua otro de sus discípulos — el griego antiguo con todos sus dialectos y con todas sus transformaciones hasta llegar al moderno. Homero, Píndaro y Demóstenes eran sus autores favoritos. Pero a lo mejor, si cogía a Esquilo, traducía sus trozos más intrincados con tanta facilidad como la más sencilla prosa. Si daba con Tucídides o Jenofonte, con Heródoto o Hesíodo, causaba maravilla la inmensa erudición que desplegaba sobre la historia, la política o la mitología.»

Su labor docente en el campo de los estudios clásicos se completó con sus trabajos de investigación y divulgación. En la sesión celebrada en nuestra Academia el 6 de abril de 1837 se leyó un trabajo de Bergnes, ausente, sobre la índole de la lengua griega antigua y el estado de la Grecia moderna. El 2 de mayo de 1858 leyó una Memoria sobre los dialectos griegos y los vestigios que han dejado en la lengua catalana cuyo contenido recoge probablemente el artículo sobre *Raíces griegas y germánicas* publicado diez años más tarde por nuestra Academia. Este trabajo señala una orientación hacia las lenguas románicas que continuó posteriormente con más fortuna su discípulo Balari.

Tal es, a grandes rasgos, la labor de Bergnes de las Casas en el campo de la filología clásica. Sin embargo, con ser importante y trascendental su influencia en los estudios helenistas, conviene recordar que éstos representan y constituyen sólo una faceta de su intensa y variada actividad, de su fecunda producción como autor, traductor y editor afanoso por llevar a conocimiento de los españoles el grandioso y pujante movimiento romántico que triunfaba allende los Pirineos.

La obra de Bergnes de las Casas fué continuada, como ya hemos indicado por Balari y Jovany (1844-1904); sin embargo, la vinculación de ambos helenistas es probablemente más sentimental que científica. Es cierto que Balari fué alumno de Bergnes y, por tanto, que al magisterio de éste debió su inicial vocación helenista, pero los métodos de trabajo y la orientación científica fueron muy dispares para que pueda considerarse a Balari como continuador fiel de las ense-

ñanzas de Bergnes de las Casas. Recibió, como hemos indicado, el impulso inicial de su antecesor y probablemente se movía aún dentro de la órbita de sus enseñanzas cuando muy joven todavía, al fundarse en 1866 el Colegio Peninsular, se le confió la enseñanza del griego; pero por poco tiempo, pues a principios de curso una reforma de los planes de enseñanza suprimió del Bachillerato el estudio del griego. Esta medida significó una grave decepción para Balari; mas, dada la estrecha afinidad existente entre el griego y el latín, cabía seguir cultivando las letras clásicas a través de esta lengua, y así, en 1868, asumió la cátedra de latín en el ya citado Colegio Peninsular, pero a los pocos días una nueva y más radical reforma de los planes docentes suprimió también el latín de la Enseñanza Media. Nueva y más honda decepción para Balari, que se preguntó ya si era posible dedicarse a la enseñanza oficial en un país en donde tenían — y por desgracia continúan teniendo — tan poca estabilidad los planes docentes y en que cada ministro elabora un plan propio y prescinde de la labor de su antecesor. Lo cierto es que, después de este doble fracaso, Balari orientó sus actividades hacia otras direcciones: taquigrafía, abogacía y filología románica. Sin embargo, quedaba en su corazón el vacío que deja siempre una ilusión frustrada. Llevado por este impulso, unos diez años más tarde, pidió que se le enviase de Alemania la mejor gramática griega que se hubiese publicado allí y así fué como llegó a sus manos la gramática de Curtius. Esta obra, que señala una etapa decisiva en el estudio del griego, rompe con toda la antigua tradición escolar casuística y arbitraria poniendo a contribución los grandes descubrimientos de la lingüística comparada. Gracias a este método fué ya posible apreciar en su justo valor construcciones, formas y cambios fonéticos que resultaban de todo punto inexplicables si no se salía del estrecho ámbito de cada idioma. Tan grande fué el entusiasmo que esta obra despertó en Balari que volvió a entregarse con renovada pasión al estudio del griego y, habiendo fallecido Bergnes en 1879, ganó tras brillantes oposiciones la cátedra de su maestro, de la que tomó posesión el 24 de julio de 1881.

Balari, que era un gran pedagogo, realizó desde su cátedra una fecunda labor de proselitismo, hasta el punto que la mayoría de las cátedras de griego en las Universidades españolas fueron ocupadas por discípulos suyos: Crussat en Granada, Alemany en Madrid, etcétera. Nadie mejor que sus propios alumnos puede evocarnos lo que eran sus clases. Balari, dice Segalá, mediante sinopsis habilísimas, exponía con claridad maravillosa la gramática griega. Enemigo acérrimo de todo memorialismo, ponía a sus alumnos desde el primer

día en contacto directo con los grandes escritores griegos. En el texto del autor clásico se analizaba desde los elementos primordiales del lenguaje hasta las cláusulas y una vez analizado se traducía palabra por palabra para de este modo no perder ningún matiz del original.

En el campo de la investigación científica, la atención de Balari se polarizó preferentemente en el estudio del catalán y es aquí donde brilla con toda su fuerza su genio y extraordinaria erudición. No nos corresponde a nosotros enjuiciar esta tan fundamental faceta de su actividad. Circunscritos a la filología clásica, forzoso es reconocer que en este aspecto las aportaciones de Balari fueron menos originales. Recordemos, no obstante, sus *Apuntes sobre sintaxis griega* en que con singular claridad recoge las doctrinas y teorías de los helenistas más conspicuos de su tiempo. También debemos a Balari una traducción, muy literal y exacta, al castellano del principio del tratado de Filostrato sobre Gymnastica.

Muy estrecha es la relación que existe entre Balari y su discípulo y sucesor en la cátedra y en nuestra Academia, don Luis Segalá Estalella (1873-1938). Se formó éste en la escuela de Balari, aprendió y adoptó sus métodos pedagógicos y se mantuvo fiel a sus orientaciones científicas. Esto no impidió que la personalidad de ambos académicos ofreciera facetas muy distintas. Balari fué esencialmente un filólogo, Segalá un traductor filológico. La producción científica del maestro rebasó el campo del helenismo para centrarse especialmente en la filología románica; el discípulo, en cambio, permaneció fiel a su cátedra.

Debutó Segalá en la vida científica con una excelente *Gramática del dialecto eólico* (1903) que fué premiada en la Exposición Internacional de Atenas de 1903. Esta monografía abría un nuevo camino a los estudiosos españoles, pero desgraciadamente no ha sido continuado ni por el propio Segalá ni por sus discípulos. Es necesario acercarse a fechas muy recientes para encontrar en Tovar un continuador de estos estudios. En realidad fué ésta la primera y última obra estrictamente científica de envergadura de Segalá. A partir de este momento su atención y esfuerzos se centraron en la traducción al castellano de Homero. Publicó primero (1908) la versión de la *Ilíada*, siguió luego la *Odisea* (1910) y posteriormente fueron apareciendo los *Himnos Homéricos*, la *Batracomiomaquia*, los *Epigramas*, los fragmentos del *Margites* y los *Poemas Cíclicos*. Esta simple enumeración de títulos demuestra a todas luces el gran esfuerzo que tuvo que realizar nuestro académico, su tenacidad, perseverancia y laboriosidad, pues Segalá no traducía a la ligera, no sorteaba las

dificultades recurriendo a soluciones fáciles de compromiso, sino que se encaraba con los problemas y procuraba resolverlos honradamente. Ponía en su trabajo erudición, calma, paciencia, depuración exquisita, orden y claridad. Su traducción fué la primera que se publicó en prosa española y es la única completa, e íntegramente fiel y exacta. Esta fidelidad afecta no sólo al lenguaje sino incluso al aspecto arqueológico como lo evidencia la acertada traducción de numerosos términos técnicos que demuestra que seguía muy de cerca los progresos y descubrimientos arqueológicos y filológicos, subsanando así innumerables inexactitudes y errores que figuran en las traducciones anteriores. Por ello las traducciones de Segalá constituyen un instrumento de trabajo inapreciable para quienes deseen conocer el significado exacto de un determinado pasaje de Homero y para quienes, con el texto griego a la vista, quieren seguir el hilo de la narración sin tener que recurrir al diccionario. Sin embargo, para captar y verter a otro idioma las esencias poéticas de una obra como los poemas homéricos quizá no sea únicamente suficiente la literalidad, la exacta fidelidad a la letra del original, es necesario que el traductor sea también poeta, y gran poeta, para poder de este modo conservar en su inmarcesible belleza toda la fuerza lírica, expresiva, popular y humana que se encierra en una epopeya como la homérica.

La actividad de Segalá como traductor no quedó limitada, con todo y ser suficiente para llenar una vida, a los poemas homéricos. Debemos a su infatigable pluma otras muchas traducciones como la *Teogonía*, de Hesíodo, la *Doctrina de los Doce Apóstoles*, el texto griego y la traducción de *Hero y Leandro*, de Museo, e incluso algunas versiones de autores latinos.

Propulsor entusiasta de los estudios clásicos, don Luis Segalá procuró divulgar el conocimiento de esta cultura mediante la publicación de las obras de sus autores más representativos. Así, en colaboración con don Fernando Crussat, asumió la dirección de la «Colección de autores clásicos griegos y latinos con la construcción directa y la traducción interlineal» ; en colaboración con don Cosme Parpal promovió una «Biblioteca de autores latinos y griegos» a la que nos hemos ya referido al hablar de este académico ; puso en marcha la «Colección de la literatura antigua», del Consejo de Pedagogía de la Mancomunidad de Cataluña y le fué encomendada por el Institut d'Estudis Catalans la «Bibliotheca scriptorum graecorum et romanorum cum ibericis versionibus», y con la ayuda del P. Ignacio Errandonea, S. J., dirigió la «Biblioteca de Clásicos Griegos y Latinos» de la Editorial Voluntad.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos del Dr. Segalá, del entusiasmo y abnegación que ponía en su trabajo, todas estas empresas tuvieron una vida efímera y pasajera, no pasaron de ser prolegómenos del proyecto que más adelante debía cuajar con la «Fundació Bernat Metge».

Un azar sangriento de nuestra guerra civil arrebató al Dr. Segalá de entre nosotros cuando todavía podíamos esperar mucho de su laboriosidad e inagotable capacidad de trabajo. Su recuerdo y su obra perdurarán sin embargo largo tiempo entre nosotros.

La filología latina en el sentido estricto de la palabra no puede ufanarse en nuestra región de una tan dilatada tradición como la helenista. En realidad se inicia en fecha mucho más reciente con don Joaquín Balcells Pinto (1890-1936). Nuestro académico no puede vincularse a ninguna escuela pues ésta no existía. Llevado, sin embargo, por su fervorosa vocación, tuvo que aprender latín valiéndose de sus propios recursos y sólo en forma autodidáctica logró convertirse en latinista. Para valorar debidamente este esfuerzo es necesario recordar la penuria en obras modernas especializadas de nuestras bibliotecas en la época que el Dr. Balcells cursaba sus estudios, pues no existía aún la Biblioteca de Cataluña a la que tanto deben los estudiosos e investigadores. Mas, a pesar de todas estas dificultades, nuestro académico logró salir adelante en sus propósitos y ya muy pronto numerosos trabajos y monografías atestiguan que pisaba terreno firme. Corresponden a esta primera época varias publicaciones, entre ellas: *En torno a la época de Quinto Curcio* (1913); *Ennio, Estudio sobre la poesía latina arcaica* (1913); *Calpurni Sícul, Assaig sobre els temes pastorils en l'Imperi Romà* (1918).

El año 1921 señaló un momento crucial en la vida de Balcells, pues le fué conferida la cátedra de Lengua y Literatura Latinas de nuestra Universidad. Su paso a través de este centro docente ha dejado huella profunda e indeleble. Sus grandes conocimientos, su innata simpatía, la bondad de su corazón y el calor humano que ponía en el trato con sus alumnos contribuyeron a que pronto se agrupasen en torno a su persona dentro del ámbito del Seminario de Filología Clásica, creado por él en nuestra Universidad en 1923, una nutrida hueste de estudiosos que le respetaban como maestro y le querían como amigo.

Su acceso al profesorado universitario coincidió con una redoblada actividad investigadora, pues en el mismo año (1921) aparecen sus estudios: *La fabula praetexta de Gn. Nevio, Dos moments culminants en el patriotisme d'Horaci*. Dos años más tarde intervenía el Dr. Balcells en forma activa y decisiva en la creación de la

«Fundació Bernat Metge» que iba a permitirle disponer de los medios necesarios de trabajo y de un ambiente adecuado para su obra. Se inició esta colección con una edición de Lucrecio, obra de nuestro académico. Las exigencias de la colección y la necesidad de preparar un equipo adecuado de traductores orientaron los trabajos de Balcells hacia el campo de la crítica textual, asumiendo en 1927 la dirección del Seminario de Crítica Textual fundado por mecenazgo de Cambó. Fruto de esta actividad son numerosas ediciones de autores antiguos como, además de Lucrecio, Propercio, Ausonio, etc. Merecen también destacarse sus acertadas interpretaciones de las figuras más representativas de la literatura latina. La enumeración de estos trabajos resultaría prolija; bastará sólo con algunos títulos como *Virgilio y la fusión afectiva con la Naturaleza* (1930), *El tema de la muerte en la poesía de Horacio* (1935), *Cató el vell i una concepció democràtica de la Història,* que constituyó el discurso de recepción en nuestra Academia el 5 de julio de 1936.

Se hallaba trabajando en una edición de las *Bucólicas* de Virgilio cuando se produjo el trágico estallido de nuestra guerra civil. No pudo escapar, a causa de su limpia y acrisolada ejecutoria cristiana, a las iras y rencores que ensangrentaron nuestra ciudad. Proscrito y fugitivo tuvo que abandonar esta tierra a la que tanto había amado. El 28 de octubre de 1936 entregó en Suiza su alma a Dios. Con él desaparecía el fundador de la primera escuela de filología latina de Cataluña dejando con su ausencia graves e irrenunciables responsabilidades a todos los que hemos sido sus discípulos y admiradores.

LA FILOLOGÍA ROMÁNICA EN LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por MONS. ANTONIO GRIERA

La Filología no marcha totalmente de acuerdo con el ruido mundanal. La labor minuciosa y cuidadosa del filólogo, que se debate por la evolución de un sonido o por la interpretación de una grafía, reclama el sosiego. Los filólogos de la Academia, no han sido ni diplomáticos, ni hombres revestidos de grandes dignidades ni de una gran personalidad social. Y, muertos, todavía desaparecen sus despojos, como la carne se despega de la osamenta de la calavera, para consumirse. Del hombre de Ciencia, después de su muerte queda su obra científica que es su osamenta. Lo accidental: cargos, honores, posición social, desaparecen. Sólo quedan sus libros, sus obras.

La Filología románica es una disciplina reciente en nuestro país. Su producción, la bibliografía filológica, no es excesiva ni de gran alcance. Sólo la obra de tres hombres ha alcanzado universalidad. Los estudios filológicos de Milá y Fontanals, vanguardista de la Filología catalana; los *Orígenes Históricos de Cataluña* (1899) de Balari y Jovany, el iniciador de los estudios de toponimia y onomástica en España, y la ingente obra rigurosamente científica del malogrado Pedro Barnils y Giol, muerto en plena juventud, iniciador de los estudios de Fonética en España.

Sigue a continuación la reseña de la obra realizada por los romanistas de la Academia por orden de antigüedad.

ANTONIO DE BASTERO Y LLEDÓ.

Nació en Barcelona en 1675. Murió el 23 de septiembre de 1737 Ingresó en la Academia en 1729.

Bibliografía: 1. *Crusca provenzale,* tomo I, Roma, Antonio Rossi, 1724. Parte de esta obra de 24 tomos manuscritos se conserva

en la biblioteca de la Academia. 2. *Historia de la lengua catalana.* 3. *Voces, frases que la lengua italiana ha tomado de la provenzal.*

Bastero es el precursor de los estudios sobre la lengua provenzal. Ha señalado los elementos provenzales incorporados en la lengua italiana. Ha vivido largos años en Italia y ha estudiado los manuscritos de los cancioneros provenzales de la Vaticana y de la Laurenciana ; ha traducido las vidas de los trovadores de Nostradamus. Ha traducido también varias de sus poesías ; ha informado sobre la pronunciación del provenzal y ha examinado el vocabulario del libro de caballerías *Tirant lo Blanch*. Ha sido un precursor, como lo fueron Nebrija y Juan de Valdés, de los estudios de Filología románica.

REVERENDO DOCTOR JOAQUÍN ESTEVE

Nació en Barcelona en 1743. Murió el 30 de noviembre de 1805. Ingresó en la Academia en 1787

Bibliografía : *Diccionario catalán-castellano-latino,* Barcelona, 1803. Escrito en colaboración con Bellvitges y Juglá.

Fué beneficiado de la iglesia de San Miguel.

REVERENDO DOCTOR JOSÉ BELLVITGES

Ingresó en la Academia en 1790.

Bibliografía : 1. *Diccionario catalán-castellano-latino,* Barcelona, 1803, tres tomos. Escrito en colaboración con Esteve y Juglá. 2. *Por qué tratados de Ortografía, o por quáles medios se arregló en lo antiguo el modo de escribir en catalán.* Trabajo leído en la Academia a los 19 de mayo de 1800.

FÉLIX TORRES AMAT, *Obispo de Astorga.*

Nació en Sallent el 6 de agosto de 1772. Murió en Madrid el 29 de diciembre de 1847. Ingresó en la Academia en 1816.

Bibliografía : *Memorias para ayudar a formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes.* Barcelona, 1836, XLIII + 719 páginas.

Preparó una Gramática histórica catalana que no llegó a publicar y que, al parecer, figura entre los papeles de Tastú, conservados en la Biblioteca Mazarina de París.

También reunió materiales para un *Diccionario de la lengua catalana* que, antes del 1936, se custodiaban en la Biblioteca del Seminario Conciliar de Barcelona.

Abrigó la idea de crear en Barcelona una gran Biblioteca en el Seminario Conciliar, idea que recogió el obispo Dr. José Morgades y que su muerte prematura impidió que se pudiera realizar.

PEDRO LABERNIA LESTELLER

Nació en Trayguera en 1802. Murió en Barcelona el 20 de junio de 1860. Ingresó en la Academia en 1836.

Bibliografía: 1. *Diccionari de la llengua catalana ab la correspondencia castellana y llatina.* Barcelona, 1.ª edición, 1832; 2.ª, 1844-48; 3.ª, 1864-65; 4.ª, 1888; 5.ª, 1909-1910. Está dedicado a la Real Academia de Buenas Letras. - 2. *Diccionario de la lengua castellana con la correspondencia catalana y latina.* Barcelona, 1844, 2 vols. 3. *Ortografía de la lengua castellana.* Barcelona, 1849. 4. *Gramática latina.* Barcelona, 1852, 230 páginas. - 5. *Diccionario manual de la lengua castellana.* Barcelona, 1850; 2.ª edición año 1857, IV-1.664 páginas.

El *Diccionari de la llengua catalana* ha prestado los mejores servicios a los escritores de la lengua catalana desde su publicación hasta nuestros días.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS

Nació en Villafranca del Panadés en 1818. Murió en Barcelona en 1884. Ingresó en la Academia en 1845.

Bibliografía: 1. *Bastero, filólogo catalán,* «Obras Completas», IV, 442-447. Artículo publicado en el *Diario de Barcelona,* 9 de noviembre de 1856. - 2. *Variedad catalana de la lengua de Oc,* en *De los trovadores en España,* cap. I, IV parte. - 3. *Estudios de lengua catalana,* Barcelona, 1875, 16 páginas. - 4. *La llengua catalana a Sardenya,* «Obras Completas», III, 556. Aparecido en *Lo Gay Saber,* II, 25 ss. - 5. *Límites de las lenguas románicas,* «Obras Completas», IV, 250-256. - 6. *Mélanges de Langue catalane,* RLR., IX, 225-228. 7. *Notas de primitiva lengua catalana,* «Revista histórico-latina», III, 289-295. - 8. *Quatre mots sobre ortografia catalana,* «Obras Completas», 559-565. - 9. *Phonétique catalane,* RLR., X, 1876. - 10. *Obres catalanes,* «Obras Completas», VIII, 379 páginas.

MARIANO AGUILÓ Y FUSTER

Nació en Palma de Mallorca el 16 de mayo de 1825. Murió en Barcelona el 6 de junio de 1897. Ingresó en la Academia en 1852.

Bibliografía: 1. *Bibliografía catalana de las obras publicadas en catalán desde 1474*, Madrid, 1860. - 2. *Cançoner català*. - 3. *Biblioteca catalana:* Colección de antiguos textos catalanes que comprende: Boeci, *Llibre de Consolació*... Boades, *Feyts d'armes*... *Crònica del Rey En Jaume I*... *Génesi de Escriptura*... Ramón Lull, *Felix de les Meravelles*... *Libre d'Eximplis*... *Tirant lo Blanch*... - 4. *Discurs presidencial dels Jochs Florals de Barcelona*, 1867. - 5. *Ballesta*, «Revista de Bibliografia catalana», I, 253-259. - 6. *Diccionari Aguiló*, Barcelona, 1915-1934, 8 tomos.

Francisco Maspons y Labrós

Nació en Granollers del Vallés el 23 de abril de 1840. Murió en Begas el 1.° de septiembre de 1901. Ingresó en la Academia en 1875.

Bibliografía: 1. *Rondallayre* (colección de cuentos), Barcelona, 1872-1885. - 2. *Biblioteca folklòrica catalana*. - 3. *Jochs de la infància*, Barcelona, 1874, 182 páginas - 4. *Tradicions del Vallès*, Barcelona, 1876, 102 páginas. - 5. *Las bodas catalanas*, Barcelona, 187..., 15 páginas. - 6. *Lo Vallès*, Barcelona, 1872, 37 páginas. - 7. *De Mollet a Begas*, Barcelona, 1882, 30 páginas. - 8. *Costums populars catalans*, Barcelona, 1885, 148 páginas.

José Balari y Jovany

Nació en Barcelona en 1844. Murió en la misma ciudad en 1904. Ingresó en la Academia en 1879,

Bibliografía: 1. *Ortografía catalana con un estudio de sus fuentes filológicas*, Barcelona, 1879. - 2. *Sentencies morals per Jafuda, juheu de Barcelona*, Barcelona, 1889. - 3. *Regles de bona criança en menjar, beure y servir a taula, tretes del Terç del Crestià del P. Francesch Eximenis*, Barcelona, 1889. - 4. *Cataluña bilingüe, España Regional*, Barcelona, 1886. - 5. *Etimología, uso y significación de la palabra Ray*, Barcelona, 1886. - 6. *Intensivos y superlativos de la lengua catalana*, Barcelona, 1895. - 7. *Discurs presidencial dels Jochs Florals de Barcelona*, 1894. - 8. *Historia de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona*, 1895. - 9. *Etimologías catalanas*, Barcelona, 1885. - 10. *Estudi etimològich y comparatiu*, «Revista Catalana», 1889. 11. *Poesía fósil y estudios etimológicos*, Barcelona, 1890. - 12. *Les arrels de la llengua catalana*, Discurs dels Jochs Florals de 1894. 13. *Orografía, estudio etimológico de los nombres de cimas o cumbres de montes*, «Mélanges de Mythologie et de Linguistique», Pa-

ris, 1877. - 14. *Influencia de la civilización romana en Cataluña comprobada por la orografía,* Barcelona, 1888, 80 páginas. - 15. *Orígenes históricos de Cataluña,* Barcelona, 1899, 771 páginas. - 16. *Diccionari Balari.* Inventario lexicográfico de la lengua catalana. 8 fascículos. Barcelona, 1926-1939.

Balari ha sido uno de los más grandes maestros de la Filología catalana. En los dominios de la toponimia y de la onomástica ha sido uno de los precursores de estas disciplinas en el dominio románico.

SALVADOR SANPERE Y MIQUEL

Nació en Barcelona en 1840. Murió en 1913. Ingresó en la Academia en 1908.

Bibliografía de interés lingüístico: 1. *Barcelona, son passat, son present, son porvenir,* Barcelona, 1878. - 2. *Origens y fonts de la nació catalana,* Barcelona, 1878. - 3. *Un estudio de Toponomástica catalana,* Barcelona, 1880, 174 páginas. - 4. *Topografía antigua de Barcelona. - Rodalia de Corbera,* Barcelona, 1890, 322 + DCXXXI.

Aunque Sanpere no fué un filólogo, fué el primero que en Cataluña se ocupó de estudios de toponimia.

ERNESTO MOLINÉ Y BRASÉS

Nació en Barcelona el 28 de agosto de 1868. Murió el 12 de febrero de 1940. Ingresó en la Academia el 4 de mayo de 1913. Discurso: *La primera vinticinquena dels Jochcs Florals.*

Bibliografía: 1. *Gerarquia y descentralisació,* Barcelona, 1891, 70 páginas. - 2. *Llibret de poesies íntimes,* Barcelona, 1906. - 3. *Recull de textos catalans antichs,* Barcelona, 1906-1907. - 4. *La Passió de Nostre Senyor Jesucrist, segons los quatre Evangelistes,* Barcelona, 1908, 56 páginas. - 5. *La Letra de Reyals Costums del Petrarca,* Barcelona, 1908, 8 páginas. - 6. *Avisos d'Amich, d'en Joaquim Setantí,* Barcelona, 1909, 42 páginas. - 7. *La descripció de Catalunya del P. Diago,* Barcelona 16 páginas. - 8. *La Llengua Catalana. Estudi històrich,* Barcelona, 72 páginas. - 9. *Les cent millors poesies de la llengua catalana,* Barcelona, 1911, 304 páginas. 10. *Llegendes rimades de la Biblia de Sevilla,* Barcelona, 1911, 64 páginas. - 11. *Notes per la Biografia d'en Bruniquer,* Barcelona, 1912, 14 páginas. - 12. *Textes catalans provençals dels segles XIII y XIV,* Barcelona, 1912. 16 páginas. - 13. *Inventari d'en Gomar de Santa Coloma de Queralt* (segle XIV), Barcelona, 1913, 10 páginas.

Bibliófilo competentísimo, reunió una colección notable de manuscritos y de textos catalanes antiguos y modernos.

ROSENDO SERRA Y PAGÉS

Nació en Barcelona el 1.° de marzo de 1863. Murió el 1 de febrero de 1929. Ingresó en la Academia en 15 de junio de 1924. Discurso: *Les nostres Llegendes,* Barcelona, 1924.

Bibliografía: 1. *La conservation des beautés naturelles de la montagne,* 1902. - 2. *Camp d'acció y importància de la Geografia econòmica,* Barcelona, 1913. - 3. *Programa de Geografía económica,* Barcelona, 1915. - 4. *Geografia comercial.* - 5. *El cançoner musical popular català,* Barcelona, 1902. - 6. *Novellística popular,* Barcelona, 1902. - 7. *La festa del Bisbetó a Montserrat y orígens de la mateixa,* Barcelona, 1910.

La restante bibliografía no tiene interés filológico.

REVERENDO GUMERSINDO ALABART Y SANS

Murió el 13 de junio de 1929.

Profesor de Latín en el Seminario Conciliar de Barcelona. Ingresó en la Academia el 29 de diciembre de 1918.

Bibliografía: 1. *Notes de Semàntica,* «Revista de Montserrat», 1906. - 2. *Efemérides para la Historia del Seminario Conciliar de Barcelona.—El Seminario de Montealegre (1593-1772).* - 3. *Exposició sobre lo llibre De Civitate Dei de Sant Agustí,* BRABL, 1912 ss. - 4. *De Philosophia Mediae Aetatis in saeculo nostro,* Barcelona, 1915.

ALFONSO PAR Y TUSQUETS

Nació en Barcelona. Murió asesinado durante los inicios de la Revolución en el mes de agosto de 1936. Ingresó en la Academia el 30 de noviembre de 1924. Discurso: *Notes lingüístiques y d'estil sobre les inscripcions y cartes de Catalunya anteriors al segle XIVè.*

Bibliografía lingüística: *La desinència "-o" del indicatiu present,* AORL, 1930, III, 160-176 - 2. *L'Ortografia del Diccionari català-valencià-balear de Mn. A. M. Alcover,* BABLI, 1926, 423-425. 3. *Curial e Güelfa. Notes lingüístiques y d'estil,* AORL, I. - 4. *Separació de mots coordinats,* ZRPH, XLV, 83-85. - 5. «*Qui*» y «*Que*» *en la Península ibèrica.—II. En el dominio catalán,* RFE., 1-34; 113-147. - 6. *Sintaxi Catalana,* Halle, 1923, 580 páginas; «Beihefte

ZRPh», 66. - 7. *Sobre P. Fouché: Phonétique historique du roussillonais,* RFE, XVI, 402-412.

Alfonso Par, gran señor y hombre de negocios, como Robert von Planta, fué un gran filólogo. Su aportación a los estudios de sintaxis de la lengua catalana es fundamental.

DR. PEDRO BARNILS Y GIOL

Nació en Centellas (Barcelona) en 1881. Murió en Barcelona en 1931. Ingresó en la Academia el 19 de diciembre de 1926. Discurso: *Contribució a l'establiment d'un principi d'unitat en la Fonètica estàtica y evolutiva,* Barcelona 1926.

Bibliografía: 1. *Vocabulari català-alemany,* Barcelona, 1916 (Reimpresión del *Vocabulari de Rosembach,* impreso en Perpiñán, 1502). - 2. *La Fonética,* Estudio, I, 373-382. - 3. *La Fonética experimental,* Ib., III, 85-100. - 4. *De Fonètica catalana,* «Estudis Fonètics», 201-236. - 5. *Etudes de prononciation catalane,* «Revue de Phonétique», II, 51-68. - 6. *Etudes de prononciation catalane à l'aide du palais artificial,* Ib., III. - 7. *De Fonètica balear,* BDC., II, 45-49. - 8. *De l'entonació en els nostres dialectes,* Ib., IV, 11-14. 9. *De l'accent en rossellonès,* Ib., V, 38-43. - 10. *Sobre Fonètica catalana,* BDLIC, VI, 261-268. - 11. *L'articulació de la K i de la G mallorquines.* - 12 *Problemes de Fonètica històrica,* Ib., VI 69-76. 13. *Apuntaments de problemes de Fonètica històrica del català,* Ib., IX, 56-63. - 14. *Consonants persistents i consonants evolutives,* Ib., 91-93. - 15. *Estudis Fonètics,* Barcelona, 1917, 329 páginas. - 16. *Dos capítols de Fonètica: I. Les consonants dites semisordes; II. Sobre la quantitat de les vocals tòniques,* «Estudis Romànics», I, 7-28. - 17. *De Fonètica general,* «La Paraula», 1918, 69-79; 128-139. - 18. *Sobre dificultats fònico-ortogràfiques,* Ib. 117-123. - 19. *Un archivo fonográfico,* Ib. 152-156. - 20. *Articulacions alveolars condicionades,* «Misc. Fil. A. M.ª Alcover», 347-351. - 21. *Estudis Fonètics,* AORL, VI, 3-175. - 22. *El parlar apitxat,* BDC, I, 18-25. - 23. *Notes sobre l'aranès,* Ib., 48-56. - 24. *Del català de Fraga,* Ib., IV, 27-44. 25. *Les vocals finals en el dialecte rossellonès,* «Estudis Romànics», II, 259-283. - 26. *Die Mundart von Alacant,* «Biblioteca Filològica», II, 1913, 119 páginas. - 27. *Dialectes catalans,* BDC, VII, 1-10. - 28. *Mes materials de contribució al estudi del català d'Alacant,* Ib., 51-56. - 29. *Les vocals tòniques del rossellonès,* BF, XIII, 101-113. - 30. *Zur Kenntnis einer mallorkinischen Kolonie in Valencia,* ZRPH, XXXVI, 601-607 - 31. *Comentaris a la flexió,* BDC., II, 24-33. - 32. *Estudis dialectals,* AORL,

VI, 181-267. - 33. *Estudis lexicogràfics,* Ib., 275. - 34. *Fòssils de la llengua catalana,* BDC., II, 7-12 ; 58-62 ; III, 31-39 ; RFE., IV, 277-284.

Barnils, pensionado por la Excma. Diputación de Barcelona en 1908 ; doctor de la Universidad de Halle en 1912, a pesar de haber vivido una existencia difícil que ocasionó su muerte prematura, es una de las grandes figuras de la Filología Románica y el que ha introducido los estudios de Fonética en España.

LOS PRESIDENTES DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por EL MARQUÉS DE CALDAS DE MONTBUY

A don Pablo de Dalmases y Ros, primer marqués de Vilallonga por gracia de don Carlos, que fué, al abandonar España este príncipe, representante o embajador de las corporaciones catalanas en Londres, fué y debe a mi parecer considerarse con razón primer presidente de nuestra Real Academia, no sólo porque en un salón de su señorial casa de la calle de Montcada, en el que tenía una muy selecta biblioteca, se reunían para estudiar y comentar asuntos literarios o para leer algún trabajo generalmente poético varias personas de distinción, del clero o de la nobleza, y que con él fueron sus verdaderos fundadores, sino también porque en una de sus reuniones, celebrada a primeros de junio del año 1700, con ya cierto carácter de oficialidad, a pesar de acordarse que los cargos de presidente y secretario debían ejercerse por turno, se le asignó el número uno en la inscripción o lista de asistentes habituales, cuya agrupación se denominaba entonces Academia Desconfiada.

Escribió don Pablo Ignacio de Dalmases una interesantísima obra sobre Paulo Orosio, una historia de Cataluña, que no llegó a terminar, y varios opúsculos. Falleció el año 1718 y, seguramente, a haber vivido en 1729, al constituirse oficial y definitivamente nuestra corporación, hubiese sido elegido presidente.

Lo fué en la sesión del día primero de abril el presbítero don Segismundo Comas y Codinach, que había nacido en San Quirse de Besora y estudiado en la universidad de Barcelona, de la que fué catedrático de Retórica, disciplina que siguió explicando también como tal al trasladarse a Cervera. Fué varios años beneficiado de San Severo, durante los cuales se reunía la Academia en una casa de la calle de Tallers, propiedad de aquella capilla; después fué rector de la parroquia de Sant Cugat del Recó de Barcelona. Tuvo especial empeño en que los académicos observaran con rigor ciertas reglas de ortografía que había compuesto en colaboración con algunos

de ellos y que siendo catedrático había dictado a sus discípulos, uno de los cuales las recogió y publicó con el título *Ars rethoricae in usum scholarum collegii episcopalis Barcinonensis*. Su discurso o comunicación más notable fué la que pronunció en latín sobre la historia de las letras catalanas. No se tiene noticia de que publicase obra alguna.

Cortísima fué la duración de don Segismundo Comas en la presidencia, pues a últimos del mismo año, debido a su estado de salud, se vió obligado a no seguir en ella, indicándose entonces para ocuparla al Conde de Peralada, que por delicadeza no quiso aceptarla, y a su propuesta se nombraron dos vicepresidentes para que por turno la ejercieran, que fueron Fray Tomás Massanés, de la orden de Predicadores, y el P. Vicente Pablo de Sobrecases, teatino. Había ingresado en la Academia el Marqués de Risbourg, Capitán General de Cataluña y tanta parte tomó en sus sesiones, que en la celebrada en abril de 1731 se le nombró presidente.

José Guillermo de Melún, marqués de Risbourg, pertenecía a una familia feudal francesa, uno de cuyos ascendientes acompañó a San Luis a Palestina y otro fué mariscal; vino a España en 1703 con las tropas de Luis XIV, de las que era oficial, y formaba parte de la guarnición de Barcelona al capitular el virrey Francisco de Velasco. En 1710 le confirió Felipe V el mando del ejército de Extremadura y en 1725 la capitanía General de Cataluña, nombrándole al mismo tiempo presidente de la Real Academia. A Melún le correspondió llevar a la práctica los artículos del Decreto de Nueva Planta, en cuyo delicado cometido procuró no herir susceptibilidades, tal vez en agradecido recuerdo a haberle salvado la vida el Conde de Peterborough al caer prisionero. Durante su presidencia se acordó acuñar una medalla como insignia académica, en una de cuyas caras se grabó en su honor un emblema del apellido Melún. A su fallecimiento, ocurrido el año 1734, fué elegido presidente el Conde de Peralada, que se hallaba a la sazón en Italia.

Bernardo Antonio de Boxadors y Sureda era primogénito del Conde de Çavallá que con el séquito de don Carlos de Austria pasó a Alemania donde contrajo segundas nupcias y proponiéndose no volver a España le cedió los títulos de Peralada y Rocabertí con los importantes patrimonios a ellos vinculados. Estudió varios cursos de humanidades y tres de arte militar; muy joven ingresó en nuestra Corporación, que se reunía algunas veces en su palacio de la plaza de Santa Ana y de la que puede considerársele uno de sus fundadores. En 1733 formó parte de los ejércitos españoles que fueron a Italia, de donde regresó en 1737 y permaneció cuatro años

en Barcelona, durante los cuales se ocupó con singular actividad de la vida de la Academia con el propósito de que publicara un diccionario histórico de Cataluña, cuyos trabajos preliminares dirigía personalmente. Muy inclinado a la política, fué interesantísimo uno de sus discursos presidenciales sobre el arte de gobernar. En 1741 se vió precisado a trasladar su residencia a Madrid por haber ascendido a Mariscal de Campo, y en 1753 fué nombrado embajador de España en Portugal, donde falleció a los dos años a consecuencia del terremoto de Lisboa. Desde esta ciudad y antes desde Madrid sostuvo continua correspondencia en catalán con el vicepresidente don José de Mora, marqués de Llió, que le daba detallada cuenta de todo lo que sucedía en la Academia, la que hizo celebrar en sufragio de su alma un solemnísimo funeral en la parroquia de Nuestra Señora de los Reyes o del Pino, en el que pronunció la oración fúnebre el dominico Fray Joseph Mercader, su biógrafo, según el cual dominaba el latín, el francés, el italiano y el alemán, era muy entendido en literatura, elocuencia y música y su correspondencia diplomática se singularizó por la corrección y elegancia de estilo.

Su hermano, Fray Tomás de Boxadors, General de la Orden de Santo Domingo, perteneció también a nuestra corporación.

En la sesión del mes de enero del siguiente año se acordó, a propuesta del decano de los académicos, el Marqués de Sentmenat, nombrar para sustituirle a don Fernando de Silva y Álvarez de Toledo, duque entonces de Huéscar y después de Alba, en consideración a pertenecer a la Academia desde el año 1736 y a su poderoso valimiento en la Corte. Desde muy joven mostró singular afición a las letras el nuevo presidente, nacido en Viena, residencia de sus padres, que, partidarios de don Carlos de Austria en la guerra de sucesión, abandonaron con él España al triunfar Felipe V. Durante los años que residió en Madrid fué discípulo y amigo de don Tomás de Iriarte y asiduo concurrente a las tertulias literarias del Conde de Sástago. En 1756 fué elegido presidente de la Real Academia Española de la Lengua y Consiliario de la de San Fernando y pasados algunos años ascendió a Capitán General y fué embajador en Francia, donde según su biógrafo y sucesor, frecuentó el trato de Rousseau, d'Alembert y otros enciclopedistas. Cultivó durante toda su vida la poesía con singular elegancia y dedicó a nuestra corporación algunas de sus composiciones ; muy entendido bibliófilo, empleó importantes cantidades en la compra de libros en el extranjero.

A su fallecimiento, ocurrido en 1776, los académicos, con idéntico propósito al que prevaleció en su elección, quisieron designar

«un presidente literato, condecorado y propenso a facilitar a la Academia lo que tanto necesita y que pudiese autorizarla con su asistencia personal», según reza el acta correspondiente, y juzgaron que tales circunstancias, especialmente la última, las encontrarían en don Francisco Fermín González de Bassecourt, primer conde del Asalto, entonces gobernador militar y político de Barcelona. Nacido en Pamplona, su educación militar y literaria había sido esmeradísima ; como teniente y capitán de Guardias Reales tomó parte en las campañas de Italia, Portugal y Argel, y ascendido por los méritos en ellas contraídos a Teniente General ; en 1780 fué nombrado Capitán General de Cataluña, después de haberlo sido interino durante dos años, y en 1782 Coronel de Guardias Reales, nombramientos que dieron ocasión a que se patentizara su prestigio en el seno de la Academia, cuyos trabajos dirigía personalmente, muy en especial los referentes a las materias a tratar en cada sesión. Sólo se conservan de su pluma algunas poesías líricas.

Falleció el Conde Presidente en Carabanchel, a mediados de agosto de 1793, y dadas las graves circunstancias políticas por que atravesaba España en aquellos momentos, conviniéndole por tanto a nuestra Corporación contar con el apoyo del Gobierno, en una de sus primeras sesiones del siguiente año se eligió presidente a don Manuel Godoy, en atención también a que, según sus biógrafos, desde su infancia sobresalió en el estudio de las humanidades. Con ocasión de hallarse en Barcelona el año 1802 acompañando a los Reyes presidió una sesión, y al verse precisado a salir de España escribió al vicepresidente don Miguel Juan de Magarola una sentida carta de agradecimiento y despido.

Los tiempos calamitosos para España lo fueron también naturalmente para nuestra Corporación, que cesó varios años en sus actividades ; al reanudarlas en 1815 eligió presidente a don Juan Antonio de Fivaller y de Bru, primer duque de Almenara Alta, en agradecimiento a sus gestiones para que no desapareciera su archivo.

Nació don Juan Antonio en Barcelona y recibió esmerada educación literaria gracias a la cultura proverbial de su familia, como nos lo indica también que estudiara geografía en un tratado escrito por su padre. Se dedicó muy especialmente a la Paleografía, disciplina de la que llegó a ser uno de sus cultivadores más señalados y sobre la que dejó algunos trabajos inéditos muy interesantes. Procuró que la Corporación se inclinara primordialmente a estudios históricos, a cuyo objeto dispuso que se celebraran varias sesiones dedicadas exclusivamente a los referentes a Cataluña.

En 1820, al entrar a formar parte de la Academia varias personas

de significación ultraliberal, dimitió la presidencia, por juzgar que su continuación en ella podía perjudicar su normal desenvolvimiento, dadas las tendencias políticas imperantes. Fué uno de los indicados nuevos académicos don Joaquín Ruiz de Porras, nacido en Valladolid, y a la sazón Gobernador Militar de Barcelona; elegido presidente al año siguiente, se vió precisado a abandonar nuestra ciudad por haber sido destinado a Burgos, en cuya Capitanía General se le abrió proceso al cesar en el gobierno los elementos liberales; en 1826 se dictó en él sentencia absolutoria. Su actuación presidencial, que duró poco más de un año, se limitó a imponer severa disciplina en las relaciones académicas y a recoger y catalogar todos los documentos de la Corporación, algunos de los cuales se hallaban todavía en casa Dalmases.

Don Próspero de Bofarull y Mascaró entró también en la Academia con el grupo de elementos de ideas avanzadas. Nacido en Reus, de una noble familia, cursó en las universidades de Cervera y Lérida la carrera de Leyes; la Regencia le confirió el cargo de Archivero de la Corona de Aragón, del que le separó durante algunos meses el Gobierno de Fernando VII. Elegido presidente en 1822, al año siguiente quedó clausurada la Academia por la significación liberal de sus dirigentes durante los últimos tres años, muy contraria a la de la mayoría de sus componentes desde su fundación. Volvió a ocupar la presidencia desde 1837 a 1839 y otra vez desde 1843 hasta su fallecimiento. A su iniciativa se debió que nuestra Corporación se opusiera, mediante una razonada exposición, al proyecto del Gobierno de trasladar todos los archivos de España a Madrid, y la compra del monetario del canónigo Ripoll por cinco mil reales. Sus discursos y comunicaciones fueron muy interesantes.

Don Manuel Llauder y Comín, primer Marqués del Valle de Ribas, nacido en Argentona, ingresó muy joven como cadete en el regimiento de Vitoria, distinguiéndose por su pericia y valor en los sitios de Gerona; confiósele por ello el mando del regimiento de San Fernando y después el de una brigada mixta, con la que alcanzó señalada victoria sobre las fuerzas francesas muy superiores en número. Al terminar el trienio progresista, durante el cual vivió retirado en un pueblo de Aragón, ocupó varios cargos militares de importancia y en dos etapas el de Capitán General de Cataluña, durante la primera de las cuales, en 1834, fué elegido para la presidencia, que fué de corta duración porque al siguiente año, nombrado ministro de la Guerra, hubo de ausentarse de Barcelona. Su actuación en ella se limitó a designar una comisión para recaudar

fondos y a modificar algunos artículos de los estatutos para darles un carácter más en armonía con la época.

Don José Melchor Prat y Colom natural de Prats de Rey, prestó, en su calidad de doctor en Farmacia, señalados servicios en la guerra de la Independencia ; de ideas adelantadas, fué taquígrafo y redactor del Diario de Sesiones en las Cortes de Cádiz y después en las de Madrid ; en 1823 se vió precisado a emigrar y residió en Londres algunos años, durante los cuales se dedicó a estudiar humanidades y a traducir al castellano obras de los clásicos griegos. Se acogió a la amnistía del año 1833 y nombrado Gobernador Civil de Barcelona, al cesar en la presidencia el Marqués del Valle de Ribas, y según parece a su consejo, fué designado para ocuparla, pero más inclinado a la política que a las letras, a pesar de ser persona de gran cultura, no tomó parte activa en la vida académica, que dirigió don Próspero de Bofarull y que en 1837 volvió a ser elegido presidente, como dijimos. Pasados dos años lo fué don Joaquín Rey y Esteve, nacido en Mentuy, población de la diócesis de Urgell, que había estudiado en la Universidad de Cervera, de la que después fué Rector. Son muy notables sus escritos sobre Decretales y Concilios, pero se dedicó con preferencia a la política como su antecesor ; fué regente de la Audiencia de Mallorca y de Barcelona y diputado y senador en varias legislaturas. Durante su presidencia, que también de hecho ejerció don Próspero, entró en la Academia don Jaime Balmes.

En 1860 fué elegido presidente, a propuesta de don Manuel Milá y Fontanals, don Ramón Roig y Rey, que pertenecía a nuestra Corporación desde 1838 y cuyas comunicaciones habían revestido siempre particular interés por la profundidad de sus conocimientos, especialmente las dedicadas a la historia de las universidades de Cataluña ; su discurso de entrada, también muy ineresante, versó sobre la antigua Ausona. Más que literato, eximio jurisconsulto, disciplina que había estudiado en la Universidad de Cervera, el Ayuntamiento de Barcelona le nombró su asesor jurídico. Son notabilísimas sus obras sobre sucesiones y expropiación forzosa. Fallecido el año siguiente, fué elegido para sustituirle don Manuel Milá y Fontanals, de cuya personalidad en el mundo de las letras, como también de la de sus sucesores, sería ocioso y pretencioso que me ocupase porque con más conocimiento de causa y también más autoridad lo harán mis colegas en los demás artículos de este Boletín, por lo que me limitaré a consignar estrictamente su vida académica.

Durante su presidencia, y a su personalísima iniciativa, se acor-

dó nombrar una comisión para publicar una gramática y un diccionario de la lengua catalana; trasladar el museo del monasterio de San Juan, próximo a derrumbarse, a la capilla de Santa Águeda; vender la armería que no era de gran valor y nombrar académico honorario a Mosén Jacinto Verdaguer. Después de varias reelecciones, en 1878, su delicado estado de salud no le permitió seguir en su desempeño, y a su consejo, se eligió en su sustitución a don Joaquín Rubió y Ors, ingresado en la Academia el año 1844, en agradecimiento a haber dedicado a la Corporación su traducción y estudio crítico de *La Jerusalén Libertada.*

La tan intensa vida cultural pública del nuevo Presidente no fué óbice para que atendiera con ejemplaridad a la académica; asidua fué su asistencia a las sesiones y notabilísimas sus comunicaciones, especialmente las que tituló «Crítica del Judío Errante», «Introducción a las obras de Salustio, traducidas por el infante don Gabriel», «Atila» (poesía), «Estudio sobre los documentos relativos a la batalla de Lepanto» regalados a la Academia por don Antonio Aparicio, coronel de Ingenieros, y «Consideraciones acerca de la poesía de la naturaleza antes y después del Cristianismo». El año 1889 se le nombra, como a su antecesor, presidente honorario, porque a su parecer la salud no le permitía seguir siéndolo efectivo. Bajo su presidencia se celebró en 1884 la sesión necrológica de don Manuel Milá y Fontanals, a la que asistieron los presidentes de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia y el Ministro de Gracia y Justicia. Tres años después de su fallecimiento, en 1902, se celebró la suya a cargo de Mosén Jacinto Verdaguer.

Desde 1889 a 1893 ocupó la presidencia don Cayetano Vidal y Valenciano, que había sido académico correspondiente en Vilafranca del Panadés, su villa natal, y después secretario. Interesantísima fué su comunicación sobre las *Metamorfosis* de Ovidio. Le sustituyó don José Balari y Jovany, a cuya propuesta se acordó la impresión de un manuscrito conteniendo la traducción castellana del *Libre de Cavayleria,* de Ramon Llull, que el académico numerario don José R. de Luanco encontró entre los papeles de don Gaspar de Jovellanos. A su fallecimiento, ocurrido a principios de 1901, fué elegido presidente don Francisco de Sales Maspons y Labrós, que murió a últimos del mismo año, sustituyéndole don Manuel Durán y Bas, el más antiguo de los académicos. A su iniciativa, y no sin oposición, se acordó ceder al Centro Excursionista de Cataluña una columna del templo de Hércules, donada a nuestra Corporación por el propietario de la casa de la calle del Paradís, lugar de su emplazamiento. Su muy delicada salud no le permitió desde 1905

asistir más que a las reuniones que se celebraban en su casa. Don Felipe Bertrán de Amat, que le sustituyó a su fallecimiento, acaecido dos años más tarde, presidió una solemnísima sesión dedicada a conmemorar el nacimiento de Jaime el Conquistador.

El 1911 fué elegido presidente don José Pella y Forgas, a quien se debe la instalación de nuestra entidad en el palacio de la calle de Cassador, su sede actual. Fallecido en 1918, le sustituyó don Francisco Carreras Candi, que cesó en la presidencia en 1931, y la desempeñó nuevamente pasados cuatro años, durante los cuales la ocupó don Eduardo Toda y Güell.

No se reunió la Academia ni tuvo actividad alguna durante la dominación roja en nuestra ciudad, y al reanudar sus tareas corporativas fué elegido presidente don Fernando Valls y Taberner, que procedió con delicado acierto en la etapa que podemos llamar de reorganización. Su inesperado fallecimiento el año 1942 constituyó una muy sensible desgracia para nuestra Corporación y para los estudios históricos en general.

EL ARCHIVO, LA BIBLIOTECA Y EL MUSEO DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

Por FELIPE MATEU Y LLOPIS

La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona posee un Archivo corporativo del mayor interés, como es evidente, para el estudio no sólo de las actividades de la Entidad, sino del movimiento cultural del siglo XVIII. Las Actas de la Academia nos permiten ver el desarrollo de su Biblioteca, la edición de sus publicaciones — «Memorias», «Boletín» y «Discursos» —, la formación de sus colecciones arqueológicas y el patrimonio bibliográfico de la Corporación, todo lo cual merece ser recordado en ocasión tan solemne como la en que se conmemora la fundación de la Real Academia como tal.

En rigor podemos hablar de un «Archivo» de la Corporación formado por sus Actas y otros documentos; de una «Biblioteca» que, bajo una dirección técnica, se halla hoy catalogada y en pleno servicio; y de un «Museo», cuya parte más fundamental y valiosa está formada por el monetario.

Estas páginas dan noticias del contenido de las tres secciones de la Academia, que constituyen un preciado fondo bibliográfico, documental y arqueológico de indudable interés, no sólo por cuanto son, sino por las épocas y valores que representan.

DE 1743 A 1821

En 6 de febrero de 1743 se nombró por elección *Archivero* a don Félix Amat, y *Compañero de Archivero* a don Antonio de Armengol, barón de Rocafort.

La llave del Archivo estaba en poder del Presidente, del Secretario y de don Félix Amat. Éste fué reelegido en 6 de febrero de 1747, así como su colega Armengol [1].

1. Actas primitivas

En 16 de mayo de 1769 se acordó recoger los papeles del Archivo que estaban dispersos, ordenando que se dejase recibo de los que se llevaran los Académicos [2].

En 18 de noviembre de 1778 se recibió un ejemplar de la obra del Abate Llampillas, y en 19 de diciembre de 1781 las *Memorias sobre la Marina, Comercio y Artes de Barcelona,* de Capmany.

Éstas y el donativo de Ingla, *Ius Civile,* son las primeras citas de obras donadas a la Biblioteca. A partir de entonces ya van apareciendo en las Actas primitivas los ingresos habidos en la Biblioteca

En 8 de febrero de 1782 se interesaba saber qué se había trabajado en la Historia de Cataluña, y se pidió, al efecto, que se averiguara qué papeles de este tema tenía la Academia.

En 13 de abril de 1785 el Marqués de Llió, Mariano de Sans, Mariano de Huéscar y José Vega comunicaban haber separado los «Papeles Históricos» y los «Heterogéneos», pero consideraron que se habían perdido muchos [3].

En 24 de julio de 1782 se escribía en la Oración Gratulatoria de don Félix Amat: «Ninguna parte de la Historia literaria debe saber más el Bibliotecario que la del siglo en que vivimos; ninguna es más difícil; esta dificultad en ninguna Academia se puede mejor superar que en la de Buenas Letras de Barcelona» [4].

En 5 de febrero de 1783 se trató de intentar obtener una copia literal de la Biblia traducida al catalán, existente en la Biblioteca del Rey de Francia; la Academia estaba dispuesta a pagar lo que la copia costara [5].

La Biblioteca de 1821 a 1852

En 30 de abril de 1821 don Pedro Font dirigía un oficio al secretario don Benito de Magarola, separándose de la Academia, y solicitando que se comisionase a algún Socio para que se encargara del Archivo de sus papeles, que en un armario perteneciente a la misma decía haber conservado hasta entonces bajo su custodia [6].

Por este motivo fué redactado un *Aranzel de los libros de la R. Academia de B. L. de Barcelona que después de la expatriación ha entregado el socio D. Pedro Font al socio Sr. Barón de Serrahí* [7].

2. Actas primitivas. J. Par. 1767-1779.
3. Actas primitivas. J. Par. 1779-1787.
4. Legajo sin número. Armario 1.º.
5. Actas primitivas.
6. Actas 1821-1823.
7. 3 folios a. y r. No parece terminado. Legajo sin número. Armario 1.º.

Los azarosos años de aquel primer tercio del siglo no dejaron de perturbar la vida de la Biblioteca. En un cuaderno de tres folios se anotaron lo que parece ser las obras presentadas en diferentes sesiones [8].

En 29 de marzo de 1833 se cita como «Socio Archivero» a don Andrés Avelino Pi y Arimón.

Los sucesos de 1835 y 1836 no dejaron de preocupar a la Academia, que en el último año se dirigió al Ayuntamiento, sobre los libros de los conventos suprimidos [9].

Insistiendo en lo mismo, el 22 de marzo de 1836 se acordaba dirigir a S. M. una solicitud para que la Academia fuera autorizada para recoger los papeles, manuscritos e impresos «que se han encontrado en Bibliotecas de Monasterios y Conventos, al objeto de que no se pierdan ni destruyan».

Se acordó también dirigirse al mismo tiempo y con igual objeto al Gobernador civil [10].

En 12 de junio siguiente se dió cuenta de un ofico del Gobernador comunicando que S. M. la Reina Gobernadora había concedido a la Academia los manuscritos hallados en los Conventos suprimidos que tuvieran relación con la historia y antigüedades catalanas.

Para poder colocar los manuscritos nuevamente adquiridos se pidió a S. M. el convento de San Cayetano, de clérigos regulares [11].

El señor Muns propuso se solicitara de la Junta de Enajenación de Conventos — que había publicado un acuerdo sobre la rápida demolición de los de Santa Catalina y San Francisco de Asís — que permitiera sacar y llevar al Monasterio de San Juan u otro depósito todos aquellos objetos históricos — lápidas con inscripciones, bajorrelieves, sepulcros con bustos, etc. — que iban designados por los Académicos u otras personas inteligentes. En 6 de diciembre de aquel año ya estaban depositados estos objetos en el Monasterio de San Juan.

La preocupación por formar un Monetario se acusa ya en 1 de abril de 1837, cuando la Academia dirigió un oficio circular a los socios, solicitando libros, monedas, medallas, antigüedades, etc., para enriquecer la Biblioteca y Museo, puesto que ya tenía local y armarios [12].

El 6 de abril de 1837 quedaron instaladas en el Monasterio de

8. Legajo sin número. Armario 1.º.
9. Borradores de oficios. Legajo 36.
10. Actas.
11. Actas.
12. Borradores de Oficios. Legajo 36.

San Juan la Real Academia, la Sociedad de Amigos del País y la *Biblioteca que había de ser pública* [13]. Con esta decisión de la Academia se aspiraba a la utilización de su Biblioteca corporativa por parte de todos.

En 15 de febrero de 1837 la Academia pidió al Ayuntamiento que le cediera lápidas y otros objetos, en vista de que no podía instalarlos por dificultades del edificio, puesto que la Academia tenía ya el Monasterio de San Juan para formar un Museo [14].

En 6 de abril siguiente la Academia agradecía al Ayuntamiento la cesión de lápidas, inscripciones y demás objetos arqueológicos que le habían sido entregados [15].

En 1844 dirigía numerosos oficios a particulares y a entidades pidiendo objetos para el naciente Museo[16].

Por entonces, en 2 de julio de 1844, la Academia entraba en relación con la Sociedad Arqueológica Matritense, por intermedio del célebre «anticuario» don Basilio Sebastián Castellanos [17], cuyas actividades arqueológicas y numismáticas eran muy intensas.

Don Basilio Sebastián Castellanos de Losada escribió en 1837 una Memoria para la Real Academia de Jurisprudencia, sobre unas medallas grabadas en madera. En 1838-39 publicó la *Galería Numismática Universal* en 2 tomos; en 1840 la *Cartilla Numismática o repertorio de las palabras técnicas de la ciencia de las medallas*; en 1841 el *Museo de Medallas de la Biblioteca Nacional*; en 1844 el *Compendio elemental de arqueología,* en 3 tomos; en 1849 un *Informe acerca del valor de los maravedís de plata doble, dado en un pleito entre la Real Hacienda y el Conde de Salvatierra en el año 1849*; en 1850, la *Disertación sobre la Numismática forense,* y en 1857, *Numismática española.*

En 3 de julio de 1844 la Academia dirigió una instancia a la Diputación comunicando haber establecido el Museo y solicitando alguna cantidad para su sostenimiento [18].

La Biblioteca corporativa había hallado un conservador eficiente y entusiasta en Pi y Arimón. A su muerte se nombró Archivero Bibliotecario a don Joaquín Roca y Cornet, en 10 de marzo de 1852 [19].

Uno nuevo hubo de hacerse en 1876. En 6 de mayo de aquel año el Secretario comunicó que estaba próximo a terminarse el traslado

---

13. Borradores de Oficios Legajo 36.
14. Borradores de Oficios. Legajo 36
15. Borradores de Oficios. Legajo 36.
16. Borradores de Oficios. Legajo 36.
17. Borradores de Oficios. Legajo 36.
18. Borradores de Oficios. Legajo 36.
19. Borradores de Oficios. Legajo 36.

del Archivo desde el local en que se hallaba establecido, al nuevo que se le había señalado en el piso segundo del cuerpo occidental de la nueva Universidad, significando la conveniencia de que se nombrase una comisión que ordenase y catalogase los documentos y libros de la Academia que se hallaban revueltos «a consecuencia de los repetidos traslados en el transcurso de cinco años» [20].

Las relaciones internacionales de la Academia eran muy amplias. En 1850 se estableció intercambio con la «Cesárea Academia de Ciencias de Viena», solicitado por ésta, por intermedio de don Joaquín Bastús.

En el mismo año se recibieron las Memorias de la Sociedad de Artes y Ciencias de Carcasona.

En mayo de 1851, al agradecer un donativo a la Academia de los Juegos Florales de Toulouse, la Real Academia pidió intercambio con las publicaciones de éstos [21].

En 18 de junio de 1855, don José de Manjarrés renunció el cargo de Director del Museo, por lo que se nombró a don Pablo Milá y Fontanals [22].

El Monetario

Un Monetario iba formándose paulatinamente. En 16 de febrero de 1846 la Academia agradecía al Director de la «Sociedad de Navegación e Industria» la entrega de un cuadro con cuarenta y nueve «medallas antiguas procedentes de las minas de Benisalem, en Mallorca» [23].

En 29 de febrero de 1848, don José de Manjarrés presentó dos cuadernos que comprendían las inscripciones de lápidas y sepulcros del Museo, excepto las romanas, para que el Director procediera a su examen, a fin de formar una guía del Museo para los visitantes [24].

Acto importante en la vida corporativa fué la adquisición del monetario del canónigo Ripoll.

En 15 de mayo de 1849 la Academia se dirigió al Jefe Superior Político de la Provincia, diciendo que la Corporación había tenido ocasión de adquirir el monetario del canónigo de Vich, don Jaime Ripoll, en el módico precio de 3.632 reales — precio en el que se estimó el metal — y que un prestamista había dejado, por dos años, el importe, que la Academia no tenía. Se decía que si transcurridos

20. Actas.
21. Borradores de Oficios. Legajo 36.
22. Borradores de Oficios. Legajo 36.
23. Borradores de Oficios. Legajo 36.
24. Borradores de Oficios. Legajo 36.

cinco años la Academia no podía pagar la deuda, se vería obligada a vender el monetario, por lo que solicitaba ayuda económica [25].

En 27 de mayo de 1852 era director del Museo de Antigüedades, don Juan Cortada, y fué nombrado Celador del Edificio don José de Manjarrés, Subdirector del Museo [26].

En 1854 hubo un importante ingreso: la Academia agradeció a don Manuel Galadíes un monetario que había regalado a la Corporación; Galadíes era socio correspondiente [27].

La situación económica de la Academia era deficitaria. En 17 de octubre de 1861 se acordó vender la armería de la Corporación para poder saldar deudas con su importe; en 30 de marzo de 1863 se autorizó la venta en 3.000 reales al contado [28].

En 12 de noviembre de 1862 era Archivero don Mariano Aguiló.

El Museo de la Corporación era público.

En 8 de febrero de 1867 se decidió arreglar los objetos que estaban en el Monasterio de San Juan, y cerrar el recinto con una verja interior [29].

El Museo de 1871 a 1880

En 3 de febrero de 1871 la Diputación pidió que la Academia apoyase su solicitud sobre el edificio del Monasterio de San Juan para Museo Provincial. La Academia prometió que secundaría en todo aquel laudable deseo [30].

Pocos años después, el director del Museo, señor Manjarrés — en 13 de noviembre de 1875 —, creía necesario activar el asunto del Museo, puesto que dada la ya iniciada apertura de la calle de Bilbao, parecía inminente el realizar el proyecto de derribo del Monasterio de San Juan [31].

El día 15 del mes siguiente se decidió ponerse de acuerdo con la Comisión Provincial de Monumentos por si es posible, con la venia del Rector, instalar el Museo de la Academia en la Universidad y pedir dinero a la Diputación en caso de que los fondos de la Academia no bastaran para el traslado. En 19 de enero de 1876 la Comisión de Monumentos adoptó la propuesta [32].

25. Borradores de Oficios. Legajo 36.
26. Borradores de Oficios. Legajo 36.
27. Borradores de Oficios. 1854.
28. Actas.
29. Actas.
30. Actas.
31. Actas.
32. Actas.

En 19 de febrero de 1876 el Rector de la Universidad presentó unas bases para el traslado del Museo. Por entonces el Cabildo solicitó el sepulcro de San Raimundo; la Academia decidió que se entregara y comisionó al señor Puiggarí para realizar el acuerdo, pues el Cabildo deseaba trasladar al altar de la Catedral el citado sepulcro.

En 26 de marzo de 1876, Puiggarí comunicó haberse llevado a cabo el traslado del sepulcro que la tradición supone ser de San Raimundo y que el Cabildo se proponía restaurar [33].

En 1879 se hizo un inventario de las monedas, que no llegó a terminarse con la precisión con que había sido comenzado. Este *Catálogo del Monetario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona de 1879* lo publicamos en el «Boletín» de la Corporación de 1953. Anteriormente dimos una *Noticia del Monetario de la R. A. de B. L. de B.* en el «Boletín» de 1949.

En 9 de enero de 1877 se acordó que se trasladaran los objetos del Museo del Monasterio de San Juan a la Capilla de Santa Águeda y que se encargue de formar un catálogo Fidel Fita; y que se pusiera de acuerdo con la comisión que se nombró cuando se trataba del traslado a la Universidad — comisión de la que deberá formar parte el señor Balaguer — con la Comisión Provincial de Monumentos [34].

En 20 del mismo mes y año se acordó nombrar a don Ramón de Siscar para ordenar el monetario [35].

En 21 de diciembre de 1878 se acordaron unas bases redactadas con la Comisión Provincial para el arreglo y régimen del Museo de la Academia [36].

En 11 de enero de 1879 se acordó pasaran al Museo, por indicación del señor Pella, los cuadros de Felipe V y San Raimundo que se hallaban en el local donde celebra sus Juntas la Academia [37].

En 3 de enero de 1880 la Comisión Provincial de Monumentos comunicó que había sido nombrado por el Gobierno un jefe del Museo, del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos.

La Academia había nombrado al señor Manjarrés para que hiciera un inventario de lo que era propiedad de la Corporción a fin de facilitar una copia al jefe del Museo [38].

En 20 de marzo de aquel año, Manjarrés presentó una copia del catálogo de objetos del Museo, propiedad de la Academia y en el

33. Actas.
34. Actas.
35. Actas.
36. Actas.
37. Actas.
38. Actas.

mes siguiente hizo constar que no consignó en el catálogo los restos de la caja que contuvo una momia egipcia por el mal estado de conservación puesto que se hallaba reducida a un haz de astillas [39].

En 22 de mayo del mismo año se acordó pasar a don Andrés Balaguer, Conservador del Museo, el Catálogo formado por el señor Manjarrés, firmado por éste y por don A. Elías de Molins, en calidad de Jefe del Museo de la Comisión Provincial de monumentos [40].

La Academia recibió en 4 de noviembre de 1880 una comunicación de la Diputación, solicitando se permitiera visitar el Museo durante las fiestas de la Merced [41].

La Biblioteca de 1878 a 1900

En 23 de noviembre de 1878 fué elegido Archivero don Andrés Balaguer. La preocupación por el Archivo era manifiesta. En 11 de enero de 1879 se acordó sacar copia de todos los trabajos que se leyeran en la Academia, para que no faltara en Archivo ninguno de los que se habían leído hasta entonces. En 4 de noviembre de 1880 fué reelegido Archivero-Bibliotecario don Andrés Balaguer [42].

A preguntas del señor Durán y Bas, en 19 de noviembre de 1881, el señor Balaguer dijo que no había ningún catálogo de la Biblioteca y se acordó autorizar a dicho señor Balaguer para que se proporcionara un auxiliar al efecto [43]. Balaguer fué reelegido Bibliotecario en 20 de noviembre de 1882. Fallecido éste, fué nombrado Bibliotecario interino don Francisco de Bofarull [44].

En 1881 se solicitó de la Academia das Ciencias de Lisboa el intercambio de publicaciones, estableciéndose también con el Ministerio de Instrucción de Francia [45]. Al año siguiente se entablaron relaciones de canje con las Academias de Constantinopla y de Atenas [46].

El Museo en 1901

En 26 de noviembre de 1901 se acordó hacer el catálogo del Monetario de Ripoll, dada la falta que había de un buen inventario

39. Actas. Armario 1.º
40. Actas. A. 1.º
41. Actas.
42. Actas.
43. Actas.
44. Actas.
45. Actas de 12-II y 9-V de 1881.
46 Actas de 18-III-1882.

del mismo [47], si bien ya en 1879 se había hecho uno de las monedas de la Academia.

En 14 de mayo de 1904, el Ayuntamiento reclamó los objetos arqueológicos de su propiedad que en un tiempo entregó en depósito a la Academia. Se decidió averiguar cuáles eran, y proceder según derecho. El señor Casades estimó que la Academia debía reclamar los objetos de su propiedad, y del depósito del Ayuntamiento que fueron depositados en el Museo Provincial, especialmente en el cercado de la Plaza del Rey, y también en el Museo arqueológico municipal del Parque [48].

En 13 de junio siguiente, para ilustrar a la Academia sobre la reclamación por parte de la Junta municipal de Museos de los objetos arqueológicos que aquélla tenía en depósito, el Secretario informó de que en las actas de 1837 se hablaba de los trámites de esta cesión, sin concretar qué objetos se entregaron. En todo caso, irían a parar con todos los de pertenencia de la Academia en depósito al Museo Provincial de Antigüedades, cuando la Academia fué despojada de su domicilio, el Monasterio de San Juan. La Corporación decidió contestar al Ayuntamiento que no podía concretar qué objetos eran y que la Junta Municipal de Museos procurara averiguarlo en los Archivos municipales [49]. De 1904 a 1923 las actas dan diferentes noticias sobre el particular.

LA BIBLIOTECA DE 1902 A 1929

En 31 de mayo de 1902 se autorizó a la Junta a emprender la formación del catálogo de la Biblioteca, utilizando un escribiente y adquiriendo un armario si lo creía oportuno [50]. Era vieja la aspiración de la Academia de tener una biblioteca catalogada. En 30 de marzo de 1903, a propuesta del señor Presidente, se nombró una comisión encargada del fomento de la Biblioteca, cerca de entidades extranjeras, facilitando el intercambio. Se proponía intentar obtener de la Diputación una o más salas para la Academia, que carecía de local adecuado [51].

Cedido por el Estado a la Corporación el edificio de la calle del Obispo Cassador, en 19 de marzo de 1918 el señor Carreras Candi insistió en la conveniencia de colocar los libros en el citado edificio de

47. Actas.
48. Actas 1902-1924. A. 1 - E 2.
49. Actas 1902-1924. A. 1 - E 2.
50. Actas.
51. Actas.

la calle del Obispo Cassador, pues que se hallaban en malas condiciones en el piso de la plaza del Rey, cuyo alquiler iba a cargo de la Corporación [52]. y en 4 de noviembre se decidió el inmediato traslado de los libros al mencionado inmueble de Obispo Cassador.

En 9 de febrero del año siguiente, los libros del piso de la plaza del Rey ya estaban en Obispo Cassador [53].

Por entonces se comunicó la intención del Ministerio de Instrucción de crear una Biblioteca pública en el edificio de la Academia, y se nombró una comisión para que se preocupara de establecer claramente los derechos correspondientes [54].

En 10 de junio de 1929 la Academia aceptó el donativo de los libros, papeles y armarios del doctor Alabart, por su legataria doña Francisca Sarrá [55].

En 30 de octubre de 1929 se acordó prorrogar la fecha señalada para la inauguración de la Biblioteca. Se construyó la galería en la misma Biblioteca para ampliar las armariadas [56]. La dirección de la Biblioteca por personal del cuerpo del Estado no llegó a ser definitiva, y de nuevo quedó aquélla con bibliotecarios. provisionales hasta que recientemente la Diputación Provincial acordó, a petición de la Academia, hecha a propuesta del que suscribe, asignar una plaza de bibibliotecaria a la Real Academia de Buenas Letras, convirtiendo esta Biblioteca en pública, como era antigua aspiración

En estos años — 1901-1929 — el intercambio experimentó muchos avances. En 25 de enero de 1902 la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid, lo aceptó. En 18 de abril de 1903 se estableció con los Bolandistas ; en 10 de noviembre el P. Sunyol, de Montserrat, enviaba el primer volumen de la «Analecta Montserratina», en intercambio, solicitándolo en el mismo año la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, la Sociedad de Bolandistas, reanudándolo ; el Instituto Ibero Americano de Hamburgo pedía las publicaciones de la Academia, y también lo hacía la Sociedad Menéndez y Pelayo, de Santander. La Universidad de California, en 1921 ; la Sociedad Castellonense de Cultura para su «Boletín» en 1922, como la Sociedad Arqueológica Tarraconense que envió también su «Boletín» ; la Biblioteca de la República de Bogotá ; en 1923, nuevamente la Sociedad de los Bolandistas reclamaba el cambio que fué interrumpido cinco años atrás ; se estableció con la Ecole des

52. Actas.
53. Actas.
54. Acta del 3 de marzo de 1919.
55. Actas 1925-29. A. 1 - E 2.
56. Actas 1925-29. A. 1 - E 2.

Chartes y la revista «Le Moyen Age» ; con la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en 1929 con la Biblioteca Vaticana, con la que lo tenía interrumpido [57].

De este modo la Biblioteca de la Academia iba enriqueciéndose, como el Archivo con las actas y demás documentación ; las colecciones arqueológicas, salvo el monetario, pasaron al Museo de Santa Agueda en su mayor parte. Hoy, al celebrar el bicentenario de su erección como Real Academia, puede ufanarse de ver ordenados en su local social sus ricos fondos bibliográficos y su Archivo corporativo en el que está la historia de dos siglos dedicados a la historia, al arte y a la literatura del Principado.

57. Actas 1925-29. Ar. 1.º Est: 2.ª

ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE BARCELONA.

ESTADO que manifiesta los dias de sesion literaria, secciones de turno y sócios que leerán en el año académico de 1844 á 1845, formado por la Junta particular con arreglo á los Estatutos.

	Dias de sesion.		Secciones.	Socios.
1844.	Octubre	3.		Abertura de la Academia.
	Idem	22.	*Antigüedades.*	D. Pablo Piferrer.
	Noviembre	5.	*Poesía.*	D. Joaquin Rubió.
	Idem	19.	*Literatura.*	D. Rafael Nadal.
	Diciembre	3.	*Historia.*	D. Alberto Pujol.
	Idem	24.	*Antigüedades.*	D. Manuel de Bofarull.
1845.	Enero	14.	*Literatura.*	D. José Melchor Prat.
	Idem	28.	*Poesía.*	D. Miguel Martí.
	Febrero	11.	*Literatura.*	D. Antonio Buxéres.
	Idem	25.	*Antigüedades.*	D. Ramon Roig y Rey.
	Marzo	11.	*Historia.*	D. Juan Cortada.
	Idem	25.	*Literatura.*	D. Ramon Martí de Eixalá.
	Abril	8.	*Antigüedades.*	D. José Antonio Llobet.
	Idem	22.	*Poesía.*	D. Antonio Puig y Lucá.
	Mayo	6.	*Literatura.*	D. Agustin Yañez.
	Idem	20.	*Historia.*	D. Juan de Zafont.
	Junio	3.	*Literatura.*	D. Francisco Puig y Esteve.
	Idem	17.	*Historia.*	D. V. Joaquin Bastús.

NOTAS.

Si por cualquier motivo ó incidente imprevisto algun socio no pudiese leer en el dia señalado, será de su cargo buscar quien le sustituya.

Téngase presente por los demas socios el art. 15 de los Estatutos, que dice: *Será libre á los socios leer en Junta general cualquier memoria ó escrito en prosa ó en verso.*

Barcelona 4 de setiembre de 1844.

Próspero de Bofarull, *Presidente.* ***Ramon Muns***, *Secretario 1.º*

Convocatoria para los trabajos del curso 1844-1845 de la Real Academia.

RELACIONES DE ACADÉMICOS

JUNTA DE GOBIERNO
(1954 - 1957)

PRESIDENTE: Excmo. Sr. D. Ramón de Abadal y de Vinyals
SECRETARIO: Iltre. Sr. D. Martín de Riquer
BIBLIOTECARIO: Iltre. Sr. D. Felipe Mateu y Llopis.
CONSERVADOR: Iltre. Sr. D. Luis Faraudo de Saint-Germain
TESORERO: Iltre. Sr. D. José Vives Gatell, Pbro.

ACTUALES ACADÉMICOS POR ORDEN DE INGRESO

Don Ramón D. Perés y Perés
Medalla núm. 25
calle de Lauria, 92-94

Doña Catalina Albert y Paradís
Medalla núm. 14
calle de Valencia, 250

Don Agustín Durán y Sanpere
Medalla núm. 34
calle de Santa Lucía, 1

Don Manuel de Montoliu y Togores
Medalla núm. 27
Rambla de Cataluña, 62

Don Carlos Sanllehy y Girona, Marqués de Caldas de Montbuy
Medalla núm. 1
Avenida de la Puerta del Ángel, 3

Mons. Antonio Griera y Gaja
Medalla núm. 24
Seminario Conciliar

Don Luis Faraudo de Saint-Germain
Medalla núm. 20
calle de Alí-Bey, 15

Don Jesús Ernesto Martínez Ferrando
Medalla núm. 28
calle de los Condes de Barcelona, 2

Don Felipe Mateu y Llopis
Medalla núm. 26
calle de Calabria, 75

Don José M.ª Millás Vallicrosa
Medalla núm. 19
Vía Layetana, 141

Don Xavier de Salas Bosch
Medalla núm. 5
calle de Lauria, 124

P. José Vives Gatell, Pbro.
Medalla núm. 35
calle de Durán y Bas, 9

Don Martín de Riquer y Morera
Medalla núm. 17
calle de las Camelias, 18-20

Don Pedro Font Puig
Medalla núm. 12
calle de la Diputación, 353

Don Pablo Cavestany y de Anduaga
Medalla núm. 29
calle de Anglí, 40

Don Juan Sedó Peris-Mencheta
Medalla núm. 15
Ronda de San Pedro, 23

Don José M.ª López-Picó
Medalla núm. 7
Rambla de Cataluña, 121

Don Mariano Bassols de Climent
Medalla núm. 16
Paseo de Gracia, 65

Don Luis Pericot y García
Medalla núm. 11
Rambla de Cataluña, 89

Don Ramón de Abadal y de Vinyals
Medalla núm. 33
calle de Caspe, 56

Don José M.ª Castro y Calvo
Medalla núm. 23
calle de Vergara, 9

Don Joaquín Carreras Artau
Medalla núm. 10
calle de Francolí, 59

Medallas académicas

El Excmo. Sr. Ministro de Fomento, en 18 de abril de 1868, comunicó a esta Corporación que por R. O. de la misma fecha se concedía a la Academia Sevillana de Buenas Letras el derecho al uso de medalla, e invitó a la de Buenas Letras de Barcelona a solicitar esta prerrogativa, previa presentación del diseño correspondiente para su aprobación.

Cuando la Academia decidió solicitar dicha merced, encargó a su socio don José Puiggarí que dibujase el diseño de la medalla a ostentar, lo cual quedó terminado en 7 de abril de 1877.

El dibujo se basa en lo que dispone el capítulo XXVII de los Estatutos aprobados por Fernando VI en 1752: en el anverso, el escudo en losange, en el cual y sobre campo azul se ostenta una colmena sobre flores y tomillo, emblema de la Academia desde su principio, con la leyenda "Et Rege et Lege", ordenada por el citado monarca, y "Per flores et thimo summa volant", lema usado también de antiguo por la Academia; en el reverso, el nombre de la misma y la estrella irradiando luz sobre el escudo de Cataluña que asoma entre nubes.

Por R. O. de 8 de octubre de 1886 se concedió a los académicos el derecho a uso de medalla, la cual es en oro y esmalte para los numerarios y en plata para los correspondientes.

Las medallas de los académicos numerarios son propiedad de la Academia, a la cual deben ser devueltas al fallecer aquéllos.

Medalla núm. 1

Don Joaquín Rubió y Ors. 1844 † 1899.
Don José Jordán de Urríes y Azara. 1912 † 1919.
Don José R. Carreras Bulbena. 1920 † 1931.
Don Carlos Sanllehy y Girona. 1936.

Medalla núm. 2

Don Manuel Durán y Bas. 1852 † 1907.
P. Ignacio Casanovas, S. J. 1921 † 1936.
Don Federico Camp Llopis. 1941 † 1951.

MEDALLA NÚM. 3

Don Felipe Vergés y Permanyer. 1852 † 1889.
Don Eduardo de Hinojosa Naveros. 1891. En 1901 pasa a correspondiente en Madrid.
Don Pelegrín Casades y Gramatxes. 1903 † 1947.

MEDALLA NÚM. 4

Don Mariano Aguiló Fuster. 1852 † 1897.
Don Ramón Miquel y Planas. 1914 † 1950.

MEDALLA NÚM. 5

Don Ramón de Siscar y de Montoliu. 1860 † 1889.
Don Fernando de Sagarra y de Siscar. 1890 † 1939.
Don Xavier de Salas Bosch. 1943.

MEDALLA NÚM. 6

Don José Flaquer y Fraisse. 1860 † 1889.
Don Eduardo Llanas. 1891 † 1901.
Don Cosme Parpal y Marqués. 1913 † 1923.
Don Luis Vía Pagés. 1923 † 1940.

MEDALLA NÚM. 7

Don Adolfo Blanch Cortada. 1861 † 1887.
Don Francisco Ubach y Vinyeta. 1888 † 1913.
Don Francisco Matheu y Fornells. 1922 † 1938.
Don José M.ª López-Picó. 1948.

MEDALLA NÚM. 8

Don José Puiggarí y Llobet. 1861 † 1903.
Don Buenaventura Bassegoda y Amigó. 1922 † 1940.

MEDALLA NÚM. 9

Don Manuel Angelón Broquetas. 1863 † 1888.
Don Juan B. Codina y Formosa. 1899 † 1923.
Don Ramón de Alós-Moner y de Dou. 1924 † 1939.

MEDALLA NÚM. 10

Don Cayetano Vidal y Valenciano. 1870 † 1893.
Don Ángel Bas y Amigó. 1899 † 1911.
Don Tomás Carreras Artau. 1918 † 1954.
Don Joaquín Carreras Artau. 1955.

MEDALLA NÚM. 11

Don Víctor Gerbhardt y Coll. 1872 † 1894.
Don Francisco Carreras Candi. 1898 † 1937.
Don Luis Pericot y García. 1948.

MEDALLA NÚM. 12

Don Dámaso Calvet y Budallés. 1872 † 1891.
Don Juan Rubio de la Serna. 1904 † 1907.
Don Fernando Valls y Taberner. 1920 † 1942.
Don Pedro Font Puig. 1945.

MEDALLA NÚM. 13

Don Francisco Miquel y Badía. 1872 † 1899.
Don Francisco de P. Barjau y Pons. 1916 † 1938.

MEDALLA NÚM. 14

Don Luis Cutchet y Font. 1873 † 1892.
Don Federico Rahola Trémols. 1902 † 1919.
Doña Catalina Albert Paradís. 1923.

MEDALLA NÚM. 15

Don Francisco Maspons Labrós. 1875 † 1901.
D. Isidro Bonsoms y Sicart. 1907. En 1916 pasa a correspondiente en Valldemosa.
Don Juan Givanel y Mas. 1917 † 1946.
Don Juan Sedó Peris-Mencheta. 1948.

MEDALLA NÚM. 16

Don José R. de Luanco y Riego. 1877. En 1901 pasa a correspondiente en Castropol.
Don José Soler y Palet. 1906 † 1921.
Don Arturo Masriera y Colomer. 1924 † 1929.
Don Joaquín Balcells y Pinto. 1936 † 1936.
Don Mariano Bassols de Climent. 1948.

MEDALLA NÚM. 17

Don Antonio Aulestia y Pijoán. 1877 † 1908.
Don Ernesto Moliné Brasés. 1913 † 1940.
Don Martín de Riquer y Morera. 1944.

MEDALLA NÚM. 18

Don Celestino Barallat y Falguera. 1877 † 1905.
Don Salvador Sanpere Miquel. 1908 † 1915.
Don Apeles Mestres. 1918 † 1936.

MEDALLA NÚM. 19

Don Pedro Nanot Renart. 1877 † 1886.
Don Buenaventura Ribas Quintana. 1889 † 1903.
Don Cayetano Soler. 1913 † 1915.
Don Gumersindo Alabart. 1918 † 1929.
Don Sebastián Puig y Puig. 1930 † 1931.
Don José M.ª Millás Vallicrosa. 1943.

MEDALLA NÚM. 20

Don José Pella y Forgas. 1878 † 1918.
Don Alfredo Opisso. 1923 † 1924.
Don Pedro Barnils Giol. 1926 † 1933.
Don Luis Faraudo de Saint-Germain. 1941.

MEDALLA NÚM. 21

Don José Balari y Jovany. 1879 † 1904.
Don Luis Segalá y Estalella. 1916 † 1938.

MEDALLA NÚM. 22

Don José Coroleu e Inglada. 1879 † 1895.
Don Teodoro Baró y Sureda. 1902 † 1916.
Don Jaime Serra Hunter. 1925 † 1946.

MEDALLA NÚM. 23

Don Joaquín Fontanals del Castillo. 1879 † 1895.
Don Clemente Cortejón y Lucas. 1899 † 1911.
Don Luis Viada y Lluch. 1921 † 1938.
Don José M.ª Castro y Calvo. 1953.

MEDALLA NÚM. 24

Don Joaquín Riera Bertrán. 1879 † 1924.
Don Alfonso Par Tusquets. 1924 † 1936.
Don Antonio Griera y Gaja. 1941.

MEDALLA NÚM. 25

Don Jacinto Verdaguer y Santaló. 1880 † 1902.
Don Ramón D. Perés y Perés. 1913.

MEDALLA NÚM. 26.

Don Emilio Pi y Molist. 1853 † 1892.
Don Joaquín Botet y Sisó. 1908 † 1917.
Don Daniel Girona y Llagostera. 1919 † 1938.
Don Felipe Mateu y Llopis. 1943.

MEDALLA NÚM. 27.

Don Felipe Bertrán de Amat. 1882 † 1911.
Don José Pin y Soler. 1914 † 1927.
Don Manuel de Montoliu y Togores. 1927.

MEDALLA NÚM. 28.

Don Francisco de Bofarull y Sans. 1883 † 1938.
Don Jesús Ernesto Martínez Ferrando. 1941.

MEDALLA NÚM. 29.

Don Francisco Romaní y Puigdengolas. 1884 † 1912.
Don Luis Doménech y Montaner. 1921 † 1923.
Don Rosendo Serra y Pagés. 1924 † 1929.
Don Juan Perpiñá y Pujol. 1930 † 1942.
Don Pablo Cavestany y de Anduaga. 1940.

MEDALLA NÚM. 30.

Don Juan B. Orriols y Comas. 1884 † 1921.
Don Antonio de la Torre y del Cerro. 1923. En 1951 pasa a correspondiente en Madrid.

MEDALLA NÚM. 31.

Don Antonio Rubió y Lluch. 1889 † 1937.

MEDALLA NÚM. 32.

Don Guillermo M.ª de Brocá y de Montagut. 1890 † 1919.
Don Pedro Bosch Gimpera. 1922. En 1952 pasa a correspondiente en París.

MEDALLA NÚM. 33.

Don José Torras y Bages. 1898; *devuelta en* 1899.
Don Luis Comenge Ferrer. 1901 † 1916.
Don José M.ª Roca y Heras. 1918 † 1930.
Don Eduardo Toda Güell. 1930 † 1941.
Don Ramón de Abadal y de Vinyals. 1949.

MEDALLA NÚM. 34.

Don Eduardo Vidal de Valenciano. 1898 † 1899.
Don Joaquín Miret y Sans. 1900 † 1918.
Don Agustín Durán y Sanpere. 1924.

MEDALLA NÚM. 35.

Don Andrés Giménez Soler. 1899. En 1918 pasa a correspondiente en Zaragoza.
Don Faustino Gazulla. 1919 † 1938.
Don José Vives Gatell. 1943.

MEDALLA NÚM. 36.

Don Antonio Elías de Molins. 1903 † 1909.
Don Jaime Barrera Escudero. 1922 † 1942.

Relación completa de los Académicos de número por orden de ingreso

«Academia Desconfiada»

Académicos fundadores (1700)

Don Pablo Ignacio de Dalmases y Ros.
Don Juan Antonio de Boxadors, de Pinós y de Rocabertí, Conde de Çavallá.
Don José Antonio de Rubí y de Boxadors, Marqués de Rubí.
Don José de Amat y de Planella, Marqués de Castellbell.
Don Francisco de Josa y de Agulló, conónigo de la Catedral de Barcelona.
Don Lorenzo de Barutell y de Erill, Barón de Oix y de Bestracá.
Don Felipe de Ferrán y de Sarriera, Conde de Ferrán.
Don Francisco de Junyent y de Vergós, Marqués de Castellmeyá.
Don José de Taverner y de Ardena, obispo de Gerona.
Don Antonio de Copons y de Copons, Marqués de Moya.
Don Alejandro de Palau y de Aguilar, Conde de Toralla.
Don José de Rius y de Falguera, canónigo de la Catedral de Barcelona.
Don Antonio de Peguera y de Aymerich.
Don José Clua y Granyena.

Otros académicos

Don Juan de Pinós y de Rocabertí.
Don Martín Díaz de Mayorga.
Don Diego de Pellicer y Bustamante.
Don José Ferrán y de Fivaller.
Don Manuel Pellicer y de Bustamante.
Don Luis de Peguera y de Aymerich.
Don Juan Bautista de Vilana y de Millás.
Don Diego Martínez y de Folcrás.
Don Francisco Valls y Galán.
Don Diego de Pellicer y de Tovar.

Don José Carrillo de Albornoz, Duque de Montemar.
Don Felipe de Armengol y de Folch.
Don Diego de Cárdenas-Ariñosa y de Collado.
Don José de Llupiá y de Agulló, canónigo de Urgel.
Don Antonio Serra y Vileta.
Don Francisco Sans de Monrodón y Miquel.
Don José Baltasar de Dalmases y Ros, canónigo de la Catedral de Barcelona.
Don Manuel de Vega y de Rovira, monje de Ripoll.
Don Iñigo de Villarroel y Peláez.
Don Isidro Serradell, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Don Francisco Botelho de Moraes y Vasconcellos.
Don José Ignacio de Solís y de Gante, Duque de Montellano.
Don Juan Galvany.
Don Gabriel Alvarez de Toledo y de Pellicer.
Don José de Cortada y de Brú, Barón de Maldá.
Don Alejandro Dini.
Don Marcos Antonio Vinyas, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Don José Aparici y Mercader.
Don Benito de Sala y Cella
Don Marcos de Alva.
Don José Fausto de Potau y de Ferrán, Conde de Vallcabra.
Don Esteban de Pinós y de Urríes.
Don José Miró, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Don Pedro de Potau y de Ferrán, canónigo de la Catedral de Lérida.
Don Joaquín Vives y Ximénez.

«ACADEMIA» SIN NOMBRE

Académicos fundadores

(marzo de 1729)

Don Segismundo Comas y Codinach, catedrático.
Don Tomás Massanés, provincial de los Dominicos.
Don Isidro Padró, canónigo.
Don José de Mora y de Catá, Marqués de Llió.
Don Francisco de Sentmenat y de Agulló, Marqués de Sentmenat.
Don Bernardo Antonio de Boxadors, Conde de Peralada.
Don Félix de Amat Lentisclá de Gravalosa.
Don Ramón de Dalmases y Vilana, Marqués de Vilallonga.

Don Ginés Padró, catedrático.
Don Pablo de Dalmeses y Vilana, canónigo.
Don José de Boxadors y Sureda de Sant Martí.
Don Jerónimo de Ribas, Marqués de Alfarrás.
Don Antonio de Lapeyra y de Cardona.
Don Gregorio de Prats y Matas.
Don José Fornés, médico.
Don José Vinyals de la Torre, abogado.

Otros académicos

Don Juan Tomás de Boxadors, Cardenal y General de los Dominicos (1729).
Don Ignacio de Santa Clara y Villota (1729).
Don Antonio de Armengol y de Aymerich, Barón de Rocafort (1729).
Don Juan de Sagarriga y Reart, Conde de Crexell (1729).
Don Salvador Sanjuan y de Planella (1729).
Don Francisco Gil de Frederich, dominico (mártir en Fo-Kien, beatificado en 1906), (1729).
Don Pedro Serra y Postius (1729).
Don Agustín Riera, agustino (1729).
Don José de Dalmases y Vilana (1729).
Don Vicente Pablo de Sobrecasas, teatino (1729).
Don Manuel Mariano Ribera, mercedario (1729).
Don Agustín Antonio Minuart y Parets, agustino (1729).
Don Francisco de Savila y de Savila (1729).
Don Antonio de Bastero y Lledó (1729).
Don Lorenzo Martí, agustino (1729).
Don José Pla, abogado (1730).
Don Antonio de Ametller y Montaner, abad de Besalú (1730).
Don José Galcerán de Pinós y de Pinós, Marqués de Barbará (1731).
Don Juan de Fivaller y de Rubí (1731).
Don José Guillermo de Melun, Marqués de Risbourg (1731).
Don José Mercader, dominico (1731).
Don Juan Lleonart, dominico (1731).
Don Julián Amorín de Velasco (1731).
Don Miguel Fermín de Ripa, Marqués de Jaureguizar (1731).
Don Antonio de Giblé y Viladomar (1731)
Don Agustín de Eura, Obispo de Orense (1732).
Don Antonio de Cortés y Gelabert (1735).
Don Francisco de Palau y Magarola (1735).
Don Ramón de Ponsich y Camps (1735).

Don Bernardino de Padellás y de Puig, Barón de Camposines (1736).
Don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, Duque de Alba y Conde de Galves (1736).
Don Antonio Andreu y Massó, trinitario (1737).
Don José Ignacio de Masdeu y Grimosachs (1737).
Don Francisco Sanjoan, abogado (1737).
Don Antonio Fábrega, agustino (1737).
Don Tomás Gelambí (1737).
Don Francisco de Prats y Matas (1737).
Don Agustín Luis Verde y Camps, agustino (1737).
Don Antonio de Foxá y Mora (1737).
Don Domingo de Boria y de Linás, dominico (1737).
Don Isidro de Montero y de Alós (1738).
Don Alejo Feliu de la Penya (1743).
Don Juan Antonio de Barutell y Cancer (1744).
Don Francisco Xavier de Garma y Durán (1747).
Don Benito Vinyals de la Torre (1747).
Don Salvador Puig y Xuriguer (1748).
Don Francisco Armanyá y Fonts (1748).
Don Juan Gasset (1748).
Don Ramón Molins (1748).
Don Cayetano de Amat y de Rocabertí, Marqués de Castellbell (1748).
Don Jaime Caresmar y Alemany, premostratense (1750).
Don Rafael de Cascante (1750).
Don Buenaventura de Ferrán y Valls (1751).

«Real Academia de Buenas Letras de Barcelona»

Académicos ingresados con posterioridad a enero de 1752

Don José Francisco de Alós y Rius, Marqués de Puertonuevo (1752).
Don Antonio de Ravissa y de Montaner (1752).
Don Domingo Félix de Mora y Areny, Marqués de Llió (1752).
Don José de Bastero y Vilana (1752).
Don Francisco Padrós (1752).
Don Francisco de Arellano (1752).
Don Juan de Alós y Fontaner (1754).
Don Juan de Escoffet (1754).
Don Francisco Pérez Bayer (1754).
Don Bernardino de Taverner y Códol, Conde de Darnius (1756).
Don José de Portell y Peyrí (1756).
Don Francisco de Novell y Borrás (1756).

Don Sebastián Coll (1757).
Don Miguel Juan de Magarola y de Clariana, Marqués de Cordelles (1758).
Don Mariano de Sans y de Sala (1758).
Don Juan Casamayor y Josa (1758).
Don José de Sagarra y de Baldrich (1759).
Don Domingo de Miquel (1760).
Don Gaspar de Salla (1762).
Don Francisco de Escofet y de Roger (1762).
Don Mariano Joaquín de Huerta (1762).
Don Antonio Fernández de Calderón y de Toledo, Barón de Santa María de las Arenas (1762).
Don Juan de Ponsich y de Alós (1763).
Don Antonio de Sicardo (1767).
Don Jaime Mata (1767).
Don Gregorio de Montero y de Alós (1767).
Don Francisco Ramón de Sagarriga, Conde de Crexell (1768).
Don Félix de Prats y Santos, Barón de Serrahí (1768).
Don Mariano de Mata de Copons del Llor (1769).
Don Francisco de Sans y de Sala (1770).
Don Francisco Sargatal (1770).
Don Pedro Verdaguer (1770).
Don José de Vega y de Sentmenat (1772).
Don Jerónimo de Girón y Motezuma, Marqués de las Amarillas (1773).
Don Felipe de Cruilles de Peratallada, Marqués del Castillo de Torrente (1773).
Don Félix M.ª Dalmau (1774).
Don Antonio Juglá y Font (1776).
Don Francisco González de Bassecourt, Conde del Asalto (1776).
Don Ramón Antonio de Hevia Miranda (1777).
Don Pedro Nolasco Mora y Sever, obispo de Solsona (1777).
Don Jaime Quintana (1777).
Don Jorge Rey (1777).
Don Rafael de Llinás y de Magarola (1778).
Don José de Cruilles (1778).
Don Juan de Sans y de Barutell (1779).
Don Fernando de Boxadors, Conde de Peralada (1780).
Don Antonio de Capmany y de Montpalau (1781).
Don Esteban de Pinós y de Sureda (1782).
Don Félix Amat y de Palou, obispo de Palmira (1782).
Don Miguel de Serralde (1785).

Don Benito Ribas (1786).
Don Jaime Pelfort (1787).
Don José M.ª de Alós y de Mora, Marqués de Alós (1787).
Don Joaquín Esteve y de Subietlos (1787).
Don Antonio Elías y Robert (1787).
Don Miguel Antonio de Molina (1787).
Don Ramón Ignacio de Sans y Rius (1787).
Don Benito de Moxó y de Francolí, arzobispo de Charcas (1788).
Don José Mudarra (1788).
Don Antonio de Vallgornera y de Lentorn (1789).
Don José Bellvitges (1790).
Don Antonic Abadal (1790).
Don Manuel de Despujol y de Villalba (1791).
Don Segismundo Pou y Comella (1791).
Don Antonio Alegret (1791).
Don Antonio de Vallparda (1791).
Don Antonio Francisco Tudó (1792).
Don Ambrosio Puig (1792).
Don Benito de Olmera (1792).
Don Bernardo Salvat (1792).
Don Severino Vaquer (1792).
Don Pablo de Santo Domingo (1792).
Don Melchor de Rocabruna y de Taverner (1793).
Don Francisco Javier de Esteve (1793).
Don Miguel de Castells y de Foxá (1793).
Don Benito de Magarola y de Castellví (1793).
Don Ciro Valls y Geli (1793).
Don Manuel de Godoy, Duque de Alcudia (1794).
Don José Ignacio de Mercader (1795).
Don José Fors y Camps (1795).
Don Juan Francisco Masdeu y de Montero (1795).
Don Baltasar Boldó (1795).
Don José Llozer (1795).
Don José Oliver (1796).
Don José Aguilar (1796).
Don José de Calasanz Sisó (1796).
Don Narciso Coll y Prat, arzobispo de Caracas (1796).
Don Ramón Pujadas (1797).
Don José Canyellas (1797).
Don Francisco Vila (1797).
Don Nicolás Mayet Perelló (1797).
Don Antonio Vilarrasa (1797).

Don Antonio Estaper y Cros (1797).
Don Pedro Pont (1797).
Don Jaime Oliva (1799).
Don N. de Cruilles, Marqués del Castillo de Torrente (1800).
Don Ignacio Torres Amat (1803).
Don José de Santa Eulalia (1803).
Don Raimundo de Vedruna y Vidal (1803).
Don Vicente Giralt y Canyadó (1803).
Don Vicente Doménech (1804).
Don Bruno Bret y López (1804).
Don Ramón de Sans y de Barutell (1804).
Don Miguel de Prats y Villalba (1804).
Don Pedro F. Avellá y Navarro (1804).
Don Bruno Casalas (1804).
Fray Salvador de Santa Magdalena (1804).
Don Gonzalo Faura y de Febrer (1804).
Don Jaime Vada y Chesa (1804).
Don Antonio Canyadell y Civillá (1805).
Don José María de Castells y Foxá (1806).
Don Francisco Javier de Garma y Moreno, Barón de Aramprunyá (1806).
Don Joaquín Alberto Moner de Bardaxí (1806).
Don José Pujol y Fornells (1806).
Don Ramón Comas y Coll (1806).
Don José Gutiérrez (1806).
Don Manuel de Casamada y Comellas (1815).
Don Juan Antonio de Fivaller y de Bru, Conde de Darnius, Marqués de Villel y Duque de Almenara Alta (1816).
Don Joaquín Ibáñez Cuevas, Barón de Eroles (1816).
Don Alberto Pujol y Gurena (1816).
Don José Mariano de Cabanes y Escofet (1816).
Don Pedro Ferrando (1816).
Don Félix Torres Amat, Obispo de Astorga (1816).
Don José Sala (1816).
Don Domingo Comerma y Bonet (1816).
Don Juan Calva (1816)
Don Rafael de Amat (1816).
Don Cayetano de Amat (1816).
Don Ramón de Planella y de Fivaller, Conde de Llar (1816).
Don Cristóbal Marcer y Peitx (1816).
Don Segismundo Arquer (1816).
Don Pedro Vieta (1816).

Don Narciso Bas (1816).
Don Ramón Pintó (1816).
Don Francisco Banús (1816).
Fray Manuel de los Dolores (1816).
Don Juan Francisco Bahí (1816).
Don Joaquín Borgas (1816).
Fray Ramón de Jesús (1817).
Don Salvador Casas (1818).
El Barón de Foxá (1818).
Don Miguel Cuyás y Devesa (1818).
Don Joaquín Ruiz de Porras (1820).
Don Agustín de Fivaller (1820).
Don Víctor de Oñate (1820).
Don José M. de Prat de Cervera (1820).
Don Próspero de Bofarull y Mascaró (1820).
Don Ramón Muns y Seriñá (1820).
Don Francisco Altés Gurena (1820).
Don Juan Larios de Medrano (1820).
Don Joaquín Llaró y Vidal (1820).
Don Antonio Barata (1820).
Don Baltasar Doménech (1821).
Don Francisco Ocaña (1821).
Don Antonio Puig y Lucá (1821).
Don Ventura de Mena (1821).
Don Eudaldo Jaumandreu y Trité (1821).
Don José Mestres (1821).
Don Félix Torá (1821)
Don Ramón López Soler (1821).
Don Antonio Monmany (1821).
Don Raimundo Ferrer (1821).
Don Juan de Sans y de Barutell (1821).
Don Buenaventura Prats y Martí (1821).
Don Juan Ros (1821).
Don Manuel Lasala (1821).
Don Cayetano de Dou y Tayadella (1821).
Don Ramón Salvato y de Esteve (1821).
Don Félix Yllas (1821).
Don Miguel Amblás (1821).
Don Agustín Jaumeandreu (1821).
Don Nicolás Mariezcurrena (1821).
Don Ginés Quintana (1822).
Don Andrés Rubiano (1822).

Don Tomás Bruguera (1822).
Don Francisco Renart y Arús (1822).
Don Agustín Yáñez y Girona (1822).
Don Buenaventura-Carlos Aribau y Farriols (1822).
Don Ignacio Santpons y Barba (1822).
Don Manuel Casamada (1822).
Don Domingo M.ª Vila (1822).
Don Wenceslao Ayguals de Izco (1822).
Don Ramón Torra (1822).
Don Francisco Subirats y Ferrer (1822).
Don Julián Manzano (1822).
Don José Salat y Mora (1822).
Don Guillermo Cassey y Moore (1822).
Don Joaquín Rey y Esteve, Barón de Mentuy (1822).
Don Simón Ferrer (1822).
Don Manuel Llauder y Comín, Marqués del Valle de Ribas (1822).
Don Ramón Bussanya (1835).
Don Juan de Zafont y de Ferrer (1835).
Don José Martí y Pradell (1835).
Don Andrés Pi y Arimón (1835).
Don José Antonio Llobet y Vallosera (1835).
Don Juan Cortada y Sala (1835).
Don Jaime Ripoll y Vilamajor (1835).
Don Joaquín Bastús y Carrera (1835).
Don José Melchor Prat y Colom (1835).
Don Claudio Antón de Luzuriaga (1836).
Don Joaquín Roca y Cornet (1836).
Don Antonio Bergnes de las Casas (1836).
Don Ramón Mornau y de Amat (1836).
Don Ramón Martí d'Eixalá (1836).
Don Pedro Labernia y Lesteller (1836).
Don Miguel de Mayora y Goldaracena (1836).
Don José Anglada y Lloret (1837).
Don Felipe Bertrán y Ros (1837).
Don Antonio Buxeres y Abad (1837).
Don José Simón Rubis y Alemany (1837).
Don Félix Janer y Bertrán (1837).
Don Joaquín Gil y Borés (1837).
Don Francisco Puig y Esteve (1837).
Don Ramón Roig y Rey (1838).
Don José M.ª Huet (1838).
Don Ramón de Paternó (1838).

Don José Bertrán y Ros (1841).
Don Pablo Piferrer y Fábregas (1844).
Don José M.ª de Mora y de Casanova (1844).
Don Joaquín Rubió y Ors (1844).
Don Manuel de Bofarull y de Sartorio (1844).
Don Miguel Antonio Martí y Cortada (1844).
Don Rafael Nadal y Lacaba (1845).
Don José Cuxart y López (1845).
Don Ramón de Siscar y de Calderón (1845).
Don Manuel Milá y Fontanals (1845).
Don Juan Illas y Vidal (1846).
Don Narciso Planas Gispert (1847).
Don Joaquín M.ª de Gispert (1847).
Don José de Manjarrés y de Bofarull (1848).
Don Laureano Figuerola y Ballester (1848).
Don Manuel Torres y Torrents (1848).
Don Salvador Mestres (1848).
Don Felipe Vergés y Permanyer (1852).
Don Francisco Permanyer y Tuyet (1852).
Don Tomás Sivilla (1852).
Don Antonio de Bofarull y Brocá (1852).
Don Mariano Flotats y Comabella (1852).
Don Félix M.ª Falguera (1852).
Don Magín Pers y Ramona (1852).
Don José M.ª Rodríguez (1852).
Don Jacinto Díaz (1852).
Don José Luis Pons y Gallarza (1852).
Don Pedro Codina y Vilá (1852).
Don Francisco Javier Llorens y Barba (1852).
Don Manuel Durán y Bas (1852).
Don Juan Mañé y Flaquer (1852).
Don José Llausás y Mata (1852).
Don Pedro Dalmases (1852).
Don Mariano Aguiló y Fuster (1852).
Don José Sol y Padrís (1852).
Don Benito de Llanza, Duque de Solferino (1852).
Don Francisco Camprodón (1852).
Don Narciso Gay y Beya (1852).
Don Hermenegildo Coll y de Valldemia (1853).
Don Estanislao Reynals y Rabassa (1853).
Don Víctor Balaguer y Cirera (1853).
Don Emilio Pi y Molist (1853).

Don Nicolás Peñalver (1854).
Don Pablo Milá y Fontanals (1855).
Don Víctor Arnau (1860).
Don Ramón de Siscar y de Montoliu (1860).
Don José Sayol (1860).
Don José Flaquer y Fraisse (1860).
Don Benito García de los Santos (1860).
Don José Blanquet (1860).
Don José Puiggarí y Llobet (1861).
Don Pedro Nolasco Vives (1861).
Don Salvador Estrada (1861).
Don Adolfo Blanch y Cortada (1861).
Don Ramón Torrents (1861).
Don Miguel Victoriano Amer y Omar (1861).
Don Luis G. de Pons y de Fuster (1861).
Don José Coll y Vehí (1861).
Don Manuel Vidal y Ramón (1862).
Don José Leopoldo Feu (1863).
Don Gregorio Amado Larrosa (1863).
Don José de Letamendi (1863).
Don Terencio Thos y Codina (1863).
Don Manuel Angelón y Broquetas (1863).
Don Cayetano Vidal y Valenciano (1870).
Don Mateo Bruguera (1871).
Don Ignacio Ferrán (1871).
Don Víctor Gerbhardt y Coll (1872).
Don Dámaso Calvet y Budallés (1872).
Don Francisco Miquel y Badía (1872).
Don Luis Cutchet y Font (1873).
Don Francisco Maspons y Labrós (1875).
Don Andrés Balaguer y Merino (1876).
Don Pedro Nanot y Renart (1877).
Don Celestino Barallat y Falguera (1877).
Don José Ramón de Luanco y Riego (1877).
Don Antonio Aulestia y Pijoan (1877).
Don José Pella y Forgas (1878).
Don Joaquín Riera y Bertrán (1879).
Don Joaquín de Negre y Casas (1879).
Don José Balari y Jovany (1879).
Don José Coroleu e Inglada (1879).
Don Joaquín Fontanals del Castillo (1879).
Don Jacinto Verdaguer y Santaló (1880).

Don Felipe Bertrán de Amat (1882).
Don Francisco de Bofarull y Sans (1883).
Don Francisco Romaní y Puigdengolas (1884).
Don Juan B. Orriols y Comas (1884).
Don Francisco Ubach y Vinyeta (1888).
Don Antonio Rubió y Lluch (1889).
Don Buenaventura Ribas y Quintana (1889).
Don Guillermo M.ª de Brocá y de Montagut (1890).
Don Fernando de Sagarra y de Siscar (1890).
Don Eduardo Llanas (1891).
Don Francisco Carreras y Candi (1898).
Don José Torras y Bages (1898).
Don Eduardo Vidal de Valenciano (1898).
Don Juan B. Codina y Formosa (1899).
Don Andrés Giménez Soler (1899).
Don Clemente Cortejón Lucas (1899).
Don Ángel Bas y Amigó (1899).
Don Joaquín Miret y Sans (1900).
Don Eduardo de Hinojosa y Naveros (1901).
Don Luis Comenge y Ferrer (1901).
Don Federico Rahola y Trémols (1902).
Don Teodoro Baró y Sureda (1902).
Don Antonio Elías de Molins (1903).
Don Pelegrín Casades y Gramatxes (1903).
Don Juan Rubio de la Serna (1904).
Don José Soler y Palet (1906).
Don Isidro Bonsoms y Sicart (1907).
Don Salvador Sanpere y Miquel (1908).
Don Joaquín Botet y Sisó (1908).
Don José Jordán de Urries y Azara (1912).
Don Ramón D. Perés y Perés (1913).
Don Cosme Parpal y Marqués (1913).
Don Ernesto Moliné y Brasés (1913).
Don Cayetano Soler (1913).
Don José Pin y Soler (1914).
Don Ramón Miquel y Planas (1914).
Don Luis Segalá y Estalella (1916).
Don Francisco de P. Barjau y Pons (1916).
Don Juan Givanel y Mas (1917).
Don Tomás Carreras Artau (1918).
Don Apeles Mestres (1918).
Don José M.ª Roca y Heras (1918).

Don Gumersindo Alabart y Sans (1918).
Don Daniel Girona y Llagostera (1919).
Don Faustino Gazulla (1919).
Don Fernando Valls y Taberner (1920).
Don José Rafael Carreras y Bulbena (1920).
Don Luis C. Viada y Lluch (1921).
Don Ignacio Casanovas (1921).
Don Luis Doménech y Montaner (1921).
Don Buenaventura Bassegoda y Amigó (1922).
Don Jaime Barrera y Escudero (1922).
Don Francisco Matheu y Fornells (1922).
Don Pedro Bosch Gimpera (1922).
Doña Catalina Albert y Paradís *(Víctor Catalá)* (1923).
Don Antonio de la Torre y del Cerro (1923).
Don Alfredo Opisso y Viñas (1923).
Don Luis Vía y Pagés (1923).
Don Agustín Durán y Sanpere (1924).
Don Ramón de Alós-Moner y de Dou (1924).
Don Arturo Masriera y Colomer (1924).
Don Rosendo Serra y Pagés (1924).
Don Alfonso Par Tusquets (1924).
Don Jaime Serra y Hunter (1925).
Don Pedro Barnils y Giol (1926).
Don Manuel de Montolíu y de Togores (1927).
Don Juan Perpiñá y Pujol (1930).
Don Sebastián Puig y Puig (1930).
Don Eduardo Toda y Güell (1930).
Don Carlos Sanllehy y Girona, Marqués de Caldas de Montbuy (1936).
Don Joaquín Balcells Pinto (1936).
Don Antonio Griera y Gaja (1941).
Don Federico Camp Llopis (1941).
Don Luis Faraudo de Saint-Germain (1941).
Don Jesús Ernesto Martínez Ferrando (1941).
Don Felipe Mateu y Llopis (1943).
Don José M.ª Millás Vallicrosa (1943).
Don Xavier de Salas Bosch (1943).
Don José Vives Gatell (1943).
Don Martín de Riquer y Morera (1944).
Don Pedro Font Puig (1945).
Don Pablo Cavestany y de Anduaga (1946).
Don Juan Sedó Peris-Mencheta (1948).
Don José M.ª López-Picó (1948).

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Don Mariano Bassols de Climent (1948).
Don Luis Pericot y García (1948).
Don Ramón de Abadal y de Vinyals (1949).
Don José M.ª Castro y Calvo (1953).
Don Joaquín Carreras Artau (1955).

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES EN ESPAÑA DESDE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA

«Los Académicos correspondientes, así nacionales como extranjeros, podrán ser tantos como juzgue conveniente la Academia.» (Ar. 4.° Estatutos.)

«Los Académicos correspondientes, tanto nacionales como extranjeros, podrán asistir a las reuniones que celebre la Academia, teniendo voz en ellas cuando se traten asuntos literarios...» (Art. 16. Estatutos.)

MADRID. Don Julián Amorín de Velasco (1731).
Don Alejandro de Mesa (1736).
MALLORCA. Don José Ignacio de Masdeu y Grimosachs (1737).
MADRID. Don Agustín de Montiano y Luyando (1752).
Don Ignacio de Luzán (1752).
Don Alfonso C. Aróstegui (1752).
Don Luis J. Velázquez (1752).
VALENCIA. Don Felipe de Aperregui (1752).
MADRID. Don Fernando de Magallón (1754).
Don Ignacio de Hermosilla (1754).
TAMARITE. Don Pedro de Mata Vinacorba (1755).
MADRID. Don Juan de Contreras (1755).
MALLORCA. Don Jerónimo de Alemany y Flor (1755).
TERUEL. Don Martín de Ponzano (1755).
SALAMANCA. Don Antonio Manuel de Cárdenas (1759).
Don Ventura de la Balsa, Marqués de Palacio (1759).
Don Andrés Santos Samaniego (1759).
MÁLAGA. Don Cristóbal de Medina Conde (1760).
Don Antonio Fernández de Calderón (1762).
MADRID. Don Juan J. de Cañuelas (1762).
GRANADA. Don Juan Flores (1763).
Don Benito C. de Aróstegui (1764).
ORIHUELA. Francisco Gelabert (1765).
MALLORCA. Don Juan B. Roca (1765).
CERVERA. Don Sebastián Prats (1767).
RONDA. Don Juan M.ª de Ribera Valenzuela (1770).
Don Ignacio Núñez de Gaona y Portocarrero (1773).
IBIZA. Don Clemente Llozer (1773).
Don Pedro de Leyva Giménez de Cisneros (1777).

MADRID. Don Juan F. Molinas (1781).
MÁLAGA. Don Antonio Ramos (1783).
VALENCIA. Conde de Lumiares (1784).
Don Manuel B. Clemente Luzán (1785).
ZARAGOZA. Don Pedro M. de Vich y Montserrat (1787).
PERALTA. Don Pedro Gromel (1787).
MADRID. Don Anastasio Pinós (1790).
Don Luis de Lacy (1790).
TARRAGONA. Don Benito Corbella (1792).
MADRID. Don Manuel de Aliaga (1792).
GERONA. Don Gabriel Casanovas (1792).
Don Eugenio Estévez (1792).
PRATS DE LLUSANÉS. Don Francisco Mirambell (1804).
TORTOSA. Don José Roset y Babí (1805).
Don Juan Izquierdo (1806).
MADRID. Don Francisco Javier de Cabanes (1816).
Don Antonio Osteret y Nario (1816).
Don Francisco Martínez Marina (1818).
Marqués de Casa Cagigal (1818).
Don José de la Canal (1819).
Don Pedro de Villacampa (1819).
Don Buenaventura Carlos Aribau (1820).
Don Leandro Fernández de Moratín (1820).
Don Domingo Ruiz de la Vega (1837).
Don Sebastián González Nandín (1837).
Don Félix Janer (1837).
Conde de Cleonard (1837).
Don Pedro Sáinz de Baranda (1837).
TARRAGONA. Don Domingo Sala (1837).
OLOT. Don Francisco de Bolós (1837).
LÉRIDA. Don Joaquín Mensa (1837).
GERONA. Don José Manuel Calleja (1837).
MADRID. Don Juan Antonio Aldama (1837).
TARRAGONA. Don Antonio Satorras (1837).
PALMA DE MALLORCA. Don José M.ª Bover (1838).
Don Antonio Furrió (1838).
CÓRDOBA. Don José Ramírez de las Casas Deza (1838).
CASTELLÓN DE AMPURIAS. Don José A. Nouvilas (1838).
MADRID. Don José M.ª Huet (1838).
Don José M.ª Cambronero (1838).
Don Alberto Baldrich, Marqués de Vallgornera (1838).

VICH. Don Jaime Balmes (1841).
HABANA. Don José de la Luz Caballero (1841).
Don Jaime de Salas y Azara (1841).
Don José Giralt (1842).
Don Ambrosio de Herrera (1842).
SEVILLA. Don Manuel de la Cuesta (1844).
MADRID. El Marqués de Miraflores (1844).
Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste (1844).
Don Basilio Sebastián Castellanos (1844).
MATARÓ. Don Carlos Llauder (1844).
PALMA DE MALLORCA. Don Miguel Martí (1844).
GERONA. Don José March y Labores (1844).
TARRAGONA. Don Juan Francisco Albiñana. (1844).
FIGUERAS. Don Narciso Fages de Romá. (1845).
HABANA. Don Francisco Fleix (1847).
ZARAGOZA. Don Mariano Nougués Secall. (1847).
MADRID. Don José Amador de los Ríos (1847).
Don Pedro López Clarós (1848).
Don Antonio Ferrer del Río (1850).
VERGARA. Don Manuel M.ª de la Corte y Ruano (1852).
BURGOS. Don Juan Corminas (1852).
VICH. Don Clemente Campá (1852).
Don Manuel Galadíes (1852).
MADRID. Don Modesto de la Fuente (1852).
PALMA DE MALLORCA. Don José M.ª Quadrado (1852).
SANTIAGO. Don Antonio Nevia de Mosquera (1852).
GERONA. Don Antonio Secret (1852).
MADRID. Don Florencio Janer y Graells (1852).
Don Rafael M. Baralt (1855).
VICH. Don Joaquín Salarich (1855).
MADRID. El Marqués de Morante (1855).
OLOT. Don Pablo Estorch y Siqués (1856).
BERGA. Don José Blanchart y Camps (1856).
SABADELL. Don José Subirana (1856).
CÁDIZ. Don Francisco Flores Arenas (1856).
YEBRA DE GUADALAJARA. Don Juan Tejada (1857).
VICH. Don José Giró (1857).
Don Segismundo Mir (1857).
MADRID. Don Pedro Felipe Monlau (1857).
VALENCIA. Don Mariano González Valls (1858).
SAN JUAN DE LAS ABADESAS. Don Pablo Parasols (1860).
MADRID. Don Wenceslao Ayguals de Izco (1860).

LÉRIDA. Don Diego Joaquín Ballester (1861).
PALMA DE MALLORCA. Don Álvaro Campaner (1861).
OLOT. Don José de Bolós (1861).
TARRAGONA. Don Buenaventura Hernández Sanahuja (1863)
VILLAFRANCA DEL PANADÉS. Don Cayetano Vidal y Valenciano (1863).
GERONA. Don Narciso Blanch Illa (1863).
    Don Joaquín Pujol y Santos (1865).
    Don Enrique Claudio Girbal (1866).
VILLANUEVA Y GELTRÚ. Antonio Garí (1867).
GRANADA. El Marqués de Cabriñana (1867).
ASTORGA. Don Juan Bautista Grau Espinós (1867).
VALENCIA. Don Rafael Ferrer Bigné (1868).
    Don Vicente Wenceslao Querol (1868).
    Don Teodoro Llorente (1868).
PALMA DE MALLORCA. Don Jerónimo Rosselló (1868).
MADRID. Don J. Eugenio Hartzenbusch (1869).
    Don Gaspar Núñez de Arce (1869).
    Don Ventura Ruiz Aguilera (1869).
    Don José Zorrilla (1869).
VALENCIA. Don Rafael Blasco (1869).
    Don Jacinto Labayla (1869).
REUS. Don Mariano Font (1869).
    Don Ángel Bas Amigó (1870).
CASTROPOL. Don José Ramón de Luanco (1870).
GERONA. Don Celestino Pujol Camp (1870).
MADRID. Don Fidel Fita (1871).
    Don Juan Justiniano (1871).
LÉRIDA. Don Luis Roca Florejachs (1873).
    Don Enrique del Castillo Alba (1873).
RIPOLL. Don José M.ª Pellicer Pagés (1875).
MADRID. Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe (1876).
    Don Ángel Lasso de la Vega (1877).
VALENCIA. Don Vicente Boix (1877).
MADRID. Don Antonio Ros de Olano (1877).
    Don Marcelino Menéndez y Pelayo (1878).
GERONA. Don Joaquín Botet y Sisó (1879).
    Don Emilio Grahit Papell (1879).
LA BISBAL. Don Joaquín Sitjar Bulsegura (1879).
MADRID. Don Antonio Cánovas del Castillo (1879).
    Don Francisco M.ª de Tubino (1879).
LÉRIDA. Don José Pleyán de Porta (1880).
VICH. Don Jaime Collell y Bancells (1880).

GERONA. Don Juan Bautista Ferrer (1880).
MADRID. Don Manuel Cañete (1880).
VICH. Don José Serra y Campdelacreu (1880).
Don Eduardo Llanas (1881).
CÁDIZ. Don Romualdo Álvarez Espino (1881).
MADRID. Don Miguel de Liñán Eguizábal (1881).
OVIEDO. Don Fermín Canella y Secades (1884).
MADRID. Don Ambrosio Fernández Merino (1884).
Don José M.ª de Ortega Morejón (1885).
SANTA COLOMA DE QUERALT. Don Juan Segura (1885).
VILLANUEVA Y GELTRÚ. Don Teodoro Creus y Corominas (1886).
MADRID. Don Cipriano Muñoz, Conde de la Viñaza (1887).
Don Faustino Sancho Gil (1887).
SEVILLA. Don José M.ª Asensio y Toledo (1889)
PUIGCERDÁ. Don José M.ª Martí y Terrada (1890).
VALENCIA. Don Constantino Llombart (1891).
GRACIA. Don Álvaro Lope Orriols (1892).
MADRID. Don José Armadá, Marqués de Figueroa (1892).
PALMA DE MALLORCA. Don Gabriel Llabrés (1892).
TORTOSA. Don Ramón O'Callagham (1892).
VICH. Don José Morgades Gili (1892).
SEO DE URGEL. Don Ramón Martí y Tresserra (1894).
OLOT. Don Francisco Montsalvatje y Fossas (1894).
ZARAGOZA. Don Honorato de Saleta (1894).
MADRID. Don Juan de Carranza y Echevarría (1894).
GERONA. Don Ramón Font (1896).
MADRID. Don Nicolás Pérez Jiménez (1896).
Don Francisco Barado Font (1896).
Don Eduardo de Hinojosa Naveros (1899).
PALMA DE MALLORCA. Estanislao Aguiló y Aguiló (1901).
SEVILLA. Don Francisco de la Sota y Lastra (1901).
Don Manuel Pérez de Guzmán, Marqués de Xerez de los Caballeros (1901).
Don Joaquín Hazañas y La Rúa (1901).
Don Rafael Bocanegra González (1901).
Don Francisco Caballero-Infante y Zuazo (1901).
Don Luis Segalá y Estalella (1901).
OVIEDO. Don Francisco X. Garriga y Palau (1901).
PALMA DE MALLORCA. Don José Miralles Sbert (1901).
ZARAGOZA. Don Juan Moneva y Puyol (1901).
TARRAGONA. Don Agustín María Gibert (1901).
Don Emilio Morera y Llauradó (1901).

VICH. Don Ramón Corbella (1901).
MADRID. Don Juan Pérez de Guzmán y Boza. Duque de T'Serclaes (1901).
Don Ángel Pulido y Fernández (1901).
Don Francisco Codera Zaidín (1901).
VALENCIA. Don José Sanchis Sivera (1901).
Don José Rodrigo Pertegás (1901).
MADRID. Don Rafael Rodríguez Méndez (1901).
Don Francisco Puig Piqué (1901).
MURCIA. Don José Ramón Lomba Pedraja (1901).
TORTOSA. Don Federico Pastor y Lluís (1901).
MADRID. Don Mario Méndez Bejarano (1902).
VICH. Don José Gudiol y Cunill (1902).
Don Luis B. Nadal y Canudas (1902).
Don Martín Genís y Aguilar (1902).
OVIEDO. Don Rafael Altamira Crevea (1902).
VALENCIA. Don Joaquín Casany Alegre (1902).
Don Pascual Boronat (1902).
Don José Serrano Morales (1902).
Don Roque Chabás (1902).
Don Vicente Vives Liern (1902).
TARRAGONA. Don Ángel del Arco Molinero (1902).
Don Juan Ruiz Porta (1902).
Don Fernando de Querol (1902).
MANRESA. Don Leoncio Soler y March (1902).
ALICANTE. Don Manuel Rico García (1902).
SEVILLA. Don José Joaquín Camuñas Ramírez (1902).
Don Carlos Cañal y Migolla (1902).
Don José Gestoso y Pérez (1902).
Don Francisco Rodríguez Marín (1902).
BERGA. Don Jacinto Vilardaga Cañellas (1902).
PALMA DE MALLORCA. Don Antonio M.ª Alcover y Sureda (1902).
Don Miguel Costa y Llobera (1902).
Don Mateo Rotger Campllonch (1902).
SANTIAGO DE COMPOSTELA. Don Antonio López Ferreiro (1902).
MÁLAGA. Don Manuel Rodríguez de Berlanga (1902).
GRANADA. Don Francisco de P. Valladar (1903).
LÉRIDA. Don Rafael Gras de Esteve (1903).
Don Magín Morera y Galicia (1903).
MADRID. Don Joaquín de la Llave y García (1903).
Don Julián Suárez Inclán (1903).
Don Adolfo Carrasco y Saiz (1903).

TARRASA. Don Juan Sábat Anguera (1903).
TORTOSA. Don Francisco Mestre y Noé (1903).
LA CORUÑA. Don Eugenio Carré Aldao (1903).
SEVILLA. Don Pedro Torres Lanzas (1904).
MATARÓ. Don Francisco de P. Mas y Oliver (1904).
ESCORIAL. Don Zacarías Martínez (1904).
Don Conrado Muiños (1904).
CERVERA. Don Fausto de Dalmases y de Massot (1904).
Don Ramón Pinós (1904).
SANTPEDOR. Don Antonio Vila y Sala (1904).
MADRID. Don Manuel Alonso Sañudo (1905).
Don Eduardo Ibarra Rodríguez (1905).
Don Eloy Bejarano (1905).
FIGUERAS. Don José Vancells Marqués (1905).
BARBASTRO. Don José Laplana (1905).
ZARAGOZA. Don Hipólito Casas y Sáinz de Andino (1905).
Don Eduardo Ibarra Rodríguez (1905).
BAÑOLAS. Don Pedro Alsius y Torrent (1905).
GERONA. Don Juan Bautista Torroella Bastons (1906).
ZARAGOZA. Don Andrés Giménez Soler (1906).
PALMA DE MALLORCA. Don Mateo Obrador Bennasar (1907).
CALACEITE. Don Santiago Vidiella y Jasá (1907).
Don Juan Cabré Aguiló (1907).
SOLSONA. Don Juan Serra Vilaró (1907).
VÉLEZ RUBIO. Don Fernando Palanques Ayén (1907).
ALMERÍA. Don Juan Martínez de Castro (1908).
MADRID. Don Fernando de Antón del Olmet (1908).
Don Adolfo Pons Humbert (1908).
ZARAGOZA. Don José Salarrullana de Dios (1909).
SEO DE URGEL. Don Salvador Bové (1909).
SANTIAGO DE COMPOSTELA. Don Eduardo Villariño (1909).
MADRID. Don Guillermo J. de Osma (1910).
MANRESA. Don Joaquín Sarret Arbós (1911).
SABADELL. Don Manuel Ribot Serra (1911).
MADRID. Don Juan Bautista Sitges (1912).
CUBELLAS. Don Juan Avinyó y Andreu (1912).
PALMA DE MALLORCA. Don Juan Alcover (1913).
Don Carlos Luis Estelrich (1913).
SANTIAGO DE COMPOSTELA. Don Cleto Troncoso (1914).
CERVERA. Don Agustín Durán Sanpere (1914).
LÉRIDA. Don Enrique Arderiu (1914).
LUGO. Don Manuel Amor y Meylán (1914).

ORENSE. Don Benito Fernández Alonso (1914).
MADRID. Don Enrique Salcedo Ginesta (1914).
MANRESA. Don Olegario Miró (1914).
ZARAGOZA. Don Mariano de Pano (1914).
REUS. Don Pablo Font de Rubinat (1915).
HUESCA. Don Ricardo del Arco Garay (1916).
MADRID. Don Álvaro López Núñez (1916).
SEVILLA. Don Emilio Llach y Costa (1916).
VALLS. Don Fidel de Moragas (1916).
MADRID. Don Francisco R. de Uhagón, Marqués de Laurecín (1917).
VALENCIA. Don Francisco Martínez Martínez (1918).
JÁTIVA. Don Gonzalo J. Viñas (1918).
ALBAIDA. Don Isidro Ballester y Cerdá (1918).
VALENCIA. Don Ambrosio Huici y Miranda (1919).
MADRID. Doña Blanca de los Ríos de Lampérez (1920).
VALENCIA. Don Francisco Almarche Vázquez (1920).
ORENSE. Don Antonio Rey Soto (1920).
MADRID. Don Américo Castro (1921).
Don Ramón Menéndez Pidal (1921).
Don Adolfo Bonilla y Sanmartín (1921).
MONTSERRAT. Dom Anselmo Albareda (1921).
LÉRIDA. Don Juan Bibiloni (1921).
MADRID. Don Jerónimo López de Ayala y Álvarez de Toledo, Conde de Cedillo (1922).
ARENYS DE MAR. Don José Palomer y Alsina (1922).
SUECA. Don Amado Bruguera y Serrano (1922).
MADRID. Don Antonio Ballesteros y Beretta (1923).
Don Miguel Lasso de la Vega, Marqués del Saltillo (1923).
AYORA. Don Eufrosino Martínez Azorín (1923).
CASTELLÓN DE LA PLANA. Don Manuel Betí Bonfill (1923).
HUESCA. Don Anselmo Gastón de Gotor (1923).
LÉRIDA. Don Juan B. Altissent (1923).
SANTANDER. Don Miguel Artigas Ferrando (1923).
TORTOSA. Don Enrique Bayerri Bertomeu (1923).
Don Pedro Planas (1923).
VICH. Don Ramón Casadevall Masramón (1923).
GERONA. Don Carlos Rahola (1923).
MADRID. Don Francisco J. García Leaniz (1924).
Don Julio de Zaracíbar (1924).
Don Agustín Millares Carlo (1924).
Don Elías Tormo y Monzó (1924).
Don Pedro Paris (1924).

Don Hugo Obermaier (1924).
Don José R. Mélida (1924).
Don Félix de Llanos y Torriglia (1924).
Don Manuel Gómez Moreno (1924).
Doña Mercedes Gaibrois de Ballesteros (1924).
Don Ángel González Palencia (1924).
TARRAGONA. Don Jaime Bofarull y Roca (1924).
LAS HERRERÍAS. Don Enrique Siret (1924).
VALLADOLID. Don Julián M. Rubio Esteban (1924).
MADRID. Don Andrés Ivars Cardona (1925).
TORTOSA. Don José Matamoros (1925).
MADRID. Don Benjamín Fernández Medina (1926).
CASBÁS. Don Julián Avellanas (1926).
CÓRDOBA. Don José de la Torre y del Cerro (1926).
MADRID. Don Adolfo Sandoval Abellán (1927).
REUS. Don Salvador Vilaseca y Anguera (1927).
VALLADOLID. Don Julio Martínez Santa Olalla (1927).
Don Rafael Ballester Castells (1927).
CARTAGENA. Don Antonio Puig y Campillo (1928).
GERONA. Don José Morera Sabater (1928).
SAN SEBASTIÁN. Don Adrián de Loyarte (1928).
VALLBONA DE LES MONGES. Don Francisco Bergadá y Solá (1929).
VENDRELL. Don Federico Martí Albanell (1929).
OÑA. Don Pedro Leturia (1930).
SORIA. Don Blas Taracena Aguirre (1930).
VILLANUEVA Y GELTRÚ. Don Miguel Agelet Gosé (1930).
VALENCIA. Don Luis Pericot y García (1930).
SABADELL. Don Francisco Albanell (1930).
MADRID. Don Joaquín de Entrambasaguas y Peña (1931).
VALENCIA. Don Luis Guarner Pérez (1931).
Don Teodoro Llorente y Falcó (1931).
CARCAGENTE. Don Julián Ribera y Tarragó (1932).
CÓRDOBA. Don Félix Hernández Giménez (1939).
VALLMOLL. Don Ramiro Piñas Morlá (1939).
LÉRIDA. Don Manuel Herrera Ges (1941).
SANTIAGO DE COMPOSTELA. Don Luis Barreiro Paradela (1941).
MADRID. Don Cayetano Alcázar Molina (1942).
Don Pascual Galindo Romeo (1942).
Don Jesús Pabón y Suárez de Urbina (1942).
Don José M.ª Muguruza (1942).
Don Emilio Camps Cazorla (1942).
MURCIA. Don Andrés Sobejano (1942).

PAMPLONA. Don José Ramón Castro (1942).
PALMA DE MALLORCA. Don Miguel Ferrá (1942).
Don Salvador Galmés (1942).
Don Juan Llabrés Bernal (1942).
Don Juan Pons Marqués (1942).
Don Miguel Batllori (1942).
VALENCIA. Don Salvador Carreras Zacarrés (1942).
Don Manuel Ballesteros Gaibrois (1942).
Don Francisco Alcayde Villar (1942).
Don Alfonso García Gallo (1942).
Don Rafael Raga Miñana (1942).
Don Eduardo López Chávarri (1942).
SEO DE URGEL. Don Pedro Pujol Tubau (1942).
SITGES. Don José Soler Tasis (1942).
VICH. Don Eduardo Junyent Subirá (1942).
ZARAGOZA. Don José M.ª Lacarra y de Miguel (1942).
MADRID. Don Benito Sánchez Alonso (1943).
VALENCIA. Don Vicente Ferrán Salvador (1944).
CERVERA. Don Federico Gómez Gabernet (1945).
Don Fernando Razquín Fabregat (1945).
SEVILLA. Don José M.ª Casas Homs (1945).
TARRAGONA. Don José Gramunt Subiela (1945).
VALENCIA. Don Manuel González Martí (1945).
TORTOSA. Don Manuel Beguer Piñol (1946).
MADRID. Don Julio Caro Baroja (1946).
VALENCIA. Don Francisco Sánchez Castañer y Mena (1947).
CASTELLÓN DE LA PLANA. Don Luis Querol Rosso (1947).
VALENCIA. Don Eduardo Juliá Martínez (1948).
MADRID. Don Lorenzo Riber y Campins (1948).
VALENCIA. Don Arturo Zabala López (1949).
PALMA DE MALLORCA. Don Francisco de B. Moll (1949).
Don Diego Zafortesa Mussoles (1950).
IGUALADA. Don Gabriel Castellá Raich (1950).
GERONA. Don Luis Batlle y Prats (1950).
CASTELLÓN DE LA PLANA. Don Ángel Sánchez Gozalbo (1950).
GERONA. Don Joaquín Pla Cargol (1951).
MADRID. Don Antonio de la Torre y del Cerro (1951).
Don Claudio Miralles de Imperial y Gómez (1951).
VALENCIA. Don Elías Olmos Canalda (1952).
TETUÁN. Don Mariano Arribas Palau (1952).

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES EN EL EXTRANJERO DESDE LA FUNDACIÓN DE LA ACADEMIA

MARSELLA. El abad fray Buenaventura (1759).
PERPIÑÁN. Don Antonio Fossa (1780).
Don José Balanda (1787).
PARÍS. Don José Tastú (1837).
Don Eugenio de Montglave (1837).
Don J. Barbier (1837).
BUENOS AIRES. Don Felipe de Senillosa (1837).
TOLOSA. Don Alexandre du Mège (1838).
MILÁN. Don Juan Brocca (1838).
ALEJANDRÍA (ITALIA). Don Gualtero d'Arc (1838).
MILÁN. Don Cristóbal Negri (1844).
CARCASONA. N. Cros-Mayrevielle (1848).
ESTRASBURGO. Don F. R. Cambouliu (1858).
BERLÍN. Don Enrique Brugsch (1858).
El Barón Julio de Minvoti (1858).
Don Emilio Hübner (1863).
MONTPELLER. El Barón Charles de Tourtoulon (1864).
LONDRES. El Príncipe Guillermo Carlos Bonaparte-Wyse (1865).
MARLY. Don N. Peigné de la Court (1866).
LONDRES. Don Enrique Stanley (1867).
MAILLANE. Don Fréderic Mistral (1868).
AVIGNON. Don Teodore Aubanel (1868).
Don Jean Brunet (1868).
Don Joseph Roumanille (1868).
BÉZIERS. Don Gabriel Azäis (1868).
BEAUCAIRE. Don Louis Roumieux (1868).
NIMES. Don Ernest Rousel (1868).
PARÍS. Don Paul Meyer (1868).
LUND (SUECIA). Don Eduardo Lidfors (1870).
BASSANO. Don José Jacobo Ferrazi (1873).
FLORENCIA. Principessa Elena Ghicka (Dora D'Istria) (1873).
PARÍS. El Conde Théophile de Puymaigre (1875).
PALERMO. Don Giuseppe Pitré (1876).
NOTO. Don Mattia di Martino (1876).
Don Adolfo Mussafia (1876).

PERPIÑÁN. Don Bernard Alart (1876).
VOLONNE. Don Víctor Lieutaud (1878).
MUNICH. Don Juan Fastenrath (1878).
PALERMO. El Barón Rafael Starrabba (1879).
Don Isidoro La Lumia (1879).
PARÍS. Don Auguste Pecoul (1880).
SAINT-ETIENNE. Don Charles Boy (1880).
PALERMO. Don Salvador Salomone Marino (1880).
AVIGNON. Don Anselmo Mathieu (1880).
ROMA. Don Antonino Bertolotti (1881).
ATENAS. Don Espiridión P. Lambrós (1881).
SANTA FE DE BOGOTÁ. Don Miguel Antonio Caro (1882).
SAMOS. Don Epaminondas J. Stamatiades (1882).
PALERMO. Don Isidoro Carini (1882).
PARÍS. Don Alberto Savine (1884).
El Conde Paul Riant (1884).
Don Eugenio Condamine de La Tour (1884).
PERPIÑÁN. Don Pedro Vidal (1884).
PALERMO. Don Esteban Víctor Bozzo (1884).
PERPIÑÁN. Don Justin Pepratx (1884).
VIENA. Don Rudolph Beer (1886).
PERPIÑÁN. Don Antonio Puiggarí (1887).
COLOMBIA. Don José Joaquín Ortiz (1889).
LIEJA. Don Godofredo Kurth (1889).
GRECIA. Don Constantino Cristomanos (1889).
PARÍS. Don Oto Denk (1890).
Don René de Maulette-la-Clavière (1890).
Don J. Miguel Guardia (1890).
BEAUMONT-LA-FERRIÈRE (NIÈVRE). Don Achille Millieu (1892).
PARÍS. Don Charles Baudon de Mony (1893).
FOIX. Don F. Paquier (1893).
ROMA. Don Franz Ehrle (1894).
Don Antonio Padula (1894).
ECUADOR. Don Juan León Mesa (1894).
ALEMANIA. Don Enrique Finke (1894).
ECUADOR. Don Leónidas Pallarés Arteta (1895).
ROMA. Don E. Torner de La Fuente (1895).
BUENOS AIRES. Don Ramón Moner y Sans (1895).
Don Ramón Font (1895).
OXFORD. Don Darwin Swift (1895).

LONDRES. Don Bertrand Payeu-Payne (1896).
VIENA. Don Luis de Thalloczy (1896).
Don Nicolás Pérez Jiménez (1896).
PARÍS. Don Leopold Delisle (1896).
ECUADOR. Don Juan de Carranza Echevarría (1896).
BERLÍN. Don Conrado Haebler (1901).
BUDAPEST. Don Körösi Albins (1901).
LISBOA. Don Antonio Ferreira de Serpa (1901).
Don Alberto Bessa (1901).
CÁLLER (CERDEÑA). Don Silvio Lippi (1901).
CLERMONT-FERRAND. Don J. Desdevisses du Dézert (1901).
KIEW. Don Vladimiro Piskorski (1901).
RÍO JANEIRO. Don Olegario Herculano d'Aquino Castro (1901).
Don Enrique Raffard (1901).
CÁLLER (CERDEÑA). Don Miguel Pinna (1902).
PARÍS. Don Ramón Foulché-Delbosc (1902).
Don Enrique Courteault (1902).
Don Alfredo Morel-Fatio (1902).
NÁPOLES. Don Eugenio Mele (1902).
VIENA. Don Max Neuburger (1903).
PARÍS. Don Maurice Prou (1903).
ESTOCOLMO. Göran Bjorckman (1903).
ALGUER. El Barón Mathee Guillot (1903).
NÁPOLES. Don Francisco Cerone (1903).
PRAGA. Don Antonio Pikhart (1903).
BUENOS AIRES. Don Joaquín González (1904).
SUIZA. Don Florián Camathias (1904).
NÁPOLES. Don Pasquale Garofalo (1904).
PARÍS. Don Moisés Schwab (1904).
BERLÍN. Don Franz Strunz (1904).
MÉJICO. Don Alfredo Chavero (1904).
PORTO. Don José Fortes (1904).
RÍO JANEIRO. Don Ricardo Severo (1904).
ALEJANDRÍA (ITALIA). Don Luigi Zuccaro (1904).
BUENOS AIRES. Don Joaquín González (1904).
MILÁN. Don Pier Enea Guarneiro (1906).
Don Carlo Salvioni (1906).
PALERMO. Don Francisco La Mantia Salemi (1906).
Don José La Mantia Salemi (1906).
SAN MARINO. Don Onofre Fattore (1906).
TREVISO. Don Carlo Agnoletti (1906).

ROMA. Don Humberto Benigni (1906).
El Conde de Montalbo (1906).
BOGOTÁ. Don Antonio Gomez Restrepo (1906).
BURDEOS. Don Juan Augusto Brutails (1907).
HAMBURGO. Don Bernardo Schädel (1907).
PARÍS. Don Pablo Bugnot (1908).
PARMA. Don Arrigo Solmi (1908).
NUEVA YORK. Don Archer M. Huntington (1908).
MÉJICO. Don Jenaro García (1908).
LUND (SUECIA). Don Arturo Stille (1908).
AQUISGRÁN. Don Eberard Vogel (1908).
LISBOA. Don Teófilo Braga (1908).
CLAVIÈRES. El Duque de La Salle de Rochemaure (1908).
LONDRES. Don Eduardo Toda Güell (1909).
FREUDENTHAL (SILESIA). Don Joseph Zawodny (1909).
HALLE DE SAALE. Don Herman Suchier (1909).
ROMA. Don Guillermo Miller (1909).
TOLOSA. Don Joseph Anglade (1910).
LYON. Don Pedro Conard (1910).
NARBONA. Don Juan Regné (1911).
SAINT-GALL. Don Adolfo Fäh (1911).
MÉJICO. Don Federico Gamboa (1911).
MILÁN. Don Bernardo Sanvisenti (1912).
ESTOCOLMO. Don Karl-August Hagberg (1913).
CÁLLER (CERDEÑA). Don Rafael di Tucci (1913).
ROMA. Don Giorgio Freyals (1913).
TURÍN. Don Arturo Farinelli (1913).
LIVERPOOL. Don Jaime Fitzmaurice-Kelly (1913).
SANTO DOMINGO. Don Federico Enríquez y Carvajal (1916).
Don Emiliano Tejera (1916).
BOSTON. Don Jeremías Denis (1915).
Don Mathias Ford (1915).
ILLINOIS. Don John D. Fitz Gerald (1916).
SANTIAGO DE CHILE. Don Policarpo Gazulla (1918).
BERNA. Don Francisco de Reinoso Mateo (1918).
HABANA. Don Alfredo Zayas y Alfonso (1918).
TOLOSA. Don José Calmette (1919).
CHICAGO. Don Guillermo T. Young (1919).
GUATEMALA. Don Antonio Rey y Soto (1920).
ABERYSTWYTH (GALES). Don Foster Watson (1920).
CALIFORNIA. Don Rodolfo Schevill (1920).

BOGOTÁ. Don Eduardo Posada (1921).
COMMINGES. Don Salvador Mondon (1921).
LONDRES. Don Henry Thomas (1921).
SANTO DOMINGO. Don Adolfo A. Novel (1921).
Don Bernardo Pichardo (1922).
BUCAREST. Don Nicolás Jorga (1922).
ERLANGEN. Don Adolfo Schulten (1923).
NÁPOLES. Don Alfredo Giannini (1923).
MILÁN. Don Carlo Bosselli (1923).
ROMA. Don E. Portal (1923).
VIENA. Don Oscar Mitis (1923).
COIMBRA. Don Joaquín de Carvalho (1924).
ROMA. Don Ettore Pais (1924).
TOLOSA. El Conde de Begouen (1924).
LISBOA. Don Fidelino de Figuereido (1926).
BUCAREST. Don Constantín Marinescu (1927).
NEWHAVEN. Don Henry R. Lang (1927).
PARÍS. Don Luis Ulloa (1927).
GÉNOVA. Don Pedro Nurra (1928).
COIMBRA. Don Francisco M. da Costa Lobo (1930).
PARÍS. El Vizconde de Guichen (1930).
PRAGA. Don Vlastimil Kybal (1930).
LIMA. Doña Angélica Palma (1930).
MUNICH. Doña Ulla Deibel (1930).
ROMA. Don Bartolomé M. Xiberta (1930).
Don José M. Pou y Martí (1930).
Don José de la Riva Agüero, Marqués de Montealegre de Aulestia (1930).
SANTIAGO DE LOS CABALLEROS (SANTO DOMINGO). Don Ramón Emilio Giménez (1930).
PARÍS. Don Paul Deschamps (1931).
ABERDEEN (ESCOCIA). Don Ronald M. Mac Andrew (1932).
ROMA. Don José Rius Serra (1939)
BOMBAY. Don Enrique Heras Sicar (1940).
CINCINATI. Don Rodney P. Robinson (1940).
BERLÍN. Doña Gertrudis Richert (1941).
MÓDENA. Don Carlo Guido Mor (1941).
PARÍS. Don Bernard Dorival (1941).
ATENAS. Don Sergio Zanotti (1942).
BRAUNSBERG. Don Johannes Vinke (1942).

BERLÍN. Don Paul F. Kehr (1942).
Don Carlos Willemsen (1942).
FLORENCIA. Don Mario Casella (1942).
GREIFSWALD. Don Helmut Petriconi (1942).
Don Ludwig Schramm (1942).
LEIPZIG. Don Eduardo von Jaha (1942).
Don Harry Meier (1942).
LISBOA. Don José M.ª Cordeiro de Sousa (1942).
KIEL. Don Eugenio Wohlhampter (1942).
TOLOSA. Don Joseph Salvat (1942).
TURÍN. Don Giovanni Bertini (1942).
ZURICH. Don Arnald Steiger (1945).
LONDRES. Don William J. Entwistle (1948).
CAMBRIDGE. Don Henry J. Chaytor (1948).
TOLOSA. Don Alfred Jeanroy (1948).
UPPSALA. Doña Carin Fahlin (1948).
LE GRAND PRESSIGNY. Don Amadeo Pagès (1949).
PORTO. Don Carlos dos Passos (1949).
ERLANGEN. Don Heinrick Kuen (1949).
TURÍN. Don Francesco A. Ugolini (1950).
HUNGRÍA. Don István Frank (1950).
NÁPOLES. Don Ricardo Filangieri (1951).
FRIBURGO. Don Ludwig Klaiber (1951).
ROMA. Don Angelo Monteverdi (1951).
LAUSANA. Don Paul Aebischer (1951).
BELFAST. Don Ignacio González Llubera (1952).
MUNSTER. Don Georg Schreiber (1952).
LIEJA. Doña Rita Lejeune (1952).
BASILEA. Don Walter von Wartburg (1952).
JERUSALÉN. Don J. Baer (1952).
Don Ishac R. Molho (1952).
PARÍS. Don Pedro Bosch Gimpera (1952).
RUMANIA. Don Sever Pop (1952).
LIVERPOOL. Don E. Allison Peers (1952).
CANNES. Don J. H. Probst (1953).
CAMBRIDGE MASS. Don Chandler R. Post (1954).
CÁLLER (CERDEÑA). Don Barchisio R. Motzo (1954).
Don Francisco Loddo-Canepa (1954).
Don Alberto Boscolo (1954).
SÁSSER (CERDEÑA). Don Antonio Era (1954).
PALERMO. Don Ettore Li Gotti (1954).

NUEVA YORK. Don Walter Spencer Cook (1954).
AMBERES. Don Maurice de Hasque (1954).
NIMEGA. Don Juan Terlingen (1954).
UTRECHT. Don C. F. Adolfo Van Dam (1954).
NÁPOLES. Don Giandomenico Serra (1954).
CALIFORNIA. Doña Josephine Boer (1955).
PERPIÑÁN. Don Marcel Durliat (1955).
ARGEL. Don Charles Emmanuel Dufourcq (1955).

Presidentes de la Academia desde su fundación

Don Segismundo Comas y Codinach. 1729.
Don Tomás Massanés (vicepresidente 1.º) 1729.
Don Vicente Pablo de Sobrecasas (vicepresidente 2.º) 1729-1731.
Don José Guillermo de Melun, Marqués de Risbourg, 1731-1734.
Don Bernardo A. de Boxadors, Conde de Perelada. 1734-1755.
Don Fernando de Silva Alvarez de Toledo, Duque de Alba, 1756-1776.
Don Francisco González de Bassecourt, Conde del Asalto. 1776-1793.
Don Manuel Godoy, Duque de Alcudia, Príncipe de la Paz, 1794-1808.
Don Juan A. de Fivaller y de Bru, Conde de Darnius, Marqués de Villel, 1815.
Don Joaquín Ruiz de Porras. 1821-1822.
Don Próspero de Bofarull y Mascaró. 1822-1834.
Don Manuel Llauder, Marqués del Valle de Ribas. 1834-1835.
Don José Melchor Prat y Colom. 1835-1837.
Don Próspero de Bofarull y Mascaró. 1837-1839.
Don Joaquín Rey y Esteve. 1839-1842.
Don Próspero de Bofarull y Mascaró. 1843-1859.
Don Ramón Roig y Rey. 1860-1861.
Don Manuel Milá y Fontanals. 1861-1878.
Don Joaquín Rubió y Ors. 1878-1889.
Don Cayetano Vidal y Valenciano. 1889-1893.
Don José Balari y Jovany. 1893-1901.
Don Francisco de Sales Maspons y Labrós. 1901.
Don Manuel Durán y Bas. 1901-1907.
Don Felipe Bertrán y de Amat. 1907-1911.
Don José Pella y Forgas. 1911-1918.
Don Francisco Carreras y Candi. 1918-1931.
Don Eduardo Toda Güell. 1931-1934.
Don Francisco Carreras y Candi. 1934-1937.
Don Fernando Valls y Taberner. 1939-1942.
Don Carlos Sanllehy y Girona, Marqués de Caldas de Montbuy. 1942-1954.
Don Ramón de Abadal y de Vinyals. 1954...

Publicaciones de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona *

MEMORIAS

Vol. I. — Real Academia de Buenas Letras de la ciudad de Barcelona; origen, progressos y su primera Junta general baxo la protección de Su Magestad, con los papeles que en ella se acordaron, [1756].

Vol. II. — Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1868.

Vol. III. — Memorias de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1880.

Vol. IV. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1887.

Vol. V. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1896.

Vol. VI. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1898.

Vol. VII. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1901.

Vol. VIII. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1901-05.

Vol. IX. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1912-30.

Vol. X. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona: *Sobiranes de Catalunya.* Recull de Monografies Històriques. 1928.

Vol. XI. — Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona: *Johan I d'Aragó,* per Josep M.ª Roca, 1929.

DISCURSOS DE RECEPCIÓN

Vidal y Valenciano, Cayetano. *Cortada, su vida, sus obras,* 1872.

Ubach y Vinyeta, Francisco. [*Sistemático desvío de los historiadores castellanos respecto a los hombres y a las cosas de la tierra catalana.*] — Contestación de José Coroleu, 1888.

Rubió y Lluch, Antonio. *El Renacimiento clásico de la literatura catalana.* — Contestación de [Cayetano] Vidal de Valenciano, 1889.

Ribas y Quintana, Buenaventura. [*San Ramón de Penyafort.*] — Contestación de Manuel Durán y Bas, 1889.

Brocá y Montagut, Guillermo M.ª de. [*Significación de Jaime I el Conquistador.*] — Contestación de Felipe Bertrán y de Amat, 1890.

* Si no se indica lo contrario, todas las publicaciones han sido impresas en Barcelona.

Sagarra y de Siscar, Fernando. [*La Sigilografía, parte de la Arqueología y auxiliar de la Historia.*] — Contestación de Francisco de Bofarull y Sans, 1890.

Llanas, Eduardo. [*Ubicación de las poblaciones catalano-romanas y auxilio de la Arqueología viaria a la Geografía histórica.*] — Contestación de Joaquín Rubió y Ors, 1891.

Carreras y Candi, Francisco. [*Hegemonía de Barcelona en Cataluña durante el siglo XV*], 1898.

Torras y Bages, Joseph. *En Rocabertí y En Bossuet*, 1898.

Vidal de Valenciano, Eduardo. *Algunas consideraciones respecto del estado actual de la literatura dramática española*, 1898.

Codina y Formosa, Juan B. [*Breves observaciones sobre la profecía de Jeremías*], 1899.

Giménez Soler, Andrés. [*Formas actuales de la Historia*], 1899.

Cortejón, Clemente. *Homenaje más que de profundo respeto, de admiración y hasta de entusiasmo, a los amantes, no platónicos, que en tierra catalana ha tenido la lengua que por antonomasia llamamos de Cervantes*, 1899.

Bas y Amigó, Angel. [*Cometido del elemento social activo en la constitución y funcionamiento del Estado y condiciones que ha de reunir para cumplirlo*], 1899.

Miret y Sans, Joaquín. [*La Expansión y dominación catalana en los pueblos de la Galia meridional*], 1900.

Comenge y Ferrer, Luis. *Medicina y Letras.* — Contestación de Francisco de Bofarull y Sans, 1901.

Hinojosa, Eduardo de. *Origen y vicisitudes de la pagesía de remensa en Cataluña.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1902.

Rahola y Trémols, Federico. *Baltasar Gracian, escriptor satírich, moral y polítich del segle XVII.* — Contestación de José Pella y Forgas, 1902.

Baró, Teodoro. *El Periodismo.* — Contestación de Guillermo M.ª de Brocá, 1902.

Elías de Molins, Antonio. *Los estudios históricos y arqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1903.

Casades y Gramatxes, Pelegrín. *Influencies del art oriental en los monuments romànichs de Catalunya.* — Contestación de Joaquín Miret y Sans, 1903.

Rubio de la Serna, Juan. *Los primeros habitantes de España, según la Historia y según la Arqueología.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1904.

Soler y Palet, José. *Contribució a la Història antiga de Catalunya: Egara, Terrassa.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1906.

Bonsoms y Sicart, Isidro. *La Edición príncipe del «Tirant lo Blanch». Cotejo de los tres ejemplares impresos en Valencia, en 1490, únicos conocidos hasta hoy día.* — Contestación de Antonio Rubió y Lluch, 1907.

Sanpere y Miquel, Salvador. *La pintura mig-eval catalana. L'art barbre.* — Contestació de Joseph Soler y Palet, 1908.

Botet y Sisó, Joaquín. *Data aproximada en que'ls grechs s'establiren a Empories y estat de cultura dels naturals del país al realisarse aquell establiment.* — Contestación de Joseph Pella y Forgas, Gerona, 1908.

Jordán de Urríes y Azara, José. *Rubió y Ors como poeta castellano.* — Contestación de Antonio Rubió y Lluch, 1912.

Perés, Ramón D. *Verdaguer y la evolución poética catalana.* — Contestación de Federico Rahola y Trémols, 1913.

Parpal y Marqués, Cosme. *La Isla de Menorca en tiempo de Felipe II.* — Contestación de Antonio Rubió y Lluch, 1913.

Moliné y Brasés, Ernest. *La primera vinticinquena dels Jochs Florals.* — Contestación de Joseph Pella y Forgas, 1913.

Soler, Cayetano. *Investigación del dato psicológico en los estudios de la Historia.* — Contestación de Teodoro Baró, 1913.

Pin y Soler, José. *Joan Lluís Vives.* — Contestación de Ramón D. Perés, 1914.

Miquel y Planas, Ramón. *Influencia del «Purgatori de Sant Patrici» en la llegenda de «D. Juan».* — Contestación de Ernest Moliné y Brasés, 1914.

Segalà y Estalella, Lluís. *El Dr. D. Joseph Balari y Jovany.* — Contestación de Joseph Pella y Forgas, 1916.

Barjau y Pons, Francisco de P. *Rabí Yedaiah Hapenini.* — Contestación de Juan B. Codina y Formosa, 1916.

Carreras y Artau, Tomás. *Una excursió de Psicologia i Etnografia Hispanes: Joaquim Costa.* — Contestación de Frederich Rahola y Trèmols, 1918.

Givanel y Mas, Juan. *La Obra literaria de Cervantes.* — Contestación de Ramón Miquel y Planas, 1917.

Mestres, Apeles. *El color en el Quijote.* — Contestación de Ramón D. Perés, 1918.

Roca, Joseph M.ª *En Jaume Ramon Vila, heraldista català de començaments del segle XVII.* — Contestación de Ernest Moliné y Brasés, 1918.

Alabart y Sans, Gumersindo. *Revisió del concepte del misticisme ibèrich.* — Contestación de Joan B. Codina y Formosa, 1918.

Girona y Llagostera, Daniel. *Martí, rey de Sicília primogènit d'Aragó.* — Contestación de Ernest Moliné y Brasés, 1919.

Gazulla, Faustino D. *Jaime I de Aragón y los estados musulmanes.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1919.

Valls y Taberner, Ferran. *Les Genealogies de Roda o de Meyà.* — Contestación de Francesch de Bofarull y Sans, 1920.

Carreras y Bulbena, José Rafael. *Significación artística de Manuel Rincón de Astorga, autor de la mejor ópera representada en la antigua Lonja de Mar de Barcelona.* — Contestación de Cosme Parpal y Marqués, 1920.

Viada y Lluch, Luis Carlos. *De la limpieza, fijeza y esplendor de la lengua castellana en el Diccionario de la Real Academia Española.* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1921.

Casanovas, S. J., Ignasi. *Actualitat de Balmes.* — Contestación de Ferran de Sagarra y de Siscar, 1921.

Domènech y Montaner, Lluís. *Centcelles: Baptisteri y Cellae Memoriae de la primitiva església metropolitana de Tarragona.* — Contestación de Joseph M.ª Roca, 1921.

Bassegoda, Bonaventura. *Lluís Vermell, esculptor y pintor de retrats.* — Contestación de Ernest Moliné y Brasés, 1922.

Barrera y Escudero, Jaume. *Els Torres Amat y la Biblioteca del Seminari de Barcelona.* — Contestación de Ramón Miquel y Planas, 1922.

Matheu y Fornells, Francesch. *A l'Acadèmia de Bones Lletres.* — Contestación de Ramón D. Perés, 1922.

Bosch Gimpera, Pere. *Assaig de reconstitució de l'Etnologia de Catalunya.* — Contestación de Ferran Valls y Taberner, 1922.

Víctor Català [Catalina Albert]. [*Sensacions d'Empúries.*] — Contestación de Ernest Moliné y Brasés, 1923.

Torre y del Cerro, Antonio de la. *Orígenes de la «Deputació del General de Catalunya».* — Contestación de Ferrán Valls y Taberner, 1923.

Opisso y Viñas, Alfret. *Metges literats catalans.* — Contestación de Ramón D. Perés, 1923.

Via y Pagès, Lluís. *De l'emoció literària.* — Contestación de Apeles Mestres, 1923.

Durán y Sanpere, Agustí. *Referències documentals del Call de juheus de Cervera.* — Contestación de Francesch Carreras y Candi, 1924.

Alós-Moner y de Dou, Ramon d'. *Els Bestiaris a Catalunya.* — Contestación de Ferrán de Sagarra y de Siscar, 1924.

Masriera, Arthur. *Bibliografía de la Barcelona vuytcentista.* — Contestación de L. C. Viada y Lluch, 1924.

Serra y Pagès, Rossend. *Les Nostres Llegendes.* — Contestación de Ramón Miquel y Planas, 1924.

Par y Tusquets, Anfòs. *Notes lingüístiques y d'estil sobre les inscripcions y cartes de Catalunya anteriors al segle XIV.* — Contestación de Joseph M.ª Roca, 1924.

Serra y Hunter, Jaume. *Les tendències filosòfiques a Catalunya durant el segle XIX.* — Contestación de Ferrán Valls y Taberner, 1925.

Barnils y Giol, Pedro. *Contribució a l'establiment d'un principi d'unitat en la fonètica estàtica y evolutiva.* — Contestación de Jaime Barrera, 1926.

Montoliu, Manuel de. *Pin y Soler, novelista.* — Contestación de Anfòs Par, 1927.

Perpiñà y Pujol, Joan. *El Comerç y la Cultura.* — Contestación de Anfòs Par y Tusquets, 1930.

Puig y Puig, Sebastián. *Martín V: su Itinerario de Constanza a Roma (1417-1420).* — Contestación de Francisco Carreras y Candi, 1930.

Toda, Eduart. *La tragèdia final del príncep de Viana.* — Contestación de Jaume Barrera, 1930.

Sanllehy i Girona, Carles. *El tractat de pau de Castronuovo o Caltabellota, signat en 1303.* — Contestación de Ferran Valls i Taberner, 1936.

Balcells, Joaquim. *Cató el vell i una concepció democràtica de la Història.* — Contestación de Pere Bosch Gimpera, 1936.

Camp Llopis, Federico. *Relaciones entre la invasión napoleónica y los movimientos revolucionarios de Cataluña.* — Contestación de Fernando Valls y Taberner, 1941.

Faraudo de Saint-Germain, Luis. *Semblanza militar de Jaime el Conquistador.* — Contestación de Ramón Miquel y Planas, 1941.

Martínez Ferrando, J. Ernesto. *Nueva visión y síntesis del Gobierno intruso de Renato de Anjou.* — Contestación de Fernando Valls y Taberner, 1941.

Griera, Antonio. *El estado de los estudios de Filología Románica en España; Los orígenes del español; El origen de la lengua vasca.* — Contestación de Manuel de Montoliu, 1942.

Mateu y Llopis, Felipe. *Los Historiadores de la Corona de Aragón durante la Casa de Austria.* — Contestación de Jesús Ernesto Martínez Ferrando, 1944.

Millás Vallicrosa, José M.ª *Nuevas aportaciones para el estudio de la transmisión de la ciencia a Europa a través de España.* — Contestación de Tomás Carreras Artau, 1943.

Salas, Xavier de. *El Bosco en la literatura española.* — Contestación de Carlos Sanllehy, Marqués de Caldas de Montbuy, 1943.

Vives, José. *San Dámaso, Papa español, y los mártires.* — Contestación de J. Ernesto Martínez Ferrando, 1943.

Riquer, Martín de. *La leyenda de Galcerán de Pinós y el rescate de las cien doncellas.* — Contestación de Xavier de Salas, 1944.

Font y Puig, Pedro. *El conocimiento histórico y el científico.* — Contestación de Tomás Carreras Artau, 1945.

Cavestany, Pablo. *«El Canto Espiritual» de Maragall.* — Contestación de Ramón Miquel y Planas, 1946.

Sedó Peris-Mencheta. *Contribución a la historia del coleccionismo cervantino y caballeresco.* — Contestación de Martín de Riquer, 1948.

López-Picó, José M.ª *Job.* — Contestación de Pedro Font y Puig, 1948.

Bassols de Climent, Mariano. *La lengua y la cultura.* — Contestación de Martín de Riquer, 1948.

Pericot y García, Luis. *Grandeza y miseria de la prehistoria.* — Contestación de Tomás Carreras y Artau, 1948.

Abadal y de Vinyals, Ramón de. *La batalla del Adopcionismo en la desintegración de la Iglesia visigoda.* — Contestación de José M.ª Millás y Vallicrosa, 1949.

Castro y Calvo, José M.ª *El arte y la experiencia en la obra de Tirso de Molina.* — Contestación de Luis Faraudo de Saint-Germain, 1953.

Carreras Artau, Joaquín. *Relaciones de Arnau de Vilanova con los reyes de la casa de Aragón.* — Contestación de J. Ernesto Martínez Ferrando, 1955.

BIOGRAFÍAS

Buxeres, Antonio. *Elogio del difunto coronel don Antonio Puig y Lucá, primer ayudante general que fué de E. M., teniente del Rey de la Ciudadela de esta plaza y últimamente presidente de la Junta de señores gefes militares de cuartel, socio de la Academia de Buenas Letras, etc.* — Leído en la sesión pública de la misma del 27 de mayo de 1849 por el socio D... Impresa con permiso de la Academia, 1849.

Torres y Torrens, Manuel. *Elogio histórico del Excmo. e Ilmo. señor don Félix Torres Amat, Obispo de Astorga, etc., socio que fué de la Academia de Buenas Letras.* — Leído en la sesión que ésta celebró en honor de dicho su difunto socio, el día 3 de febrero de 1850, por D..., individuo de la misma, 1850.

Mestres, Salvador. *Elogio fúnebre del Ilmo. señor don José Bertrán y Ros, vice presidente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, etc.* — Leído en la sesión pública de la misma del día 16 de noviembre de 1856, por el académico de número el doctor D..., Presbítero. Publícase con autorización de la Academia, 1856.

Forteza y Valentín, Guillermo. *Juicio crítico de las obras de don Antonio de Capmany y de Montpalau.* — Memoria premiada en primer lugar por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1857.

Reynals y Rabassa, Estanislao. *Elogio del doctor don Ramón Martí de Eixalá,* que en la sesión pública celebrada por la Academia de Buenas Letras y la Sociedad Económica de Amigos del País, el 10 de enero de 1858, leyó D..., individuo de ambas corporaciones, 1858.

Rubís, José Simón. *Necrología del Ilmo. Sr. D. Miguel de Mayora y de*

Goldaracena, que en sesión celebrada el 7 de diciembre de 1860 por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, leyó el socio residente de la misma M. I. Sr. D...., 1861.

Milá y Fontanals, Manuel. *Noticia de la vida y escritos de don Próspero de Bofarull y Mascaró, Archivero y Cronista de la Corona de Aragón,* por D..., catedrático de la Universidad de Barcelona, leída en la sesión pública celebrada por la Academia de Buenas Letras el día 30 de diciembre de 1860.

Bofarull, Antonio de. *Necrología de don José Antonio Llobet y Vallllosera,* que en la sesión pública celebrada por la Real Academia de Buenas Letras, el 19 de abril de 1863, leyó D..., socio de la misma. La precede un discurso descriptivo de los trabajos de la Corporación, por su Secretario D. José Flaquer, 1863.

Durán y Bas, Manuel. *Noticia de la vida y escritos del Excmo. Sr. don Francisco Permanyer y Tuyet,* leída en la sesión pública celebrada por la Academia de Buenas Letras el día 19 de junio de 1870.

Rubió y Ors, Joaquín. *Noticia de la vida y escritos de don Joaquín Roca y Cornet,* redactada para ser leída en la sesión pública de la Academia de Buenas Letras de Barcelona el 26 de marzo de 1876 por D..., Vicepresidente de la misma, 1876.

Durán y Bas, Manuel. *Reynals y Rabassa, estudio biográfico y literario,* leído en la sesión pública que celebró el día 20 de mayo de 1883 la Real Academia de Buenas Letras de esta ciudad por el Excmo. Sr. D..., individuo de número de la misma, 1883.

Rubió y Ors, Joaquín. *Noticia de la vida y escritos de don Manuel Milá y Fontanals,* que en la sesión pública de 10 de abril de 1887, dedicada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona a honrar su memoria, leyó D..., Presidente de la misma, 1887.

Miquel y Badía, Francisco. *Apuntes biográfico-críticos sobre D. José de Manjarrés y de Bofarull, académico numerario que fué de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona,* leídos por D... en la sesión pública celebrada el 17 de febrero de 1884.

Díaz y Sicart, Jacinto. *Biografía o panegírico de don Ramón Lázaro de Dou y de Bassols, último cancelario que fué de la Universidad de Cervera,* leído en la Academia de Buenas Letras de Barcelona en los días 11 y 25 de febrero de 1870, 1885.

Bofarull y Sans, Francisco de. *A la memoria del Egregio Sr. Isidro Carini, prefecto de la Biblioteca Vaticana.* — Discurso leído en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el día 11 de marzo por el Académico D..., Jefe del Archivo General de la Corona de Aragón, 1895.

Bassegoda y Amigó, Bonaventura. *El Polígraf N'Arthur Masriera y Colomer.* — Necrología llegida en la sessió celebrada per la Corporació el dia 27 d'abril del 1930.

PUBLICACIONES RELATIVAS A LA VIDA ACADÉMICA

[Benedicto XIV.] *Sanctissimi domini nostri Benedicti Papae XIV.* — Epistola regiae politiorum litterarum Academiae Barcinonen. Sociis, 1757.

Apertura de las cátedras de Lengua española, de Literatura y de Historia, verificada el 7 de diciembre de 1835 por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1836.

Sesión pública del día 2 de julio de 1842, en que se leyó la Memoria

y se hizo la adjudicación de premios con arreglo al programa publicado en 20 de febrero de 1841. [Contiene: *Memoria del Secretario Ramón Muns; Roudor de Llobregat, o sia los catalans en Grecia. Poema èpich en tres cants* por J. Rubió y Ors; *Las armas de Aragón en Oriente. Canto épico* por D. Calisto Fernández de Campo-Redondo; *Rugero de Flor. Canto épico* por D. Tomás Aguiló], 1842.

Estracto de la sesión pública de adjudicación de premios celebrada por dicha Academia el día 2 de julio de 1842.

Sesión pública extraordinaria del día 21 de junio de 1846. [Contiene: *Memoria Histórico-Biográfica del señor don Ignacio Santpons y Barba, secretario del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, profesor de la Universidad literaria de la misma, socio de la Academia de Buenas Letras y otras corporaciones y Procurador que fué a las Cortes de 1834 por la provincia de Barcelona,* por Ramón Muns y Seriñá], 1846.

Sesión pública del día 2 de noviembre de 1856, 1857.

Codina, Pedro. *Noticia de los acuerdos y trabajos literarios de la Academia de Buenas Letras de Barcelona durante el año último,* leída en la sesión pública inaugural de 8 de noviembre de 1857.

Acta de la sesión pública inaugural de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, celebrada el 20 de noviembre de 1867. [Contiene: *Acta de la sesión; Discurso del señor Secretario don José Puiggarí y Discurso de don Joaquín Rubió y Ors: Consideraciones acerca de la poesía de la naturaleza, estudiándola en sí misma y en su desenvolvimiento histórico antes y después del Cristianismo*], 1868.

Acta de la sesión pública inaugural de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, celebrada el 29 de noviembre de 1868. [Contiene: *Discurso del Sr. Secretario D. Adolfo Blanch; Discurso de D. José Leopoldo Feu: La tradición de los pueblos, literaria, filosófica y socialmente considerada*] 1869.

Reseña de la sesión pública extraordinaria celebrada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona a excitación de la Iltre. Junta Directiva de Ferias, Fiestas y Exposiciones, con asistencia del Excmo. Ayuntamiento Constitucional con motivo de inaugurarse en el Salón de Ciento *la Galería de Catalanes ilustres* con el retrato de D. Antonio de Capmany y de Montpalau, 1873.

Sesión pública inaugural celebrada el día 12 de enero de 1902. [Contiene: *Reseña de los trabajos de la Academia* por el Secretario D. Joaquín Miret y Sans; *Recort necrològic del Excmo. Sr. D. Joaquim Rubió y Ors...,* per Mossèn Jacinto Verdaguer], 1902.

Año Académico CLXXV, 1903.

Año Académico CLXXXI, 1909.

Reglamento interior de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, aprobado en sesiones generales extraordinarias, de 28 de junio y 5 de julio de 1837, 1838.

Nuevos Estatutos de la Real Academia de Buenas Letras de la ciudad de Barcelona. Erigida por Real Cédula de 27 de enero de 1752, 1836.

Estatutos de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Erigida por Real Cédula de 27 de enero de 1752, 1864.

Estatutos de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Aprobados por Real Orden de 22 de junio de 1885, 1885.

Estatutos y Reglamento de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1889.

Estatutos y Reglamento de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1903.

Proyecto de Ortografía catalana, con un estudio de sus fundamentos filológicos. Leído en la sesión celebrada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 29 de noviembre de 1879.

Ortografía de la lengua catalana. — Año 1884.

Regles ortogràfiques (en estudio), 1923.

Ortografía de la Lengua Catalana, por la «Reyal Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona». (Revisión de 1923), 1924.

A las Cortes. [*Comunicación solicitando que se conserve en Barcelona el Archivo de la Corona de Aragón*], 1856.

Bofarull, Francisco de. *Instancia elevada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda, acompañando la Memoria sobre el Palacio Real antiguo y el Cuarto nuevo o Palacio del Lugarteniente.* Leída por el académico numerario D..., en sesión extraordinaria del día 18 de junio de 1904 en solicitud de que no se efectúe por el Estado la cesión del segundo de dichos edificios a la Comunidad de Religiosas de San Antón y Santa Clara, 1904.

Escritos Académicos publicados con motivo del segundo centenario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona por los miembros numerarios de la misma (1729-1929), 1930.

Real Academia de Buenas Letras, *Anuario,* 1947.

OTRAS PUBLICACIONES

[Garma y Durán, Francisco X. de.] [*Serie de diez y ocho láminas con reproducciones en cobre de sellos de monarcas catalanes y de reyes de España, desde Pedro el Católico a Fernando VI, y de algunas reinas.* — Estaban destinadas a publicarse en las Memorias de la Academia.] — [BARCELONA, *Ignacio Valls, grabador, antes de* 1754.]

Casa-Cagigal, Marqués de. *A la Elocuencia.* — Canto leído por su autor, el Excmo. Sr..., en la Junta de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona el 29 de noviembre de 1819, 1820.

Costumbres de la Ciudad de Barcelona sobre las servidumbres de los predios urbanos y rústicos, llamadas vulgarmente *den Sanctacilia*; a las que se han añadido por apéndices algunos capítulos de los privilegios conocidos bajo el nombre de *Recognoverunt proceres relativos a las mismas servidumbres.* Traducidas por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, [impreso antes de 1821].

Cabanes, José Mariano de. *Memoria sobre el templo de Hércules, y de sus seis columnas existentes en el día, en esta ciudad de Barcelona,* que en 20 de febrero de 1838 leyó en la Academia de Buenas Letras de la misma su socio D..., 1838.

Roca y Cornet, Joaquín. *Sobre la pena capital. Disertación primera. Origen del derecho de castigar en las sociedades humanas.* — Memoria que en la sesión celebrada en la Academia de Buenas Letras en el día 20 de abril de 1841 leyó D..., Socio residente de la misma.

Costumbres de la ciudad de Barcelona sobre las servidumbres de los predios urbanos y rústicos, llamadas vulgarmente *den Sanctacilia*; a las que se han añadido por apéndice algunos capítulos de los privilegios conocidos bajo el nombre de *Recognoverunt proceres relativos a las mismas servidum-*

bres. Traducidas por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1842.

Llobet y Vallllosera, José Antonio. *De los pueblos que han invadido, conquistado o dominado a Cataluña, de su tipo fisiológico, de su carácter moral y político y de cómo se hallan representados en el día entre los catalanes.* — Esta composición fué leída en la sesión celebrada por la Academia de Buenas Letras de Barcelona a los 23 de marzo del corriente año, 1847.

Costumbres de la ciudad de Barcelona sobre las servidumbres de los predios urbanos y rústicos, llamadas vulgarmente *dem Sanctacilia,* a las que se han añadido por apéndice algunos capítulos de los privilegios conocidos bajo el nombre de *Recognoverunt proceres relativos a las mismas servidumbres.* Traducidas por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1851.

Rubió y Ors, Joaquín. *Breve reseña del actual renacimiento de la lengua y literatura catalanas. ¿Débese a los modernos trovadores provenzales?* — Memoria escrita para la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, y leída en sus sesiones de los días 3 y 17 de febrero de 1877.

Balaguer y Merino, Andrés. *Suscinta reseña de las apreciaciones de cierto crítico acerca del movimiento histórico en Cataluña.* — Leída en la sesión del día 12 de mayo de 1877.

Rubió y Lluch, Antonio. *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón.* — Monografía premiada por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, precedida de un prólogo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, 1882.

Balari y Jovany, José *Etimologías catalanas,* leídas en la sesión de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, celebrada el 11 de mayo de 1885.

Ribas y Quintana, Buenaventura. *Estudios Históricos y Bibliográficos sobre San Ramón de Penyafort.* — Memorias leídas en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1890.

Curial y Guelfa. Novela catalana del quinzèn segle, publicada a despeses y per encàrrech de la Real Academia de Buenas Letras, per Antoni Rubió y Lluch, soci numerari de dita Corporació, 1901.

Lulio, Raimundo. *Libro de la Orden de la Caballería del B...* — Traducido en lengua castellana. Publícalo la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. [Prefacio de D. José Ramón de Luanco], 1901.

Miret y Sans, Joaquín. *La política oriental de Alfonso V de Aragón. Exposición del libro de Francesco Cerone.* — Leída en la Real Academia de Buenas Letras el día 9 de enero de 1904.

Verdaguer, Jacinto. *L'Atlàntida.* — Poema premiat per la Diputació de Barcelona en els Jochs Florals de 1877. Edició del cinquantenari publicada per iniciativa de la Real Academia de Buenas Letras y del Consistori dels Jochs Florals sots el patronat de l'Excelentíssima Diputació Provincial de Barcelona. Text català original y versions castellana, francesa, italiana, portuguesa, provençal y llatina inèdita, 1877-1927.

Miquel y Planas, Ramón. *El Incunable Barcelonés de 1468* (Gramática de B. Mates). — Reproducción en facsímile acompañada de una noticia escrita por..., miembro de la Real Academia de Buenas Letras y Presidente honorario del Instituto Catalán de las Artes del Libro de Barcelona. Publícase por la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en conmemoración de su segundo centenario, 1930.

Casanovas, Ignasi. *La Cultura Catalana del segle XVIII.* — Discurs llegit en la segona festa d'Unió interacadèmica, haguda el dia 20 de desembre de 1932 en la Universitat de Barcelona.

El libre de les Medicines Particulars. — Versión catalana trescentista del texto árabe del tratado de los medicamentos simples de Ibn Wafid, autor médico toledano del siglo XI. — *Transcripción, Estudio Proemial y Glosarios* por Luis Faraudo de Saint-Germain. — Publícase bajo los auspicios y a expensas de la misma. 1943.

BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

Vol. I. 1901-1902.
Vol. II. 1903-1904.
Vol. III. 1905-1906.
Vol. IV. 1907-1908.
Vol. V. 1909-1910.
Vol. VI. 1911-1912.
Vol. VII. 1913-1914.
Vol. VIII. 1915-1916.
Vol. IX. 1917-1920.
Vol. X. 1921-1922.
Vol. XI. 1923-1924.
Vol. XII. 1925-1926.
Vol. XIII. 1927-1928.
Vol. XIV. 1929-1930.
Vol. XV. 1931-1932. [Contiene tabla de todas las publicaciones de la Real Academia hasta 1930.]
Vol. XVI. 1933-1936.
Vol. XVII. 1944.
Vol. XVIII. 1945.
Vol. XIX. 1946.
Vol. XX. 1947.
Vol. XXI. 1948.
Vol. XXII. 1949.
Vol. XXIII. 1950.
Vol. XXIV. 1951-1952.
Vol. XXV. 1953.

Reales Academias barcelonesas

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES DE BARCELONA

(1765)

COMISIÓN GENERAL DIRECTIVA

Presidente. Excmo. Sr. don Francisco Pardillo y Vaquer (†).
Vicepresidente. Iltre. Sr. don Francisco Planell Riera.
Secretario General. Iltre. Sr. don Antonio Torroja y Miret.
Vicesecretario General. Iltre. Sr. don Eduardo Fontseré y Riba.
Tesorero. Iltre. Sr. don Ramón Jardí y Borrás.
Contador. Iltre. Sr. don Isidro Pólit Buxareu.
Conservador. Iltre. Sr. don Adolfo Florensa y Ferrer.
Bibliotecario. Iltre. Sr. don José R. Bataller Calatayud.

ACADÉMICOS NUMERARIOS

Don Eduardo Fontseré y Riba.
Don Luis Masriera y Rosés.
Don Paulino Castells y Vidal.
Don Ramón Jardí y Borrás.
Don Francisco Pardillo y Vaquer (†).
Don Eduardo Vitoria Miralles, S. J.
Don Isidro Pólit Buxareu.
Don Antonio Torroja Miret.
Don Pío Font y Quer.
Don Francisco Planell Riera.
Don Adolfo Florensa y Ferrer.
Don Manuel Alvarez Castrillón y Bustelo.
Don Jaime Marcet Riba.
Don Buenaventura Bassegoda y Musté.
Don José R. Bataller Calatayud.
Don Fidel E. Raurich Sas.
Don José M.ª Orts Aracil.
Don José Pascual Vila.

Don Luis Santomá Casamor.
Don Antonio Cumella Pau.
Don Cristóbal Mestre Artigas.
Don Jesús Mir Amorós.
Don Santiago Alcobé Noguer.
Don Joaquín Febrer Carbó.
Don Antonio Lafont Ruiz.
Don Andrés Montaner Serra.
Don José Luis Vives Comallonga.
Don Vicente Martorell Portas.
Don Miguel Soldevila Valls.
Don José Ibarz Aznárez.
Don Luis Solé Sabarís.
Don Francisco García del Cid y de Arias.
Don Francisco Fernández Alvarez.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE BARCELONA

(1786)

JUNTA DIRECTIVA

Presidente. Excmo. Sr. don Federico Corominas y Pedemonte.
Vicepresidente. Iltre. Sr. don José Roig y Raventós.
Secretario General. Iltre. Sr. don Luis Suñé Medán.
Vicesecretario. Iltre. Sr. don Francisco Salamero y Castillón.
Tesorero. Iltre. Sr. don Benito Oliver y Rodés.
Bibliotecario-Archivero. Iltre. Sr. don Fidel E. Raurich Sas.

ACADÉMICOS NUMERARIOS

Don Benito Oliver Rodés.
Don Augusto Pi Suñer.
Don Pedro Nubiola Espinós.
Don César Comas Llabería.
Don Jaime Pujiula Dilme, S. J.
Don José Roig y Raventós.
Don Manuel Salvat Espasa.
Don Francisco Terrades Pla.
Don Francisco Gallart Monés.
Don Federico Corominas y Pedemonte.
Don Pedro González Juan.
Don Luis Suñé Medán.
Don Joaquín Trías Pujol.
Don Manuel Saforcada Ademá.
Don Víctor Cónill Montobbio.
Don Juan Puig Sureda.
Don Luis Sayé Sempere.
Don Fernando Casadesús Castells.
Don Pedro Domingo Sanjuán.
Don Manuel Taure Gómez.
Don Alfredo Rocha Carlotta.
Don Fidel E. Raurich Sas.
Don Francisco Salamero Castillón.
Don Angel Sabaté Malla.
Don Salvador Gil Vernet.
Don Lorenzo García-Tornel Carrós.

Don Jesús Isamat Vila.
Don Carlos Soler Dopff.
Don Luis Trías de Bes.
Don Agustín Pedro Pons.
Don Francisco Bordás Salellas.
Don Luis Barraquer Ferré.
Don Vicente Carulla Riera.
Don Fabián Isamat Vila.
Don Hermenegildo Arruga Liró.
Don Antonio Puigvert Gorro.
Don Xavier Vilanova Montiu.
Don Máximo Soriano Giménez.
Don Miguel Amat Bargués.
Don Joaquín Salarich Torrents.

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN JORGE DE BARCELONA

(1850)

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente. Excmo. Sr. don Miguel Mateu Pla.
Consiliarios. Iltre. Sr. don Francisco Labarta Planas.
Iltre. Sr. don Federico Marés Deulovol.
Iltre. Sr. don Amadeo Llopart Vilalta.
Iltre. Sr. don Federico Monpou Dencausse.
Iltre. Sr. don Joaquín Renart García.
Tesorero. Iltre. Sr. don Santiago Juliá Bernet.
Bibliotecario. Iltre. Sr. don Antonio Ollé Pinell.
Secretario General. Iltre. Sr. don Pedro Benavent de Barberá y Abelló.

ACADÉMICOS NUMERARIOS

Don Luis Masriera y Rosés.
Don José Puig y Cadafalch.
Don Luis Plandiura Pou.
Don Francisco Labarta Planas.
Don José Clará y Ayats.
Don Juan Claudio Güell de Churruca, Conde de Ruiseñada.
Don Francisco de P. Nebot Torrens.
Don Buenaventura Puig y Perucho.
Don José Bonet del Río.
Don Santiago Juliá Bernet.
Don Amadeo Llopart Vilalta.
Don José M.ª Vidal-Quadras y Villavecchia.
Don Antonio Ollé Pinell.
Don José M.ª Ros Vila.
Don Miguel Farré Albagés.
Don Juan Colom Augustí.
Don Antonio Vila Arrufat.
Don Enrique Monjo Garriga.
Don Antonio Griera y Gaja.
Don Pedro Benavent de Barberá y Abelló.
Don Federico Monpou Dencausse.
Don Manuel Gras Mas.

Don Miguel Mateu Pla.
Don Juan Sedó Peris-Mencheta.
Don Joaquín Renart García.
Don Federico Marés Deulovol.
Don Eduardo Toldrá Soler.

ÍNDICE